Análisis del discurso

Teun A. van Dijk

discurso y CONTEXTO

Un enfoque sociocognitivo



Teun A. van Dijk

DISCURSO Y CONTEXTO

CLA•DE•MA
Análisis del Discurso

Otros títulos de Teun A. van Dijk
publicados por Editorial Gedisa

Ideología

El discurso como estructura y proceso

El discurso como interacción social

Racismo y discurso en América Latina

Racismo y discurso de las élites

Dominación étnica y racismo discursivo en España y América Latina

Discurso y poder

Sociedad y discurso

DISCURSO Y CONTEXTO
Un enfoque sociocognitivo

Teun A. van Dijk

Traducción de Andrea Lizosain



http://www.gedisa.com

Traducción: Andrea Lizosain
Diseño de cubierta: Iván de Pablo Bosch
Primera edición: Mayo de 2012, Barcelona
Edición en formato digital, 2013

Avenida del Tibidabo, 12, 3.º 2.ª
08022 Barcelona, España
Tel. (+34) 93 253 09 04
Fax (+34) 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
http://www.gedisa.com

Formato digital:
Editor Service, S.L.
Diagonal 299, entlo. 1ª
08013 Barcelona
www.editorservice.net
creadisseny@editorservice.net

eISBN: 978-84-9784-449-9
Depósito legal: B.19992-2013
IBIC: CFG

Índice

Prefacio

Hace treinta años escribí un libro llamado *Texto y contexto*. Dicho libro aborda de manera exhaustiva y bastante formal el texto, pero deja un poco de lado el contexto, una noción de vital importancia para comprender la forma en que el discurso se inserta en la sociedad. En mi trabajo posterior, en el marco de los Estudios Críticos del Discurso —por ejemplo, sobre racismo, ideología y discurso—, el contexto se aborda exhaustivamente como un trasfondo social para el discurso, pero casi no se analiza en términos teóricos. Tradicionalmente, en el campo de estudio del lenguaje y el discurso, el contexto se concibe en términos de variables sociales independientes como el género, clase, grupo étnico, edad, identidad o como condiciones sociales del texto y el habla.

Tanto los estudios formales como los etnográficos de la indexicalidad definen los contextos más bien en términos semánticos, por ejemplo, como referentes de expresiones deícticas; sin embargo, gran parte de esos trabajos se limitan a las orientaciones espaciales o temporales de los participantes.

Las teorías de los actos de habla han dado explicaciones formales de algunas de las propiedades de los hablantes y los oyentes, como su conocimiento, sus deseos o su estatus, con el fin de formular condiciones de adecuación, pero no han buscado desarrollar un análisis sistemático de tales condiciones contextuales. El Análisis Crítico del Discurso (ACD) se interesa principalmente en las condiciones sociales del discurso y específicamente en cuestiones de poder y de abuso de poder, pero tampoco ha desarrollado teorías más explícitas del contexto como base para su propio trabajo crítico. Obviamente, el poder no se despliega sólo en algunos aspectos del «discurso poderoso» y necesitamos conocer el contexto en su totalidad y complejidad para saber cómo se relaciona el poder con el discurso y, más en general, de qué manera éste reproduce la estructura social.

En las últimas décadas, tanto la psicología cognitiva del discurso como la inteligencia artificial, han avanzado notablemente en lo que se refiere al descubrimiento de los procesos y representaciones involucrados en la producción y comprensión del discurso. Estas disciplinas han ayudado a comprender el papel fundamental de los modelos mentales y el conocimiento en relación con el procesamiento y el uso del discurso. Sin embargo, estos modelos también eran más semánticos que pragmáticos. Aparte de algunos estudios experimentales de diferencias individuales u objetivos distintos, existen pocos trabajos empíricos sobre la influencia del contexto en el procesamiento del discurso.

La psicología social es una de las pocas disciplinas que ha desarrollado ideas sobre las estructuras de las situaciones y episodios que podrían usarse como propuestas para la base de una teoría del contexto, pero no se pensaron como una teoría del contexto para el discurso. De hecho, el estudio del discurso en la corriente dominante de la psicología social es todavía bastante marginal, excepto en la psicología discursiva.

Si existe una disciplina que debería ayudar a comprender la naturaleza de los contextos y su influencia en el discurso, ésa es la sociología. No obstante, irónicamente, la principal influencia de la sociología en el análisis del discurso ha sido el análisis de la conversación, el cual, al menos al principio, dejaba más de lado el contexto que gran parte del análisis del discurso y se centraba más en las estructuras de la interacción que en el escenario (*setting*), los actores y sus propiedades. No hay que olvidar, sin embargo, que en décadas anteriores, la sociología ocasionalmente intentó definir las situaciones sociales, lo que culminó especialmente en el trabajo de Erving Goffman, quien podría ser el sociólogo que más ha contribuido a nuestra comprensión de la manera como se sitúan la interacción y el habla.

La antropología y, especialmente, la etnografía del habla y la antropología lingüística son las únicas direcciones de la investigación que durante algunas décadas han prestado atención al estudio del contexto como un componente obvio de los «eventos comunicativos», empezando con el conocido modelo *Speaking* de Dell Hymes en los años sesenta. Éste se relaciona con los estudios etnográficos de John Gumperz y otros científicos del campo de la sociolingüística interaccional en lo que llaman «contextualización». Hasta hoy, éstas son unas de las pocas aproximaciones que han producido (editado) libros sobre el contexto y la contextualización.

Podemos concluir en este brevísimo resumen que, en la mayoría de las disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales, existe un interés creciente pero aún poco canalizado en el estudio del contexto. Existen miles de libros, en diversas disciplinas, que exhiben la palabra «contexto» en sus títulos, pero la vasta mayoría de estos estudios la usan informalmente, como «escenario», «situación», «condiciones» o «circunstancias» sociales, políticos, geográficos o económicos, y casi nunca en el sentido estricto de «contexto del texto o el habla».

Existen algunos libros de lingüística, estudios del discurso o ciencias sociales que utilizan la noción de contexto en términos de límites y consecuencias del discurso, pero la mayor parte de estos estudios se concentra en el discurso mismo y no en la compleja naturaleza de sus contextos. Ciertamente no sorprende, ya que la noción misma de «contexto» implica que se define en relación a un «texto» y que, en ese caso, el «texto» (o habla) es el fenómeno central. Es decir, generalmente, los contextos se consideran sólo para comprender o analizar el discurso de una manera mejor. De otra manera, un estudio del «contexto» sería pura psicología, sociología o antropología de los escenarios, los actores sociales y sus propiedades, así como de sus cogniciones, actividades, interacciones, prácticas sociales u organizaciones.

Ha llegado la hora de tomar los contextos seriamente y de desarrollar teorías explícitas de los contextos y de las maneras en que se asume su relación con el discurso y la comunicación. Este libro, así como también *Sociedad y discurso* (Van Dijk, 2011), en el que exploro el estudio del contexto en las ciencias sociales, son un intento de plantear dicha teoría. Lo citado anteriormente se llevará a cabo examinando la noción (el uso) del contexto y sus posibles componentes en la lingüística, la sociolingüística y la psicología cognitiva. *Sociedad y discurso* amplía esta exploración teórica a la psicología social, la

sociología y la antropología, estudios a los que con frecuencia se hará referencia en este volumen. Aunque están muy relacionados como un estudio integral del contexto, ambos libros se pueden leer como estudios independientes. Este libro se dirige, en gran parte, a los lectores de (socio)lingüística y psicología cognitiva, mientras que la otra monografía está pensada para lectores de psicología social, sociología, antropología y ciencias políticas. Claramente, puedo esperar que los lectores de este volumen también lean el otro estudio sobre el contexto en las ciencias sociales, dadas las relaciones obvias entre los contextos sociales del discurso y el estudio de las situaciones e interacciones comunicativas en las ciencias sociales.

Este libro constituye la primera monografía dedicada por entero a la noción de contexto y, por lo tanto, debe considerarse exploratoria. Se trata de un estudio teórico, inspirado en ideas, nociones y avances en la lingüística, la sociolingüística y la psicología cognitiva. Aunque reviso una gran cantidad de estudios empíricos, no puedo dar cuenta de ningún estudio etnográfico del contexto ni de experimentos nuevos. En lugar de eso, en el libro ilustraré la teoría con el ejemplo de uno de los discursos más influyentes de los últimos años: el debate sobre Irak en la Cámara de los Comunes del Reino Unido. En su discurso en este debate, Tony Blair presentó y defendió una moción para legitimar la guerra contra Irak, una guerra cuyas nefastas consecuencias conocemos todos.

Tanto éste como los discursos siguientes de otros parlamentarios, sirven de ejemplo para demostrar que un enfoque que no considere el contexto en el estudio del discurso y la conversación es limitado, y conduce a descripciones superficiales, formalistas y a veces triviales que analizan pobremente el discurso, que se encuentra profundamente arraigado en la vida social y política.

Debido a que, por intuición, casi todo puede volverse relevante para el discurso (no sólo los temas de los que hablamos o la miríada de situaciones en las que podemos conversar, escribir, escuchar o leer), una teoría del contexto podría volverse una «Teoría de Todo». Por lo tanto, es fundamental «definir» literalmente, es decir, delimitar, lo que de otra manera podríamos extender a una gran parte de la sociedad. De hecho, no es exagerado sostener que el discurso de Tony Blair tiene que entenderse no sólo como el discurso de un Primer Ministro que se dirige a los parlamentarios (a la nación y al mundo) en el contexto de un debate parlamentario en la Cámara de los Comunes británica el 18 de marzo de 2003, sino también como parte de la política exterior del Reino Unido, sus relaciones con Estados Unidos y la Unión Europea, la cuestión de Oriente Medio, etcétera.

A menos que queramos perdernos en contextos infinitos, debemos concluir que no todo lo que de alguna manera podría entenderse como «trasfondo» para el discurso es necesariamente parte de su «contexto» cuando éste se define en términos más teóricos o restrictivos. El contexto se basa en el conocimiento del mundo, pero no es lo mismo que éste último. De esta manera, elaborar una teoría del contexto significa, primeramente, seleccionar aquellos elementos de una situación comunicativa que son sistemáticamente relevantes para el discurso. Lo anterior significa que, primero, debemos examinar la manera en que se definen dichas situaciones en la lingüística, la sociolingüística, la

psicología cognitiva y social, la sociología y la antropología, para luego definir los criterios de lo que se debe incluir o no en la teoría del contexto.

Este libro no sólo constituye una exploración y una revisión de trabajos anteriores. También presenta y defiende una tesis teórica que puede ser obvia (al menos para los psicólogos y algunos sociólogos fenomenológicos), pero que no es evidente en muchas de las ciencias sociales actuales y las numerosas aproximaciones al discurso y la comunicación. Esta tesis es bastante simple, pero fundamental para entender qué es el contexto y cómo se relaciona con el discurso:[1]

No es la situación social «objetiva» la que influye en el discurso, ni es que el discurso influya directamente en la situación social: es la *definición subjetiva realizada por los participantes de la situación comunicativa* la que controla esta influencia mutua.

Entonces, los contextos no son una clase de condición objetiva o de causa directa, sino que más bien son constructos (inter)subjetivos diseñados y actualizados continuamente en la interacción de los participantes como miembros de grupos y comunidades. Si los contextos representaran condiciones o límites sociales objetivos, todas las personas de la misma situación social hablarían de la misma manera. Por lo tanto, la teoría debe evitar el positivismo, el realismo y el determinismo social al mismo tiempo: los contextos son constructos de los participantes. Ésta también es la razón por la cual la principal hipótesis de la teoría del contexto es sociocognitiva y este libro puede definirse como una perspectiva sociocognitiva del estudio del contexto dentro de un enfoque multidisciplinario más amplio.

La tesis de que los contextos son constructos subjetivos de los participantes, también explica la singularidad de cada texto o conversación (o de sus fragmentos), así como también la base común y las representaciones sociales compartidas de los participantes al aplicarlas en su definición de la situación que llamamos contexto.

Veremos que la psicología tiene una noción teórica muy útil que ubica la teoría sobre una base cognitiva sólida: un modelo mental. Es decir, como interpretaciones subjetivas de situaciones comunicativas, los contextos se definirán como modelos contextuales. A continuación se enumera lo que dichos modelos contextuales hacen (o deben hacer):

- Controlan la manera en que los participantes producen y entienden el discurso.
- Permiten que los participantes adapten el discurso o sus interpretaciones a la situación comunicativa según sea relevante para ellos en cada momento de la interacción o comunicación.
- Proporcionan una interfaz esencial en la teoría del procesamiento textual entre los modelos mentales de los acontecimientos acerca de los que se habla (referencia) y la manera en que el discurso se formula en la realidad.
- Definen las condiciones de adecuación del discurso; de ahí que sean la base de una teoría de la pragmática.

- Son la base de una teoría del estilo, género, registro y, en general, de toda la variación del discurso.
- Constituyen la interfaz entre el discurso y la sociedad, entre lo personal y lo social, y entre la acción y la estructura; de ahí que confirmen que el conocido problema micro y macro (también) puede formularse en estos términos, al menos en el caso del dominio fundamental del lenguaje y la comunicación.
- Para la lingüística y las gramáticas (formales), los modelos contextuales pueden formalizarse (y así se ha hecho al menos parcialmente) de manera que van más allá de la semántica referencial de los deícticos.
- Los modelos contextuales permitirán que la investigación sociolingüística continúe más explícitamente su desarrollo para ir más allá del estudio de las correlaciones con variables sociales y, al mismo tiempo, se concentre más en la influencia social sobre las estructuras discursivas.
- Los modelos contextuales explicitan nociones antiguas pero relevantes de la sociología, como la definición de la situación, que también se aplica en los análisis de la interacción y la conversación.
- Ponen en evidencia cómo el contexto también puede controlar aspectos del texto y el habla que resultan relevantes para los participantes, pero que no se pueden observar.
- Reformulan los primeros marcos de la antropología para el estudio de los eventos comunicativos.
- Finalmente, así como el análisis crítico y contextual del discurso de Tony Blair y de otras intervenciones en el debate sobre Irak mostrarán una explicación más sistemática del contexto, forma parte de la base de los Estudios Críticos del Discurso de igual manera que lo es para todos los enfoques más socio-políticos del discurso.

Debido a que la teoría está incompleta, este libro busca incentivar el desarrollo de otras investigaciones. Aborda numerosas cuestiones que necesitan un desarrollo teórico adicional, experimentos psicológicos, una descripción etnográfica y un análisis discursivo detallado. La influencia del contexto por lo general es sutil, indirecta, compleja, confusa y contradictoria, con resultados que van mucho más allá de los efectos principales de las variables sociales.

Los contextos son igual que otras experiencias humanas: en cada momento y en cada situación, dichas experiencias definen la manera como vemos la situación actual y la forma en que nos desenvolvemos. Es una tarea fundamental para las humanidades y las ciencias sociales en general y para los estudios del discurso en particular, mostrar la manera exacta en que nuestros textos y habla dependen de dichos contextos, así como los influencian.

Más que cualquiera de mis otras obras, la redacción de mis dos libros sobre el contexto ha significado un tremendo esfuerzo de varios años. Aunque construir teorías (y analizar ejemplos interesantes) puede resultar entretenido, a veces también puede ser desesperante por la complejidad de las cuestiones involucradas. Al generar una teoría general del contexto y determinar su relación con el contexto, no podemos limitarnos a

un estudio más enfocado en, digamos, pronombres, cambios de turno o metáforas (ya en la actualidad, cada una de las cuales es una tremenda área de estudio en sí misma). Por una parte, se necesitan considerar casi todos los aspectos de las situaciones sociales y, por otra, todas las estructuras variables del uso del lenguaje y del discurso. ¡No es de extrañar, entonces, que me llevara años entender los principales problemas involucrados! ¡No es de extrañar, tampoco, que este estudio, a pesar de los estrictos límites que me impuse, creciera sin cesar hasta llegar al presente tamaño de dos monografías independientes, aunque muy relacionadas! Y aún tengo la molesta sensación de haber llegado sólo a la superficie, la misma sensación que tenía sobre mi comprensión del discurso cuando escribí *Texto y contexto* hace tres décadas.

Por lo tanto, espero que a pesar de las obvias imperfecciones que tienen mis libros y de que están incompletos, otras personas asuman el desafío y desarrollen el campo de los estudios del contexto como una de las áreas más importantes de los estudios del discurso en todas las disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales.

Como siempre, los comentarios críticos y las sugerencias son bienvenidos (vandijk@discursos.org).

Barcelona, marzo de 2011
Teun van Dijk
Universidad Pompeu Fabra

Notas:

1. La siguiente formulación de la tesis más importante de este libro, ha sido corregida en esta versión española del libro original en inglés.

Agradecimientos

Me complace agradecer los comentarios críticos y las sugerencias de algunos de mis colegas más respetados.

En primer lugar, estoy en deuda con Ronald Macaulay por su lectura y comentarios comprensivos, generosos y detallados del capítulo sobre contexto y discurso. Él es uno de aquellos sociolingüistas que han enfatizado que la sociolingüística no debería limitarse al estudio de la variación de la *–r* post-vocálica, sino que debería abocarse al estudio mucho más amplio de la manera en que el discurso puede variar en las situaciones sociales. Walter Kintsch, Art Graesser, Rolf Zwaan y Celso Álvarez-Cáccamo leyeron el capítulo sobre cognición de manera crítica y estoy en deuda con ellos por sus múltiples correcciones, sugerencias y referencias. También le agradezco a Michelle Lazar por su lectura crítica del capítulo 4. No podría estar más de acuerdo con ella al referirse a que las primeras investigaciones también deberían contextualizarse siempre especificando el lugar, el tiempo y los sujetos a los que se aplican. Me satisface contar con la opinión experta de Theo van Leeuwen en el capítulo sobre lenguaje y contexto. Le debo mucho a Anita Fetzer, editora y autora de libros sobre el contexto, quien leyó el manuscrito completo de manera crítica; muchas de las ideas que no abordo en este libro (adecuación, Grice, etcétera) las aborda ella en su trabajo. Barbara Tversky y Bridgette Martin me enviaron estudios cognitivos relevantes sobre la estructura de la experiencia y la comprensión de los acontecimientos. Finalmente, mis agradecimientos a los revisores anónimos de este libro.

1
Hacia una teoría del contexto

El martes día 18 de marzo de 2003, el Primer Ministro británico Tony Blair dio un discurso en la Cámara de los Comunes en el que proponía una moción para permitir una acción militar británica contra Irak «por su continua falta de cumplimiento de las Resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas». Después de leer la moción, comenzó su discurso de la siguiente manera:

> De entrada, opino que es correcto que la Cámara debata sobre este asunto y dicte sentencia. Esa democracia es nuestro derecho, pero otros luchan en vano por ella. Otra vez aclaro que no es que no respete las opiniones que están en oposición a las mías. Se trata, ciertamente, de una elección difícil, pero también absoluta: retirar las tropas británicas y regresar o mantenernos firmes en el curso de acción que hemos establecido. Creo fervientemente que debemos mantenernos firmes en ese curso. La pregunta más frecuente no es «¿Por qué importa?», sino «¿Por qué importa tanto?». Aquí estamos, el gobierno, ante su prueba más seria, su mayoría en riesgo, la primera renuncia del Gabinete por un problema de políticas, los partidos principales divididos internamente, personas que están de acuerdo con todo lo demás…
> [Parlamentarios: «¿Los partidos principales?»]
> Ah, sí, claro. El Partido Liberal Demócrata, unido, como siempre, en el oportunismo y el error.
> *[Interrupción].*

Para que tanto los parlamentarios presentes como nosotros los lectores y analistas podamos entender este fragmento —como está transcrito en el registro oficial Hansard— es obviamente fundamental conocer la gramática y las normas del discurso. Al mismo tiempo, dicha comprensión requiere grandes cantidades de «conocimiento sobre el mundo», es decir, sobre la democracia o las tropas británicas e, implícitamente en este fragmento, sobre Irak. Así podemos entender, entre otras muchas cosas, que el hablante está defendiendo el envío de tropas a Irak para lograr la democracia, a la vez que está suponiendo, entre muchas otras cosas, que Irak no es una democracia y que las tropas (la guerra, etcétera) pueden lograr la democracia.

Esta comprensión, sin embargo, que se basa en la gramática, normas discursivas y el conocimiento del mundo, es sólo parte de nuestra comprensión. Lo que los parlamentarios entienden particularmente es también que dicha intervención es apropiada en este debate y en el parlamento, así como por qué, cuáles son las funciones del parlamento y lo que el hablante, Tony Blair, está haciendo en este momento (en contraste con lo que está hablando, lo que está queriendo decir o a lo que está haciendo referencia, por ejemplo, en este caso, las tropas británicas).

Es decir, no sólo entiende el texto del discurso de Blair, sino que también su contexto. Saben que la persona que está hablando es Tony Blair. Al mismo tiempo, saben que está hablando como Primer Ministro y como líder del gobierno británico actual; que se está dirigiendo a ellos como parlamentarios y miembros de partidos políticos; que su intención es defender la actual política con respecto a Irak de su gobierno; que cuando se refiere a

«la Cámara» se está refiriendo deícticamente a «esta» Cámara de los Comunes de la cual son miembros y en la que está hablando en ese momento; que se está burlando del Partido Liberal Demócrata por su supuesto oportunismo; y mucho más.

Al entender la combinación texto en contexto de este discurso, los parlamentarios, y nosotros como lectores del informe Hansard, comprendemos de qué trata este discurso realmente: de una manera específica de «hacer política» por medio de la participación en debates políticos. Gracias a nuestro conocimiento del contexto político de este discurso, sabemos que no sólo se trata de una muestra de inglés gramatical y con significado, sino que también es apropiado para la situación actual de un debate parlamentario y también entendible como parte del proceso político de toma de decisiones y de legislación parlamentarias. En resumen, entendemos la función política central de este discurso.

Como analistas sabemos que los parlamentarios entienden el discurso de Blair (más o menos) de esta manera no sólo porque nosotros también lo hacemos, dado nuestro conocimiento sobre política, debates parlamentarios, el Reino Unido y la historia mundial actual, sino también porque Blair y los parlamentarios varias veces expresan, suponen y señalan dicho entendimiento «contextual», tanto en ésta como en partes posteriores de este debate (consulte el análisis en *Sociedad y discurso*). Por ejemplo, en este fragmento Blair utiliza varias expresiones deícticas que se refieren de manera explícita a la manera en que él mismo entiende el contexto actual de su discurso, al incluir los referentes «yo», «la Cámara», «este asunto», «nuestro derecho», «[yo] opino», «el curso de acción que hemos establecido», «aquí estamos, el gobierno», «los partidos principales»; es decir, refiriéndose a la situación actual y a sí mismo como hablante, su función como Primer Ministro, el parlamento, los partidos políticos británicos, la política actual, etcétera.

En sus intervenciones posteriores en este fragmento, los parlamentarios también muestran su comprensión del contexto, por ejemplo, al cuestionar críticamente la referencia de Blair a los partidos principales y «olvidar» al Partido Liberal Demócrata. Es decir, estos parlamentarios muestran que tienen una definición diferente de la situación comunicativa relevante, y la reacción irónica de Tony Blair muestra nuevamente que entiende esta construcción alternativa del contexto de los parlamentarios al explicitarla bajo la forma de una idea de último momento: la presencia del Partido Liberal Demócrata como partido en la Cámara… y en el debate. En otras palabras, su comprensión pragmática del discurso de Blair implica su contextualización, es decir, involucra inferencias sobre su definición de la situación comunicativa, una definición con la que pueden no concordar.

Vemos que la producción y el entendimiento del texto y el habla implican fundamentalmente lo que tradicional e informalmente se conoce como el «contexto» de este discurso, lo que comprende categorías como la identidad y papel del participante, el lugar, el momento, la institución, las acciones políticas y el conocimiento político, entre otros componentes. Lo más probable es que un análisis más detallado exigirá un estudio con más detalle de este fragmento y su contexto, como el hecho de que el comentario irónico de Blair sobre el Partido Liberal Demócrata presupone que éste es parte de la oposición y no del partido o los partidos de gobierno. Sin embargo, no se trata de una

presuposición o implicancia semántica como es el caso de que el apoyo a las tropas presupone que el Reino Unido tiene tropas, y que además está involucrado en una acción militar; por el contrario, se trata de alguna clase de presuposición pragmática o contextual basada en el conocimiento político sobre la interacción política actual en el debate.

También podemos ver que este fragmento no sólo contiene una pregunta y una respuesta, sino que la pregunta puede oírse como un desafío a Blair y que su respuesta a este desafío puede entenderse como «ironizar». Además, aunque el análisis interaccional de este fragmento puede y debería refinarse, no permite una comprensión completa de lo que está sucediendo sin un análisis más profundo de las propiedades relevantes del contexto, como la relación entre Tony Blair como Primer Ministro y los miembros del Partido Laboral y su opinión sobre el Partido Liberal Demócrata y su oposición a éste. Sin un entendimiento contextualizado de estas características, no sabemos que la interrupción del Primer Ministro no es sencillamente una pregunta, o incluso una crítica, sino que también es una forma de oposición política si los hablantes son miembros de la oposición. Sólo a través de una comprensión política del contexto relevante, la respuesta de Blair se puede entender como una ironía y, de esta manera, como un ataque político importante al Partido Liberal Demócrata. En otras palabras, para comprender este fragmento como una interacción, es decir, para entender lo que Blair está haciendo realmente, los parlamentarios, así como nosotros los analistas, debemos construir un contexto (político) apropiado para el fragmento.

A partir de este ejemplo y mis breves comentarios analíticos, también podemos concluir que el análisis contextual del discurso va más allá del análisis o la comprensión gramatical, «textual» e interaccional. Asimismo, este análisis va más allá del análisis «cognitivo» tradicional. No sólo necesitamos explicitar el conocimiento del mundo que sostiene la comprensión semántica de este fragmento, sino que también requerimos el conocimiento político más específico necesario para construir un contexto relevante para este fragmento y, por lo tanto, entender su significado político como una contribución apropiada a un debate parlamentario y al proceso político en el Reino Unido.

En otras palabras, entender un discurso significa entenderlo en contexto. En consecuencia, el análisis del discurso y el análisis conversacional necesitan explicitar lo que son los contextos y la manera exacta en que se analizarán las relaciones entre contextos y discursos de manera que expliquen cómo lo hacen los usuarios.

¿Qué es el «contexto»?

Tanto en la conversación cotidiana como en el discurso científico, con frecuencia usamos nociones generales como «lenguaje», «discurso», «acción», «mente», «conocimiento», «sociedad» o «poder», pero nos resulta difícil definirlas de una manera más o menos satisfactoria. Lo dicho anteriormente a menudo significa que estamos frente a nociones fundamentales que requieren teorías complejas, o también disciplinas completas, para explicar sus propiedades. Al mismo tiempo, con frecuencia tenemos campos

especializados de filosofía que se encargan de dichos conceptos.

Lo mismo es cierto para la noción de «contexto». Quizás porque la vemos como medianamente más formal que conceptos relacionados como «situación», «circunstancias» o «escenario», utilizamos la idea de «contexto» siempre y cuando queremos indicar que un fenómeno, evento, acción o discurso tiene que verse o estudiarse en relación con su escenario, es decir, con las condiciones y consecuencias «circundantes». Así, no sólo describimos, sino que también explicamos especialmente la incidencia o las propiedades de un fenómeno central en los términos de algunos aspectos de su contexto.

Cuando nos referimos informalmente al «contexto» del discurso de Tony Blair, podemos resumirlo en líneas generales con la descripción «el debate parlamentario en la Cámara de los Comunes del Reino Unido el 18 de marzo de 2003». Sin embargo, posteriormente también podríamos definir el contexto del discurso de Blair en términos mucho más amplios como el «debate sobre la guerra de Irak» o incluso como la «política exterior del Reino Unido». Es decir, los contextos vienen determinados en diferentes tamaños o ámbitos; pueden ser más o menos micro o más o menos macro; y, metafóricamente hablando, parecen ser círculos concéntricos de influencia o efecto de algunas situaciones, acontecimientos o discursos.

Por otra parte, parece haber una relación mutua de influencia condicional entre los acontecimientos y sus contextos. El contexto más amplio de la política exterior de Blair (o, en términos más generales, del Reino Unido), como las relaciones con Estados Unidos o la situación en Oriente Medio, sin duda explica muchos aspectos del debate parlamentario actual así como también el discurso de Tony Blair. Y, al mismo tiempo, el debate y el discurso actual contribuyen a esta misma política exterior del Reino Unido. El texto y el habla no sólo son componentes de sus contextos (o incluso producidos por éstos), sino que también parecen componerlos: al dirigirse al parlamento acerca de la acción militar en Irak, Tony Blair también está estableciendo o definiendo la política exterior del Reino Unido.

Vemos que la noción de «contexto» se usa con frecuencia para ubicar o explicar cosas. Las cosas se ponen o se ven en su «propio contexto» y a menudo nos instan a no sacar de contexto o a no describir las cosas sin su contexto. Ésta es también la razón por la que el esquema del informe noticioso de la prensa generalmente tiene una categoría de contexto especial que ubica los acontecimientos actuales en su contexto político, social o histórico (Van Dijk, 1988b).

El «contexto» en las humanidades y las ciencias sociales

Podemos concluir a partir de esta caracterización informal de la noción de «contexto», que no entendemos a cabalidad los fenómenos complejos sin entender su contexto. Lo citado anteriormente también es cierto en el caso de los discursos parlamentarios. Apenas podríamos entender grandes partes y especialmente la función política central del

discurso de Blair si no supiéramos que está defendiendo su política con respecto a Irak en la Cámara de los Comunes británica. Gran parte del «contenido» de este discurso sobre Irak podría ser debatido (y así ha sido) por otros hablantes en otras ocasiones, también fuera del parlamento, pero, obviamente, con funciones muy distintas si se expresa en situaciones diferentes. En esta situación del debate parlamentario, sólo Blair como Primer Ministro —así como también algunas otras personas autorizadas por las normativas y el Presidente de la Cámara— puede abrir el debate, presentar mociones y realizar otras acciones políticas. Y, al revés: lo que Blair dice, y cómo lo dice, puede no resultar apropiado en otras situaciones. De hecho, es poco probable que durante una discusión familiar en casa, Tony Blair dijera algo como «no es que no respete las opiniones que están en oposición a las mías». Aparentemente, el contexto también controla el estilo del discurso, como en el caso de este uso formal de la atenuación retórica (lítotes) y sus opciones léxicas (por ejemplo, «en oposición a las mías» en lugar de «opuestas» o «disidentes»). Es decir, como Blair conoce los límites contextuales específicos de los debates parlamentarios en el Reino Unido, puede formular el contenido y el estilo de su discurso en concordancia con dichos límites.

Literatura, semiótica y arte

En el estudio de la literatura y el arte, en varios momentos históricos, los alumnos debían estudiar las obras de arte y sus estructuras «por sí solas», ignorando el contexto social y las condiciones psicológicas del autor. Con el tiempo, esta posición «aislacionista» o «autónoma» (*l'art pour l'art*, formalismo, nuevo criticismo, lectura detallada [*close reading*], etcétera, Bell-Villada, 1996; Gibbons, 1979; Erlich, 1965) fue rechazada a favor de un enfoque más «contextual» que explica muchas propiedades de las obras de arte en términos de «circunstancias» psicológicas, sociales, culturales o históricas. Esto no significa que debemos ser menos precisos y sistemáticos en la descripción de las estructuras de un poema o una novela, sino que nuestra comprensión es seguramente más completa cuando podemos describir y también explicar muchas más propiedades de los textos literarios en función de sus varios contextos. La contextualización es una parte fundamental de nuestra comprensión de la conducta humana, en general, y de la literatura, otros textos y el habla, en particular. De hecho, el con-texto se llama así, porque viene con «textos» etimológicamente hablando.

Se pueden realizar observaciones similares para la aparición de la nueva interdisciplina de la semiótica en los años sesenta, uno de los paradigmas del movimiento estructuralista en las humanidades (consultar, entre un vasto número de otras introducciones, Eco, 1978). En gran parte basada en conceptos abstractos de «signos» aplicados a otras formas del discurso y la comunicación, por ejemplo, en la literatura, la narrativa, las películas, la danza, las artes o el diseño, e inspirada en las ideas estructuralistas de Saussure, Jakobson, Hjelmslev, Martinet, Barthes, Greimas y otros, fueron pocos los estudios semióticos que se fijaron en los contextos sociales o culturales. Sin embargo, hacia la década de los noventa, con la aparición de una semiótica social más explícita y el análisis crítico de los mensajes multimodales, la semiótica tomó una dirección

investigativa más social (consultar, por ejemplo, Hodge y Kress, 1988; Van Leeuwen, 2005).

Lingüística

Lo mismo sucede con el estudio del lenguaje, como veremos con más detalle más adelante (capítulos 2 y 4). No se necesitan muchos conocimientos históricos de la lingüística para saber que esta disciplina se limitó durante décadas a un estudio «formalista», «estructuralista» o «transformacional» de los signos, sonidos, palabras, oraciones, significados o actos de habla (consultar, por ejemplo, los capítulos en Aronoff, 2003). En dichos estudios apenas se menciona, si es que se hace, y por lo general sólo en los capítulos introductorios, el hecho de que el lenguaje y el uso del lenguaje son fenómenos sociales, obviamente, y que necesitan estudiarse en sus contextos sociales y culturales. Pocas escuelas lingüísticas, originalmente interesadas sólo en la gramática, han explorado el papel del contexto, a excepción del enfoque sistémico y otros enfoques funcionales, a los que nos referiremos en el capítulo 2 (consultar el trabajo de Givón, en Givón, 2005, por ejemplo).

Tenemos que esperar hasta finales de la década de los sesenta para ser testigos de la aparición de nuevas interdisciplinas como la pragmática, la psicolingüística, la sociolingüística y la etnografía del habla, que comenzaron a profundizar en los «contextos» cognitivos y especialmente sociales y culturales del lenguaje y su uso (consultar las referencias en capítulos posteriores y especialmente en *Sociedad y discurso*).

De esta manera, en el límite de la lingüística y la filosofía, el estudio de los actos de habla, las implicaciones y los postulados conversacionales (Austin, 1962; Grice, 1975; Searle, 1969) por primera vez no sólo enfatizan el papel de la acción social en el uso del lenguaje, sino que también explican las condiciones contextuales (formales) de la adecuación de las expresiones, como una de las características de la nueva interdisciplina de la pragmática. Es también en este marco donde la noción de «contexto» se analiza en su propio derecho (véase, por ejemplo, Stalnaker, 1999; Horn y Ward, 2004).

Susan Ervin-Tripp, una de las pioneras de la sociolingüística, se encuentra entre aquellos lingüistas que defendieron el estudio explícito del contexto de manera más enfática, al tiempo que criticaban la falta de análisis contextual en los primeros estudios:

> La omisión del contexto en las explicaciones lingüísticas ha tenido lugar porque algunos lingüistas han considerado que la estructura contextual es demasiado caótica, demasiado idiosincrática, como para caracterizarla sistemáticamente. Cuando los lingüistas comenzaron a identificar las reglas variables (Labov, 1969, 1-44), la separación de lo variable de lo obligatorio o categorial era obvio e inevitable. Los variacionistas han introducido el contexto en su análisis gradualmente. Lo que estamos comenzando a hacer es usar contrastes en los elementos lingüísticos, incluidos aquellos que son variables, como nuestra señalética para identificar tanto la estructura de la conversación como la estructura del contexto, ciertamente la estructura social inmediata para los hablantes. Los elementos lingüísticos pueden decirnos cuáles son las categorías humanas naturales para el contexto. Dicho enfoque puede al fin sistematizar el dominio del contexto (Ervin-Tripp, 1996: 35).

Estudios del discurso

Los estudios del discurso que surgieron en la década de los sesenta trajeron importantes ideas nuevas al estudio del lenguaje y la comunicación (Van Dijk, 1985, 1997). Sin embargo, muchas de sus primeras contribuciones fueron más bien estructuralistas y formales. Las primeras gramáticas textuales a menudo emulaban gramáticas generativas de la oración (Van Dijk, 1972), aunque con intentos de incorporar una explicación formal del contexto como parte de un componente pragmático (Van Dijk, 1977). Los primeros estudios de género (por ejemplo, de la narrativa y la argumentación) por lo general seguían un paradigma formal y pocas veces utilizaban enfoques más contextuales. La psicología cognitiva del procesamiento del texto más tarde generó luces sobre lo que podría llamarse el «contexto cognitivo» del discurso, pero —con algunas excepciones— lo haría en términos de una mente aislada socialmente (Van Dijk y Kintsch, 1983).

Estos primeros análisis discursivos dieron un paso hacia la explicación del contexto, pero principalmente limitaron dicho contexto al contexto verbal o co-texto (Petöfi, 1971) para unidades del lenguaje o del uso del lenguaje. Muchos estudios del «contexto», tanto en la lingüística como en otros enfoques más formales, aún limitan esta noción al «contexto verbal» de palabras, oraciones, proposiciones, expresiones o turnos de conversación previos (y a veces siguientes).

Tuvimos que esperar hasta finales de los años setenta y principios de los ochenta antes de que las estructuras discursivas se estudiaran más sistemáticamente en sus contextos sociales, históricos y culturales, algo que ya se hacía en parte en la sociolingüística (Labov, 1972a, 1972b) y en la etnografía del habla (Bauman y Sherzer, 1974; consultar a continuación y para más detalles véase *Sociedad y discurso*).

Análisis crítico del discurso

A finales de los años setenta, un grupo de investigadores liderado por Roger Fowler inició una mirada más crítica y sociopolítica al uso del lenguaje, el discurso y el poder, defendiendo el estudio de la «lingüística crítica» (Fowler, Hodge, Kress y Trew, 1979). Durante los años ochenta y noventa este enfoque «crítico» se transformó rápidamente en un movimiento internacional de Análisis Crítico del Discurso (ACD), bajo la influencia inicial de académicos europeos (Fairclough, 1995; Fairclough y Wodak, 1997; Jäger, 1993b; Van Dijk, 1993b, 2001; Wodak y Meyer, 2001).

Más que la sociolingüística, la etnografía de la comunicación u otros enfoques de los aspectos sociales y culturales del uso del lenguaje, este movimiento crítico se interesaba específicamente en la reproducción discursiva del poder social (Fairclough, 1989; Wodak, 1989), el estudio crítico del discurso político (Chilton, 1985), la ideología (Van Dijk, 1998) y el estudio de los problemas sociales fundamentales, como el racismo (Jäger, 1993a, 1998; Reisigl y Wodak, 2000; Van Dijk, 1984, 1987, 1993a, 2007; Wodak y Van Dijk, 2000). Este movimiento se desarrolló en paralelo y se inspiró en el movimiento feminista y el estudio crítico del género, el lenguaje y el discurso (de un vasto número de estudios, consultar Eckert y McDonnell-Ginet, 2003; Holmes y Meyerhoff, 2003; Lazar,

2005b; Wodak, 1997; véanse muchas otras referencias en el capítulo 4).

A pesar de este estudio extensivo de las dimensiones sociales y políticas del discurso, el ACD no desarrolló su propia teoría del contexto y de las relaciones contexto/discurso (véase también la crítica de Blommaert, 2001 sobre el contextualismo limitado del ACD). De hecho, muchos de sus estudios presuponían varias formas de determinismo social, según las cuales el discurso está controlado directamente (o «en última instancia») por fuerzas sociales.

Sociología

También en el campo de la sociología los años sesenta trajeron una renovación al sumar una dimensión cualitativa y microsociológica importante al estudio de la sociedad enfocándose en los detalles de la interacción situada en general y en la conversación en particular (consultar, por ejemplo, Button, 1991; Ten Have, 1999). Sin embargo, estos primeros estudios «etnometodológicos» siguieron de muchas maneras el mismo patrón de la lingüística, centrándose inicialmente más en las estructuras formales de la interacción y la conversación, como las reglas para tomar turnos, que en su «situacionalidad» social (Sacks *et al.*, 1974). Más tarde, las estructuras metodológicas del análisis conversacional se aflojaron un poco (o simplemente se ignoraron) con el fin de colocar las estructuras y estrategias de la conversación y la interacción en su «contexto» social, institucional o cultural de manera más explícita (si quieres acceder a los primeros trabajos en esta nueva dirección del análisis conversacional, consulta, por ejemplo, Boden y Zimmerman, 1991; y muchas otras referencias en *Sociedad y discurso*). Desde finales de la década de los noventa, también nos encontramos con una atención cada vez mayor al contexto en el análisis conversacional y en los enfoques relacionados para el estudio del uso del lenguaje y la interacción (consultar también la publicación especial editada por Karen Tracy, 1998).

Etnografía y antropología

Si existe una sola disciplina que por definición debe considerarse una excepción a esta tendencia general de las humanidades y las ciencias sociales de concentrarse en las propiedades formales primero y de tratar con las situaciones, el contexto y los factores ambientales después, es la antropología. De cierta manera, esto resultaba cierto en el caso del estudio general y más amplio de la cultura, y obviamente también es cierto para la mayoría de los estudios etnográficos del discurso que, por definición, no se limitan a la exposición del discurso solamente.

Sin embargo, de una manera muy parecida a las disciplinas mencionadas anteriormente y, de hecho, con frecuencia precediendo e influenciándolas, la antropología moderna también ha pasado por fases estructuralistas y formalistas. En los años sesenta, el estudio sistemático de las leyendas y mitos en la antropología (por ejemplo, de Levi-Strauss; consultar Levi-Strauss, 1963) se transformó de muchas maneras en el paradigma para el estructuralismo en el caso de la nueva disciplina de la semiótica y en estudios

relacionados, primero en Europa y luego en Estados Unidos y el resto del mundo.

Al mismo tiempo, en Estados Unidos la etnografía realizó una contribución original en los años sesenta al enfocarse en el estudio detallado de los «eventos comunicativos» y la «competencia comunicativa» de los miembros de una comunidad (Bauman y Sherzer, 1974; Saville-Troike, 2002). En este paradigma, Dell Hymes, su fundador, formuló su conocido modelo *Speaking* como un resumen de los factores contextuales de los eventos comunicativos (Hymes, 1972), una de las primeras explicaciones más explícitas de las estructuras del contexto. Aunque esta formulación era bastante programática para la etnografía del habla, no condujo a una exploración sistemática de los factores contextuales del uso del lenguaje y del discurso.

Al principio, estos avances en la antropología estuvieron muy relacionados con los de la lingüística y otras ciencias sociales. Como en el caso de las disciplinas antes mencionadas, tuvimos que esperar una década para que estos estudios etnográficos tomaran un rumbo más «contextual», al introducir nociones como la «recontextualización» (Bernstein, 1971), por un lado, por ejemplo en el trabajo de Gumperz y otros (Gumperz, 1982a, 1982b), y dimensiones como identidad, poder, estructura social o relaciones étnicas, por el otro (consultar, por ejemplo, las contribuciones en Duranti, 2001). Como se ve con más detalle en mi libro *Sociedad y discurso*, la antropología lingüística se volvió así (otra vez) una de las disciplinas más importantes, esta vez debido a varios académicos —como Hymes, Gumperz, Duranti y Hanks, entre otros— y también a estudios que trataban explícitamente del contexto.

Psicología

La psicología tradicionalmente se concentró en la «conducta» individual de las personas y más tarde en sus «mentes» y mucho menos en el «contexto» más allá de las condiciones experimentales del laboratorio, en el cual los factores «contextuales» se presentan principalmente como variables independientes, como género, edad o conocimiento de los sujetos experimentales. Nuevamente, lo citado anteriormente fue cierto para gran parte de la psicología conductual y cognitiva hasta los años ochenta y sigue siendo así para gran parte de la corriente dominante de la psicología hoy en día, incluso en el caso de la llamada psicología «social». Como siempre, existen excepciones notables, como el trabajo de F.C. Bartlett y Herbert Clark, al que me referiré en el capítulo 3. En las últimas décadas, el interés en el papel del contexto en el procesamiento del discurso ha crecido rápidamente en el caso de la psicología cognitiva. Pero al igual que los enfoques sociales para abordar el discurso han ignorado la naturaleza cognitiva de la comprensión del contexto, la mayoría de los psicólogos cognitivos no le han prestado mucha atención a los enfoques sociales para abordar la contextualización. Incluso aquellos psicólogos interesados en el discurso, por lo general se centraban en las estructuras del discurso, el significado y la naturaleza de su interpretación en los «modelos situacionales» de la memoria, en lugar de concentrarse en el papel del contexto (y su representación en la memoria) en la producción y la comprensión. El estudio de la

«cognición social» en la psicología social moderna pareció entregar el contexto social necesario para el estudio de la cognición pero por lo general se limitó al estudio de los esquemas mentales formalistas y experimentos en laboratorios que apenas se diferenciaban de aquellos de la psicología individual (Augoustinos y Walker, 1995). De hecho, hasta hace poco resultaba difícil encontrar una referencia a un libro sobre la sociedad o la cultura en la corriente principal de la psicología social. Sólo a partir de los años ochenta comenzamos a presenciar el desarrollo hacia una orientación «social» y «crítica» para el estudio de las mentes, el conocimiento, las personas, los grupos y las actitudes, por un lado, y un enfoque más discursivo e interaccional para abordar la psicología social, por el otro (de entre varios estudios, consultar, por ejemplo, Resnick, Levine y Teasley, 1992; y otras referencias en *Sociedad y discurso*).

Informática e inteligencia artificial

Curiosamente, existen más trabajos sobre el contexto en enfoques formales de la informática, la inteligencia artificial (IA) y el área del procesamiento de lenguajes naturales que en la psicología (véase, por ejemplo, Hovy 1998; 1990). Estos enfoques buscan explicar en términos formales la interpretación del discurso, por ejemplo, de los pronombres, las expresiones deícticas, los tiempos verbales, las presuposiciones, la acumulación de conocimiento y muchas otras propiedades del discurso que necesitan modelos contextuales (véase, por ejemplo, Akman, Bouquet, Thomason y Young, 2001; Iwan Ska y Zadrozny, 1997). Este trabajo se relaciona con estudios de gramática formal, lógica y filosofía, originalmente inspirados por Montague (1974) y Hans Kamp (véase Kamp y Partee, 2004; Kamp y Reyle, 1993). Aunque a menudo se le denomina pragmática formal, la mayor parte de esta línea de investigación se concentra en la semántica, es decir, en cómo interpretar expresiones discursivas en términos de contextos (formalmente representados), más que en su adecuación. Este acercamiento formal al contexto es también la única dirección investigativa que representa el contexto como modelos, como yo lo haré, pero no como modelos formales, sino mentales. Además, estos académicos son los únicos que organizan una conferencia bianual sobre el contexto.

En estos paradigmas formales, los contextos a menudo se reducen a conjuntos de proposiciones (como en Sperber y Wilson, 1995) y muy pocas veces se analizan por derecho propio más allá de los parámetros obvios como el tiempo, el lugar y el conocimiento compartido (base común) de los participantes, como también sabemos gracias a la psicología (véase también Clark, 1996).

El «contexto» en otras disciplinas

El análisis del contexto no se limita a las disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales. De los miles de libros que tienen la palabra «contexto» en su título o descriptores bibliográficos, muchos tienen que ver con otros fenómenos y disciplinas.

De hecho, se podría decir que el contexto no sólo es un concepto o categoría estudiado en muchas disciplinas, en cada una de las cuales tiene un significado medianamente

diferente y con implicaciones distintas. Por el contrario, podemos hablar de *contextualismo*, es decir, de un movimiento, perspectiva o tipo de teoría que en el caso de cada disciplina se contrasta con otras formas libres de contexto, abstractas, estructuralistas, formalistas, autónomas, aisladas o «introvertidas» de estudiar los fenómenos. De esta manera, en muchas disciplinas el contextualismo implica que los fenómenos siempre deben estudiarse en relación con una situación o ambiente, como es el caso de los estudios del lenguaje y el discurso.

Por ejemplo, en la filosofía, y especialmente en el caso de la epistemología, el contextualismo rompe con una teoría del conocimiento que no considera el contexto o que cree en verdades absolutas en la que el conocimiento tradicionalmente se define como creencias verdaderas justificadas. La epistemología contextualista conceptualiza una noción de conocimiento más realista y que tiene sentido (Blaauw, 2005; Brendel y Jäger, 2005; Preyer y Peter, 2005). Enfatiza que la verdad de las creencias puede variar dependiendo de las situaciones sociales: lo que es cierto en un contexto, para algunas personas, puede no serlo en otros, de manera que también el conocimiento puede variar en términos de contexto (véase el capítulo 3 para un análisis de los conceptos filosóficos de contexto y conocimiento).

Por definición, el estudio de la historia se centra en el contexto histórico del discurso. Como es el caso de varias otras disciplinas en las ciencias sociales, tales como las ciencias políticas y la educación, la mayoría de los datos de la investigación histórica constituyen varias formas de texto y habla (Struever, 1985; Blommaert, 2005, y capítulo 6). Ciertamente, la historia también se ha descrito en términos de «comunidades» de discurso (Wuthnow, 1989). El estudio de la «historia oral» se ha transformado en un método y un enfoque importante en los campos de la historia, la narratología y los estudios del discurso, y además es particularmente relevante para la explicación de las relaciones entre los acontecimientos sociales y su interpretación personal desde la perspectiva de los miembros sociales (véase, por ejemplo, Charlton, Myers y Sharpless, 2006; Douglas, Roberts y Thompson, 1988; Tonkin, 1992). Dentro del campo más amplio del Análisis Crítico del Discurso, Wodak defiende específicamente un enfoque histórico más sistemático (Martin y Wodak, 2003), por ejemplo en sus primeros estudios del antisemitismo (véase Wodak *et al.*, 1990, entre otros muchos estudios). Véanse también los estudios históricos del discurso del periodo nazi (Maas, 1984). Desafortunadamente, no podré dar cuenta del vasto campo del análisis discursivo de la historia.

Muy relacionado con los demás estudios de las ciencias sociales que tratan con el discurso está el interés en el contexto en el campo de las ciencias de la comunicación. En gran parte esbozado en base al patrón de la investigación de la psicología social tradicional, dicho interés en el contexto generalmente se centra, por una parte, en las dimensiones contextuales como las variables independientes que influyen en los mensajes comunicativos o, por otro lado, en los «efectos» de los mensajes (de los medios de comunicación o de persuasión) sobre las personas. Sin embargo, existen algunas publicaciones que muestran un interés más explícito en el estudio del contexto en la

comunicación, como es el libro editado por Owen (1997), publicado por una editorial aparentemente enfocada en el contexto: Context Press, de Reno en Nevada, Estados Unidos.

En su introducción, James Owen destaca especialmente el estudio de Stephen Pepper (1942) sobre hipótesis del mundo: una de estas visiones de mundo (además del «mecanismo», «formismo» y «organismo») es el «contextualismo». La metáfora a partir de la cual surge este contextualismo es el «acontecimiento histórico» o el «acto» que está vivo en el escenario actual; cada individuo experimenta estos acontecimientos que tienen lugar en el mundo real de una forma nueva; el objetivo del contextualista es la comprensión, un proceso personal y situacional. Como es el caso de otros estudios editados sobre el contexto, en este libro varios de los artículos sólo tienen relaciones indirectas con una teoría del contexto; más bien siguen las direcciones investigativas respectivas de cada autor. Uno de estos estudios, de Gary Cronkhite (sobre la representación cognitiva de las situaciones retóricas), que resulta relevante en mi propio enfoque, será revisado con más detalle en el capítulo 3. Muchos autores incluidos en el libro, como Shailor (1997: 97-98), destacan la relación de esta clase de contextualismo con el pragmatismo del campo de la filosofía y con el enfoque Manejo Coordinado del Significado (MCS) de las ciencias de la comunicación que defienden Pearce, Cronen y sus asociados, para quienes los contextos no son «cosas encontradas, sino que… logros interpretativos».

En el campo de los estudios de la organización existe un debate sobre si los discursos deben estudiarse de forma autónoma o dentro de sus contextos organizacionales, sociales, políticos, etcétera (Grant, Hardy, Oswick y Putnam, 2004; Barry, Carroll y Hansen, 2006).

En la biología (Smocovitis, 1996), la física (Kitchener, 1988) y otras ciencias, existen estudios que enfatizan que las formas de vida o los acontecimientos físicos tienen que estudiarse en sus contextos respectivos. Este libro no puede incluir un estudio más detallado de estos enfoques, pero deberían considerarse como una manifestación intelectual de la misma clase de preocupación meta-teórica, es decir, que podemos entender mejor los fenómenos cuando los vinculamos explícitamente a sus ambientes.

Resultados similares en muchas disciplinas

Podemos ver que la mayoría de las humanidades y ciencias sociales han mostrado resultados muy similares entre los años sesenta y ochenta, es decir, una expansión desde el estudio formal de las oraciones, discursos, actos de habla, interacción, eventos comunicativos o procesamiento mental, a enfoques más sensibles a la situación social o el contexto. Durante los años noventa, en la mayoría de los estudios discursivos, la sociolingüística, la psicología social, la etnografía, la lingüística formal y la inteligencia artificial contemporáneos, el «contexto» y la «contextualización» se han transformado en conceptos clave y otras disciplinas, como la filosofía, la historia y algunas otras ciencias naturales, se han visto influenciadas por varias formas de «contextualismo».

Se podría esperar que, gracias a estos avances, la noción de contexto se use

ampliamente en muchas disciplinas y que se han escrito muchos artículos y monografías relativos a esta noción. Pero la verdad no es ésa. Existen muchos artículos y libros que exhiben la noción de contexto en su título o descriptores, pero, generalmente, estas publicaciones no estudian el contexto *per se*, sino que simplemente lo dan por sentado.

Existen artículos, libros editados y ediciones especiales de revistas especializadas que estudian la noción de contexto de manera más explícita (véase, por ejemplo, Auer y Luzio, 1992; Duranti y Goodwin, 1992; Fetzer, 2004; Leckie-Tarry, 1995; Owen, 1997; Tracy, 1998, y otras referencias en los capítulos siguientes), pero hasta ahora no existe una sola monografía que ofrezca una teoría integrada de la noción de contexto en las humanidades y las ciencias sociales. Este libro tiene como objetivo —junto con *Sociedad y discurso* (Van Dijk, 2011)— ofrecer una teoría que sea integrada y multidisciplinaria.

Los usos cotidianos de la palabra «contexto»

Antes de concentrarme en la noción de «contexto» sistemática y explícitamente en los capítulos que vienen a continuación, debo describir y delimitarlo de una manera más informal. Para lograrlo, comencemos con un vistazo a algunos usos cotidianos de la palabra «contexto», seguido por un estudio sistemático de los usos de «contexto» en varios corpus.

1. Una búsqueda en Google el 30 de julio de 2007 produjo cerca de 243.000.000 entradas.
2. En el corpus de 56 millones de palabras en inglés que constituye el «WordBank» del CD-ROM de la lengua inglesa, *Collins/COBUILD* (2002), la palabra «contexto» aparece 1.642 veces, es decir, una vez cada 34.104 palabras. Sólo para comparar, una palabra en apariencia más común, «situación», aparece 7.655 veces y «ambiente», 4.369 veces. Las colocaciones típicas relevantes (palabras que aparecen juntas) para «contexto» son: «social», «histórico», «más amplio», «cultural», «europeo», «familiar», «moderno», «contemporáneo», «internacional» y «global» (así como las palabras obvias, como artículos definidos e indefinidos, demostrativos y preposiciones, como «en» o «dentro de», y verbos como «puesto», «llevado» o «visto».
3. Los diccionarios presentan dos significados básicos de la palabra «contexto»: contexto verbal, y condiciones y circunstancias, como es el caso del Diccionario enciclopédico íntegro Webster del inglés (edición de 1996):

   a. partes de una declaración escrita o hablada que anteceden o preceden una palabra o pasaje específico y que por lo general influye en su significado o efecto: Malinterpretaste mi oración porque la sacaste de contexto.
   b. conjunto de circunstancias o hechos que circundan un evento, situación, etcétera, en particular.

4. El Diccionario universitario de Merriam-Webster utiliza el término «condiciones interrelacionadas» para el segundo significado y menciona «ambiente» o «escenario»

como sinónimos. El Diccionario español de la Real Academia Española (DRAE) también se refiere a estos dos significados básicos.
5. Una inspección informal del uso de la noción de «contexto» en los medios de comunicación cimentado en la base de datos Nexis-Lexis muestra los usos de la palabra sólo en términos de circunstancias sociales, políticas o históricas o trasfondo de los eventos.

Estas primeras observaciones del uso cotidiano del término «contexto» muestran varias cosas. En primer lugar, aunque la palabra «contexto» se usa en millones de sitios web, se utiliza menos que las palabras con significados relacionados, como «situación» o «ambiente». Lo anterior también sugiere que «contexto» tiende a usarse en eventos comunicativos escritos más formales.

En segundo lugar, los diccionarios básicamente presentan dos significados: contexto verbal y situación o conjunto de circunstancias sociales, políticas, económicas o históricas; o en términos de extensión geográfica, como en el caso de «contexto internacional». En ambos casos, la idea es que el contexto de alguna manera influye en una palabra, pasaje, significado o acontecimiento o permite una (mejor) interpretación. De ahí el conocido principio que dice que a las personas no hay que citarlas «fuera de contexto» (McGlone, 2005).

En tercer lugar, los usos reales de la palabra en la prensa, tanto en Estados Unidos como en España, favorecen el segundo significado del diccionario de «situación» u «ocasión» y significados relacionados, como «perspectiva», etcétera.

Debido a las opiniones y noticias que aparecen en la prensa, el significado de «contexto» se relaciona especialmente con trasfondos sociales, políticos, financieros y culturales. En general, entonces, los usos cotidianos de «contexto» implican que algo (un acontecimiento o acción) se relaciona con situaciones, condiciones, circunstancias o trasfondos dados. En términos de las conocidas metáforas utilizadas por la psicología Gestalt, diríamos que el contexto es el «fondo» para la «figura» enfocada (Köhler, 1929).

Un estudio de corpus de la palabra «contexto» en títulos académicos

Para explorar aún más el uso de la noción científica de contexto, se realizó un estudio de corpus preliminar de los 3.428 títulos de libros en inglés (2002) de la Biblioteca del Congreso (en Washington) y de los 5.104 títulos de artículos del Índice de Citación de Ciencias Sociales (entre 1993 y 2001) que incluían la palabra «contexto».

Igual que en el caso de los títulos de artículos, un análisis de corpus (que aquí no se reporta) arrojó que el término contexto en los títulos de libros generalmente se refiere a situaciones, factores o variables temporales, geográficos y socioculturales que inciden en los fenómenos centrales estudiados en dichos libros. La noción de «contexto verbal» (co-texto) casi no aparece fuera del ámbito de la lingüística. Con frecuencia la noción de

contexto apenas tiene significado e indica sólo vagamente alguna relación entre un fenómeno estudiado y otra cosa, como en el caso de «contexto de cambio» o «contexto de crisis». Además, la influencia del contexto se menciona sin referirse de qué clase de contexto se habla.

Esta breve síntesis de un estudio de corpus preliminar de los usos «científicos» de contexto, como se resume en los títulos de artículos y libros en inglés (y, por eso, en principio, un concepto importante para su macroestructura semántica) sugiere que muchos fenómenos sociales no se estudian aisladamente, sino en relación con alguna clase de escenario o ambiente geográfico, histórico, sociocultural u organizacional influyente, que también limita el ámbito de estudio. Estudiar la pobreza, el sida o Administración, por ejemplo, junto con un gran número de otros fenómenos de la sociedad, por lo general es imposible en términos generales, y los libros y los artículos en particular sólo pueden estudiar dichos sujetos limitando el ámbito de estudio a un periodo, país, cultura, vecindario u organización en particular.

Hacia una teoría del contexto nueva y multidisciplinaria

En este libro no voy a explorar estos usos de la palabra «contexto», sino que esbozaré los elementos de un marco de referencia para un concepto teórico del contexto que pueda usarse en teorías del lenguaje, el discurso, la cognición, la interacción, la sociedad, la política y la cultura. Antes de concentrarme en los detalles de dicha teoría en los siguientes capítulos y antes de definir la palabra contexto en el lenguaje, la cognición, la sociedad y la cultura respectivamente, permítanme resumir algunos de sus principios fundamentales. Primero lo haré sin hacer referencias relevantes a otros trabajos, ya que éstas se entregarán en capítulos posteriores.

Los contextos son constructos subjetivos de los participantes. Contrario a la mayoría de los enfoques que conceptualizan los contextos como propiedades objetivas de situaciones sociales, políticas o culturales, yo considero los contextos como constructos de participantes o definiciones subjetivas de las situaciones interaccionales o comunicativas. Esto no significa que las situaciones y las estructuras sociales y políticas no puedan tener dimensiones objetivas (por ejemplo, de tiempo y espacio) o que los miembros de la sociedad no las vivan como «reales». El punto fundamental aquí es enfatizar que dichas situaciones sociales son capaces de influir en el discurso sólo mediante las interpretaciones (inter) subjetivas que hacen los participantes. Una perspectiva así constituye un caso especial que considera que las situaciones sociales son constructos sociales, y que sólo como tales pueden influir en toda la conducta humana.

Los contextos son experiencias únicas. Como definiciones subjetivas de situaciones comunicativas, los contextos son constructos únicos que ponen de manifiesto las experiencias incorporadas (*embodied*) *ad hoc* de las percepciones, conocimiento,

perspectiva, opiniones y emociones en proceso relacionadas con la situación comunicativa actual. Como tales, los contextos únicos también condicionan las maneras únicas de usar el lenguaje, es decir, discursos únicos. Una de las razones por las cuales las definiciones subjetivas de la misma situación comunicativa son únicas y diferentes para cada participante es que, por definición, sus conocimientos (opiniones, emociones) en cada momento deben ser mínimamente diferentes en cada interacción para que tengan sentido. Los contextos son modelos mentales. En teoría, los constructos subjetivos de los participantes se explicarán en términos de un tipo especial de modelo mental: el modelo contextual. Este modelo representa las propiedades relevantes del ambiente comunicativo en la memoria episódica (autobiográfica) y controla continuamente los procesos de producción y comprensión del discurso (para revisar mis primeros acercamientos al contexto en términos de modelos, véase Van Dijk, 1977, 1981, 1987; Van Dijk y Kintsch, 1983; para revisar las primeras ideas detalladas de la teoría actual, véase Van Dijk, 1998).

Los contextos son un tipo específico de modelo experiencial. Si los contextos son modelos mentales que representan situaciones comunicativas, también son un tipo especial de modelos mentales que las personas construyen permanentemente sobre las situaciones y ambientes de sus vidas cotidianas, modelos que podemos llamar «modelos experienciales». La solución al complejo problema de la conciencia humana puede requerir una teoría de dichos modelos experienciales. Estos modelos dinámicos controlan todas las percepciones e interacciones en proceso y consisten en categorías básicas como el escenario espacio-temporal, los participantes, sus varias identidades, los acontecimientos o acciones en proceso y los objetivos actuales.

Es este modelo experiencial el que no sólo representa al ser y al ambiente de los seres humanos conscientes de manera subjetiva, sino que también controla sus acciones actuales, de manera que sean significativas para la situación actual.

Los modelos contextuales son esquemáticos. Los contextos considerados como modelos mentales consisten en esquemas de categorías convencionales, compartidas y que dependen de la cultura, las que permiten interpretaciones rápidas de acontecimientos comunicativos en proceso (Van Dijk, 1981; Van Dijk y Kintsch, 1983). Sin dichos esquemas y categorías culturales, los participantes no podrían entender, representar y actualizar situaciones que algunas veces pueden resultar extremadamente complejas en tiempo real, es decir, en (fracciones de) segundos. Dichas categorías son, por ejemplo, el tiempo, el lugar, los participantes (y sus varias identidades y roles), la acción, los objetivos y el conocimiento. Sin embargo, las teorías empíricas necesitarán perfeccionar estas teorías del contexto considerado como esquemático. Cada (fragmento de una) situación comunicativa puede originar una combinación, configuración y jerarquía diferente de estas categorías. Por ejemplo, el género y la ocupación consideradas como categorías del participante (identidad) pueden ser (construidos como) más o menos importantes en diferentes situaciones o en momentos distintos de la «misma» situación.

Los contextos controlan la producción y comprensión del discurso. Lo más relevante de todo es la suposición que todos los contextos, definidos como modelos mentales, controlan los procesos de producción y comprensión del discurso y, por lo tanto, las estructuras e interpretaciones del discurso. Ésta es la base cognitiva, así como también la explicación, de lo que tradicionalmente se llama la influencia de la sociedad en el texto o el habla y el proceso que garantiza que los usuarios del lenguaje son capaces de dar forma a su discurso de manera apropiada con respecto a las propiedades relevantes (para ellos) de la situación comunicativa. Obviamente, necesitamos una teoría cognitiva detallada de los procesos y representaciones involucrados. No obstante, a pesar de este procesamiento cognitivo fundamental del contexto y el discurso, estos procesos de los usuarios del lenguaje se insertan en condiciones sociales y culturales más amplias compartidas por éstos como miembros de grupos y comunidades. Aunque los contextos son definiciones subjetivas únicas de situaciones comunicativas, sus estructuras y su construcción obviamente tienen una base social, por ejemplo en términos de cogniciones sociales compartidas (conocimiento, actitudes, ideologías, gramática, reglas, normas y valores) de una comunidad discursiva, como también es el caso de las categorías esquemáticas que definen las posibles estructuras de los contextos. Esto significa que los contextos también tienen una dimensión intersubjetiva importante que permite la interacción y comunicación social para empezar. Por ejemplo, aunque los modelos contextuales de los parlamentarios durante el discurso de Blair pueden ser subjetivos y únicos, sin duda comparten los «hechos» intersubjetivos de que son parlamentarios y que están escuchando al Primer Ministro en el parlamento el 18 de marzo de 2003, entre otras propiedades de la situación comunicativa del debate parlamentario. Sin embargo, cada parlamentario puede representar estos «hechos» compartidos a su propia manera subjetiva en relación con la relevancia, la perspectiva, las opiniones, las emociones, etcétera, actuales asociadas a la «base común» compartida. En otras palabras, los contextos son tanto personales como sociales, como también es el caso de los discursos que éstos controlan. Veremos que las cogniciones sociales (conocimientos, etcétera) en general, y específicamente los recursos lingüísticos y comunicativos también pueden definirse como parte de la base del contexto de los participantes: si estos recursos son fragmentarios, los contextos también pueden resultar deficientes (véase, por ejemplo, Blommaert, 2001).

Los contextos son dinámicos. Los contextos como modelos mentales no son estáticos, sino que son dinámicos (para revisar una idea preliminar de este principio, consultar Van Dijk, 1977). Se construyen para cada nueva situación comunicativa y luego se actualizan y adaptan constantemente a (la interpretación subjetiva de) los límites actuales de la situación, incluidos el discurso y la interacción que siguen a continuación. Es decir, los contextos se desarrollan «permanentemente» y «en línea», es decir, en paralelo con la interacción y (otros) pensamientos.

Los contextos con frecuencia, y en gran parte, son planeados. Por muchas razones sociales y cognitivas, incluso los contextos únicos no aparecen, obviamente, de la nada al momento de la interacción. Como es el caso para todas las interacciones y experiencias, los participantes ya saben y planean por adelantado muchas de las propiedades probables de la situación comunicativa. De esta manera, además de sus propias identidades, a menudo sabrán o planificarán con quién hablarán o se comunicarán, cuándo, dónde y con qué objetivos. Éste es especialmente el caso de los modos escritos y formales de la comunicación, pero también de interacciones mucho más espontáneas. Además, los eventos comunicativos con frecuencia están insertos en eventos sociales más amplios ya representados (experimentados) por los participantes, como es el caso de una conversación durante una fiesta o una reunión profesional. La planificación y el conocimiento anticipado de los contextos son posibles gracias a que los contextos específicos se construyen a partir de los esquemas y categorías de contextos generales (culturalmente compartidos) y porque las personas cuentan con recuerdos acumulados de eventos comunicativos del pasado. Así, como es el caso de los géneros discursivos, los tipos de contexto también pueden «aprenderse». De hecho, muchos aspectos del evento comunicativo del discurso de Tony Blair ya habrán sido planificados o conocidos de antemano por los receptores y por él mismo, ya que todos conocen el género y el tipo de contexto de un debate parlamentario. Las interpretaciones en curso de los acontecimientos reales y de la interacción completarán finalmente los detalles exclusivos de un modelo contextual de estas características.

Las funciones pragmáticas de los modelos contextuales. La función fundamental de los modelos contextuales es asegurarse de que los participantes pueden producir discursos apropiados a la situación comunicativa actual y entender la adecuación del discurso de otros (Fetzer, 2004; Van Dijk, 1977, 1981). En este sentido, una teoría del contexto sería uno de los objetivos de una explicación pragmática del discurso. Explica cómo los usuarios del lenguaje adaptan su interacción discursiva a los «ambientes» cognitivos y socioculturales actuales. Esta teoría también hace explícitas las condiciones de eficacia usuales de los actos ilocucionarios y las condiciones de adecuación de la cortesía y otras dimensiones de la interacción (Austin, 1962; Searle, 1969). Por lo tanto, una teoría explícita del contexto proporciona al mismo tiempo una base sólida para varios enfoques en la pragmática.

El contexto *versus* los textos. El contexto, considerado como un modelo mental, no puede reducirse al discurso, como lo implicarían algunos enfoques constructivistas y psicológicos (por ejemplo, Edwards y Potter, 1992). Los contextos se llaman así precisamente porque no son «textos», aunque algunas propiedades de textos previos, por ejemplo, el conocimiento implicado, puede ser o puede volverse parte de los contextos. Los modelos contextuales y sus propiedades siguen siendo, en gran parte, implícitos y presupuestos. Influyen en el texto y el habla de maneras indirectas que sólo se explicitan en el texto y el habla bajo circunstancias específicas (problemas, errores, malos

entendidos). De hecho, Tony Blair no necesitó decir quién es, que es el Primer Ministro, etcétera, porque sabe que los parlamentarios ya lo saben, como parte de sus modelos contextuales, ya que coinciden con los de Tony Blair.

Cuando es necesario, los contextos se señalan o se indexan, más que ser completamente expresados. Sus propiedades, con frecuencia, necesitan inferirse a partir de estructuras y variaciones del discurso utilizadas en diferentes situaciones sociales y esto es lo que tanto los receptores como los analistas hacen. Un ejemplo es la indexación de nuestra orientación sexual al referirnos a nuestras esposas o esposos (Rendle-Short, 2005).

A pesar de la naturaleza generalmente implícita de los contextos, éstos también pueden ser discursivos. En las conversaciones cotidianas así como en muchos tipos de habla institucional, se puede hacer una referencia implícita o explícita a otros textos o hablas anteriores. El discurso burocrático puede consistir en grandes «trayectorias textuales» (Blommaert, 2001). El discurso de los medios de comunicación se relaciona con varios «discursos fuente» (Meinhof y Smith, 2000; Van Dijk, 1988b). En otras palabras, la intertextualidad (véase, por ejemplo, Plett, 1991) puede ser una condición importante para la significación y la adecuación del discurso.

Uno de los problemas teóricos específicos a los que tenemos que enfrentarnos (véase el capítulo 4) es si en la misma situación comunicativa también se deberían considerar partes anteriores del discurso actual como parte del contexto. Por ejemplo, ¿lo que se ha afirmado generalmente se vuelve parte de la base común del conocimiento compartido de los participantes?

Contextos y relevancia. Los contextos no representan situaciones sociales o comunicativas completas, sino que sólo, y de manera sistemática, aquellas propiedades que son *relevantes* en el momento. Es decir, una teoría de los modelos contextuales es al mismo tiempo una teoría de la relevancia personal e interaccional de las interpretaciones de la situación de los participantes (en el capítulo 3, veremos hasta qué punto esta teoría se relaciona con la teoría de la relevancia de Sperber y Wilson, 1995, y sus diferencias).

Macro- y microcontextos. Los modelos contextuales pueden representar situaciones sociales o comunicativas a varios niveles generales y específicos (Van Dijk, 1980). Es decir, por un lado, los modelos pueden representar interacciones situadas, temporales, en curso y cara a cara a nivel micro (por ejemplo, del discurso actual o fragmento discursivo de Blair); y, por el otro, situaciones sociales o históricas, en otras palabras, una estructura social, a nivel macro (toma de decisiones parlamentarias sobre la guerra de Irak, la política exterior británica, etcétera). Estos niveles pueden variar dentro del mismo acontecimiento comunicacional e indexarse como tal durante el discurso. A modo de ejemplo, en su crítica irónica del Partido Liberal Demócrata, Blair activa temporalmente su membrecía en el partido, así como la de sus receptores, como algo relevante, una propiedad típica de una situación más permanente y global. Asimismo, la acción a nivel local de Blair es un discurso parlamentario y los actos que lo componen, pero a un nivel

más global está implementando una política exterior británica. En mi libro *Sociedad y discurso* (Van Dijk, 2011) mostramos que un enfoque que involucra un modelo y una teoría a las definiciones de la situación también resuelve los viejos problemas del vínculo macro-micro de la sociología.

Los contextos son el «centro de mi/nuestro mundo». Los contextos son esencialmente egocéntricos. Se definen por un conjunto de parámetros que incluyen un escenario que constituye el *hic et nunc* del acto de habla o escritura en curso, del ego como hablante u oyente, de otros participantes a los que me dirijo o a los que escucho ahora, así como también de las acciones sociales actuales en las que participo en el momento con objetivos y propósitos específicos y sobre la base de lo que sé y creo ahora. Las propiedades de esta naturaleza «egocéntrica» de los contextos definen las condiciones de muchas expresiones deícticas diferentes de muchos idiomas, como los pronombres personales, los pronombres demostrativos, los tiempos verbales, los verbos de movimiento, las preposiciones, las expresiones de cortesía y deferencia, etcétera. Sin embargo, algunos idiomas y culturas, definen las coordenadas espaciales en términos absolutos y dicen, por ejemplo, no «detrás de ese árbol» (en relación a la posición del ego/hablante», sino que «al norte del árbol» (Levinson, 2003). Fíjense que estos parámetros contextuales de orientación también tienen extensiones metafóricas: uno puede estar espacial o ideológicamente «a la izquierda» de alguien y considerar que otros son temporal o ideológicamente modernos o anticuados (Fabian, 1983) dependiendo de la ubicación o posición propia. Lo mismo sucede con la membresía contextual de los participantes y con la distinción entre pertenencia y no pertenencia a un grupo, lo que generalmente se expresa con los pronombres ideológicos «nosotros» *versus* «ellos».

La semántica y la pragmática del contexto. El discurso y sus propiedades pueden señalar, indexar o expresar propiedades de los contextos de diferentes formas, por ejemplo, mediante expresiones indexicales o deícticas. No obstante, debemos tener cuidado al distinguir entre la semántica y la pragmática de dichas expresiones. Es decir, una descripción de la referencia a elementos de la situación comunicativa actual, como el tiempo presente, el hablante o el receptor, por ejemplo, mediante expresiones como *yo* y *tú*, respectivamente, es parte de una explicación semántica del discurso. Dicha descripción puede ser parte de la semántica de una situación (Barwise y Perry, 1983). Por otra parte, una explicación pragmática no trata sobre la referencia (extensión, verdad, etcétera), sino sobre la adecuación del uso de ésas y otras expresiones en la situación comunicativa actual. Por ejemplo, *tu* y *vous* en francés son equivalentes semánticos (ambos se refieren al receptor al que se dirige alguien), pero son pragmáticamente diferentes sobre la base de diferencias socialmente atribuidas entre el hablante y el receptor, según la representación del modelo contextual del hablante. El análisis del contexto con frecuencia se asocia a un enfoque pragmático, pero vemos que algunos aspectos de una teoría de la relación texto-contexto son semánticos. Este libro se

concentra en el enfoque pragmático más que en el enfoque semántico del contexto, en parte porque éste último se ha explorado exhaustivamente en otros estudios sobre la deixis y la semántica relativa o situacional de varias disciplinas (Akman *et al.*, 2001; Barwise y Perry, 1983; Hanks, 1992; Jarvella y Klein, 1982; Levinson, 1993, 2003).

Adecuación. He destacado que el enfoque pragmático del contexto debe explicar la adecuación relativa del discurso (véase Fetzer, 2004; Van Dijk, 1981). Ese criterio está alineado con la formación correcta de la sintaxis, la significación de la semántica intencional y la verdad (satisfacción, etcétera) de la semántica extensional y referencial. Sin embargo, la noción de adecuación no se ha definido con mucha precisión, sino que simplemente conceptualiza que el discurso como acción social es aceptable, correcto, acertado, etcétera, en términos normativos. Así, Blair puede dar un discurso político apropiadamente en el parlamento, pero no puede tener una conversación informal con los parlamentarios sobre el color de sus corbatas en la misma situación. Debe usar tratamientos formales específicos en lugar de tratamientos informales coloquiales, etcétera. En otras palabras, su discurso y las propiedades variables deben coincidir convencionalmente con la definición actual y normativa de la situación, por ejemplo, como un debate parlamentario. Dicha adecuación puede definirse para todos los niveles y dimensiones del discurso, como la entonación, la selección léxica, la sintaxis, expresiones indexicales, temas, actos de habla y turnos de habla, entre otros. Estos niveles discursivos se examinarán en el capítulo 4. Asimismo, se puede distinguir entre diferentes tipos de adecuación en términos de tipo de parámetros contextuales involucrados. De esta manera, el uso de un pronombre informal para dirigirse a alguien de nivel más alto implica una clase diferente de violación de adecuación que repetir proposiciones que los receptores ya conocen.

La adecuación pragmática no debe confundirse con el seguimiento o infracción de varias clases de normas discursivas o interaccionales, como la argumentación, el relato o la conversación. Por ejemplo, en ocasiones las interrupciones pueden resultar «inapropiadas», pero no por razones pragmáticas y contextuales, sino por las normas de la conversación o el debate (como en el parlamento). Lo mismo pasaría si contamos una historia sin ninguna complicación o razonamos sin ningún argumento. Es verdad que apenas analizamos el discurso como acción y no sólo como estructura verbal, es difícil distinguir entre normas formales y normas de adecuación. De esta forma, ser poco cortés puede implicar infringir normas de tratamiento —ser poco apropiado en términos sociales — y, a la vez, amenaza la imagen del receptor. Obviamente, una teoría explícita del contexto debe hacer varias nociones de la adecuación más explícitas.

Tipos de contextos y géneros. De la misma manera en que lo hacemos con el discurso, podemos clasificar los contextos en diferentes tipos y estos tipos por lo general se relacionan con diferentes géneros del discurso. De esta manera, los géneros, contextos, eventos comunicativos o prácticas sociales pueden clasificarse de muchas maneras, por ejemplo, en esferas (públicas y privadas), modos (hablados, escritos, digitales, etcétera),

dominios sociales principales (política, medios de comunicación, educación, etcétera), instituciones u organizaciones, (parlamento, universidad, tienda), roles y relaciones de los participantes (doctor-paciente, Primer Ministro-parlamentarios), objetivos (tomar decisiones, gobernar, etcétera), entre otras dimensiones que pueden tomarse como tantas propuestas de categorías de un esquema contextual formal. A niveles superiores o inferiores se pueden elaborar aún más nociones teóricas para desarrollar la tipología y así hacer la teoría del contexto y su inserción social más explícitas. De esta manera, los dominios se pueden volver a agrupar en campos que organicen la toma de decisiones, la acción y el control colectivos (política, leyes, administración, etcétera), un campo simbólico para el intercambio de conocimiento y creencias (medios de comunicación, educación, ciencia, religión, etcétera), un campo de producción (fabricación de productos) y un campo de servicios (centros de salud, etcétera). A un nivel inferior, los géneros, los eventos comunicativos o las situaciones sociales pueden volver a clasificarse en términos de subtipos de acciones como obtención de conocimiento sobre personas (entrevistas, interrogatorios), intercambio de conocimiento científico (congresos, artículos, etcétera), control de las acciones de las personas (órdenes, detenciones, instrucciones, manuales, etcétera), entre otros.

Los contextos varían en términos culturales. Los esquemas contextuales y sus categorías pueden ser culturalmente variables, por lo que pueden definir diferentes condiciones de adecuación para el discurso en sociedades distintas. Aunque algunas categorías contextuales pueden (o deben) ser universales, como es el caso de los hablantes y las varias clases de receptores, así como el conocimiento, otras deben ser más variables en términos de las culturas; por ejemplo, las propiedades sociales específicas de los participantes. El nivel social, el poder y el parentesco son propiedades importantes de los participantes en los esquemas contextuales de muchas culturas, pudiendo controlar, por ejemplo, varias expresiones de cortesía y deferencia; sin embargo, otros esquemas pueden ser más específicos, como hablarle a la suegra, e incluso irrelevantes, como la longitud del cabello de un participante. Una teoría general del contexto debe explicar dichos universales culturales y las diferencias del contexto.

Enfoques cognitivos y sociales que abordan el contexto. He definido el contexto como una clase específica de modelo mental, es decir, como representaciones subjetivas de las situaciones comunicativas de los participantes, y no como las situaciones comunicativas mismas, como es el enfoque tradicional. Más adelante, se mostrará con detalle que las situaciones sociales no influyen directamente en el uso del lenguaje y el discurso y por qué, y que dicha influencia sólo es posible a través de modelos mentales. Dicha interfaz mental representa de manera subjetiva aspectos relevantes de la situación comunicativa y, al mismo tiempo, es la clase de estructura cognitiva que puede controlar la producción y comprensión del discurso. Según algunas perspectivas ampliamente aceptadas de la ciencia cognitiva, ésta es la manera en que las situaciones sociales y la estructura social influyen en el texto y el habla. Por lo tanto, los enfoques tradicionales

que dan cuenta de la influencia social del uso del lenguaje y el discurso, por ejemplo, en la sociolingüística o los Estudios Críticos del Discurso, no están completos sin esa interfaz cognitiva esencial. Ésta también es una de las razones por las cuales el estudio de las variables sociolingüísticas tiende a ser superficialmente correlacional, porque sin esta interfaz es imposible explicar la producción al detalle y los vínculos de interpretación entre la sociedad y el discurso.

Una definición de los contextos en términos de modelos mentales no implica que reduzcamos las influencias sociales a mentales. Por el contrario, así describimos y explicamos cómo las estructuras sociales locales y globales pueden influir en el texto y el habla en primer lugar. Es decir, incluso una teoría del contexto con bases cognitivas es parte de una teoría social más amplia de las relaciones entre la sociedad y el discurso. Hasta ahora, contamos con teorías sociológicas de las situaciones y la estructura social y con teorías lingüísticas y de análisis del discurso de las estructuras del texto y el habla, pero las relaciones entre estos tipos diferentes de estructuras nunca se han explicitado, incluso si definimos el discurso como una práctica social, porque aun así necesitamos mostrar exactamente de qué manera las estructuras sociales influyen en las propiedades de esa práctica social. Por lo tanto, hasta ahora sólo contamos con especulaciones filosóficas, correlaciones estadísticas superficiales o varias formas de determinismo, ninguna de las cuales explica realmente la naturaleza de las relaciones entre la sociedad y el discurso; por ejemplo, por qué personas diferentes que se encuentran en la misma situación social, pueden hablar de forma distinta. Mi punto de vista es que una teoría social del discurso que relacione las estructuras discursivas con las situaciones sociales y la estructura social también debe exhibir varios componentes cognitivos, es decir, en términos de cogniciones sociales compartidas (conocimiento, ideologías, normas y valores) en general, y modelos mentales únicos de los miembros sociales en particular. Sólo entonces tenemos una teoría integrada del discurso y el uso del lenguaje en general y del contexto, en particular. Ésa es también la razón por la cual mi acercamiento general hacia el discurso se denomina socio-cognitivo: mi objetivo es integrar enfoques sociales y cognitivos que aborden el discurso en un solo marco teórico coherente, sin reducciones, sin vínculos ausentes. De hecho, el habla no es sólo una práctica social, sino que también mental: el habla es al mismo tiempo pensamiento y acción.

Hacia una teoría de situaciones sociales. Si los modelos contextuales representan subjetivamente situaciones comunicativas, dicha explicación presupone una teoría más general de las situaciones y de la interpretación de las situaciones. Y si tales modelos explicitan las experiencias de los participantes durante la interacción y la comunicación, los modelos contextuales también son un caso especial de experiencias cotidianas más generales. En los siguientes capítulos, así como también en *Sociedad y discurso*, veremos que ése es precisamente el caso, y que una teoría del contexto debe estar inserta en teorías más generales de la representación y la comprensión de las situaciones sociales y la interacción durante ellas. Es decir, muchas de las categorías convencionales de las situaciones comunicativas serán similares a las que las personas usan para entender

cualquier clase de situación o episodio social y para actuar apropiadamente en dicha situación. Es en este sentido que una teoría del contexto se relaciona sistemáticamente con otras teorías cognitivas, sociales y culturales de las experiencias y la interacción humanas diarias.

Cuestiones terminológicas

«Contexto» y «situación»

Para evitar confusiones terminológicas, utilizo los términos teóricos «contexto» y «modelo contextual» como conceptos definidos arriba, es decir, como un modelo mental específico, o una interpretación subjetiva, de los participantes de las propiedades relevantes (sociales, interaccionales o comunicativas) de la situación en la que participan. En otras palabras, cuando estudios anteriores con frecuencia utilizan la palabra «contexto», yo uso «situación» comunicativa.

Uno de los problemas terminológicos es cómo definir la noción de «situación» en mi propio marco, no sólo otra vez como un constructo participante y, por lo tanto, como un modelo mental (un «modelo de situación comunicativa»). Los modelos de situación comunicativa son, claro está, diferentes a los modelos contextuales, porque pueden tener muchas propiedades que por lo general resultan irrelevantes para los modelos contextuales, como el color de la ropa de las personas, su altura y un vasto número de otras propiedades de las situaciones sociales que resultan relevantes en términos sociales, pero no comunicativos. En ese sentido, un modelo contextual es una selección específica de reconstrucción de un modelo de situación (véase *Sociedad y discurso* para acceder a un análisis detallado de la noción de «situación»).

Además de esta definición construccionista o cognitiva de situación, se debe tener en mente que los participantes viven las situaciones comunicativas o sociales como episodios reales en sus vidas diarias y no como meras creencias, excepto en el caso de problemas o conflictos, en los cuales pueden ser conscientes de que ellos y sus receptores pueden «ver» la «misma» situación como algo diferente.

En una explicación más formal, podemos definir las situaciones como fragmentos demarcados espacio-temporalmente de mundos (sociales) posibles.

«Texto» versus *«contexto»*

Otro problema teórico y terminológico es la distinción entre «contexto» y «texto» (habla, discurso, interacción verbal, etcétera), que se discutirá en el capítulo 4. El punto es que dicho par terminológico presupone que el discurso es en sí mismo un objeto, acción o evento focal y el contexto alguna clase de «ambiente», como parecía ser el caso de los usos informales de la noción de contexto.

Si ése fuera el caso, aún necesitamos un término para describir la combinación de discurso y su ambiente social relevante y yo utilizaré ocasionalmente el término episodio

comunicativo o interaccional para estos eventos comunicativos situados (véase *Sociedad y discurso*; y Forgas, 1979). Entonces, los episodios son fragmentos complejos de las vidas diarias de miembros de la sociedad, que consisten en discurso y otras interacciones sociales, y las propiedades relevantes de la situación social, como el tiempo, el lugar, los roles y las relaciones sociales, los objetivos y el conocimiento. Fíjense que la noción de «situación» a menudo se usa más o menos en el mismo sentido que «episodio».

Otra manera de teorizar y definir la relación entre «texto» y «contexto» es considerar el discurso (el habla, etcétera) como parte del contexto. En ese caso, los contextos (es decir, los modelos mentales) son modelos de episodios comunicativos y no sólo del ambiente situacional del discurso. Más tarde veremos que existen buenas razones para asumir que el discurso, como acción, es parte de los contextos, en el sentido de que los participantes también representan su propia acción en curso clasificándola y reflexionando sobre ella. No obstante, en ese caso también necesitamos un término especial para denotar el «ambiente» situacional del discurso, sin el discurso mismo, y luego podemos usar el término «situación» para denotar dicho ambiente, como también lo hacemos en la expresión «interacción situada». En otras palabras, en esta perspectiva «inclusiva» sobre los contextos, el discurso y la interacción tienen lugar «en» una situación comunicativa, donde el discurso y la situación son cosas diferentes.

El problema es que una terminología apropiada en términos teóricos no cuadra con la terminología informal ni las intuiciones usadas por muchos. Por lo tanto, decidí usar términos teóricos que no se alejaran mucho de los usos informales. De esa manera, puedo resumir mi terminología provisionalmente de la siguiente manera (la mayoría de estos términos deben revisarse más tarde en detalle en los capítulos relevantes de este libro así como en *Sociedad y discurso*). Podemos distinguir entre una noción inclusiva de contexto (contexto-I), es decir, que incluye la representación mental de la interacción verbal en curso; y una noción exclusiva (contexto-E), es decir, un modelo mental del ambiente situacional de dicha interacción. Después tenemos las siguientes definiciones abreviadas de trabajo que se explicitarán en la teoría:

episodio social = interacción social + situación social
situación social = ambiente social relevante de la interacción social
episodio comunicativo = discurso + situación comunicativa
situación comunicativa = ambiente relevante del discurso
contexto-I = modelo mental subjetivo del episodio comunicativo
contexto-E = modelo mental subjetivo de la situación comunicativa.

Primero analizaré el contexto-E, es decir, el modelo de los ambientes situacionales del discurso, sin el discurso mismo, de manera de poder mostrar cómo dichos ambientes situacionales pueden influir en el discurso mediante modelos mentales. Sin embargo, veremos que por muchas razones teóricas y empíricas dichos modelos contextuales deben extenderse para incluir el discurso, convirtiéndolos en modelos reflexivos de los complejos episodios comunicativos: en los episodios comunicativos los usuarios del lenguaje no sólo están al tanto de su ambiente social, es decir, de la situación

comunicativa «en la cual» están interactuando, sino también de su propio discurso. Otro problema es, entonces, cómo delimitar el discurso como interacción social verbal y su situación comunicativa, por ejemplo, cuando describimos la conducta comunicativa no verbal: los gestos, la imagen social, la distancia, etcétera. Volveré a retomar el tema en el capítulo 4.

«Irak» o los discursos sobre la guerra y la paz

El objetivo principal de este libro es teórico: proporcionar una explicación disciplinaria de la noción de contexto dentro de una teoría más amplia del discurso. Sin embargo, como se ha demostrado al principio de este capítulo, es muy útil fundamentar sobre la base de ejemplos. No podemos «citar» contextos como modelos mentales y, debido a que los contextos por definición vienen con «textos», analizarlos sólo tiene sentido cuando brindamos ejemplos de texto y habla, como una ilustración de la teoría y una garantía empírica, y los (re)construimos en relación a dicho discurso. Veremos que en muchas líneas de investigación de los estudios del discurso y la conversación, los contextos sólo se explican cuando de alguna manera se «exhiben» en el texto y el habla, sólo para asegurarse de que los «contextos» no se salgan de proporción, haciendo que necesitemos una «Teoría de Todo» para describirlos.

A lo largo de este estudio, por lo tanto, haré uso del ejemplo dado al principio de este capítulo y, más tarde (en *Sociedad y discurso*) analizaré otros fragmentos del mismo debate sobre Irak.

En línea con el marco más amplio de los Estudios Críticos del Discurso (ECD), este análisis obviamente también presenta un enfoque más crítico a la clase de abuso de poder y manipulación que, según muchos analistas, ejercían líderes como Bush, Blair y Aznar. «Irak» aquí significa un complejo de temas que organizan discursos sobre la guerra en Irak después de la invasión de Irak por parte de Estados Unidos y sus aliados en marzo de 2003, con el fin de derrocar el régimen de Saddam Hussein y controlar este importante país petrolero de Oriente Medio, entre otros objetivos más o menos encubiertos. Estos discursos siguieron a los devastadores ataques contra las Torres Gemelas y el Pentágono el 11 de septiembre de 2001, llevados a cabo por miembros de al-Qaeda, la cual por lo general se describe como una organización «terrorista», aunque ha habido discursos más o menos públicos sobre la invasión de Irak desde la Guerra del Golfo de 1991 (véase *Sociedad y discurso* para acceder a referencias de estos discursos sobre «Irak» y la «Guerra contra el terrorismo»).

Aparte de los discursos sobre «Irak» de Bush, Blair y Aznar, un vasto número de otros discursos se volvió parte del dominio público, incluidas algunas perspectivas alternativas y discrepantes, en gran parte a través de los medios de comunicación masivos e internet, así como también a través de reuniones y demostraciones en todo el mundo. Estos discursos se han analizado en muchos otros trabajos y necesitan mayor análisis en el futuro. En este estudio, sólo puedo ofrecer algunos ejemplos de un análisis «contextual»

de un género y un ejemplo de este vasto corpus: un debate parlamentario. El objetivo principal teórico, político y crítico de mi análisis «contextual» es mostrar cómo exactamente estos discursos se vuelven políticos, es decir, cómo las propiedades lingüísticas del texto y el habla se integran en las situaciones políticas. En ese sentido, este libro también pretende ser una contribución a la fundación de los Estudios Críticos del Discurso.

Sobre la organización de este libro

Este estudio teórico del contexto originalmente se planeó como una monografía. No obstante, la revisión de una extensa muestra de trabajos de varias disciplinas de las humanidades y ciencias sociales finalmente condujo a una obra mayor que, por razones prácticas, tuvo que dividirse en dos libros independientes. El presente libro se relaciona principalmente con la lingüística, la sociolingüística y las dimensiones cognitivas del contexto, mientras que *Sociedad y discurso* presenta una explicación detallada de los contextos, situaciones y sus propiedades en las ciencias sociales.

En el próximo capítulo se hace un análisis crítico de uno de los enfoques más importantes que aborda el contexto en la lingüística: la Lingüística Funcional Sistémica. Posteriormente, en el capítulo 4 se entrega una explicación más detallada de enfoques anteriores, mayoritariamente sociolingüísticos, del lenguaje, el discurso y el contexto, en el que también trataré nociones relacionadas, como el registro, el estilo y el género.

El capítulo 3, sobre contexto y cognición, constituye el núcleo teórico de este estudio. En él se define la noción misma de contexto considerado como modelos contextuales, sobre la base de la ciencia cognitiva contemporánea. Es en este capítulo donde se explica el subtítulo de esta monografía, que mi perspectiva del contexto es cognitiva (o más bien, sociocognitiva).

No obstante, para enfatizar que no quiero reducir la teoría del contexto a una simple explicación cognitiva, mi otro libro sobre contexto, *Sociedad y discurso* (Van Dijk, 2011), abarca en gran detalle la noción de «contexto» y otras nociones relacionadas («situación» social, etcétera) en el ámbito de la psicología social, la sociología y la antropología. En los capítulos de ese libro analizo el contexto en relación a la cognición social, la interacción social, la estructura social y la cultura, respectivamente. El último capítulo de *Sociedad y discurso* aplica la teoría en un análisis detallado de las características del contexto de fragmentos del debate sobre Irak en la Cámara de los Comunes, que, al mismo tiempo, añade una importante dimensión política y crítica a este estudio.

2
Contexto y lenguaje

Una crítica a la teoría funcional-sistémica del contexto

Introducción

En este capítulo comienzo con una primera evaluación del uso de la noción de «contexto» en la lingüística, lo que haré enfocándome en principio en la teoría lingüística que más se ha enorgullecido de su teoría del contexto: la Lingüística Funcional Sistémica (LFS), fundada por M.A.K. Halliday. Demostraré que este enfoque aborda el contexto en una dirección equivocada, por lo que necesita abandonarse; sin embargo, aunque realizo algunas críticas a la LFS en relación con su explicación del contexto, esto no implica para nada que la LFS no tenga ningún mérito como teoría lingüística. Por el contrario, se han realizado muchos trabajos sobre el discurso en el campo de la lingüística dentro de ese paradigma, incluidos varios estudios que van más allá de la teoría principal, como algunos trabajos más recientes en semiótica, crítica literaria, etcétera.

La razón por la que en este trabajo me limito a una crítica del análisis del contexto de la LFS es, en principio, que este análisis ha tenido una amplia influencia en el mundo durante varias décadas y en muchas ramas del análisis lingüístico del discurso y en los Estudios Críticos del Discurso. Entonces, la razón de ser de esta crítica detallada es demostrar que los enfoques de la LFS tienen que revisarse y dicha crítica no deja espacio, dentro de un capítulo, para un examen detallado del análisis del contexto realizado por lingüistas de otros enfoques. La mayoría de los estudios lingüísticos del contexto, de hecho, tuvieron lugar dentro de la sociolingüística, los que revisaré con más detalle en el capítulo 4, centrándome especialmente en las relaciones entre el contexto y las estructuras discursivas. En ese capítulo también trato sobre el análisis del lenguaje y el contexto en el estudio del estilo, el registro y el género.

En este capítulo no solamente me concentro en la Lingüística Funcional Sistémica por su análisis detallado de la noción de «contexto», sino también porque mi comentario constituye un ejemplo de un estudio de caso minucioso de una aproximación lingüística de la noción de «contexto». (Véase el capítulo 4 para acceder a muchas más referencias a estudios sobre las condiciones sociales del uso del lenguaje).

En el capítulo anterior, señalaba que la mayoría de los trabajos que siguen los paradigmas estructuralista y generativista tienen una orientación «autónoma», es decir,

tienden a desestimar el estudio sistemático de las relaciones entre la gramática y el contexto (social). Como es el caso de la LFS, la mayoría de los estudios que consideran el contexto en la lingüística, se han llevado a cabo sobre la base de paradigmas funcionales, como los que divulgó Dik (1981) y especialmente Givón, quien trata el contexto de manera más explícita, también dentro de una perspectiva cognitiva y de análisis del discurso (Givón, 1989, 1995, 2005; véase también el capítulo 3). Para acceder a una revisión sistemática de los estudios de las relaciones entre gramática y contexto y un análisis detallado de la noción de «adecuación», consultar Fetzer (2004).

Otros aspectos de las relaciones entre el lenguaje y el contexto se han estudiado desde la pragmática, un campo que se ha explorado con cabalidad en muchos otros estudios, por lo que no necesita analizarse aquí (Levinson, 1983; Mey, 1993; Verschueren, Östman y Blommaert, 1995). En varios capítulos de este libro, así como también en *Sociedad y discurso*, sólo vuelvo a examinar las condiciones de adecuación contextual de los actos de habla (Searle, 1969) brevemente.

Como ya existen estos estudios lingüísticos del contexto, en este capítulo no se revisará la misma literatura. Además, la mayoría de estos estudios están enfocados al análisis de las estructuras lingüísticas y casi no estudian las propiedades mismas de los contextos de forma sistemática. En lo que se refiere a la dependencia del contexto a las estructuras pragmáticas y discursivas, consultar también el capítulo 4.

El contexto en la Lingüística Funcional Sistémica

Una explicación crítica completa de la noción de «contexto» de la LFS necesitaría una evaluación general cabal de ésta como cuerpo de una teoría lingüística o como movimiento. Sin embargo, esa tremenda empresa está fuera del alcance de este capítulo y de este libro y, por lo tanto, me concentraré en los varios usos de la palabra «contexto» por parte de diferentes teóricos de la Lingüística Funcional Sistémica. Debido a que el concepto de «contexto» en la LFS está ligado a muchos otros constructos teóricos, no puedo evitar desarrollar una perspectiva algo más amplia para mis comentarios críticos. Por otra parte, la LFS no es sólo una teoría lingüística: muchos de sus lingüistas también han contribuido al estudio del discurso. Esto significa que mi evaluación del análisis del contexto en la LFS también se relaciona con mi perspectiva crítica de ésta, como un marco de estudio del discurso. Ciertamente, muchas de las limitaciones de las teorías del contexto de esta lingüística son, a mi parecer, consecuencia de los defectos de su enfoque más general al abordar el lenguaje y el discurso y como paradigma de investigación.

Estos defectos, que analizaré en más detalle más adelante, pueden resumirse de la siguiente manera:

- demasiada gramática lingüístico-oracional («léxico-sintáctica»);
- muy pocas nociones teórico-discursivas independientes;

- antimentalismo; falta de interés en la cognición;
- teoría social del lenguaje limitada;
- demasiado vocabulario esotérico;
- muy poco dinamismo teórico, desarrollo y autocrítica;

y pueden explicarse generalmente en términos de los orígenes de la LFS en la teoría lingüística de la estructura de la cláusula, es decir, como una gramática oracional. La consecuencia más grave de estos defectos es que, a pesar de asegurar que proporciona una teoría *funcional* del lenguaje, la LFS adolece de una teoría social limitada y le falta una teoría cognitiva, lo que provoca que no sirva como una teoría funcional *explicativa* del uso del lenguaje y el discurso.

Sin embargo, debo enfatizar desde el principio que las falencias del paradigma FS mencionado antes constituyen tendencias generales; no caracterizan a todos los que trabajan con esta lingüística, sino que sólo a muchos de los estudios dominantes de esta rama. También en la comunidad de la LFS, a pesar de su admiración compartida por el trabajo de su fundador y líder, existen disidentes. Además, debo repetir que mi trabajo *no* significa que la LFS no haya hecho contribuciones importantes al estudio del lenguaje y el discurso; sí lo ha hecho, pero no existen ni una teoría ni un enfoque lingüístico perfectos.

Historia del enfoque de la Lingüística Funcional Sistémica para abordar el contexto

La historia del enfoque de la LFS para abordar el contexto se ha contado muchas veces y, por lo tanto, se abordará brevemente. La LFS y muchas de sus nociones tienen su raíz en la tradición de Firth, en el campo de la lingüística, y de Malinowski, en el de la antropología, ambos con residencia en Londres. Si se examina en detalle lo que estos antecesores de la LFS decían sobre el contexto, se genera una desilusión por la naturaleza limitada de su contribución. El hecho de que a pesar de eso hayan sido reconocidos, especialmente pero no únicamente en la lingüística FS, como pioneros intelectuales quizás pueda explicarse porque en su tiempo los demás lingüistas no estaban para nada interesados en el contexto.

Comparada con enfoques más formales de la lingüística, la lingüística de Firth y la LFS enfatizan explícitamente la naturaleza social del lenguaje y del uso del lenguaje. El lenguaje es considerado como una parte inherente de la experiencia de los miembros de una sociedad y cultura; las estructuras lingüísticas, por lo tanto, también deben explicarse en términos de su ambiente «natural» y de las actividades sociales que constituyen. Es dentro de este objetivo general que la noción de «contexto» se introdujo en la lingüística de Firth como el «contexto de la situación». Para aquellas personas que encuentren este concepto un poco extraño, porque aparentemente dice lo mismo dos veces, debe explicarse que hay que entenderlo como el contexto «situacional», en contraste con el contexto «textual» o «lingüístico», por ejemplo, de las palabras y oraciones. Entonces, se

acerca a la noción de «contexto social» como se usa en enfoques relacionados que abordan el lenguaje, como la sociolingüística de Bernstein (también de Londres), con quien tiene parecidos familiares. Para evitar malos entendidos, aquí simplemente usaré la noción general de «contexto» también al describir el concepto de Firth de «contexto de la situación», como se usa en la LFS, y no en mis propios términos de modelos contextuales mentales.

Malinowski

La historia del enfoque de Firth o de la LFS para abordar el contexto por lo general se asocia con el trabajo sobre lenguas «primitivas» de Malinowski. Generalmente, su terminología racista dominante (también habla constantemente de los «salvajes») se olvida —para conveniencia de todos— en muchas de las referencias a su trabajo, al menos en el ámbito de la lingüística, la que hasta hace poco apenas se ocupaba de la inequidad social y el racismo. La razón de la insistencia de Malinowski de que las lenguas «primitivas» deben estudiarse en su contexto de uso era que éstas eran sólo habladas y que, para entenderlas y estudiarlas, al contrario de las lenguas «muertas» estudiadas por los lingüistas, también necesitamos estudiar las situaciones en las que se usan (Malinowski, 1956 [1923]).

Aunque hoy en día dicho argumento puede encontrarse algo trivial, debido a que la importancia del estudio de las lenguas en sus situaciones sociales ya es ampliamente reconocida, incluso en el caso de las lenguas «civilizadas» debe recordarse que, al comienzo del siglo veinte, dicho objetivo era bastante nuevo en la lingüística. Por desgracia, el argumento de Malinowski de que las lenguas o el uso del lenguaje deben estudiarse en contexto es más programático que una contribución concreta a la teoría del contexto. Aparte de mencionar a los hablantes y los oyentes, sólo se esboza una explicación de la naturaleza de dichos contextos y su descripción se limita a unos pocos ejemplos.

Es interesante que el contexto, como veremos más adelante, aquí se reduce en gran parte a lo que puede llamarse el «contexto referencial (o semántico)», que consiste en las *cosas o las personas presentes* en la situación actual. Es decir, la percepción o conciencia de los objetos presentes permite que las expresiones estén incompletas y que el significado de las expresiones deícticas se derive del conocimiento de este contexto. De qué manera exactamente la presencia de cosas o personas explica (o conduce o causa) oraciones incompletas, por ejemplo, en términos de conocimiento compartido e inferencias no se explica en esta simple idea de un contexto «semántico». De hecho, las tendencias más conductistas del paradigma de Malinowski no permiten mucha actividad cognitiva. La naturaleza «pragmática» del contexto social y las demás propiedades de los eventos comunicativos (como los roles de los participantes, entre otros) no se explican en estas primeras ideas sobre el contexto. Es decir, a pesar de la insistencia de Malinowski de que el lenguaje es un «modo de acción» (pág. 312) y que las «funciones primitivas» del lenguaje son esencialmente «pragmáticas» (pág. 316), su idea de contexto no es una

gran contribución al estudio de la naturaleza *funcional* del lenguaje. Lo anterior porque sus ejemplos parecen limitarse a la semántica contextual y no sugieren un concepto de «contexto» con orientación pragmática. Sin embargo, su perspectiva de que el uso del lenguaje no es mero pensamiento o «contemplación», sino que acción y experiencia (pág. 327) y que los usos del lenguaje «han dejado su huella en la estructura lingüística» (pág. 327) es importante.

Firth

Aunque en términos teóricos Malinowski no tiene mucho que decir sobre las estructuras y las funciones de los contextos, el enfoque cultural general para abordar el lenguaje, que enfatiza el estudio del uso del lenguaje como acción y experiencia social, sirve de base para la contribución de Firth al estudio del contexto. Como más tarde será el caso de la etnografía, Firth considera el estudio de los «eventos de habla» como el principal objeto de estudio de la lingüística y enfatiza, como Malinowski, que el uso del lenguaje debe estudiarse en la vida diaria y como intercambio social (Firth, 1968: 13). La lingüística, así como el resto de las ciencias sociales, debe comenzar, dice, «con la participación activa del hombre en el mundo» (pág. 169). Para Firth, los participantes del evento de habla, descritos como miembros de una comunidad discursiva y en términos de su «personalidad» (pág. 13), son parte de este «contexto de la situación». Firth insiste en el hecho de que una «ciencia» del lenguaje necesariamente trata con abstracciones y, por lo tanto, no con las características únicas de situaciones específicas, sino con propiedades abstractas y generales. Igual que en el caso del paradigma estructuralista en general, «las características ocasionales, individuales e idiosincráticas» se declaran externas a los límites del interés lingüístico (pág. 176).

Aunque también para Firth el «contexto de la situación» es un elemento crucial de su enfoque para abordar el estudio del lenguaje, su definición de este contexto es bastante sucinta y cita un libro anterior (Firth, 1930):

1. Las características relevantes de los participantes: personas, personalidades:
   a) la acción verbal de los participantes
   b) la acción no verbal de los participantes

2. Los objetos relevantes.
3. El efecto de la acción verbal (pág. 155).

Fíjense que aparte de las características obvias de un evento de habla, como los participantes y las acciones, también incluye objetos relevantes, combinando así aspectos pragmáticos y semántico-referenciales del lenguaje, como también fue el caso de Malinowski. Siguiendo su énfasis en la naturaleza abstracta de los contextos, también define un evento de habla como un «constructo esquemático», que puede aplicarse especialmente a los eventos típicos, repetitivos (pág. 176). Es esta naturaleza esquemática de los contextos que más tarde consideraré en más detalle, cuando analice la noción de «contexto» en otras disciplinas. Este es un elemento de la explicación clásica

del contexto que deseo mantener en mi propia teoría.

Firth no se explaya en su referencia al «efecto» de la acción verbal como un componente de los contextos; sin embargo, dentro de su marco, dichos efectos probablemente son sociales, más que mentales. Ciertamente, como es típico del empirismo británico y de las tendencias conductistas de la época, rechaza el mentalismo de manera explícita en un pasaje que merece citarse en su totalidad, porque incluso hoy en día su ideología anti-mentalista continúa teniendo una influencia primordial y duradera en la LFS, así como en otros enfoques contemporáneos que abordan el lenguaje y el discurso:

> Si consideramos el lenguaje como «expresivo» o «comunicativo», implicamos que es un instrumento de estados mentales internos. Y como sabemos tan poco de los estados mentales internos, aun mediante la introspección más cuidadosa, el problema del lenguaje se vuelve más misterioso mientras más tratamos de explicarlo refiriéndolo a sucesos mentales internos que no se pueden observar. Al considerar las palabras, los actos, los eventos, los hábitos, limitamos nuestra investigación a lo que resulta objetivo y observable en la vida grupal de nuestros semejantes.
>
> Como sabemos tan poco sobre la mente y nuestro estudio es esencialmente social, ya no respetaré la dualidad mente y cuerpo, pensamiento y palabra, y me quedaré con el hombre completo, que piensa y actúa como un todo, en asociación con sus semejantes. En consecuencia, no estoy de acuerdo con Ogden y Richards en su consideración del significado como las relaciones de un proceso mental escondido. Por el contrario, considero el significado simplemente como relaciones situaciones en un contexto de la situación y en esa clase de lenguaje que perturba la atmósfera y los oídos de otras personas, como modos de comportamiento en relación con otros elementos en el contexto de la situación. Una técnica contextual rigurosa no enfatiza la relación entre los términos de un proceso histórico o de un proceso mental, sino las interrelaciones entre los términos, establecidos como constituyentes de la situación misma (pág. 170).

De esta manera, aunque acepta la unidad del pensamiento y la acción en principio, en la práctica reduce el significado a propiedades «objetivas» y «observables» de las situaciones, relacionando así la lingüística funcional con los objetivos positivistas de la investigación científica contemporánea.

Es interesante que su interés en los actos y eventos «observables» no considere el hecho de que estos actos y eventos también son abstracciones, interpretaciones o construcciones de la realidad que no se pueden observar inmediatamente o instancias en términos de las ondas físicas «que perturban la atmósfera». Aunque antes habla de abstracciones y aquí menciona las interrelaciones entre los constituyentes de una situación, uno puede preguntarse de qué manera los usuarios y analistas del lenguaje pueden manejar estas abstracciones de otra forma que no sea como procesos mentales.

Esta reducción del estudio del uso del lenguaje a actos y eventos observables dentro de una ontología realista elimina una de las propiedades principales de las vidas diarias de los participantes que la Lingüística Funcional dice estudiar: sus pensamientos. Firth lo afirma en muchas palabras: «Un hombre [*sic*] no está aquí primeramente para pensar en él [el mundo], sino para actuar apropiadamente» (pág. 171). En este sentido, Firth es precursor no sólo de la LFS, sino también de manera virtual de todos los enfoques interaccionales y etnográficos que abordan el lenguaje y el discurso de las últimas décadas. Como se sugiere, su anti-cognitivismo tiene, por supuesto, coherencia con el

paradigma conductista dominante de aquellos años.
Firth concede que hasta la fecha no se ha establecido un sistema de contextos de la situación. Sin embargo, aunque, por ejemplo, en la descripción de expresiones deícticas podemos necesitar involucrar la presencia o ausencia de las personas mencionadas, eso

> no implica la descripción de los procesos mentales o del significado en los pensamientos de los participantes y ciertamente no implica ninguna consideración de la intención, el sentido o el propósito (pág. 178).

De ese modo, separa del (estudio del) contexto muchos elementos relevantes del criterio contextual elemental del propósito, como las creencias o el conocimiento de los participantes. En este estudio volveré varias veces a estas nociones de intención, propósito, objetivos y metas como elementos «cognitivos» del contexto que Firth rechaza explícitamente, lo que genera mucho debate más tarde, en la antropología lingüística (véase, Duranti, 2006) y en la lingüística.

Aparte de su naturaleza abstracta, para Firth los contextos se definen en términos de la *relevancia* de las relaciones entre el discurso y los otros constituyentes de la situación, pero es el lingüista (y no el usuario del lenguaje) quien define dicha relevancia «a la luz de su teoría y práctica» (pág. 173). A continuación veremos que la relevancia es ciertamente una característica decisiva que transforma las propiedades situacionales en contexto. También está claro en la descripción de los contextos de Firth que los textos son una parte inherente de estos, lo que resulta importante para la explicación de las funciones que relacionan el texto y (el resto del) contexto.

Además de la definición esquemática de los contextos indicada anteriormente, algunos pasajes posteriores de Firth son mucho más liberales con respecto a la inclusión de los elementos contextuales, como:

- estructuras económicas, religiosas o sociales de las sociedades a las que pertenecen los participantes;
- tipos (géneros) del discurso;
- cantidad, edad y sexo de los participantes;
- tipos de funciones discursivas (como actos de habla y otros actos sociales realizados).

Aunque estos elementos incluyen muchas, si no la mayoría, de las características de las situaciones sociales y comunicativas, no hay más argumentos o ejemplos que demuestren por qué estos aspectos son parte de los contextos y no otros. Éstas y muchas otras razones sugieren que las declaraciones de Firth sobre el contexto no logran constituir una teoría, aun según los estándares de la época en la que escribe, por ejemplo, en términos de la sofisticación de la teoría y la descripción lingüísticas (para un análisis crítico, véase también Hasan, 1995).

Para resumir la contribución de Firth a la teoría del contexto, podemos concluir lo siguiente sobre las propiedades de lo que él llama el «contexto de la situación»:

a) Los contextos son parte de las *experiencias* de la vida diaria de las personas.
b) Los contextos deben describirse en términos generales y *abstractos*.

c) Los contextos están formados solo por los aspectos *relevantes* de una situación social.
d) Los contextos están formados principalmente por los participantes, las acciones y sus consecuencias.
e) En un sentido más amplio, los contextos exhiben otros aspectos sociales de los participantes y las sociedades a las que éstos pertenecen, así como también de los géneros y las «funciones» discursivas.
f) La descripción de los contextos sólo debe darse en los términos sociales de actos o eventos «observables» y «objetivos» y no en términos de procesos mentales «escondidos».

Podemos concluir que Firth efectivamente tiene ideas interesantes sobre el contexto en términos teóricos y sobre la necesidad de que las teorías lingüísticas sean contextuales, pero sus declaraciones no han sido muy acertadas ni relacionadas con la investigación empírica sistemática sobre la naturaleza contextual del uso del lenguaje.

El contexto de la cultura

Malinowski, Firth y lingüistas FS posteriores con frecuencia relacionan la noción de «contexto de la situación» con la de «contexto de la cultura», que generalmente se describe como el contexto general del lenguaje como sistema (Halliday, 1999); el contexto de la situación constituiría un ejemplo específico del «contexto de la cultura». Aunque esta noción puede integrarse en una teoría más general del contexto, no la voy a analizar en este libro. Además, no se usa ni elabora ampliamente en la LFS. Más bien, como también lo señala Halliday, los contextos culturales son más frecuentes en el trabajo de antropólogos estadounidenses de la época, por ejemplo, en la obra de Sapir y Whorf (Halliday, 1999). Es decir, podemos asumir que a diferencia de los contextos de las situaciones, su influencia en el uso del lenguaje es más difusa e indirecta y tiene lugar a un nivel más abstracto.

De esta manera, en principio podemos concordar con la perspectiva de Halliday de que el contexto de la cultura se ejemplifica en o «a través» de contextos de la situación más específicos. Después de todo, las situaciones sociales pueden describirse como una parte inherente de una cultura más amplia. Sin embargo, Halliday no explica de qué manera dicha ejemplificación es posible para *los usuarios del lenguaje* ni de qué manera el nivel macro o global se relaciona con el nivel micro o local en el uso real del lenguaje. Si, tanto para él como para Firth, el uso del lenguaje es parte de nuestras vivencias diarias y si estas experiencias son situacionales, ¿de qué manera la cultura incide en estas experiencias locales si no es mediante interpretaciones o construcciones, es decir, mediante representaciones cognitivas de los usuarios del lenguaje sobre su cultura?

Lo mismo sucede con la relaciones entre el *sistema* lingüístico (en términos de Halliday, un sistema de «potencialidades»), por un lado, y el uso real del lenguaje (el discurso), por otro. Esta relación también presupone que los usuarios del lenguaje *conocen* y *saben* aplicar estas potencialidades; en otras palabras, que su gramática y sus

reglas del discurso y la interacción también tienen una dimensión cognitiva. Estos problemas probablemente también expliquen por qué razón para Halliday «el contexto de la cultura» debería relacionarse con el sistema lingüístico, a un nivel global, y solo en una teoría lingüística.

En otras palabras, como también vimos con Malinowski y Firth, las nociones de «contexto de la situación» y «contexto de la cultura» son ideas lingüísticas y analíticas y no categorías de los miembros mismos de una comunidad. Al respecto, los lingüistas FS parecen tener diferencias con los enfoques etno-metodológicos posteriores que estudian la conversación y la interacción. Estos y otros aspectos culturales de los contextos se analizan en *Sociedad y discurso*.

Halliday

Michael Halliday fue alumno de Firth y su trabajo muestra una clara continuidad del paradigma de su profesor (para acceder a una discusión de la historia de la teoría FS del contexto, consultar también Hasan, 1985, págs. 16-49). El marco general también es social y con frecuencia definido como una «semiótica social», pero la mayoría de las contribuciones de Halliday se limitan o se relacionan directamente con el desarrollo de una gramática funcional. Mientras que Malinowski y la etnografía en general influyeron marcadamente sobre Firth, las ciencias sociales tuvieron poca influencia en los escritos de Halliday. Las referencias que hace en su conocida colección de artículos *El Lenguaje como Semiótica Social* (Halliday, 1978) casi no incluyen estudios sociológicos o antropológicos, lo que resulta increíble a la luz de su propia declaración, en una entrevista con Herman Parret, de que la lingüística es una rama de la sociología. Es decir, como sugiero en la lista inicial de los defectos de la LFS, especialmente en sus primeras etapas y como la pusieron en práctica sus representantes, la Lingüística Sistémica fue esencialmente una iniciativa mono-disciplinaria, sin muchos aportes de las demás ciencias sociales.

Este es *a fortiori* el caso de la psicología. Al igual que Firth, Halliday es un antimentalista acérrimo: El lenguaje es una parte del sistema social y no es necesario interponer un nivel psicológico de interpretación (Halliday, 1978, pág. 39). Así, rechaza la noción de Dell Hymes de «competencia comunicativa» de la siguiente manera:

> No hay una necesidad real de introducir el concepto artificial de «competencia» o «lo que sabe el hablante», que simplemente suma un nivel adicional de interpretación psicológica a lo que se puede explicar más sencillamente en términos sociolingüísticos o funcionales (pág. 32).

Su argumento parece tener dos dimensiones: simplicidad (la navaja de Ockham) y naturalidad. Sin embargo, ambas dimensiones parecen ser inconsistentes con la proliferación de términos teóricos idiosincráticos utilizados en la LFS. La mayoría de éstos pertenecen más a una jerga que a nociones diarias y experienciales como pensamiento, creencia, conocimiento o propósito como descripciones de lo que los participantes (saben que) hacen cuando usan el lenguaje.

Además, resulta sorprendente que la sofisticación teórica de Halliday en el campo de la gramática acepte un empirismo y reduccionismo sociales que dificultan una explicación seria de la manera en que los elementos de la situación social pueden afectar la producción o comprensión del discurso. Es decir, el funcionalismo de Halliday ignora completamente el problema de la mediación entre la sociedad y el uso del lenguaje e incluso desconoce el papel fundamental del conocimiento en el discurso. Éste es uno de los pasajes donde lo hace:

> No hay lugar para la dicotomía de competencia y actuación, que contrapone lo que el hablante sabe a lo que hace. No hay necesidad de analizar lo que el hablante sabe; el trasfondo de lo que hace es lo que pudo hacer: un potencial, que es objetivo, no una competencia, que es subjetiva (pág. 38).

No se necesita mucha sofisticación epistemológica para preguntarse por qué los potenciales son objetivos y las competencias subjetivas ni por qué la competencia —como una realidad compartida socialmente por los miembros de una comunidad lingüística— debería ser menos objetiva que el *potencial* (¿individual?, ¿abstracto?) de un usuario específico del lenguaje, si, para empezar, somos capaces de describir esos «potenciales» en términos que no sean cognitivos.

De hecho, la noción de «potencial» parece mucho más vaga que la de conocimiento. Si «potencial», en su uso cotidiano, significa algo así como «lo que las personas pueden hacer», la pregunta salta a la vista, porque entonces necesitamos explicar la capacidad o estamos hablando sobre la capacidad misma. Si ese es el caso, no hay diferencia fundamental entre la noción de «competencia» y «potencial». Sin embargo, si se formulan estas nociones fundamentales, siempre se vuelve, por una u otra vía, a lo que los usuarios del lenguaje son capaces de hacer y a lo que comparten con otros usuarios del lenguaje, es decir, a alguna clase de conocimiento, tanto en el sentido de «saber qué» como en el sentido activo de «saber cómo». Y ningún estudio serio de dicho conocimiento está completo sin una explicación sociocognitiva de algún tipo. Lo anterior obviamente *no* significa que dichas capacidades o conocimientos deben ser estudiados solamente en un marco cognitivo o psicológico-social: la «competencia» como conocimiento *compartido* indiscutiblemente también tiene dimensiones sociales y culturales.

Al excluir conceptos mentales, la iniciativa sistémica está incompleta desde su concepción. E incluso este funcionalismo social se limita a una perspectiva lingüística, ignorando muchas contribuciones de las ciencias sociales. Otros autores relacionados con el paradigma FS han incluido más tarde algunos de estos vínculos que faltaban, desafiando así la ortodoxia.

El contexto de la situación en la LFS

En su explicación del «contexto de la situación», Halliday sigue la misma línea de Malinowski y Firth (Halliday, 1978) de manera explícita. En esta explicación, enumera las siguientes propiedades del contexto, reconociendo que sus maestros las habían

identificado antes:

- El lenguaje se usa, y debe estudiarse, en relación con su ambiente social.
- Los contextos sólo exhiben aspectos *relevantes* de las situaciones.
- Los contextos se aprenden como *tipos* generales y abstractos *de situaciones*.

Nótese que a pesar del antimentalismo imperante de la teoría, estas y otras definiciones del trabajo de Halliday y otros lingüistas FS implican muchas nociones mentales o cognitivas. Así, se puede aceptar la definición de los contextos como abstracciones de situaciones y, por lo tanto, como tipos. También vemos que para Halliday los usuarios de lenguaje tienen que *aprender* estos tipos, lo que, por supuesto, implica que los *conocen* al usar el lenguaje. Es decir, incluso esta primera definición ya tiene implicaciones cognitivas.

Aunque la teoría del contexto con frecuencia se le atribuye a la LFS, Halliday no desarrolló su propia teoría del contexto, sino que pidió prestadas las principales características definitorias de otros lingüistas como Spencer, Gregory, Ellis y Pearce. La conocida tríada FS que se ha usado ampliamente para definir el contexto: *campo*, *tenor* y *modo*, debe entonces atribuírsele a otros autores.

Por desgracia, estos tres términos idiosincráticos no se definieron bien desde el principio. Por el contrario, se dieron algunos ejemplos, como en el caso de Halliday (1977; 1978) en una definición que se le atribuyó a John Pearce:

> Campo: escenario institucional, actividades, asunto.
> Tenor: relaciones entre los participantes.
> Modo: medio (escrito/oral) y el papel (simbólico) del lenguaje en la situación.

Ahora, ésta parece una lista bastante extraña, con categorías que se yuxtaponen y una gran cantidad de características de una situación social ausentes. No se hace distinción entre los «escenarios» institucionales y espacio-temporales o entre el asunto (¿semántico?), por un lado, ni entre actividades y escenarios, por el otro; se mencionan las relaciones entre los participantes, pero no así a los participantes ni otras propiedades de estos; y el concepto de medio escrito u hablado se combina con una noción totalmente dispar y vaga del «papel del lenguaje en la situación», lo que resulta bastante extraño cuando se considera que el punto de *todo* el contexto es definir las funciones del lenguaje. Con estos ejemplos, las tres categorías parecen más bien arbitrarias.

Aunque expertos en estilo (consultar, por ejemplo, Gregory, 1985; Gregory y Carroll, 1978; Spencer y Gregory, 1964) lo habían aconsejado, resulta extraño que Halliday, y después de él innumerables seguidores, aceptaran una definición tan simple, heterogénea y poco coherente en términos teóricos de «contexto situacional». Es aún más extraño que por muchos años esta definición y su terminología más bien idiosincrática no haya cambiado sustancialmente y que muchos análisis del uso del lenguaje aparentemente se hayan basado en ella (consultar también los comentarios y comparaciones con otras propuestas en Leckie-Tarry (1995). De hecho, hasta el artículo con el que Halliday

(Halliday, 1999; escrito en 1991) contribuyó al libro *Texto y contexto en la lingüística funcional* (Ghadessy, 1999), encontramos el mismo análisis de tres ejes, más o menos las mismas divisiones y la misma perspectiva general sobre lo que es el contexto. Es decir, si la juzgamos según las concepciones de su líder paradigmático y a pesar de su definición heterogénea y vaga, la noción simple y diversa de la Lingüística Funcional Sistémica del contexto no parece haber cambiado mucho en más de treinta años. Es por esta razón que he concluido que, al menos en este punto y dentro de la corriente principal, la LFS como directriz de investigación no es muy autocrítica y dinámica en cuanto al desarrollo de sus nociones teóricas.

El mismo Halliday no amplía mucho, ni menos corrige, estas primeras definiciones que se tomaron prestadas de los expertos en estilo. De esta manera, para él el concepto «campo» es el «escenario completo de las acciones y eventos relevantes». El «asunto» pertenece al escenario porque, como argumenta, antes de comenzar a hablar ya sabemos de lo que queremos hablar: «el contenido es parte de la planificación que se lleva a cabo».

Nótese, en primer lugar, la terminología mental («planificación») utilizada en su argumento, lo que resulta bastante incoherente con su rechazo inicial de tales nociones «arbitrarias», a menos que la planificación se defina como un acto observable. Podría decirse que los planes e intenciones deben incluirse en una teoría del contexto, pero obviamente a un nivel de análisis diferente de las actividades de los participantes o de los escenarios institucionales y, claro está (también) en un marco cognitivo apropiado; Halliday, sin embargo, no lo acepta. Obsérvese que para Halliday el término impreciso «asunto» es claramente algo que los usuarios del lenguaje piensan en su planificación del discurso y no, por ejemplo, el objeto semántico abstracto de un tópico o tema del discurso. En otras palabras, si los eventos y las acciones son parte del «campo» y si el «asunto» es lo que las personas planifican o piensan antes de hablar, entonces el campo también adquiere una dimensión cognitiva.

Claro está que la falta de definiciones precisas de las tres categorías contextuales adoptadas por los lingüistas FS casi no nos permite formular mayores críticas o propuestas sobre lo que falta en los ejemplos dados. Cabe preguntarse, por ejemplo, no sólo por qué los participantes no se mencionan como tales; por el contrario, se mencionan sus planes («asunto») y las actividades se mencionan en una categoría (campo) y sus relaciones en otra (tenor). ¿Y qué pasa con sus funciones, papeles y pertenencia a grupos, que resultan relevantes en términos lingüísticos? ¿Corresponden al campo o al tenor? Como las categorías no se definen, sino que sólo se dan unos ejemplos intuitivos, no hay forma de saberlo.

Hasta ahora, las primeras nociones de contexto de la LFS casi no contribuyen a una teoría explícita y sistemática. Veremos que un marco teórico construido sobre una base tan poco firme —la teoría misma de las funciones del lenguaje— no será mucho más satisfactoria.

Registro

Para relacionar el contexto, definido así, con el lenguaje, la LFS recurre a la noción de «registro», predeciblemente con los mismos criterios indeterminados: «el hecho de que el lenguaje que hablamos o escribimos varía según el tipo de situación» (para examinar explicaciones más recientes del registro, consultar Leckie-Tarry, 1995; a continuación; para más detalles, véase el capítulo 4). Obviamente, necesitamos saber exactamente qué aspectos del «lenguaje» varían en función de los tipos de situación.

Al usar la navaja de Ockham cabe preguntarse por qué es necesaria la noción de «registro», a menos que se defina de una manera mucho más específica, por ejemplo, en términos del conjunto de propiedades gramaticales o discursivas controladas por una o más características contextuales. En términos de nuestro ejemplo de los debates parlamentarios, esto significaría que un «registro de debate parlamentario» estaría constituido por todas las características gramaticales (o discursivas, en general) del debate controladas por propiedades del contexto, como el escenario parlamentario, los parlamentarios, los objetivos políticos, etcétera. Sin embargo, esto significa que el número de registros es (en teoría) infinito; cabe preguntarse, entonces, de qué manera una teoría tal se diferencia de una teoría de los tipos o géneros del discurso (consultar también Leckie-Tarry, 1995). En el capítulo 4 abordaré una discusión más detallada del registro.

Otro concepto de «registro» puede ser, así, el conjunto de propiedades *gramaticales* que por lo general varían en una situación específica, por ejemplo, el uso de elementos léxicos y las construcciones sintácticas específicas para situaciones formales, como los debates parlamentarios o los artículos periodísticos. Cual sea la utilidad de la noción de «registro», no hay duda de que necesitamos conceptos teóricos más explícitos que definan las relaciones entre estructuras discursivas y estructuras contextuales (el capítulo 4 contiene un análisis).

Al comparar los registros con los dialectos, Halliday habla de una «variedad diatípica» del lenguaje y enumera algunas de las siguientes características:

- determinados por la actividad social actual y la diversidad del proceso social;
- maneras de decir cosas distintas, especialmente en relación con el contenido;
- generalmente utilizados en variedades ocupacionales;
- controlados por el contexto (campo, modo, tenor);
- distinciones importantes del lenguaje hablado y escrito (lenguaje en acción).

Vemos que esta lista habla más de las situaciones o contextos sociales que sobre la «variedad lingüística» misma, aunque se asume que esta variedad se manifiesta especialmente a nivel de significado o contenido (y, por lo tanto, también del léxico).

Nuevamente, a esta clase de lista le falta una teoría para especificar en detalle la naturaleza de dichos registros (una propiedad de los contextos, o los textos o de las relaciones entre ellos, etcétera), y especialmente para explicar la diferencia entre los tipos discursivos, los géneros o las clases de géneros (como el discurso médico o legal).

Otro factor que confunde es que, al menos al principio, la LFS por lo general se formuló como una teoría lingüística y no como una teoría del discurso, de manera que el uso impreciso de las «variedades del lenguaje» no ayudaba a resolver el problema teórico de la definición. Es decir, muchas de las propiedades manifiestas del registro tradicionalmente se describían en términos gramaticales (por ejemplo, como lexicalización y variación léxica) y no en términos de (otras) estructuras discursivas, como los tópicos globales, la organización esquemática (como la estructura convencional de un artículo académico) o los movimientos y estrategias retóricos. Otra característica sorprendente de la lista de propiedades del registro de Halliday es que la actividad social, el proceso social y la ocupación se mencionan como algo diferente al contexto. Y, finalmente, ¿«decir cosas distintas» significa usar, por ejemplo, otras palabras para decir más o menos lo mismo o también que los diferentes registros se asocian a diferentes tópicos? Otra vez, encontramos que cuando se trata de nociones teóricas cruciales, las definiciones se limitan a listas de ejemplos bastante vagas y poco sistemáticas. De esta forma, todavía no sabemos qué es exactamente el registro o cómo se relaciona con el lenguaje o el uso del lenguaje. Pero sigamos con el núcleo de la doctrina FS: las funciones del lenguaje.

Funciones del lenguaje

Si los registros vinculan los contextos con el lenguaje, también podemos esperar que la tríada campo, tenor y modo se relacione con una tríada de la estructura lingüística. Éste es el caso precisamente y Halliday lo hace distinguiendo (meta) funciones (y sistemas) *ideacionales*, *interpersonales* y *textuales* del lenguaje. Entrar en una discusión general de estas nociones fundamentales de la LFS (o de la terminología utilizada) trasciende el objetivo de esta obra, pero no nos sorprende que la arbitrariedad de las categorías contextuales se transfiera a sus correlatos «lingüísticos». De hecho, no parece haber una razón teórica de por qué, por ejemplo, la explicación de los temas, la referencia o la coherencia deben ser textuales en lugar de ideacionales si ambos conceptos se definen en términos de conceptos o significados; o por qué las funciones textuales del lenguaje deberían limitarse a la semántica y la léxico-sintaxis (por ejemplo, la cohesión), excluyendo así muchos otros niveles de las estructuras discursivas y sus funciones.

¿Qué significa exactamente el término «ideacional» como una función del lenguaje, especialmente en un paradigma no mentalista? Obviamente, no se trata de estructuras del conocimiento o de representaciones mentales. Los ejemplos sugieren alguna clase de conceptualización que por lo general se expresa en el léxico, pero uno se pregunta si ese no es también el caso de la semántica.

Y, finalmente, y lo que es más importante, ¿por qué se mencionan solo tres (meta) funciones del lenguaje? Lo anterior parece cobrar más sentido cuando se define en términos de distinciones tan conocidas como entre sintaxis, semántica y pragmática, que muestran más que un parecido familiar con las funcionen textuales, ideacionales e interpersonales, respectivamente, cuando entendemos que la sintaxis también incluye la organización formal-esquemática general del discurso. ¿Qué tiene que ofrecer la tipología

funcional FS a una teoría del discurso que vaya más allá de la distinción tradicional entre sintaxis, semántica y pragmática, con la que coincide parcialmente? Y cuando se definen en un sistema funcional más independiente, cabe preguntarse si las (meta) funciones principales del lenguaje pueden capturarse solo en estas tres nociones y si no se debieran introducir también las siguientes funciones fundamentales, desde las más generales hasta las más específicas:

- funciones culturales (definición de la identidad y reproducción cultural);
- funciones sociales (por ejemplo, para la identidad del grupo, actividad institucional, dominio);
- funciones evaluativas o normativas (por ejemplo, para la reproducción de normas y valores);
- funciones ideológicas (por ejemplo, para la promulgación de los intereses del grupo);
- funciones emocionales (para la promulgación o expresión de emociones);
- funciones intrapersonales (establecimiento y mantenimiento de la auto-identidad, etcétera).

Resulta extraño que una teoría definida en términos sociales ignore estas funciones fundamentales del lenguaje (y probablemente otras, como funciones artísticas, poéticas, etcétera), cada una de las cuales se pueden asociar sistemáticamente a varios niveles o dimensiones del uso del lenguaje o de la estructura del discurso.

Baste decir que la teoría original del contexto, limitada a una colección heterogénea de tres categorías indeterminadas, se relaciona de manera bastante arbitraria con la tipología funcional que está igualmente mal direccionada o que al menos es bastante limitada. Es decir, una teoría del contexto defectuosa también genera una teoría defectuosa de las funciones mismas del lenguaje, del uso del lenguaje o del discurso. O, en otras palabras, la LFS realmente no ofrece una teoría del contexto, sino más bien una teoría del lenguaje enfocada en la gramática y más tarde, también, en el texto o el discurso. Las nociones utilizadas en esta gramática no se discutirán más aquí.

Vemos que la *teoría* del contexto, y su teoría asociada del registro y las funciones del lenguaje en la LFS, no es muy sofisticada. ¿Pero qué se puede decir de sus *aplicaciones*? Examinemos un ejemplo brevemente: sobre la base de un diálogo entre madre e hijo (su propio hijo, Nigel), Halliday (1978) atribuye propiedades contextuales tan heterogéneas al campo como: la manipulación de los objetos, la ayuda de los adultos, el recuerdo de eventos similares, objetos y artefactos movibles, y la evaluación. Nótese que la definición original de campo era «escenario institucional» y «actividades». El tenor, en principio definido en términos de las relaciones entre los participantes, en este ejemplo exhibe categorías como la interacción con la madre, pero también: la determinación del curso de acción, la enunciación de la intención, el control de la acción, el intercambio de experiencias, la búsqueda de corroboración de la experiencia. Es decir, las actividades pertenecen al campo, pero varias clases de interacción al tenor, una división bastante arbitraria de los dominios del contexto, aparentemente. Volvemos a

observar varias nociones cognitivas cuando se describen los contextos reales.

Anteriormente, vimos que «la planificación de lo que se va a decir» (tema o asunto) se categorizaba como campo y ahora vemos que nociones cognitivas similares, como «la determinación del curso de acción», se categorizan como tenor. Y en cuanto al modo, en principio definido como el papel que juega el lenguaje en la situación, en ese caso incluye una lista totalmente heterogénea de ideas como el modo hablado, el diálogo, referencias a la situación, la cohesión textual (objetos, procesos), acciones posteriores y la orientación hacia una tarea.

Este ejemplo aclara lo que debemos entender exactamente por campo, tenor y modo, dejando así en evidencia que se trata de las nociones más confusas en términos teóricos de la LFS, por lo que representan candidatas muy poco serias para una teoría del contexto. Desafortunadamente, los textos posteriores de Halliday no contribuyen con muchos más detalles sobre la estructura del contexto: su tratamiento de no ha evolucionado a lo largo de los años (lo que también reconoce Hasan, 1995, pág. 217).

En una de las discusiones más completas de la noción de «contexto» FS y su relación con el texto, Hasan (1995) entrega más detalles para entender estas distinciones; sin embargo, nuevamente no ofrece ninguna corrección, extensión o definición adicional de las categorías tradicionales, sino que aprovecha gran parte del artículo para polemizar con el teórico FS Jim Martin, por ejemplo, sobre la explicación dinámica (del procedimiento) o estática (texto-estructural) del contexto y los géneros en la LFS.

Otros enfoques FS

Obviamente, existen lingüistas FS que están conscientes del lamentable estado de la teoría del contexto FS, quienes enfatizan que aún hay mucho que hacer (Ventola, 1995; Butler, 1985; Martin, 1985, 1992, 1999). Sin embargo, incluso algunas monografías y colecciones de estudios FS contemporáneas mantienen las distinciones originales entre campo, tenor y modo y sus aplicaciones al registro, y no sólo en estudios dedicados al trabajo de Michael Halliday (como Fries y Gregory, 1995). Como las categorías contextuales son tan vagas y generales, muchas otras categorías también encajan y, de esa forma, siempre hay una «base» contextual que explique las funciones y estructuras lingüísticas, de manera que los análisis lingüísticos (mucho más sofisticados) que se realizan en el campo de la LFS pueden llevarse a cabo bastante libremente, contribuyendo así a su importante trabajo sobre el estudio del lenguaje y el discurso. Lo anterior también puede incluir combinaciones con la teorización cognitiva, especialmente y, como es de esperar, sobre el conocimiento (véase, por ejemplo, Asp, 1995).

En el último estudio colectivo del contexto en el campo de la LFS (Ghadessy, 1999), encontramos varios enfoques para abordar el contexto que (al menos para el que no está familiarizado) no alteran el enfoque FS al contexto en su esencia, aunque se entregan detalles sobre al menos algunos aspectos del contexto (como la «institucionalización» de Bowcher, 1999, págs. 141-176, y las «situaciones materiales» y «escenarios» de Cloran, 1999). Aunque la mayor parte de los trabajos de la LFS son antimentalistas, a veces surgen sugerencias que cuestionan este principio axiomático. Así, en el mismo volumen,

O'Donnell (1999) sugiere que los contextos necesitan elementos que vayan más allá del «aquí y ahora», especialmente el *recuerdo* de lo que se ha mencionado o que ha sucedido antes.

Tómese en cuenta que un enfoque que incluye aspectos cognitivos del contexto (independientemente de si son definidos como modelos mentales o no) también evita el *determinismo* de un contexto exclusivamente social del contexto: sin las creencias individuales —representaciones y procesos mentales— y, por lo tanto, sin las variaciones y decisiones individuales, todas las teorías generalizadas, abstractas o sociales del contexto son, por definición, deterministas, en el sentido de que la condición social *x* causa o necesariamente conduce a una estructura social *y*. No existe una explicación «probabilística» (como el enfoque de la LFS para abordar la variación individual) que salve ese determinismo, aparte de ser un enfoque reduccionista al uso real del lenguaje y a las variaciones individuales. Sólo cuando los usuarios del lenguaje pueden representar las condiciones sociales de la situación de una manera personal (por ejemplo, en sus modelos mentales de la comunicación social), son capaces de adaptar la situación social a su voluntad, siguiendo o no las normas, y a su propia manera. Y es por esta razón que no todos los usuarios del lenguaje que se encuentran en la misma situación hablan exactamente de la misma forma, aun cuando tengan las mismas características sociales.

Sin embargo, leal a la doctrina antimentalista y positivista, Hasan (1999), en su contribución al mismo volumen, también rechaza esta explicación del papel del conocimiento: «el ímpetu por hablar no se origina en el conocimiento del lenguaje». Los psicolingüistas probablemente le pedirían explicar cómo es que las personas pueden hablar sin tener conocimiento del lenguaje, sin saber cómo usar el lenguaje en situaciones sociales, sin un conocimiento general del mundo y, de hecho, sin un conocimiento de la situación o contexto social, entre muchos otros tipos de conocimiento. Es decir, en una explicación FS antimentalista del uso del lenguaje, éste parece surgir espontáneamente (mágica o misteriosamente) en los hablantes y situaciones sociales.

En la misma colección, Martin (1999) ofrece su perspectiva (historia de la noción del) contexto; también en su propio trabajo. Esta perspectiva fue criticada por Hasan en un artículo anterior (Hasan, 1995), una crítica que elabora en el volumen posterior (Hasan, 1999). Martin comienza arguyendo que existen algunos modelos del contexto de la LFS alternativos, pero que éstos parecen ser variaciones menores del mismo tema campo-tenor-modo (para acceder a todas las referencias importantes a otros trabajos, véase Martin, 1999). Martin rechaza la idea de una dimensión cognitiva del lenguaje: «estábamos muy lejos tratando de modelar el contexto como un sistema semiótico en lugar de algo material o mental» (Martin, 1999). Este sistema semiótico se pide prestado a la noción de Hjelmslev de «semiótica connotativa», que también es conocida en los estudios literarios, por ejemplo, en la tradición de la Escuela de Tartu. De esta manera, el Lenguaje (Forma del Contenido + Forma de la Expresión) se transforma en la Forma de la Expresión de la Forma del Contenido (connotativa) de un nivel más alto, por ejemplo, del Registro (o la Literatura). El concepto de «género» de Martin es nuevamente otro

nivel superior de la «connotación» que se basa en el Registro. De esta manera, se produce un concepto «estratificado» de la relación entre el lenguaje, el registro y el género y, por lo tanto, del contexto, una concepción criticada por otros lingüistas de la LFS (véase, por ejemplo, Hasan, 1995). La idea básica, hasta donde puedo comprender las complejas nociones meta-teóricas de la LFS, es que el registro produce el género y que, a su vez, el «lenguaje» (incluidos, por ejemplo, la semántica del discurso, la léxico-gramática y la fonología/grafología) produce el registro. El género es parte del «plano contextual» (por lo general, organizado en tenor, campo y modo).

Aunque estos análisis teóricos de las relaciones entre género, registro y lenguaje/discurso pueden resultar útiles para el pensamiento interno de la LFS, no contribuyen con una perspectiva fundamentalmente diferente sobre la noción de «contexto», aparte de relacionarla con el género. Sin embargo, al final de su artículo, Martin sí expone varias ideas sobre la manera en que la LFS puede vincularse con los estudios del análisis crítico del lenguaje y el discurso y, de esta forma, ofrece una apertura hacia enfoques vecinos al lenguaje.

A pesar de los intentos de Martin, nos quedamos con la importante pregunta de *cómo* se relaciona exactamente el género (como sea que se defina) con otras propiedades del contexto, especialmente si la tríada campo-tenor-modo es aparentemente tan confuso y vago. Recordemos que el contexto, así definido, no sólo tiene propiedades sociales (los participantes y sus propiedades), sino que también propiedades lingüístico-cognitivas (asunto) y propiedades lingüístico-comunicativas (canal, modalidades escritas u orales, funciones «retóricas» generales del lenguaje) e incluso propiedades textual-semánticas (temas, coherencia, etcétera).

Si bien el argumento teórico sobre la semiótica connotativa del lenguaje y el contexto parece elaborado, no podemos escapar de la conclusión que el marco de referencia completo está construido sobre la base de una noción de «contexto» fundamentalmente viciada, que de ninguna manera refleja un análisis sistemático de las estructuras (lingüísticamente) relevantes del contexto social, el objetivo general de una teoría del contexto, como lo fue en la Lingüística Funcional Sistémica.

A diferencia de los primeros trabajos de la LFS, Martin (1985) enfatiza la naturaleza *dinámica* de los contextos, a saber, una situación que cambia constantemente, especialmente en la comunicación oral (véase también el comentario crítico de Hasan, 1999). Este énfasis en la naturaleza dinámica del contexto es importante, pero para Martin y otros lingüistas FS, los contextos son abstracciones y, por lo tanto, cabe preguntarse cómo pueden explicarse estas dinámicas en términos teóricos: ¿qué entidades abstractas tienen un carácter dinámico?

Ésta es una de las muchas razones por las cuales debemos aceptar que los contextos son constructos dinámicos de los participantes (por ejemplo, modelos mentales), que los usuarios del lenguaje forman, activan, actualizan y desactivan continuamente, algo que asumí en el primer capítulo y que desarrollaré con mayor profundidad en el capítulo siguiente. En otras palabras, si los contextos son dinámicos, deben serlo porque los usuarios del lenguaje *hacen* algo, estratégicamente, mediante sus acciones o sus

«pensamientos». Una teoría del contexto planteada como una abstracción no puede explicar dichas dinámicas, a menos que se haga en términos de alguna clase de pragmática formal, pero no es lo que ofrece la LFS.

En su monumental libro sobre el texto inglés, Martin (1992) enfatiza que la LFS necesita una teoría del contexto apropiada, definida como una semiótica connotativa. Luego de hacer observaciones históricas sobre el origen de las nociones de campo, tenor y modo, finalmente resume sus propias definiciones en concordancia con las de Halliday:

- Campo: acción social; lo que está teniendo lugar, lo que está sucediendo (también el lenguaje).
- Tenor: estructura de los roles; quién está participando (naturaleza de los participantes, estatus y roles).
- Modo: organización simbólica, el rol que está jugando el lenguaje, qué hace aquí el lenguaje, estatus del lenguaje y el texto, canal y modo retórico.

Además del extraño vocabulario que se usa para las categorías contextuales, esta lista es un poco más clara que la mayoría de las demás caracterizaciones y podemos concluir (y aceptar) que, de alguna manera, los contextos tienen categorías para las actividades en curso y los participantes (y su estatus y roles) en una situación social. El modo, sin embargo, sigue siendo un compendio misterioso, ya que no sabemos lo que es una «organización simbólica»; por otra parte, el «rol» del lenguaje en el contexto casi no sería diferente de sus «funciones», pero eso no sería coherente porque todo el contexto contribuye con relaciones funcionales para el lenguaje y el uso del lenguaje. Obsérvese que Martin también se deshace de la noción de «propósito», que encuentra difícil de asociar con una de las meta-funciones del lenguaje, lo que no sorprende si tomamos en cuenta que el enfoque FS no reconoce nociones cognitivas, una indicación más de que la noción de «meta-funciones» parece tan imperfecta como las categorías de contexto en las que se basa. Para complicar las cosas aún más, obsérvese también que donde Halliday usa la palabra «contexto», Martin prefiere «registro» (Martin, 1992), lo que hace menos clara la diferencia entre contexto social y la manera en que éste influye en el uso del lenguaje. No sorprende que luego de un análisis detallado de la literatura FS sobre el contexto, una persona que no esté familiarizada con el tema se sienta confundida y perdida.

Helen Leckie-Tarry

Quizás el estudio FS mejor articulado del registro y el contexto lo ha realizado Helen Leckie-Tarry en su tesis doctoral, que terminó justo antes de una muerte prematura (Leckie-Tarry, 1995). Este estudio es interesante porque, por una parte, se enraíza firmemente en la tradición FS, pero, por otra, la autora toma una posición mucho más independiente, integrando ideas de varios autores y distintas direcciones de investigación, incluso provenientes de la psicología (por ejemplo, se refiere a la teoría estratégica de procesamiento de texto propuesta por Van Dijk y Kintsch, 1983). Después de una descripción histórica y sistemática de las nociones de contexto, registro y género de varios lingüistas FS y otros autores, propone su propia teoría del contexto, seguida de un

estudio sistemático de varias estructuras de texto.

Siguiendo a varios otros autores, primero distingue entre tres «niveles» diferentes de contexto: el Contexto de la Cultura, el Contexto de la Situación y el Co-texto, que definen en conjunto todo el «potencial de significado» de una cultura. El contexto luego se modela en tres niveles de «sofisticación», siguiendo la distinción FS tradicional entre las tres meta-funciones: Ideacional, Interpersonal y Textual, para vincular el contexto con el texto. Posteriormente, Leckie-Tarry utiliza las tres nociones FS de campo, tenor y modo, pero con las siguientes especificaciones (pág. 32):

- Campo: arena/actividades, participantes, dominio semántico.
- Tenor: formalidad, rol, foco.
- Modo: planificación, retroalimentación, contextualización.

A través del medio, estas variables contextuales influencian el registro, que puede variar entre formatos más orales o más escritos. También analiza las propuestas de otros autores de las categorías contextuales, como Hymes (1974) y Rubin (1984), incluidos, por ejemplo, el tema principal, el escenario, el contenido, etcétera, pero los subsuma en una de las tres dimensiones del contexto mencionadas anteriormente. Defiende que el conjunto de categorías contextuales de los demás autores no está estructurado como sí lo está la tríada FS. Sin embargo, el problema fundamental es que no propone criterios para decidir si ciertas clases de categorías contextuales corresponden al campo, al tenor o al modo, debido a que estas categorías permanecen indefinidas o sin teorizar: sólo se ofrecen ejemplos. De esta manera, las nociones de Hymes de «escenario», «contenido» y «participantes» se subsuman bajo la categoría de campo y la noción de Hymes de «clave» se subsuma bajo tenor, etcétera, pero la autora no explica porqué. Además, las normas y el propósito no se subsuman en ninguna categoría, sino que se consideran propiedades de la interacción de varias otras categorías.

Leckie-Tarry también enfatiza que el contexto y sus categorías no son estáticos, sino dinámicos, con diferentes fuerzas que producen «un ambiente continuo del que el texto forma parte». Las fuerzas más poderosas fluctúan entre el campo, el tenor y el modo. No explica con más detalle qué son estas fuerzas exactamente, pero los ejemplos sugieren que las variables de campo, como el «escenario», los «participantes» y el «tema», tienen una fuerte influencia en las variables de tenor, como la «formalidad», el «rol» y el «foco», que, a su vez, pueden influir en las variables de modo, como el lenguaje hablado o escrito, etcétera. Las diferentes configuraciones contextuales de los valores para estas variables favorecen a tipos específicos de discursos, con significados y formas específicos. Nuevamente, los ejemplos informales son persuasivos y existe una fuerte sugerencia de que una teoría explícita del contexto puede así relacionarse con estructuras discursivas, pero permanecemos confundidos sobre la naturaleza teórica de las categorías y, por lo tanto, sobre los criterios para clasificar las variables contextuales. ¿Por qué, por ejemplo, los participantes se clasifican dentro del campo, pero sus roles y relaciones como tenor? ¿Y por qué factores como el escenario, el tema y el asunto, e incluso el conocimiento de los participantes se categorizan en el campo? Así, el campo se

describe como las propiedades «fijas» de la situación social y el tenor como las características no inherentes de las situaciones sociales, pero no se ofrecen otros criterios; vuelve a citar a Halliday, quien caracteriza el campo como «el evento total en el que funciona el texto». Pero Halliday clasifica a los participantes y sus propiedades permanentes y temporales como parte del tenor. Estas diferencias de «interpretación» sugieren que las categorías textuales principales no están definidas correctamente. Las relaciones entre los participantes, como el poder, se definen como tenor y la distancia de los participantes como modo, aunque es difícil saber por qué no pueden ser parte de las categorías fijas del campo. La categoría de modo tiene una colección igualmente heterogénea de variables, como el grado de planificación o retroalimentación (o distancia) entre los participantes, medio (hablado o escrito) y «contextualización», es decir, el grado en que el texto se integra en las actividades circundantes. De esta manera, el modo se considera como algo más cerca del texto mismo y, de alguna forma, como un intermedio entre las variables del campo y el tenor y las estructuras textuales.

Ya hemos visto que resulta extraño que deba haber una sola categoría contextual específica, concretamente el modo, que se supone define las funciones del texto, cuando precisamente el punto del análisis textual es que una función tal se define en términos de *todas* las relaciones entre texto y contexto. Ciertamente, esto sólo se puede entender cuando el uso del lenguaje o el discurso en la LFS no se define en términos interaccionales, sino como una relación lingüística (gramatical), porque, obviamente, los temas de planificación, retroalimentación, funciones (como las funciones persuasivas o didácticas) o medio son propiedades de varias dimensiones del discurso mismo. Es por esta razón (también según Leckie-Tarry) que las características del modo dependen de las características del campo y el tenor, como todas las propiedades del discurso; no sorprende, entonces, que la categoría modo se relacione con las meta-funciones textuales del lenguaje. De hecho, las categorías del modo son propiedades de la interacción discursiva o el texto. Ahora entendemos por qué en la teoría FS las características retóricas se definen dentro del modo. En otras palabras, todo lo que no calce con los dominios o niveles tradicionales de la gramática (la oración) se clasifica en la categoría contextual de modo, plegando así la teoría textual a una teoría del contexto.

En resumen, prácticamente no existe una variable contextual que no pueda clasificarse en ninguna otra de estas confusas categorías. Por desgracia, a pesar de su perspectiva más amplia y menos ortodoxa, la autora sigue muy relacionada con la literatura FS tradicional y no aclara la naturaleza de la misteriosa tríada. Sin embargo, aunque la mayoría de las categorías básicas usadas por la autora hasta aquí se relacionan fuertemente con la LFS y comparten bastante de su naturaleza confusa con las categorías contextuales de la misma, Leckie-Tarry parece ser mucho más liberal en sus interpretaciones de estas categorías. Así, enfatiza que no son las categorías contextuales mismas las que influyen en el significado y forma del texto, sino que el *conocimiento* de los participantes de las variables de estas categorías. *De esta forma introduce explícitamente un vínculo cognitivo entre texto y contexto, un vínculo que falta en la LFS antimentalista ortodoxa*. He señalado, y lo demostraré más adelante, que en

términos teóricos ésta es la única manera que podemos ir de lo social a lo textual. Los usuarios del lenguaje pueden representar tanto la estructura social y las situaciones sociales como las estructuras discursivas, de manera que debe ser al nivel de estas representaciones (mentales) que necesitamos buscar el eslabón perdido entre el discurso y la sociedad y, por lo tanto, entre el discurso y el «contexto de la situación».

El «contexto» en una introducción a la LFS

Aunque la mayoría de los estudios mencionados podrían considerarse los textos centrales de los fundadores y principales autores de la LFS, también es importante examinar brevemente una introducción a esta, es decir, lo que ahora se considera la teoría estándar sobre las nociones como «contexto», por ejemplo, de Eggins (1994). Aquí encontramos las definiciones mencionadas anteriormente, pero con las siguientes explicaciones adicionales. Antes que nada, existe una relación muy cercana entre el contexto y el registro. De hecho, Eggins define las nociones de campo, tenor y modo en términos de variables del *registro* (y no como variables o categorías del contexto). Lo anterior resulta extraño porque el registro se define vagamente, como es usual en la LFS, como el *impacto* (del contexto) en la manera en que se usa el lenguaje (pág. 9). Es decir, si son variables del registro, deberían decir algo sobre este «impacto» lingüístico. Las definiciones de estas tres nociones se parecen a las definiciones clásicas de la LFS: el campo como el «tópico o foco de la actividad», el tenor como las «relaciones de los roles de poder y solidaridad» y el modo como la «reacción y cantidad de lenguaje», definiciones que poco aportan a la detallada estructura de los contextos sociales de los eventos comunicativos.

Luego de una revisión histórica del uso de la noción de «contexto», pasando por Malinowski, Firth y Halliday, Eggins aporta una explicación más detallada de las tres «variables del registro». Su explicación del modo resulta particularmente interesante, porque en lugar de la vaga descripción como «la manera en que se usa el lenguaje», Eggins introduce el criterio de la «distancia entre los participantes», en términos espaciales, interpersonales o de experiencia, lo que se relacionaría con un uso del lenguaje más o menos interactivo, personal, espontáneo o casual.

Aunque el propósito de la autora puede estar claro, la explicación de porqué la «distancia entre los participantes» es una propiedad de algo como el modo, que por intuición se asocia más con, por ejemplo, el hecho de que el lenguaje sea oral o escrito. El punto es que, de esta manera, la caracterización de los participantes, sus roles y relaciones se clasifican entre categorías diferentes y no relacionadas.

Otro problema recurrente de la LFS tampoco se resuelve aquí: las propiedades del uso del lenguaje (como oral/escrito, espontáneo/informal, etcétera) se presentan como las propiedades del contexto, precisamente, que se supone describen o explican dichas propiedades del lenguaje, lo que genera un círculo vicioso. Es decir, la teoría del registro —al menos en términos FS— debería relacionar las propiedades del contexto con las propiedades de la estructura del lenguaje o del uso del lenguaje o «textos» y no confundir

estos diferentes niveles o dimensiones de descripción. En otras palabras, para evitar la circularidad, los contextos en la teoría FS deben definirse sólo en términos sociológicos y no presentar términos «lingüísticos» que caracterizan el discurso.

Gregory

Con el fin de contextualizar el enfoque de la LFS para abordar el contexto, consideremos brevemente lo que una de esas personas que inspiraron algunos de sus conceptos iniciales tiene que decir: Michael Gregory, cuyos primeros trabajos se enfocaron en la variación lingüística en términos sociales, como fundamento para una teoría del estilo (Gregory; 1967; véase también Spencer y Gregory,1964). A propósito, Spencer y Gregory (1964) definen campo, tenor y modo no como propiedades del contexto o situación, sino como propiedades del discurso; se refieren al «campo del discurso», etcétera. Es decir, preferirían ser parte de lo que la LFS define como «registro», una noción que los autores rechazan por no ser muy útil (Spencer and Gregory, 1964). En lugar del estilo, como lo usan Halliday, McIntosh y Strevens (1964), introducen el término tenor, definido como la reflexión del grado de formalidad de las relaciones entre el hablante/escritor y el oyente/lector.

El enfoque posterior de Gregory se denomina «lingüística de la comunicación» (Gregory, 1985), en el que no solo se refiere al trabajo de Malinowski, Firth y Halliday que analizamos anteriormente, sino que también a lingüistas tagmémicos como Pike, Longacre, Gleason y Lamb de Estados Unidos. Gregory utiliza la noción de «planos» de experiencia y los relaciona con los «estratos» de la gramática. Citando el trabajo de Fleming (1978), define así la situación comunicativa como las «características extra-textuales de las experiencias que resultan relevantes para el discurso» (pág. 123). Luego veremos que la noción de «experiencia» puede utilizarse como una base para una teoría (psicológica) del contexto, pero debe enfatizarse aquí que coincidiría con un enfoque FS, que sólo acepta las variables sociales del contexto y no la manera en que los usuarios del lenguaje experimentan estas características relevantes de las situaciones sociales. Gregory procede entonces a explicar con más detalles estas características de las situaciones comunicativas, como el contexto de la comunidad discursiva: «procedencias» sociales, geográficas, temporales e individuales de los usuarios del lenguaje; la situación genérica: relaciones funcionales, personales y experienciales de los usuarios del lenguaje; el dominio referencial: personas imaginarias o reales, cosas, incidentes, intención de la interacción y actitudes a partir del cual el mensaje/argumento referencial selecciona.

Estos aspectos situacionales se conectan con el estrato «semología» de la gramática (prácticamente toda la semántica y la pragmática). Como un segundo plano de la experiencia, Gregory entonces enumera «otras formas de la intencionalidad» y, además, varios aspectos del discurso, como el argumento, la estructura, la tipología, las variables del registro (campo, tenor, modo), los dialectos y las cadenas, la cohesión, etcétera. Se señala que todas estas características de la situación se relacionan con la morfosintaxis. El tercer plano es el de la manifestación (comportamiento corporal, escritura, etcétera) y se relaciona con el estrato «fonología» de la gramática.

Aunque en este caso se aclara otras características del contexto, así como los vínculos con el enfoque FS, de nuevo surge la confusión por la naturaleza heterogénea de estas categorías situacionales. Se puede imaginar que el conjunto de elementos a los que podemos referirnos en algunos contextos es parte del contexto —por ejemplo, para explicar expresiones deícticas—, y ese conjunto podría incluir personas, cosas y eventos; sin embargo, ¿por qué encontramos la intención interaccional y las actitudes en la misma categoría? ¿Por qué la «procedencia» individual de un hablante es parte del «contexto de la comunidad discursiva» y por qué las relaciones personales y funcionales entre los usuarios del lenguaje son parte de una situación «genérica»? Aún más confuso es que las propiedades del discurso (que, a su vez, constituye una lista muy extraña, para empezar) sean parte de la situación.

Uno sólo puede explicarlo en una teoría del lenguaje donde la gramática es la médula y todo lo demás es el contexto. No se necesitan mayores argumentos que las estructuras discursivas y las estructuras oracionales tienen que relacionarse con las estructuras contextuales por derecho propio y que la manera en que éstas constituyen el contexto para otras partes del discurso (como las oraciones posteriores) implica un concepto diferente de contexto (contexto verbal o «co-texto») al de contexto social. La terminología académica a veces puede resultar algo idiosincrática, pero esta misma caracterización heterogénea de la situación comunicativa no ofrece una teoría sistemática de las estructuras del contexto ni de las situaciones comunicativas.

Wegener

Malinowski, Firth y los lingüistas FS se refieren una y otra vez a la teoría de la situación de Philipp Wegener (1848-1916), el lingüista alemán del siglo XIX, formulada en su libro *Investigaciones sobre las Preguntas Fundamentales de la Vida del Lenguaje* (Wegener *Untersuchungen über die Grundfragen des Sprachlebens*, 1885/1991). Examinemos brevemente lo que tiene que decir Wegener y la manera en que sus afirmaciones coinciden (o no) con el enfoque FS para abordar el contexto.

El libro de Wegener tiene un estilo de pensamiento y exposición de ideas sorprendentemente moderno. Muchos pasajes, por ejemplo, sobre las relaciones entre el lenguaje y la acción, y sobre el desarrollo y el uso del lenguaje todavía tienen relevancia en la psicolingüística contemporánea y en la pragmática. Su (breve) estudio del papel que juega la situación en la comprensión del uso del lenguaje también es moderno. Su evaluación general del papel de los factores de la situación es que los usuarios del lenguaje necesitan decir menos cuando están más familiarizados con la situación, una estrategia general que también se contemplaría hoy en cualquier teoría del papel del conocimiento (y el contexto) en la comprensión del discurso. También relaciona este papel general del conocimiento con la articulación Sujeto-Predicado, lo que hoy se asociaría con la articulación Tema-Comentario: el sujeto es lo que ya conocemos (en algunas situaciones) y, por lo tanto, es menos interesante en una expresión; y el predicado constituye la novedad y lo interesante, y forma la «*aussage*» (proposición,

declaración). Sin embargo, debido a que el sujeto gramatical no necesariamente es el mismo sujeto «lógico» (por ejemplo, en las oraciones pasivas), Wegener propone el uso de «exposición» para referirse a lo que ya se sabe cuando se realiza una expresión. La noción de «situación» luego se relaciona a este concepto de «Exposición» (que nosotros probablemente llamaríamos «tema») de la siguiente manera:

> La exposición sirve para aclarar la situación, de manera que el predicado lógico se comprenda. La situación es la base, el ambiente, en el que aparece un hecho, asunto, etcétera, pero también el antecedente temporal del que emerge una acción; una acción que establecemos como el predicado. Los detalles específicos de la persona a la que se dirige el mensaje también pertenecen a la situación. Dentro de la comunicación, la situación no solo está determinada por palabras, sino que con más frecuencia y extensión por las condiciones del ambiente, por los hechos inmediatamente anteriores y la presencia de la persona con la que uno está hablando. Tomamos conciencia de la situación dada por las condiciones ambientales y la presencia de la persona a la que se dirige el mensaje, debido a nuestra percepción y, por lo tanto, debemos llamarla *situación de percepción* (Wegener, 1885/1991, 21).

Nótese, por cierto, que el texto original probablemente tiene un error cuando usa la palabra *Gewenwort* en lugar de *Gegenwart* (presencia), ya que esta última es la que se usa antes en el pasaje. Sin embargo, la palabra poco común *Gegenwort*, que podría traducirse libremente como «contestar», perfectamente coincidiría con la definición de Wegener de la situación. Hemos traducido *Anschauung* como percepción con el fin de mantener el aspecto visual de la palabra original en alemán, pero también podría traducirse de manera más general como «visión» o «experiencia». Después de este extracto, Wegener ofrece algunos ejemplos que demuestran que la presencia de los objetos en una situación hace que nombrarlos de manera explícita se convierta en algo superfluo.

En otras palabras, Wegener caracteriza la situación experiencial inmediata de la siguiente manera:

- sirve de base, ambiente o trasfondo para el discurso;
- exhibe los eventos, acciones u otras condiciones anteriores (como la presencia de objetos);
- exhibe las características de los receptores.

Sin embargo, una situación no se define sólamente por lo que está presente, sino que también por los eventos y acciones previos que aún están en el «primer plano de nuestra conciencia» y que pueden inferirse a partir de lo que ya sabemos. Esta situación se denomina *situación del recuerdo* (*Situation der Erinnerung*).

La tercera clase de situación que distingue Wegener se denomina *situación de la conciencia (Situation des Bewusstseins)* (pág. 25), constituida por los «elementos de la conciencia» o «grupos de representaciones» en cuestión al momento de hablar, como es el caso de la situación del recuerdo. No obstante, en este caso, el interés es una tendencia

humana fija más general, como el conocimiento que comparten los miembros de un grupo. Estas tendencias generales pueden ser tan fuertes que anulan la conciencia de los eventos anteriores a nivel local, ya que ésta se define por la situación del recuerdo— por ejemplo, cuando una ideología determina la interpretación sesgada de un acontecimiento. Es también por esta razón que Wegener habla aquí de los «prejuicios de un periodo» o de una «visión de mundo». Esta distinción entre dos clases de conciencia o representación hoy podría formularse en términos de memoria episódica (y sus representaciones mentales) de los acontecimientos en curso, por un lado, y de memoria semántica (o social) o creencias sociales compartidas, por el otro.

Este breve resumen de las tres clases de situación que distingue Wegener muestra una interesante discrepancia con la recepción de sus ideas en la etnografía y lingüística empíricas británicas. Wegener habla de la percepción, experiencia, conciencia, memoria, recuerdo y representaciones sin reparos. De hecho, una gran parte de lo que él llama situación es en realidad una situación mental y no meramente un ambiente social. Muestra que debido a nuestras visiones de mundo o prejuicios las percepciones o recuerdos reales de la situación actual pueden verse influenciadas. Es decir, desarrolla un vínculo cognitivo entra las situaciones sociales y el uso del lenguaje real.

Hemos visto que las inclinaciones empíricas de Malinowski, Firth y Halliday no les permitieron tomar una perspectiva más cognitiva sobre las situaciones y, de esta manera, las redujeron a unas características más «observables», como los participantes, etcétera. Veremos más tarde que mi enfoque para abordar el contexto se acerca más al de Wegener que al de los empiricistas británicos y sus seguidores FS.

Resumen de la crítica al enfoque FS que aborda el contexto

Podemos resumir mi crítica del enfoque FS dominante al contexto de la siguiente forma:

a) Su conceptualización es cerrada en términos teóricos y carece de una investigación teórica sistemática o una influencia de otros enfoques y disciplinas.
b) Halliday, y posteriormente otros lingüistas FS, piden prestada una noción de «contexto» de Gregory y otros lingüistas ingleses que resulta vaga, heterogénea, idiosincrática en cuanto a su terminología y confusa en términos teóricos; en concreto, me refiero a su tríada campo, tenor y modo. Aunque ha sufrido pequeños cambios, esta concepción no ha cambiado mucho en cuarenta años, lo que genera varios problemas para la teoría de las relaciones entre el texto y el contexto.
c) Una gran parte del enfoque para abordar el lenguaje de la LFS debería llamarse un enfoque para abordar la gramática, lo que también evitaría muchas inconsistencias y contradicciones en su terminología (como las «funciones textuales del lenguaje»).
d) Debido a la naturaleza más bien arbitraria de estas tres variables que definen los contextos, la representación de dichos contextos sobre la base de (tres) funciones del lenguaje (ideacional, interpersonal y textual) y sobre la base de las estructuras lingüísticas controladas por ellas, también es arbitraria, incompleta y confusa. Esto no sólo se hace evidente en la teoría, sino que también en los análisis del uso del lenguaje

en la LFS.

e) A pesar del enfoque social (o social-semiótico) al lenguaje, no existen investigaciones sociales de la naturaleza del contexto y la manera en que las propiedades del contexto influyen en el lenguaje o el discurso sistemáticamente. Las referencias a las ciencias sociales son escasas.

f) La naturaleza del contexto fundamentalmente construida o interpretada, por ejemplo, en términos de representaciones mentales, así como el importante papel del conocimiento y otras creencias como propiedades cognitivas y sociales relevantes de los usuarios del lenguaje, no se reconocen. Esto también significa que no existe una explicación de cómo exactamente dichos contextos pueden influir en la producción y comprensión del discurso por parte de los usuarios del lenguaje— y, de hecho, a la inversa, de la manera en que el contexto puede verse afectado por el discurso. La naturaleza dinámica del contexto, en particular, no puede explicarse en el marco de un enfoque que ignora un componente mental en el cual los usuarios reales del lenguaje (y no abstracciones) continuamente (re)construyen un contexto a través de una interpretación y representación dinámicas del evento comunicativo y la situación.

Hay que destacar nuevamente que este resumen de los problemas esenciales del enfoque FS para abordar el contexto necesariamente constituye una generalización. He evaluado varios textos importantes de la LFS, especialmente los que tratan del contexto de manera explícita, pero no así la gran cantidad de otras publicaciones inspiradas por ésta. Esto significa que varios autores pueden haber propuesto alternativas para la definición de la tríada campo-tenor-modo y su relación con el registro y las funciones del lenguaje. Sin embargo, mi conclusión general de los estudios inspirados en la LFS es que las nociones básicas, particularmente esta tríada, se han repetido común y pasivamente sin mucha investigación crítica.

Esta crítica tampoco significa que todo el trabajo sobre el contexto en la LFS es inútil. Es cierto que las bases del concepto —lo que constituye la estructura relevante de las situaciones sociales de los eventos comunicativos— deben revisarse y que la confusa tríada terminológica de campo, tenor y modo debe abandonarse. Sin embargo, la idea principal de la explicación del contexto, es decir, la manera en que las propiedades de una situación social de interacción o comunicación se relacionan sistemáticamente con la gramática y otras propiedades discursivas, es un área fértil y productiva de la LFS.

De esta manera, más que la mayoría de los otros enfoques para abordar el lenguaje, la LFS ha considerado el género, el registro y otras maneras en que los contextos dejan sus huellas en (o se expresan en) las estructuras del uso del lenguaje. Aunque agnóstica en términos cognitivos, si es que no antimentalista, el enfoque sistémico de la LFS ha contribuido con valiosos análisis de las sistemáticas importantes que pueden integrarse en una teoría del contexto, por ejemplo, de las acciones sociales, las actividades y los actores de las situaciones sociales, esquemas que fácilmente pueden integrarse en una teoría del contexto como modelo mental, como se presenta en este libro. Incluso sin un concepto del «contexto» más actualizado en términos teóricos, gran parte de este trabajo

sistemático sobre la estructura del lenguaje y el discurso, y sobre las relaciones entre el texto y el contexto, continúa siendo importante hasta hoy.

3
Contexto y cognición

Introducción

Una de las tesis principales de este estudio es que los contextos no son un tipo de situación social objetiva, sino más bien un constructo subjetivo con base social de los participantes sobre las propiedades de dicha situación que ellos consideran relevantes; es decir, un modelo mental. En este capítulo se profundiza en esta declaración mediante el desarrollo de una teoría de los *modelos contextuales*, considerados como una clase especial de modelo experiencial cotidiano, representado en la memoria episódica de los participantes del discurso. Se asume que estos modelos contextuales controlan muchos aspectos de la producción y comprensión del discurso, lo que implica que los usuarios del lenguaje no sólo están involucrados en el procesamiento del discurso, sino también, al mismo tiempo, construyen su análisis e interpretación subjetivos de la situación comunicativa en curso automáticamente.

Existen muchos trabajos sobre las propiedades del contexto y del estudio del procesamiento del discurso en el campo de la psicología (Graesser, Gernsbacher y Goldman, 2003). Sin embargo, aún no contamos con una *teoría* cognitiva general del contexto considerado como un tipo de modelo mental. De hecho, la mayoría de los trabajos que utilizan el término «contexto» en esta disciplina, en realidad tratan de lo que se denomina contexto verbal o «co-texto», es decir, de la parte de un discurso que constituye el escenario de otras partes (consultar, por ejemplo, Cook y Myers, 2004, 268-288). Y cuando se estudia el contexto social o *comunicativo*, por lo general se hace en términos de una o más variables independientes, a veces también sintetizadas bajo la etiqueta de «diferencias individuales», como las actividades, objetivos o relevancia específicos (consultar, por ejemplo, Perfetti, 1983; Lehman y Schraw, 2002), la edad (por ejemplo, Miller, 2003), el género (por ejemplo, Rice, 2000; Slotte, Lonka y Lindblom-Ylänne, 2001) o las circunstancias personales, por ejemplo, en la interpretación de las preguntas de un cuestionario (Schober y Conrad, 1997). Una de las características más estudiadas del contexto en el campo de la psicología del lenguaje es el conocimiento (compartido) o «base común» (Clark, 1996; véase más adelante).

Si tomamos el manual de Graesser, Gernsbacher y Goldman (2003) como el estado de la cuestión en procesamiento de texto, debemos concluir que el contexto no es una noción central en el estudio psicológico del discurso; concretamente, no se considera como una clase de modelo mental que controla la producción y la comprensión. De hecho, aparte del extenso capítulo de Grimshaw (2003) sobre el contexto, los géneros discursivos y el registro (que tiene muy poco que ver con el procesamiento del discurso y aborda el contexto ligeramente), los demás capítulos no se refieren al contexto. En otras

palabras, a pesar de que pueda existir un amplio interés en los aspectos del contexto entre los psicólogos y que el diseño experimental en algunas ocasiones cuente con algunas variables contextuales independientes (como el género o la edad), la psicología del procesamiento del discurso aún necesita desarrollar una teoría cognitiva sistemática del papel del contexto en dicho procesamiento. En otras palabras, las investigaciones psicológicas sobre el discurso no estudian el papel del contexto como un constructo unificado o en términos de las representaciones de los participantes del contexto social, sino más bien como características individuales inherentes (no controladas). Tampoco se explica en términos teóricos por qué y cómo dichas características del contexto pueden influir en el procesamiento del discurso u otras actividades cognitivas, quizás con la excepción del papel del género en el procesamiento del discurso (consultar, por ejemplo, Ferrell, 1999).

De esta manera, se presenta la paradoja que aunque existen muchos estudios de los «efectos del contexto» en la psicología cognitiva, no existe una teoría general del contexto como un constructo mental específico que influye en la producción y comprensión del discurso. Como veremos más detalladamente más adelante, las teorías actuales relacionan las estructuras discursivas directamente con las representaciones textuales o modelos mentales («modelos situacionales», etcétera) subyacentes a los eventos o situaciones referidos *sobre* los que se habla y no con la situación *en la que* los participantes están hablando. *Es decir, la teoría del modelo psicológico es semántica y no pragmática. No se postula una representación intermediaria de la situación comunicativa en términos de modelos mentales.*

Obsérvese que muchos estudios psicológicos que sí toman en cuenta características aisladas del contexto, como la edad, el género, el conocimiento y los objetivos, analizan aspectos más generales del uso del lenguaje (por ejemplo, la comprensión de la oración) en lugar de las estructuras específicas del discurso, lo que constituye el principal interés de este capítulo y este libro. Desafortunadamente, no hay lugar en este capítulo para revisar la literatura de la psicología sobre las diferencias individuales de la producción y comprensión de la oración.

Aunque mis propuestas no pretenden presentar una teoría psicológica completa de los modelos contextuales y de su papel en el procesamiento del discurso, y aunque éstas requieren pruebas empíricas detalladas, sí se proponen como una posible interfaz mental entre el discurso y las situaciones sociales. Además, sostengo que esta teoría es una extensión necesaria y coherente del estado actual de la teoría del procesamiento de texto: explica y unifica muchos hallazgos y presunciones anteriores sobre el procesamiento de texto.

Los modelos mentales

Si los contextos son una clase de modelo mental, primero debemos resumir algunas de

las propiedades generales de los modelos mentales. Después de algunas propuestas anteriores de Kenneth Craik (1943) sobre los «modelos a pequeña escala» del mundo que tienen las personas, a principios de los años ochenta se propuso la teoría de los modelos mentales para el discurso y el uso del lenguaje en libros de Johnson-Laird (1983) y Van Dijk y Kintsch (1983), aunque en marcos bastante diferentes (consultar también Gentner y Stevens, 1983; para saber más sobre los enfoques contemporáneos a los modelos mentales, véase Oakhill y Garnham, 1996; Van Oostendorp y Goldman, 1999; para una revisión detallada de las investigaciones sobre los modelos de la «situación», véase Zwaan y Radvansky, 1998).[2]

Johnson-Laird (1983) postuló los modelos mentales para poder resolver algunos problemas de inferencia; es decir, los usuarios del lenguaje no sólo operan lógicamente en secuencias lineales de proposiciones, sinó también necesitan contar con una representación «analógica» de la realidad con el fin de obtener inferencias aceptables a partir de un texto. La noción de Johnson-Laird de un modelo mental, entonces, se relaciona fuertemente con la teoría de un modelo lógico, es decir, con la semántica formal. Sin embargo, este enfoque constituye una corrección psicológica importante a los enfoques formales al aplicarlos a la comprensión del discurso.

Van Dijk y Kintsch (1983) también postularon la teoría de los modelos mentales, denominados «modelos situacionales», para explicar la manera en que las personas entienden el discurso dentro de una teoría más amplia del procesamiento estratégico de éste. Las propuestas anteriores de la comprensión del discurso se limitaban a alguna clase de representación mental de los significados locales y globales (temáticos y tópicos) de los textos.

Modelos mentales y coherencia discursiva

La teoría de los «modelos situacionales» ofrecía una explicación para un gran número de problemas que no podían explicarse por medio de los enfoques a la semántica cognitiva, como las condiciones de la coherencia y correferencia locales y globales, los recuerdos falsos, los recuerdos entre distintos medios, las relaciones entre el conocimiento y el significado, etcétera (para leer un resumen de las distintas funciones de los modelos mentales, véase Zwaan y Radvansky, 1998). La tesis más importante de la teoría de los modelos mentales es que, además de una representación del significado de un texto, los usuarios del lenguaje también construyen modelos mentales de los eventos de los que tratan los textos; en otras palabras, construyen la situación que éstos denotan o a los que se refieren, de ahí el nombre «modelos situacionales» escogido por Van Dijk y Kintsch (1983).

De esta manera, la psicología pudo, por primera vez, abordar la noción fundamental de referencia y co-referencia y explicar por qué no sólo es el significado sino que también la referencia relacionada con los «hechos» lo que forma la base de la noción esencial de coherencia (Van Dijk, 1977). Así, una secuencia de oraciones de un texto es coherente si los usuarios del lenguaje pueden construir modelos mentales de los eventos o hechos de los que están hablando/escribiendo o escuchando/leyendo, y si son capaces de relacionar

los eventos o hechos en dichos modelos, por ejemplo, por medio de relaciones de temporalidad o causalidad.

En términos más generales y abstractos, esta definición de los modelos mentales coincide con las teorías formales del significado e interpretación. En el caso de ambas perspectivas sobre el lenguaje, podemos decir simplemente que un discurso es significativo (verdadero, falso, etcétera) si tiene un modelo (para conocer más detalles, véase, por ejemplo, Portner, 2005; Portner y Partee, 2002). En el ámbito de la psicología, estos modelos son modelos mentales de los usuarios del lenguaje y su significación se define en relación con los modelos de los hablantes o receptores. Lo que puede ser significativo para el hablante obviamente puede no serlo (en su totalidad) para el receptor: pueden tener modelos diferentes, pero que se contrapongan, es decir, pueden interpretar el «mismo» discurso de diferentes maneras. En lugar de las explicaciones complejas e incompletas de la coherencia discursiva en términos de relaciones de significados —como las que se han propuesto en los enfoques estructurales, funcionales y semántico-generativos al discurso— los modelos mentales ofrecen una explicación simple, sofisticada y poderosa de la coherencia local y global, así como también muchos otros aspectos de la comprensión y producción del discurso.

A propósito, es importante distinguir estas formas de coherencia semántica basadas en modelos mentales de las maneras en que esta coherencia puede (o no) expresarse o señalarse en el discurso, por ejemplo, mediante artículos definidos, pronombres y otras pro-formas, demostrativos, adverbios, estructuras tema-comentario de las oraciones, etcétera. Las manifestaciones superficiales de la coherencia semántica subyacente por lo general se denominan «cohesión» (Halliday y Hasan, 1976). Debe enfatizarse que las herramientas de cohesión no son manifestaciones necesarias ni suficientes de la coherencia semántica y, por lo tanto, la cohesión gramatical no debe confundirse con la coherencia semántica, como sucede con mucha frecuencia.

A diferencia de los enfoques «interpretativos» tradicionales a la comprensión del discurso, los modelos mentales también ofrecen un «punto inicial» para su *producción*: si las personas representan las experiencias diarias, así como también los eventos o situaciones en modelos mentales subjetivos, estos modelos mentales forman al mismo tiempo la base para la construcción de la representación semántica de los discursos sobre dichos eventos, como es el caso, por lo general, de las historias cotidianas o los informativos noticiarios.

Sin embargo, un eslabón perdido fundamental de esta teoría de los modelos mentales del procesamiento del discurso es la explicación del papel del contexto, ya que obviamente hablamos o escribimos sobre los mismos eventos (es decir, el mismo modelo mental de estos eventos) de una manera diferente en distintas situaciones comunicativas o géneros. *En otras palabras, además de hablar sobre los eventos, los usuarios del lenguaje también necesitan modelarse a ellos mismos y otros aspectos de la situación comunicativa en las que están participando*. De esta manera, los modelos contextuales se convierten en un vínculo importantísimo entre los modelos mentales de los eventos y los discursos sobre dichos eventos.

Los modelos mentales son únicos, personales y subjetivos...

Una de las propiedades fundamentales de los modelos mentales es que son *únicos y subjetivos*. No representan objetivamente los eventos de los que se trata un discurso, sino más bien, la manera en que cada usuario del lenguaje interpreta o construye dichos eventos, por ejemplo, como una función de los diferentes objetivos personales, conocimientos o experiencias previas, u otros aspectos del «contexto», como los definiremos más adelante.

Aunque en la mayoría de las formas del discurso entre miembros de la misma comunidad los modelos mentales serán lo suficientemente parecidos como para garantizar una comunicación exitosa, se debe enfatizar que los modelos mentales incorporan necesariamente elementos personales que hacen que todas las producciones e interpretaciones de un discurso sean únicas —y de ahí que puedan surgir los malos entendidos— aún cuando compartan muchos elementos en términos sociales. De esta manera, vemos que la comprensión del discurso implica una construcción controlada por el contexto de modelos mentales que se basan en inferencias basadas en el conocimiento (por ejemplo, para la comprensión de narraciones con un objetivo fijo, consultar a Graesser, Singer y Trabasso, 1994).

... pero con limitaciones objetivas

Además de importantes limitaciones intersubjetivas y sociales, los modelos mentales subjetivos también pueden verse influenciados por limitaciones «objetivas», como la percepción de las propiedades físicas de las cosas, las personas o las situaciones, como la organización espacial. En resumen, la subjetividad de los modelos mentales no implica que sean totalmente subjetivos, de la misma manera en que esta unicidad de cada discurso individual no significa que dicho discurso sea totalmente original. De hecho, aunque los primeros trabajos sobre la comprensión del discurso y la formación de los modelos mentales (subjetivos) tiendan a presuponer la naturaleza subjetiva y mental de la comprensión y representación, existen nuevos hallazgos que enfatizan el papel de las limitaciones «objetivas» sobre la estructura de los objetos, las personas, los eventos y las situaciones. En el desarrollo de una teoría de los contextos entendidos como modelos mentales, necesitamos, por lo tanto, explorar también la manera en que la percepción o la experiencia de las dimensiones «objetivas» de las situaciones comunicativas (por ejemplo, las dimensiones espaciales) pueden tener un impacto en su representación mental.

Así, uno de los enfoques para abordar este problema podría ser el paradigma de investigación del Análisis Semántico Latente (LSA, por sus siglas en inglés), desarrollado específicamente para explicar los significados de las palabras según una matriz que representa sus frecuencias en conjuntos de discursos (Kintsch, 1998). Si lo aplicamos a los modelos mentales, este enfoque integraría estructuras situacionales derivadas de las experiencias acumuladas, un proceso automático que parece relacionarse más con las

frecuencias «objetivas» que con un enfoque activo, constructivo y subjetivo para abordar los modelos mentales.

La explicación de John Anderson de la «memoria racional» presenta una perspectiva similar, que define las estrategias cognitivas en términos de «selección óptima de datos» (*optimal data selection*) y se basa en la historia de los usos anteriores de datos similares (Anderson, 1990b).

Sin embargo, se debe tener en cuenta que estos enfoques parecen más relevantes para estructuras que se repiten con más frecuencia, como las palabras o los significados de las palabras. De la gramática generativa hemos aprendido que la mayoría de las oraciones (más largas) son únicas y esto también es cierto en el caso de los discursos. No debe parecer que aprendemos a comprender y producir estructuras discursivas complejas mediante la acumulación de experiencias, sino que más bien lo hacemos a través de la derivación de reglas y otros principios. Por otra parte, los discursos y los modelos mentales se definen por medio de esquemas que a menudo se repiten como parte de nuestras experiencias. Las experiencias acumuladas con las situaciones diarias pueden conducir así a esquemas de modelos abstractos en los cuales, por ejemplo, los Escenarios (Tiempo y Lugar), los Participantes (en varios papeles y situaciones) y las Acciones constituyen categorías más o menos estables. Aunque todos los modelos mentales de un texto o situación son únicos debido a las circunstancias personales y las contingencias de la situación actual, su estructura abstracta puede definirse de manera «objetiva» mediante las percepciones acumuladas de las personas.

Opiniones y emociones

La naturaleza personal y subjetiva de los modelos mentales también explica por qué éstos no sólo representan los hechos tal y como los participantes los ven, sino que también sus opiniones y emociones. Leemos sobre los ataques contra el *World Trade Center* el 11 de septiembre de 2001 o sobre la Guerra de Irak, que comenzó en 2003, y no sólo construimos nuestra «versión personal» de estos eventos sobre la base de muchos artículos noticiosos, editoriales y conversaciones; sin embargo, al mismo tiempo, también formamos creencias evaluativas, es decir, opiniones sobre ellos, posiblemente asociados a emociones como tristeza o enfado (véase también Blanc, 2006; Ferstl, Rinck y von Cramon, 2005; Oatley y Johnson-Laird, 1996). Esto explicaría el interesante hallazgo de que podemos recordar experiencias pasadas si estamos con el mismo «ánimo» que teníamos en la experiencia original (Bower, 1980).

Las experiencias como modelos mentales

Los modelos mentales son las representaciones cognitivas de nuestras *experiencias*. En cierto sentido, éstos *son* nuestras experiencias si asumimos que éstas son interpretaciones personales de lo que nos sucede. Las experiencias personales y, por lo tanto, los modelos que las representan, son pensamientos que se almacenan en la Memoria Episódica, que es parte de la Memoria a Largo Plazo (Tulving, 1983).

Nuestra «autobiografía» mental —la acumulación de nuestras experiencias personales — es, entonces, una colección de modelos mentales. La gran mayoría de estos modelos o experiencias mentales son tan triviales y comunes que, después de un tiempo, ya no podemos acceder a ellos: no tienen una conexión significativa con (muchas) otras experiencias y, por lo tanto, son difíciles de recuperar de entre nuestra vasta colección de recuerdos episódicos. Muy pocas personas recordarán después de algunas semanas, y mucho menos después de un año, lo que compraron hoy en el supermercado, lo que leyeron en el periódico ni con quién se vieron esta mañana. Después de un tiempo, generalmente tenemos acceso sólo a los eventos llamativos y cruciales de nuestra vida; a eventos más generales, como unas vacaciones, un viaje, nuestros estudios en ésta u otra universidad, vivir en una ciudad en particular; o a experiencias traumáticas, como un accidente o un divorcio (King; 2000; Neisser y Fivush, 1994; Rubin, 1986, 1999; véase también Brunner, 2002; Schank, 1990, 1999). Es decir, cuando son relevantes, tendemos a construir unidades más globales de estos recuerdos personales, de la misma manera en que recordamos temas generales a partir de los detalles de un texto: formamos modelos globales «macro» de las secuencias de los modelos «micro» de las experiencias diarias (Van Dijk, 1980).

Recordar nuestras experiencias personales así como lo que leemos en la prensa o lo que le decimos a alguien, consiste entonces en la búsqueda y activación de modelos mentales «antiguos». Excepto en casos especiales, recordar este tipo de experiencias es, generalmente, difícil. Es mucho más fácil explicar en qué consisten unas vacaciones típicas o dónde nos gustaría pasarlas que recordar y decir lo que hicimos en unas vacaciones específicas hace diez años. En otras palabras, el conocimiento general compartido con otras personas (y los conocimientos personales que se utilizan con recurrencia) es más fácil de recuperar que la mayor parte del conocimiento «personal» sobre nuestro pasado, es decir, nuestros propios modelos mentales. Sin embargo, al momento de experimentarlos o al producir o comprender un discurso, los modelos son fundamentales, ya que incorporan nuestras intenciones al planificar y comprender eventos y discursos.

Aunque no siempre se formula en términos de modelos mentales, investigaciones recientes sobre la memoria episódica detallan muchas de las presunciones teóricas hechas anteriormente (véase los artículos de Baddeley, Conway y Aggleton, 2002). Además de confirmar la conocida distinción entre la memoria episódica y «semántica» dentro de la Memoria a Largo Plazo (MLP), estos estudios muestran diferencias de base neurológica entre las distintas clases de memoria episódica. Por otra parte, tenemos representaciones episódicas de corto plazo de experiencias recientes, de las cuales recordamos muchos detalles pero sólo por unas pocas horas o un día. En estricto rigor, estos «recuerdos» son obviamente útiles para el control y ejecución de las actividades en el transcurso del día. Por otra parte, tenemos una memoria autobiográfica o «conocimiento personal» de una clase más abstracta a la que podemos acceder durante un largo tiempo o incluso durante toda la vida. De esta manera, la mayoría de las personas pueden confirmar de inmediato si han estado o no en París, incluso cuando ya no se puede acceder a los modelos

detallados de visitas concretas.

Veremos que esta investigación sobre la memoria episódica se relaciona directamente con las experiencias personales de los eventos comunicativos que llamamos contextos: entonces, puedo recordar vívidamente los detalles (el momento, el lugar, los participantes, los objetivos, el tema, etcétera) de una conversación que tuve esta mañana con un estudiante o que leí éste o aquel libro anoche, pero casi no se puede acceder a dichas memorias concretas, excepto en el caso de eventos y circunstancias dramáticas (sobre las cuales luego cuento anécdotas y, por lo tanto, re-activo modelos antiguos) tras muchas semanas, meses o años. Sin embargo, incluso años después, puedo recordar bien que dirigí las tesis de estudiantes en mi universidad actual o que solía leer el periódico *El País* cada día. Es decir, la información generalizada y abstracta sobre los modelos contextuales se puede acceder por un largo tiempo. De hecho, gran parte de este conocimiento personal (episódico) se relaciona con información que se encuentra en la memoria «semántica» o conocimiento compartido social y culturalmente, por ejemplo, sobre universidades o estudiantes de doctorado, por una parte, o periódicos, por otra.

Los modelos mentales y el conocimiento social general

Es obvio que los modelos mentales personales de la Memoria Episódica y el conocimiento abstracto o general almacenado en la memoria «semántica» (prefiero el término memoria «social» para distinguirla de la memoria personal episódica) están relacionados. Si estamos leyendo sobre lo que está sucediendo en la Guerra de Irak, por ejemplo, estamos construyendo o actualizando un complejo modelo mental de este (complejo) evento. Este proceso de construcción, sin embargo, hace un uso extensivo del conocimiento social general, por ejemplo, de soldados, armas y víctimas, y muchos otros aspectos de la guerra.

Gran parte del trabajo que se realiza en el campo de la ciencia cognitiva moderna a partir del trabajo seminal de Bartlett (1932) sobre la organización esquemática de la memoria se ha enfocado en el análisis de las estructuras del conocimiento sociocultural general, por ejemplo, en términos de esquemas, guiones (*scripts*) o formas similares de organización (Schank y Abelson, 1977). Aunque esos formatos no son iguales a la organización episódica típica de un evento, los modelos mentales no sólo instancian una selección de los *contenidos* relevantes (como las características típicas de una guerra), sino que también algunas de sus *estructuras* (por ejemplo, el conocimiento general de las causas de la guerra se puede trazar en una historia sobre cómo un ataque terrorista ocasionó una guerra). Por ejemplo, los guiones cumplen un papel fundamental en la comprensión de una historia, porque dicha comprensión de los discursos de eventos y acciones específicos presupone un conocimiento general sobre dichas acciones y eventos (de la vasta literatura de la comprensión de las historias basada en secuencias, véase, por ejemplo, Mandler, 1984; véase también Bower, Black y Turner, 1979).

La mayor parte de este conocimiento general social y culturalmente compartido no necesita hacerse explícito, simplemente porque se supone que ya lo sabemos (luego se

presentan las estrategias utilizadas en el procesamiento del conocimiento en la producción del discurso). En ese sentido, los textos son muy incompletos o implícitos. Sus autores presuponen grandes cantidades de «conocimiento del mundo» y, así, los lectores construyen modelos mentales de los eventos sobre los que leen activando secciones importantes de este conocimiento y completan de esta manera la información que se implica o presupone en el texto. Gran parte de las investigaciones actuales sobre la comprensión del discurso en términos de modelos mentales se relaciona con las inferencias basadas en el conocimiento hechas por los usuarios del lenguaje, por ejemplo, para hacer que los discursos sean coherentes a nivel local y global, y para construir modelos mentales viables de dicho discurso.

El conocimiento general que se activa de esta forma y se incluye en modelos mentales depende del contexto (escenario, conocimiento de los lectores, objetivos, intereses, etcétera), pero se puede asumir con certeza que las personas sólo activan e integran pequeños fragmentos de este conocimiento general en los pocos segundos que emplean para leer o escuchar una oración o párrafo. De hecho, la mayoría del conocimiento detallado que tenemos sobre las cosas que leemos o escuchamos puede no resultar relevante para comprender el texto, es decir, para construir un modelo mental coherente para el texto (para conocer más detalles sobre las relaciones entre los modelos mentales y el conocimiento compartido sociocultural general, véase, por ejemplo, Graesser y Bower, 1990; Graesser, Gernsbacher y Goldman, 2003; Oakhill y Garnham, 1996; Van Dijk y Kintsch, 1983; Van Oostendorp y Goldman, 1999).

Los modelos mentales y el conocimiento también se relacionan en otra dirección: una parte importante de nuestro aprendizaje diario se basa en nuestras experiencias personales. Es decir, el conocimiento general puede derivar de los modelos mentales, por ejemplo, mediante la abstracción, generalización y descontextualización (Baudet y Denière, 1991). Si leemos sobre ataques terroristas o guerras con regularidad en los periódicos, poco a poco aprendemos sobre dichos ataques o guerras en general. Aunque en la educación formal, así como a través del discurso de los padres, también podemos aprender muchas cosas abstractas o generales de una manera directa (generalmente, en el discurso expositivo), el aprendizaje por medio de experiencias personales por lo general tiene lugar a través de la generalización y abstracción de modelos mentales.

Estas pocas ideas acerca de la relación entre los modelos mentales personales y el conocimiento social general muestran que debemos hacer una distinción entre diferentes clases de conocimiento. De hecho, si vivimos un accidente o leemos sobre un evento político en el periódico, adquirimos un «conocimiento» específico y subjetivo sobre dicho evento y este conocimiento específico aparentemente se relaciona con el conocimiento general sobre eventos similares.

La noción de «conocimiento del mundo» —ampliamente utilizada en la lingüística, psicología y otras disciplinas— debe precisarse mucho más. Dentro de una teoría multidisciplinaria del conocimiento, entonces, necesitamos una *tipología* explícita del conocimiento (Van Dijk, 2003, 2004). Las diferencias entre *conocimientos* «específicos», «personales», «generales», «abstractos», «ficticios», «sociales» y

«culturales» constituyen sólo algunos de los distintos tipos que forman esta tipología tan amplia. Veremos que el conocimiento también juega un papel fundamental en los modelos contextuales. De hecho, se asume que el manejo del conocimiento en la producción y comprensión del discurso, lo que requiere que los usuarios del lenguaje «calculen» estratégicamente cuánto conocimiento presuponer (y, por lo tanto, no afirmar) en el discurso, es una tarea fundamental de los modelos contextuales.

Esquemas de modelos

Hasta ahora sólo tenemos una idea incompleta de la estructura interna de los modelos mentales, entendidos como representaciones almacenadas en la memoria episódica. Quizás los modelos mentales de situaciones, eventos, acciones y procesos son bastante diferentes; quizás existen diferencias culturales e incluso personales en la manera en que las personas representan sus interpretaciones de eventos o sus planes para acciones futuras. A pesar de estas posibles variaciones, se puede asumir que la estructura de los modelos mentales no es arbitraria. Como es el caso de la memoria en general, los modelos mentales probablemente estén organizados según un número limitado de categorías fijas que constituyen una forma abstracta o «esquema», el *esquema de un modelo*.

Debido a que diariamente nos involucramos, somos testigos, escuchamos o leemos acerca de muchas experiencias o eventos, es muy poco probable que necesitemos diseñar modelos mentales totalmente nuevos en cada situación. Probablemente, somos capaces de entender la mayoría de los eventos en términos de categorías aprendidas previamente al esquema de un modelo y, de esta manera, procesemos la información relevante tan rápido como se necesite, a menudo en segundos o fracciones de segundo. Por supuesto, lo anterior también significa que somos capaces de definir la «relevancia», por ejemplo, en términos de los criterios de selección específicos para la percepción o atención, o para un mayor procesamiento.

En su revisión de la literatura sobre los «modelos situacionales», Zwaan y Radvansky (1998) enfatizan la naturaleza multidimensional de los modelos y se concentran específicamente en las siguientes cinco «dimensiones» de las situaciones: tiempo, espacio, causalidad, intencionalidad y protagonista. No obstante, sugeriría que, además del Escenario espacio-temporal y los Protagonistas, necesitamos Eventos (y sus relaciones, como la causalidad) y/o Acciones, las que, a su vez, necesitan un análisis en términos de intenciones: la Intención y la Causalidad no son, como tales, categorías independientes de los eventos o situaciones; se vuelven relevantes cuando los lectores quieren entender y explicar las acciones o eventos. Obviamente, los modelos mentales de eventos naturales no cuentan con la categoría Intención.

Debido a que la gran mayoría de los experimentos sobre la comprensión del discurso utilizan historias como material de estudio, mucha de la literatura experimental sobre los modelos situacionales trata sobre el papel de la causalidad en la modelación de las situaciones en la comprensión del discurso. Lo anterior demuestra que, aparte de la

teoría, necesitamos evidencia empírica del «análisis sintáctico» correcto de cómo las personas entienden los escenarios y el discurso sobre dichas situaciones y, luego, más específicamente, construyen o entienden las situaciones comunicativas. A continuación, y en los capítulos de *Sociedad y discurso*, pongo especial atención a estas y otras categorías o dimensiones de los modelos contextuales.

Debe enfatizarse en este punto que nuestro análisis de la organización interna de los modelos mentales se plantea en términos de esquemas y sus categorías y no en términos de estructuras de redes, vínculos y la solidez de dichos vínculos, una representación que podría aproximarse más a una base neurológica de los modelos mentales, sobre la cual no tendría nada que decir aquí (consultar la literatura sobre el procesamiento paralelo y conexionista y sus aplicaciones en la comprensión del discurso; por ejemplo, Golden y Rumelhart, 1993; también consultar las contribuciones de Van Oostendorp y Goldman, 1999).

También es probable que, de alguna manera, estas categorías de las situaciones se pongan de manifiesto en la manera en que escribimos o contamos nuestras experiencias personales y otros eventos, por ejemplo, en la «estructura del caso» de los significados de las oraciones (Fillmore, 1968) o de los significados globales de las narraciones personales (Labov y Waletzky, 1967). De esta manera, a menudo encontramos categorías como Tiempo, Lugar, Participantes en varios roles, Acción o Situación, etcétera, igual que en la estructura semántica de las proposiciones. Un esquema con estas categorías, se puede aplicar a muchos eventos o experiencias, si podemos adaptarlo estratégicamente a la multitud de variantes que los eventos pueden tener. A su vez, un esquema tal también nos permite buscar, encontrar y activar modelos antiguos de manera más eficiente y realizar abstracciones a partir de los modelos en una o más categorías (como los eventos que ocurren en un periodo o en un lugar o con una persona o que pertenecen a más de una acción o evento general, etcétera).

Estas abstracciones también resultan cruciales para la organización de la memoria episódica y, por lo tanto, para todas las formas de recuperación de los recuerdos. Con una estructura de los eventos para los modelos mentales de estas características, podemos buscar nuestras experiencias pasadas, nuestras vacaciones en un país específico o nuestras interacciones recientes con un amigo cercano de manera estratégica y recordar selectivamente otras experiencias negativas, cuando estamos deprimidos o experiencias positivas, cuando nos sentimos optimistas.

Esta organización de nuestra memoria episódica también cumple un papel en el proceso de acordarse de los recuerdos que se activan cuando leemos sobre un evento (Schank, 1999). Es decir, los esquemas de modelos por lo general no sólo sirven para organizar nuestras experiencias diarias, comprender el discurso o contar historias, sino que también para buscar y recuperar nuestros «recuerdos personales» o modelos mentales «antiguos».

Cómo modelamos nuestra vida diaria

Anteriormente asumimos que los modelos mentales no sólo representan la manera en que

interpretamos o planificamos el discurso, sino que también, de forma más general, incorporan todas nuestras experiencias personales en la memoria episódica. Podemos ir mucho más allá en esta misma línea de pensamiento y asumir que nuestra vida diaria, como consecuencia de las experiencias vividas, constituye una compleja estructura de los modelos mentales, los que en términos simples podemos llamar *modelos de experiencia* (o *modelos experienciales*). Esta compleja estructura de nuestra vida cotidiana puede organizarse de muchas maneras, pero parece plausible que estas experiencias personales sean estructuradas por dichas categorías experienciales básicas como el tiempo (periodos), lugares (por ejemplo, ciudades en las que hemos vivido), participantes, (por ejemplo, personas con las que hemos vivido o trabajado), causalidad (causas, condiciones, consecuencias), nivel (micro- y macro-acontecimientos), prominencia, (lo que resulta más o menos importante) y relevancia (lo que resulta más útil en nuestras vidas diarias), entre otras dimensiones.

Con todo, existe otro aspecto fundamental que necesitamos tratar y es que las experiencias de nuestras vidas son continuas mientras estamos conscientes: desde el momento en que nos despertamos por la mañana hasta que nos dormimos (o perdemos la conciencia), somos parte de una larga y continua secuencia de «sucesos», la cual, sin embargo, se interpreta como una secuencia de experiencias *discretas* que podemos recordar y relacionar como unidades más o menos separadas (Newton y Engquist, 1976; Zacks, Tversky y Iyer, 2001).

Los modelos mentales son, nuevamente, los candidatos teóricos ideales para estas representaciones discretas de experiencias que son continuas. Así, un segmento de una actividad se puede interpretar y representar como «Estoy tomando desayuno» y otro como «Me voy a casa desde el trabajo» o, a un nivel más global, como «Ahora estoy de vacaciones en México». Estar conscientes de nosotros mismos, de lo que estamos haciendo, observando o viviendo, significa —entre otras cosas— que estamos construyendo y actualizando modelos mentales que interpretan, representan y almacenan dichas experiencias.

Pero, nótese que, aunque gran parte de la literatura de la psicología clásica sobre los esquemas sugiere que interpretamos las secuencias de eventos de forma descendente (de arriba hacia abajo) en términos de esquemas preestablecidos, también existe un procesamiento ascendente (de abajo hacia arriba) (Kintsch, 1998); por ejemplo, sobre la base de las percepciones de propiedades de movimiento de «nivel inferior» como, fundamentalmente, «estallidos» de cambios (Martin, Tversky y Lang, 2006). Trabajos recientes que utilizan técnicas de neuroimagen para examinar la actividad cerebral durante la comprensión narrativa, muestran que existe un estallido de la actividad cerebral cuando se forman nuevos eventos (o nuevos modelos) durante la comprensión (Speer, Zacks y Reynolds, 2006).

Aunque dicha técnica no nos permite señalar el «contenido» cognitivo preciso de esta actividad neuronal, sí parece confirmar que la comprensión narrativa se basa en alguna clase de «segmentación» o en la construcción de alguna clase de unidades (nuevas), como los eventos. En términos estrictos, no se trata de unidades discursivas o narrativas,

como cláusulas, frases y oraciones, o de categorías narrativas como la Complicación y la Resolución, sino de unidades semánticas o cognitivas subyacentes de la representación del evento o de la estructura del modelo. Se puede aplicar el mismo método para el examen de los modelos contextuales dinámicos y sus cambios continuos —por ejemplo, del escenario, los participantes, los roles, los objetivos o las intenciones— durante la participación en una situación comunicativa.

En otras palabras, aunque el conocimiento sobre las intenciones (entendido como modelos mentales esquemáticos de la acción) efectivamente cumple un rol en la comprensión de la acción, especialmente en las acciones familiares, las características perceptuales de la conducta también pueden usarse para entender la acción. Éste y otros aspectos del procesamiento, sin embargo, tienen que analizarse con respecto a las presunciones sobre los procesos estratégicos de la construcción del contexto. En este momento es esencial que los modelos mentales de la vida diaria integren las categorías Intención y Objetivo (o Propósito) que definen y ejecutan la conducta planificada u observada como significativa, es decir, como acción o acciones, en primer lugar. Volveré a esta noción de «intención» más tarde, porque también es crucial para los modelos contextuales.

Situaciones, experiencias y rutinas diarias

Aunque todas las situaciones de la vida diaria, así como su interpretación en modelos de experiencia, son, estrictamente hablando, únicas (si tan sólo por el parámetro único del tiempo de sus Escenarios), muchas son tan parecidas que se vuelven *rutinas*. Entonces, a pesar de la unicidad y variación de los eventos y acciones individuales de nuestra vida diaria, las rutinas permiten el orden necesario en dichas experiencias, de manera que no necesitamos poner atención a los que entendemos y hacemos en cada momento con todos nuestros recursos mentales; así, podemos poner atención a lo que es realmente nuevo, interesante o relevante. De hecho, la mayor parte del tiempo, la generalidad de las personas participan en situaciones que han «vivido» muchas veces antes: dependiendo de las diferentes culturas y condiciones sociales, éstas pueden involucrar rutinas diarias como levantarse en la mañana, asearse, vestirse, comer algo (desayunar), ir a trabajar o hacer trabajos en casa, participar en una secuencia de rutinas laborales, ir a casa, comer, involucrarse en actividades de ocio e ir a dormir.

Desde el punto de vista cognitivo, una rutina puede definirse como un modelo experiencial con una estructura esquemática más o menos fija y «contenidos» más o menos fijos: se trata del mismo lugar, mismos participantes (y/o roles), misma acción y objetivos. Una rutina se vive como «hacer lo mismo» repetidamente, por ejemplo, en diferentes momentos del día o a intervalos regulares: todos los días, todas las semanas, etcétera. Las rutinas son generalizaciones o abstracciones de modelos experienciales específicos y, como son personales, también se almacenan en la memoria episódica. Sin embargo, como muchas son compartidas por muchas otras personas de la misma cultura, gran parte de estos «modelos experienciales generales» han pasado a ser parte del

conocimiento sociocultural bajo la forma de «guiones» (Schank y Abelson, 1977). Este conocimiento puede presuponerse en la interacción y conversación diarias y, de hecho, como experiencias rutinarias, pocas veces son objeto de relatos; más bien proveen del trasfondo para complicaciones especiales más interesantes. Además, como conocimiento compartido a nivel sociocultural, también constituyen condiciones normales para la interacción: no sólo *hacemos* lo que otros hacen en esas situaciones, sino que también esperamos que *los demás* hagan lo mismo, facilitando así la interacción.

Como es el caso del conocimiento sociocultural general, las rutinas pueden activarse y aplicarse a la producción o interpretación de experiencias nuevas o para resolver complicaciones o «problemas» en curso. Y, debido a que son en gran parte «prefabricadas» y activadas rápidamente, el procesamiento de las experiencias de rutina pueden ser altamente automatizadas: sólo necesitamos un autoexamen y control mínimos para ejecutarlas. Por lo tanto, la *resolución de problemas* diarios pertenece especialmente a aquellas rutinas en las que algún elemento no concuerda con los esquemas rutinarios personales o sociales, como, por ejemplo, cuando nos quedamos dormidos por la mañana, la ducha no funciona, no hay nada para comer, perdemos el trabajo, el camino al trabajo está bloqueado, etcétera.

Muchas de nuestras experiencias comunicativas diarias también son rutinas: con mucha frecuencia, incluso todos los días, hablamos con las mismas personas (pareja, niños, amigos, colegas, vendedores, etcétera) y participamos en los mismos géneros, que requieren condiciones comunicativas similares, como conversaciones informales en casa o en el trabajo, encuentros relacionados con la entrega de servicios en tiendas y varias clases de encuentros profesionales en el trabajo (véase también Pickering y Garrod, 2005). En tanto que la sociología de la vida diaria debe identificar los detalles de estas experiencias y eventos comunicativos cotidianos, un enfoque cotidiano debe explicar de qué manera los modelos contextuales pueden generalizarse o abstraerse para formar *contextos rutinarios*. De esta forma, cada día, al enfrentar los mismos objetivos y condiciones comunicativos diarios, las personas activan los mismos contextos rutinarios, permitiéndoles concentrarse en lo que es actualmente único, importante y relevante, como los contenidos únicos, una historia interesante o una solicitud específica, o en lo que es problemático en el evento comunicativo: los malos entendidos, los conflictos de interés o de objetivos, etcétera.

Los modelos experienciales son dinámicos

Dado que los eventos de la vida diaria son literalmente «continuos», los modelos mentales de éstos deben ser representaciones *dinámicas* y no meramente estáticas: el tiempo, el lugar, las personas, las relaciones entre personas y sus propiedades y acciones están en constante cambio durante una experiencia. Es decir, durante mis vacaciones en México, constantemente actualizo el modelo mental que representa globalmente mis experiencias vacacionales.

El Yo

Las experiencias personales por lo general están caracterizadas por alguna clase de representación del Yo (*Self*): se trata de mis experiencias personales únicas, aun cuando las comparta parcialmente con otras personas. Por lo tanto, parece posible que una categoría central del esquema que organiza dichos modelos debe ser el Yo. El Yo o *Self*, sin embargo, es una de las nociones más complejas de la ciencia cognitiva contemporánea, relacionada con la auto-conciencia, personificación, auto-representación, subjetividad y conciencia, y nuestras experiencias personales según están almacenadas en la memoria episódica (Conway, Singer y Tagini, 2004; Metzinger, 2003). Asimismo, igual que un participante central de las experiencias representadas en la memoria episódica y a partir de cuyas perspectivas estos eventos se viven en primer lugar, gradualmente puedo derivar una representación más general y abstracta de mi ser, una «identidad», por ejemplo, en la forma de un auto-esquema (Barclay y Subramaniam, 1987; Markus, 1977).

Esta identidad es también una realización interaccional, porque de muchas maneras implícitas y explícitas, los co-participantes contribuyen con definiciones y evaluaciones continuas de «mí» durante la conversación y otros discursos. Como es el caso de otro tipo de conocimiento general, este Yo general y abstracto puede ser instanciado[3] o «aplicado» otra vez en experiencias nuevas. Lo mismo sucede en el caso de los diferentes roles asociados a este Yo, como yo siendo un hombre, profesor, holandés, etcétera. Por supuesto, el Yo instanciado que representa continuamente los eventos en los que participa no es ni estático ni siempre el mismo.

Sin embargo, aun cuando el Yo pueda asociarse a muchas identidades o roles y aun cuando los Yos instanciados puedan ser tan dinámicos como los modelos de los que forman parte (los detalles de mi auto-representación en una interacción pueden cambiar continuamente), también existe una cierta forma de *igualdad*, *estabilidad* o *continuidad* que les permite a las personas experimentar estas numerosas identidades como parte constitutiva o como la encarnación de una sola persona y como más o menos estable a través del tiempo y los acontecimientos; es decir, como una «constante» con un nombre específico.

Apenas esta integridad del Yo se desintegra, se pueden ocasionar trastornos mentales, como es el caso de la esquizofrenia, el trastorno de personalidad múltiple y condiciones relacionadas. Curiosamente, se ha descubierto que las personas pueden perder gran parte de su memoria episódica y, por lo tanto, sus modelos experienciales, sin perder la conciencia de quiénes son en términos generales, aun cuando su conocimiento general almacenado en la memoria «semántica» también se vea afectado. Lo anterior sugiere que al menos una forma de este Yo «mínimo» está profundamente integrada en nuestra cognición y nuestro cerebro, resistente incluso al daño cerebral extendido (para obtener detalles, consultar, por ejemplo, Damasio, 2000; Gallagher, 2000; Gallagher y Shear, 1999; Metzinger, 2003; Tulving, 2002).

Incluso a partir de este breve resumen de las propiedades del Yo, podemos concluir

que éste necesita jugar un papel central en la auto-representación de las situaciones comunicativas de los participantes, es decir, en los modelos contextuales. De hecho, es curioso que muchas formas del Yo se han definido explícitamente en términos lingüísticos, es decir, en términos del uso de la expresión deíctica en primera persona singular «yo» como una forma autoreferente al hablante y, por lo tanto, al Yo del acto comunicativo actual. Esto también es cierto para la relación entre el Yo, las experiencias personales y la narración (para más detalles, consultar *Sociedad y discurso*). Finalmente, el Yo también juega un rol fundamental en todas las formas de reflexividad discursiva e interaccional, en las expresiones deíctivas, etcétera, como veremos en el próximo capítulo.

Los contextos como modelos mentales

En el marco más amplio de esta teoría de los modelos mentales de los eventos y experiencias personales, la teoría cognitiva de los contextos surge como un sofisticado subproducto: *los contextos son una clase especial de modelo mental de la experiencia cotidiana*, como se han definido. No hay nada extraño o contra-intuitivo en la definición de los contextos entendidos como modelos mentales, porque los eventos comunicativos o las interacciones discursivas son también formas de la experiencia cotidiana. En otras palabras, la manera en que vivimos, construimos, definimos o interpretamos lo que está sucediendo cuando participamos en un evento comunicativo no es muy diferente a la manera en que hacemos lo mismo en el caso de otros eventos. La única característica distintiva de los modelos contextuales es que representan la comunicación o interacción verbal. *Y, de la misma manera en que los modelos más generales de la experiencia o interacción organizan el modo en que adaptamos nuestras acciones a la situación o ambiente social, los modelos contextuales organizan las formas en que nuestro discurso es estructurado y adaptado estratégicamente a toda la situación comunicativa.*

Los modelos contextuales tienen las propiedades de los modelos de las experiencias diarias, según se describe más arriba (para una explicación anterior de los modelos contextuales, consultar Van Dijk, 1999), como:

- Se almacenan en la memoria episódica.
- Son personales, únicos y subjetivos.
- Se basan en el conocimiento sociocultural y otras creencias compartidas a nivel social y, a la vez, los instancian.
- Pueden poner en evidencia opiniones y emociones sobre el evento en curso o sus acciones y participantes.
- Representan eventos (comunicativos) específicos.
- Si son interesantes, pueden servir de base para discursos futuros: podemos contar historias acerca de nuestras experiencias comunicativas anteriores.
- Son dinámicos y se actualizan constantemente durante la interacción, al hablar o

escribir, al escuchar o leer, o durante la comunicación.

- Controlan la (inter)acción verbal en curso y la adaptan a su ambiente social.
- Se forman o actualizan mediante una interpretación estratégica de los eventos actuales, así como también a través de la instanciación del conocimiento general socialmente compartido acerca de los acontecimientos.
- Pueden ser la base para la abstracción, generalización y descontextualización en la formación de un conocimiento más general sobre el discurso y la comunicación. Es decir, podemos *aprender* de nuestras experiencias comunicativas.
- Se organizan mediante esquemas y categorías que definen varias clases de eventos comunicativos, como los géneros.

Éstas son propiedades bastante generales, pero son suficientes para explicar varias cosas que queremos que los modelos contextuales hagan, como ilustración de la forma en que los usuarios del lenguaje pueden adaptar su discurso a los eventos o situaciones comunicativos de la vida diaria. De esta manera, nuestro concepto de los modelos contextuales explica, por ejemplo, las siguientes propiedades del discurso y la comunicación, que otras teorías que asumen que el discurso es directamente controlado por situaciones sociales, como es la teoría (sociolingüística) estándar, no pueden explicar:

- Los hablantes o escritores y los receptores por definición tienen diferentes modelos del mismo evento comunicativo; estas diferencias pueden conducir a negociaciones sobre los aspectos compartidos de los modelos contextuales, pero también a malos entendidos y conflictos.
- La información contenida en los modelos contextuales se puede combinar fácilmente con la de otros modelos mentales. Esto les permite salvar la conocida brecha entre la estructura social, por un lado, y la relación interacción-discurso, por otro. Es decir, los modelos contextuales son la interfaz entre la sociedad, la situación y el discurso.
- Como los modelos contextuales controlan (al menos en parte) la producción y comprensión del discurso y como pueden estar combinados con otros modelos mentales, también explican cómo el mismo modelo personal de un evento (como una experiencia personal o un acontecimiento público) por lo general se expresa mediante diferentes discursos en diferentes situaciones sociales. Generalmente, explican la manera en que los artículos noticiosos del mismo evento siempre varían de un periódico a otro cuando los escriben distintos periodistas y que de ninguna manera «la misma historia» se puede contar dos veces en circunstancias diferentes para periódicos con distintas restricciones informativas.
- Los modelos contextuales explican en detalle los procesos de recontextualización y cómo los participantes pueden manejar activamente dichos cambios; por ejemplo, cómo vuelven a contar lo que han leído en el periódico o visto en la televisión en conversaciones subsiguientes.
- Los modelos contextuales son la base de una teoría adecuada del género, porque muchas propiedades de diferentes géneros se definen más en términos contextuales que

en términos de las propiedades verbales del discurso.

- Los modelos contextuales nos permiten presentar una teoría unificada de las experiencias y la conciencia diarias, incluido el Yo en varias identidades y roles del hablante y/o el receptor de dichos modelos.
- Los modelos contextuales son la base de teorías del estilo y el registro, es decir, de las propiedades del discurso que varían según la situación.
- Los modelos contextuales integran las propiedades sociales y cognitivas de los eventos comunicativos, como los roles de los participantes, por una parte, y las intenciones, conocimiento y creencias, por otra.
- Los modelos contextuales permiten una teoría de la relevancia coherente con la teorización cognitiva contemporánea. Brindan las condiciones apropiadas de la ilocución y, por lo tanto, sirven de base para una teoría de los actos de habla explícita en términos cognitivos.

Podemos concluir de esta lista (incompleta) de la clase de cosas que los modelos contextuales pueden explicar, que estamos tratando con un concepto teórico muy productivo y valioso. Como es el caso del concepto de los modelos mentales en general, la noción es casi demasiado poderosa y, por lo tanto, es importante formular con cuidado sus detalles, restricciones, estructuras y funciones. Una cosa es asegurar que los modelos contextuales controlan muchas propiedades del discurso, como su estilo, y otra muy distinta formular los pasos o procesos mentales exactos por medio de los cuales dicho control tiene lugar.

Especificar las etapas de control precisas del modelo dinámico en el curso de una simple conversación, puede implicar una secuencia muy larga y compleja de movimientos locales y estrategias globales, así como también muchas interacciones entre esta dimensión «pragmática» del discurso y las dimensiones semánticas y formales.

Por ejemplo, la observación de la situación social puede conducir (mediante varios pasos de comprensión social de los eventos y situaciones) a la construcción de las propiedades relevantes (véase a continuación la noción de relevancia) del escenario, nuestro interlocutor, la acción en curso, etcétera. Ésta y otras interpretaciones serán parte del modelo contextual de la situación comunicativa actual y estas representaciones, a su vez, controlarán el estilo más o menos «formal, correcto y respetuoso» de nuestras contribuciones a la conversación, como las restricciones del léxico, los actos de habla, las estrategias de interacción, los pronombres, las formas de tratamiento, los títulos honoríficos, las metáforas u otras propiedades semánticas relacionadas con la corrección y muestra de respeto.

Todo esto lo sabemos gracias a la sociolingüística y la pragmática, pero aún queda por describir, con más detalles, el camino desde la participación en una situación social hasta el modelo mental de dicha situación, de qué manera se seleccionan las propiedades relevantes de esta situación, cómo se construye un modelo contextual de estas propiedades relevantes y cómo este modelo contextual junto con sus categorías esquemáticas, finalmente operan en todos los niveles de la producción del discurso.

Y, más allá de una teoría cognitiva del contexto, obviamente también necesitamos integrarla en una teoría del discurso social y cultural más amplia y descubrir la manera en que se adapta a los ambientes sociales y culturales. Es decir, los modelos contextuales también constituyen representaciones cognitivas que integran y combinan, *tanto* las restricciones personales *como* las socioculturales, sobre los eventos comunicativos. Los enfoques sociales y culturales que abordan el discurso y el uso del lenguaje no describen ni explican esta importante dimensión individual de los contextos y el discurso.

En resumen, una teoría explícita de los modelos contextuales puede describir y a la vez explicar cómo es que nuestros discursos son (producidos como) apropiados en términos situacionales de manera que los enfoques actuales no han podido exponer. Va más allá que la mayoría de la teorías actuales, que son fundamentalmente deterministas y correlativas (una expresión estadística) y, por lo tanto, no pueden especificar de qué manera los aspectos «objetivos» de las situaciones sociales (como el género, la edad, etcétera) se relacionan con las propiedades del discurso.

Las propiedades de los modelos contextuales

Si los modelos contextuales son modelos mentales almacenados —como todas nuestras experiencias personales— en la memoria episódica, entonces deberían tener la misma estructura en términos de categoría que otras experiencias personales. Sin embargo, esta vez, la interacción implica comunicación y, por lo tanto, participantes que son hablantes, escritores, oyentes y lectores (en varios papeles comunicativos) y actos sociales locales y globales que consisten en discursos, actos de habla u otros actos verbales. Pero esto aún es muy general, de manera que necesitamos una forma mucho más detallada, sólida en términos teóricos y empíricamente garantizada para establecer la clase de categorías o estructuras que constituyen los modelos contextuales. Sólo entonces podremos decir algo sobre cómo estas propiedades más detalladas controlan las estructuras específicas del discurso.

Los contextos globales y locales

La teoría de la macroestructura, así como muchas pruebas lingüísticas y psicológicas, sugiere que podemos representar mentalmente y hablar sobre los eventos en varios niveles de generalidad y especifidad (Van Dijk, 1980; Van Dijk y Kintsch, 1983). También hemos visto que los modelos experienciales que se guardan en nuestra memoria episódica autobiográfica pueden representar acciones individuales al nivel local en curso del análisis de la experiencia, pero también eventos y situaciones globales o periodos completos de nuestra vida a un nivel más macro (Zacks, Tversky y Iyer, 2001). Desde un punto de vista del procesamiento y debido a las conocidas limitaciones de los recursos de la memoria de trabajo, no se presta atención a todos los niveles de las micro y macro estructuras permanentemente. Por el contrario, el procesamiento del texto y habla en

curso tiene lugar a nivel local (micro), pero con un control macro en segundo plano, por ejemplo, en alguna clase de «memoria de trabajo a largo plazo», desde la cual las macro representaciones pueden activarse de inmediato (Ericsson y Kintsch, 1995).

La misma distinción macro-micro puede aplicarse a los modelos contextuales (Van Dijk, 2006). Es decir, los usuarios del lenguaje pueden representar, al mismo tiempo, la situación actual, local y sus componentes (como dar una clase específica hoy o responder una pregunta) y varios niveles de los cuales la acción y situación actuales son un constituyente (esta clase específica como parte del semestre o dar clases en la universidad).

En cualquier momento de la conversación, uno de estos niveles de la estructura social puede adquirir relevancia. Una vez que se ha activado, este nivel puede influenciar la producción de la estructura discursiva. Por ejemplo, durante su discurso en el debate sobre Irak en la Cámara de los Comunes, Tony Blair necesita activar en varios momentos, como parte de su modelo contextual, la información institucional que está dando como Primer Ministro (o como líder laborista) en el parlamento o como parte de una política extranjera. Estas restricciones estructurales —según las representa en su subjetividad— influyen en muchas propiedades de su discurso; por ejemplo, en el estilo formal gramatical, la forma en que se dirige a los parlamentarios o la selección de temas que pueden o no discutirse en este debate.

A pesar de esta variación contextual según la *jerarquía de las situaciones* involucrada, puede ser que exista alguna clase de nivel «estándar» de conciencia, representación contextual e interacción en curso que conozcamos mediante la percepción y otros dominios cognitivos (Rosch, 1978). Éste puede ser el caso de *prácticas sociales* construidas a nivel social y cultural y, por lo tanto, conocidas, y de *tipos de actividades* o *géneros*, como una conversación informal, una reunión, una entrevista, una consulta médica o una clase (consultar, por ejemplo, Graesser, Millis y Zwaan, 1997). Estos tipos de actividades nos permiten segmentar, planificar y recuperar eventos comunicativos e interaccionales discretos del día a día. De esta manera, por lo general, planificamos, controlamos y recordamos eventos comunicativos discretos específicos continuamente, tales como «dar una clase» (que consiste en otras unidades), en lugar de secuencias como «dar una clase, hablar con los estudiantes y colegas y trabajar en la oficina más tarde», que no constituyen unidades de niveles superiores «naturales».

Estos eventos «locales» de nivel estándar son los tipos de situación, interacción y contextos en los que se concentrará este libro. Sin embargo, debemos enfatizar que los participantes son capaces de representar estas situaciones locales o micro en la vida diaria como parte de contextos institucionales u organizacionales más extensos, especialmente en lo que se refiere a la planificación y recuperación (después de años, recordamos haber dado ésta u otra clase, en tal y cual universidad, pero no las clases específicas). Es decir, además de la conciencia contextual continua de dar una clase «ahora», ocasionalmente podemos activar la conciencia de nuestro rol más general como profesor, el escenario de la universidad o incluso el dominio social de la educación. Asimismo, al hablar en el

parlamento, Tony Blair puede necesitar un modelo contextual con acciones (macro) de más alto nivel como la Legislación o Política Externa, dentro del dominio general de la Política.

Como es el caso de todas nuestras acciones, entonces, los contextos también están siendo organizados continuamente en unidades macro más generales y éstas también pueden tornarse importantes para el control local, como veremos en el siguiente capítulo. Esta distinción entre las estructuras micro (de acción) y macro (sociales) se discuten como parte de la sociología del contexto en *Sociedad y discurso.* Sin embargo, en este punto necesito enfatizar que la relación entre las estructuras de nivel micro y macro —y su control del discurso— es construida necesariamente por lo participantes, en su mente. Es decir, como ya he subrayado varias veces: las macroestructuras sociales no pueden influir directamente sobre el discurso o la interacción.

Los esquemas contextuales y sus categorías

Se ha recalcado que una de las preguntas fundamentales de la teoría del contexto es qué categorías se deben postular en dichos contextos, es decir, a qué parámetros de las situaciones comunicativas (locales) prestan atención los usuarios del lenguaje usualmente. He dado por sentado que estas categorías pueden tener un nivel local y otro global de representación. No obstante, esto todavía resulta muy general y debo establecer, por lo tanto, una explicación detallada de las categorías posibles o necesarias del esquema del modelo contextual.

Sobre la base de estudios anteriores sobre las categorías contextuales, la psicología de la comprensión de los eventos y las situaciones, y la literatura sobre los modelos mentales, me atrevo a presentar los siguientes candidatos como categorías posibles de un esquema de modelo contextual muy simple:

- Escenario: Tiempo/Periodo, Espacio/Lugar/Ambiente;
- Participantes (el Yo, otros);
  - roles comunicativos (estructura de la participación);
  - tipos de papeles sociales, membrecía o identidades;
  - relaciones entre los participantes (por ejemplo, poder, amistad);
  - conocimiento y creencias sociales compartidos;
  - intenciones y objetivos;
- Acciones/Eventos comunicativos y de otro tipo.

En otras palabras, tenemos que examinar de qué manera los participantes analizan y representan los ambientes y las situaciones sociales en general, porque es probable que en la construcción de sus modelos contextuales subjetivos usen habilidades más generales de comprensión que lo que se necesita en sus vidas diarias.

Presto mayor atención a muchas de estas categorías en la explicación social, psicológica, sociológica y antropológica del contexto en *Sociedad y discurso*; aquí me

limito a aspectos relevantes dentro de un enfoque cognitivo, es decir, a los aspectos de la representación y procesamiento mentales, como el papel del conocimiento, las intenciones y los objetivos de los participantes.

El Yo como la categoría central de los modelos contextuales

Los modelos contextuales considerados como un tipo de modelo experiencial son, por definición, subjetivos. Como es el caso de todas las experiencias episódicas (consultar los estudios en Baddeley, Conway y Aggleton, 2002), representan la manera en que *yo* simbolizo los escenarios actuales, la situación en la que *yo* estoy pensando, actuando, hablando, escribiendo, escuchando o hablando ahora. Independientemente de otras identidades sociales que los participantes puedan tener es, por lo tanto, esencial representar su propio Yo, y debo presuponer que eso también sucede para los modelos contextuales, como es el caso de todos los modelos experienciales.

Es decir, los modelos contextuales son, en esencia, *egocéntricos* y podemos asumir así que el Yo es la categoría central y orientadora de los modelos contextuales. Esta categoría organiza las relaciones entre el Yo (ya sea como Hablante, Receptor u otro rol involucrado) y otros participantes. También se aplica a otras categorías contextuales, como «aquí» (el lugar donde estoy), la acción (lo que estoy haciendo), el conocimiento (lo que soy) y los objetivos (lo que quiero).

En la producción del discurso, una estructura egocéntrica de los modelos contextuales es parte de la base de la producción de *expresiones deícticas* (como *yo*, *nosotros*, *tú*, *aquí*, *hoy*, etcétera), entendidas por los receptores porque saben de qué manera los hablantes representan la situación comunicativa en general.

No es necesario decir que si este Yo (estos Yos) ya no funciona, los modelos contextuales se verán afectados y, por lo tanto, también los discursos (y las interpretaciones del discurso) controlados por estos modelos, como sabemos gracias, por ejemplo, al discurso esquizofrénico (consultar, por ejemplo, Alverson y Rosenberg, 1990; Rochester y Martin, 1979).

Restricciones en la magnitud de los modelos contextuales

Para que los modelos contextuales se puedan formar, cambiar y actualizar simultáneamente en tiempo real, durante la interacción y comunicación diarias, deben ser relativamente simples, como se postula más arriba. Así, podemos asumir que los participantes son representados más o menos de la misma manera que conocemos de los esquemas de la percepción de las personas (consultar, por ejemplo, Bierhoff, 1989; consultar también la discusión de la psicología social de los episodios, personas, etcétera, en *Sociedad y discurso*), en este caso adaptados a los distintos roles comunicativos de los participantes. Así, los participantes pueden representarse como miembros de categorías o grupos sociales, relacionados de formas específicas (como en relaciones de poder o diferencias de estatus) y con conocimientos y creencias específicos.

Es decir, las situaciones comunicativas pueden ser muy complejas, pero los participantes necesitan reducir esta compleja información a unas pocas categorías organizadas en esquemas, para poder aplicar restricciones contextuales en el procesamiento discursivo de la memoria de trabajo. Esto significa que sólo se utilizarán unas pocas categorías de participantes relevantes en términos discursivos —pero culturalmente variables— para construir los modelos contextuales, como el género, la edad, el estatus o el parentesco, en lugar de la altura o el peso.

Lo mismo sucede con la representación de los Escenarios (varias clases de periodos —segundos, minutos, etcétera— o lugares), actividades en curso, objetivos o el conocimiento de los participantes. Cuando es necesario, por ejemplo, en la representación de la acción, los participantes pueden realizar abstracciones de nivel macro, para organizar situaciones y discursos complejos, como un debate parlamentario extenso. Se entrega a una discusión detallada de las restricciones sociales y culturales para estos modelos contextuales en *Sociedad y discurso.*

La relevancia

Siguiendo trabajos anteriores sobre el contexto, conjeturo que los modelos contextuales representan lo que es *relevante* para los participantes en una situación comunicativa. En este sentido, una teoría de los modelos contextuales implica una teoría de la relevancia. Sin embargo, mi perspectiva difiere significativamente de otros enfoques que abordan la relevancia, como el de Sperber y Wilson (1995), quienes inicialmente la definen como sigue: «una presunción es relevante en un contexto si y sólo si tiene algún efecto contextual en ese contexto» (pág. 122), y añaden otras definiciones a continuación. Ésta también es la clase de definición que propongo en *Texto y contexto* (Van Dijk, 1977):[4] «un hecho y, por lo tanto, el conocimiento de un hecho, es importante (o relevante) en relación con un contexto o, en general, con una situación si constituye una *condición inmediata* para un evento o acción probable (o para la prevención de estos) en ese contexto o situación». Aunque en ambas definiciones se asume una relación condicional entre los «hechos», Sperber y Wilson la definen (más enfáticamente) en términos de «efectos», concentrándose así en las consecuencias reales de los hechos «relevantes», mientras que mi definición es en términos de las condiciones y, por lo tanto, se centra en los hechos relevantes mismos. Esto permite la existencia de relaciones más débiles de relevancia, como una posibilidad (una consecuencia posible o probable en lugar de una consecuencia necesaria, como en la causalidad). Por ejemplo, no hay duda de que una condición relevante (aunque no necesaria) para comer es tener hambre pero, desafortunadamente, para muchos millones de personas en el mundo, dicha condición no tiene el «efecto» (una consecuencia necesaria) de comer. En otras palabras, las propiedades de las situaciones pueden ser relevantes para las siguientes situaciones

incluso cuando *no* tengan las consecuencias (normales, deseadas, etcétera).

Veremos que lo mismo sucede con los contextos: dada su interpretación de la situación comunicativa actual, los usuarios del lenguaje pueden darse cuenta de la ausencia de propiedades discursivas específicas (un tema, una forma de cortesía, etcétera) que normalmente esperarían en contextos similares. En consecuencia, en una teoría de la relevancia y el contexto, debemos examinar con cuidado la dirección de ajuste (*direction of fit*) o de condicionalidad entre las «condiciones relevantes» y las «consecuencias relevantes».

En mi libro de 1977, también distingo entre la relevancia *semántica*, por una parte, es decir, la relevancia del conocimiento (creencias, etcétera) necesaria para que los discursos sean significativos y, por otra, la relevancia *pragmática*, es decir, las condiciones que influyen en su adecuación, como las condiciones de adecuación (*appropriateness conditions*) de los actos de habla. Aunque el enfoque de Sperber y Wilson generalmente se categoriza como «cognitivo», (lo que ellos mismos hacen), su argumento general es más formal y abstracto que psicológico y empírico. No hacen ninguna referencia a la vasta literatura sobre el procesamiento del discurso, muy pocas referencias a la literatura sobre la memoria y ningún comentario sobre la clase de representaciones mentales del contexto o la relevancia. Definen el contexto como un «constructo psicológico» (pág. 15), tal como lo hago yo, pero sólo lo hacen en los términos *formales* de un «conjunto de premisas», como un «subconjunto de presunciones del oyente sobre el mundo, que afectan la interpretación de una expresión». No se explica, sin embargo, dónde y cómo tales presunciones se representan mentalmente o mediante qué procesos esta representación influye en la interpretación o producción del discurso, en todo caso. Además, no proponen ninguna idea teórica sobre las *estructuras* del contexto, las que de ninguna manera pueden constituir una (vasta) lista sin estructura de proposiciones, como se muestra más arriba. Cuando es relevante (¡*sic*!) para una teoría del lenguaje, su trabajo aporta especialmente con una contribución más abstracta y formal y no con una teoría psicológica del contexto y de las influencias contextuales sobre la producción y comprensión del discurso. En mi teoría del contexto, la relevancia es un concepto definido por la noción de contexto, es decir, en términos del proceso cognitivo implicado en la construcción de un modelo contextual, sobre la base de datos surgidos a partir de la interpretación de una situación, guiada por un esquema compartido y adquirido socioculturalmente de la clase de categorías que definen dichos contextos y por las experiencias comunicativas previas (modelos contextuales anteriores).

Así, de una manera similar sobre la que la gente entiende una cantidad infinita de oraciones o discursos (posibles) sobre la base de una gramática y reglas del discurso, también es capaz de entender una cantidad (en teoría) infinita de situaciones sociales. Lo que resulta «comunicativamente relevante» en esas situaciones es la clase de información que calza en un modelo contextual y sus categorías social y culturalmente compartidas.

De esta forma, nuevamente encontramos que quizás se presta atención al papel comunicativo y a las categorías o propiedades sociales —como la «edad» o el «poder»

de los destinatarios— en lugar de, por ejemplo, el tamaño de sus narices o el color de sus camisetas. Claramente, somos capaces de percibir e interpretar estas propiedades personales o sociales de la situación *social*, dependiendo de una variedad de otras condiciones, pero estas propiedades de los destinatarios no se incluyen en el modelo contextual de la situación *comunicativa*, porque sabemos por experiencia que no son la clase de características de la situación que controlan las estructuras del discurso. Esto también muestra que los modelos contextuales no son lo mismo que los modelos experienciales más generales o los modelos generales de las situaciones o ambientes.

Lo mismo resulta cierto para la relevancia del conocimiento compartido o nuevo y los objetivos de los participantes, categorías que controlan muchos aspectos del discurso. En resumen, la estructura esquemática convencional de los contextos, sus categorías y los contenidos actuales y en constante cambio de estas categorías definen lo que es relevante para los participantes en el momento actual.

Objetivos e intenciones

Si los contextos son modelos mentales de situaciones comunicativas y sociales, entonces, a primera vista, puede parecer extraño (circular, redundante) también incluir sus elementos «cognitivos». Sin embargo, una breve reflexión demuestra que las situaciones comunicativas no sólo exhiben información sobre los escenarios, los participantes y sus acciones, sino que necesariamente también deben representar las intenciones, propósitos, objetivos, conocimientos y posiblemente otras propiedades «mentales» de los participantes.

De hecho, muchas teorías de la acción, la interacción, la auto-representación y la comprensión del discurso humanos, entre otros, se formulan en términos de objetivos (Bower, Black y Turner, 1979; Conte y Castelfranchi, 1995; Ford, 1992; Graesser, Singer y Trabasso, 1994; Montefiore y Noble, 1989; Pervin, 1989; Schank y Abelson, 1977; Tracy, 1991; Zacks, Tversky y Iyer, 2001).

Esto también es cierto con respecto a la noción de *intención*, que en la filosofía de la acción por lo general se ha definido como una acción fundamentalmente constitutiva: como el «significado» social de la conducta o comportamiento (Danto, 1973). Al mismo tiempo, este concepto se ha vuelto una de las nociones más problemáticas en los ámbitos de la filosofía, la psicología y las ciencias sociales, y ha generado una literatura considerable (Brand, 1984; Bullock, 1991; Cohen, Morgan y Pollack, 1990; Gillet y McMillan, 2001; Zelazo, Astington y Olson, 1999). En los trabajos sobre comprensión del discurso y modelos situacionales, las intenciones y objetivos de la acción siempre han jugado un papel importante (véase, por ejemplo, Bower, Black y Turner, 1979; Zwaan y Radvansky, 1998).

En los estudios sobre la conversación y la interacción, las intenciones —y las representaciones mentales en general— usualmente se ignoran, por ejemplo, y se

determinan como inaccesibles para el público (consultar la discusión en Bruner, 1981; Heritage, 1991; Jayyusi, 1993; Schegloff, 1996); véase también el número especial 8(1) de la revista *Discourse Studies* (Van Dijk, 2006) sobre el discurso, la cognición y la interacción, especialmente el trabajo de Durante, 2006).

Simplificando un largo debate teórico, el concepto de intención aquí se utiliza sólo en el sentido de las intenciones de las acciones (*intentions-of-actions*) y no como la intencionalidad de los pensamientos (*intentionality-of-thoughts*), en el sentido de que creencias siempre son creencias *sobre* algo (Searle, 1983). Es equivalente de muchas maneras al concepto de «plan», aunque en la práctica, la palabra «plan» es una noción utilizada para acciones más complejas, más distantes, mientras que las intenciones coinciden, o preceden inmediatamente, con la acción local en curso en el micro-nivel de análisis. En ambos casos, sin embargo, defino las intenciones como (parte de) modelos mentales. Tener la intención de una acción es construir un modelo mental de un fragmento de conducta en curso o futuro. Y, por el contrario, la conducta sólo tiene significado y sólo se puede interpretar como tal cuando está asociada a dicho «significado», o éste se le atribuye, en el sentido de un modelo mental. Así, las personas que están dormidas o inconscientes pueden «hacer» algo, pero no pueden involucrarse en una conducta intencional, es decir, en una (inter)acción. Las personas normalmente saben qué acción quieren llevar a cabo al involucrarse en alguna forma de conducta. Pero esto es distinto para los co-participantes que deben interpretar la conducta observada como una acción específica, independientemente si coincide con la intención del agente. Como la conducta puede ser ambigua (por ejemplo, levantar la mano puede ser una señal de saludo o de amenaza), los observadores pueden equivocarse o preguntarse «qué quieren decir» los actores.

Para que la interacción entre el discurso y el habla sea posible, los participantes tienen que representar las intenciones de los demás participantes, así como las suyas. Al respecto, se ha demostrado que los niños adquieren esta capacidad de «leer las mentes» de los demás participantes desde muy temprano (consultar el debate generado con el artículo objetivo de Tomasello, Carpenter, Call, Behne y Moll, 2005; véase también Tomasello, 1999b). Con esta evidencia empírica, podemos concluir que lo mismo es cierto para los objetivos: la interacción y el discurso presuponen que los participantes conocen sus propios objetivos y tienen hipótesis plausibles sobre los de los demás. La conducta puede ser ambigua y, por lo tanto, los modelos de las personas sobre las intenciones de otros participantes, son interpretaciones que pueden estar equivocadas.

Nótese que las intenciones son diferentes a los *objetivos*, los cuales son, según yo, lo mismo que los *propósitos*, es decir, modelos mentales de las acciones y sus consecuencias deseadas. De esta forma, mi intención puede ser leer el periódico y mi objetivo es obtener información u opiniones sobre acontecimientos recientes. En principio, tengo control sobre mis propias acciones —según su representación en el modelo mental de una intención— pero no siempre puedo controlar sus consecuencias, que pueden depender de otros factores. La realización de mis objetivos depende del

estado del mundo y de las actividades de otras personas, mientras que la realización de mis acciones sólo depende de mis capacidades y de la ausencia de límites.

Como también sabemos gracias a la teoría clásica de los actos de habla, una de las condiciones fundamentales de adecuación de muchos actos de habla es que el hablante tenga la intención de hacer esto y aquello, como es el caso de las promesas y otros actos de habla (Burkhart, 1991; Searle, 1969). Esto significa que, para entender una expresión como un acto de habla, los usuarios del lenguaje necesitan reconstruir la intención comunicativa del hablante y, para ello, tienen que utilizar varias estrategias (Bosco, Bucciarelli y Bara, 2004).

En el campo de la psicolingüística, las «intenciones» se definen como el punto de partida del habla (Levelt, 1989; Nuyts, 1993), como es también el caso de las intenciones definidas como modelos mentales en la psicología del procesamiento de texto en general y de la pragmática en particular (Van Dijk y Kintsch, 1983).

Aunque las intenciones con frecuencia se ignoran en las teorías de la conversación y de la interacción (que prefieren concentrarse en la organización secuencial de la acción misma en lugar de los estados y procesos mentales hipotéticos), es casi imposible negar que las nociones mismas de acción e interacción y, por lo tanto, de conversación, no tienen sentido sin una intención, tal y como se define aquí. Es cierto que en la conversación las acciones son ocasionadas por las acciones de los hablantes previos (Schegloff, 1996), pero esto sólo resulta verdadero cuando limitamos nuestro análisis a un estudio más superficial de las secuencias de acciones (o de la conducta): obviamente, sólo se puede reaccionar a las acciones previas después de que el siguiente hablante las *entienda* y esta comprensión mental es la condición para el desarrollo de la intención de la acción actual.

Puede que se trate de un proceso rápido y en gran parte automatizado, pero eso no significa que no tenga lugar a nivel cognitivo. De hecho, las pausas, los fenómenos de titubeo, los intentos frustrados y las interrupciones en la fluidez del habla también se interpretan como manifestaciones del «pensamiento en curso» dentro y entre los turnos de habla. Existe evidencia más directa cuando los hablantes se refieren a estos pensamientos en curso durante la conversación, por ejemplo, cuando dicen cosas como «Ah, pensé que querías decir…»

La noción de intención es relevante para una teoría del contexto porque, como hablante o destinatario, necesito construirme a mí mismo involucrándome intencionalmente en un acto comunicativo, por ejemplo, manteniendo una conversación, escribiendo un artículo para un periódico o leyendo un fragmento de un libro. El hecho de que muchos aspectos de los actos comunicativos sean «automatizados» y casi inconscientes sólo significa que los modelos mentales son parcialmente procesados en segundo plano, como también es el caso de los modelos contextuales.

Al utilizar la noción de modelo experiencial o modelo contextual, ya no necesitamos modelos separados para las intenciones o los planes: uno de los constituyentes de los modelos contextuales son las intenciones, entendidas como propiedades «mentales» de los participantes, de la misma manera en que ser profesor es una propiedad social de un

modelo contextual cuando hablo o entiendo desde ese rol.

Manejo del conocimiento contextual

El conocimiento sociocultural compartido es una condición crucial para la producción y comprensión del discurso. Gran parte de la psicología cognitiva y de la Inteligencia Artificial busca explicitar esta relación entre el discurso y el conocimiento durante el procesamiento del discurso (consultar las referencias anteriores). El conocimiento juega un papel fundamental en la comunicación y tiene una función central en los modelos contextuales, por lo que será examinado en más detalle que los demás aspectos («cognitivos») de los modelos contextuales, algunos de los cuales —como las ideologías — son abordados en la psicología social del contexto en *Sociedad y discurso*.

En la teoría del contexto, tengo que prestar atención a un aspecto más específico del papel del conocimiento en el discurso: para poder hablar o escribir apropiadamente, los usuarios del lenguaje deben tener creencias o nociones sobre el conocimiento de los destinatarios. Así, si representan las propiedades relevantes de la situación comunicativa, no sólo necesitan modelar las propiedades sociales de ellos mismos y de otros participantes, sino que también deben saber lo que los demás ya saben. Si los hablantes no tuvieran una hipótesis o un «modelo de conocimiento» en curso de lo que los destinatarios saben en un momento dado, podrían repetir constantemente lo mismo que quisieran comunicar o podrían hablar sobre cosas que los destinatarios no entenderían porque presupondrían un conocimiento que los destinatarios no tienen. Ciertamente, la comunicación —en el sentido más tradicional de transmisión de conocimiento nuevo— sería imposible o no tendría sentido si no tuviéramos idea de lo que nuestros destinatarios ya saben.

En consecuencia, yo presupongo que los modelos contextuales cuentan con un dispositivo fundamental que regula la (no) expresión del conocimiento en el discurso. Dado que este dispositivo juega un papel fundamental en los modelos contextuales, he introducido una abreviación técnica especial para representarla: el Dispositivo-K (*K-device*)[5] (Van Dijk, 2003). En todo momento de un discurso, el Dispositivo-K interpreta como información el conocimiento del hablante —como se representa en los modelos mentales sobre eventos y como conocimiento compartido más general del mundo, etcétera— y «calcula» cuánto de este conocimiento los destinatarios ya comparten.

La *estrategia epistémica general* en la producción del discurso es que el conocimiento compartido no necesita expresarse y, por lo tanto, puede permanecer implícito, porque se cree que el destinatario ya cuenta con ese conocimiento o porque se piensa que el destinatario puede inferirlo del conocimiento ya existente.

Este conocimiento compartido a veces se denomina «base común» (*Common Ground*) de los hablantes y destinatarios (Clark, 1996; Krauss y Fussell, 1991; Pickering y Garrod, 2004); por supuesto, existen tantos tipos de bases comunes como tipos de conocimiento compartido, por lo que necesitamos examinar estos enfoques para abordar

el concepto de base común en más detalle.

El problema teórico y empírico es cómo opera realmente el Dispositivo-K. ¿Cómo saben los hablantes lo que saben los destinatarios? Obviamente, no podemos presuponer que el vasto conocimiento de los destinatarios es parte del Dispositivo-K de los modelos contextuales (relativamente simples) de los hablantes y, si lo fuera, de ninguna manera podríamos explicar cómo llegó ahí sin una comunicación previa.

En consecuencia, siguiendo un enfoque estratégico al procesamiento del discurso (Van Dijk y Kintsch, 1983), debemos asumir que los hablantes utilizan estrategias rápidas —pero imperfectas— para llegar a sus hipótesis sobre lo que los destinatarios ya saben. Claro está que los hablantes pueden equivocarse al derivar sus hipótesis sobre lo que los destinatarios saben y, así, afirmar o repetir algo ya sabido. Dado que estas hipótesis (es decir, si algo debe o no afirmarse o preguntarse) tienen que formularse en cada punto del discurso, al menos para cada proposición o acto de habla, deben derivarse en fracciones de segundos. Esto, a su vez, significa que no pueden ser extremadamente complejas. Por lo tanto, una pregunta central para una teoría del Dispositivo-K es cuál es la naturaleza de las estrategias de operación de este dispositivo.

Conocimiento personal

Para formarnos una idea preliminar informal sobre la naturaleza de estas estrategias, imaginemos un evento comunicativo en el que le cuento a una amiga sobre un problema de salud que estoy padeciendo. En la siguiente ocasión en que nos vemos, puede que aún tenga el mismo problema de salud (por lo que sigo conociendo mi propio problema), pero en ese caso sería poco apropiado contarle «lo mismo» a mi amiga, ya que yo sé que ella lo sabe, dado que yo mismo se lo dije hace poco. Sin embargo, como se le puede haber olvidado, especialmente si nuestra reunión anterior fue hace un tiempo y el problema de salud no tiene mucha importancia, puedo *recordárselo* diciéndole algo como «recuerdas que te conté sobre…»¿Cómo sé en este segundo evento comunicativo que mi amiga conoce mi problema de salud, un hecho «personal» que no puede inferirse a partir de conocimiento general compartido en términos socioculturales? Obviamente, porque recuerdo habérselo dicho. En términos cognitivos, esto puede significar que tengo acceso al modelo contextual «antiguo» que representa nuestro encuentro anterior, incluido al menos el resultado final (la macroestructura semántica) de lo que le dije durante el encuentro.

Este problema de comunicación del manejo del conocimiento personal puede solucionarse aplicando una simple estrategia general como:

C1: Presuponer que los destinatarios saben lo que les conté antes.

Esta estrategia general se aplica tanto al contenido de los modelos contextuales previos (encuentros comunicativos previos) como también a los segmentos anteriores del discurso en curso: en los modelos contextuales dinámicos, el «discurso previo» (las proposiciones, actos, estilos, etcétera) se vuelve una condición del estado actual del

contexto. De hecho, ésta es una estrategia general de interpretación relativa en el caso de la semántica discursiva secuencial: la interpretación de cada expresión en un discurso es siempre relativa al mundo (situación, conocimiento) construido con la interpretación de las expresiones previas. Y como los hablantes o escritores conocen esta estrategia general, formulan todas las expresiones de acuerdo a una presuposición.

Un procesamiento más detallado correspondiente a esta estrategia general del conocimiento implicaría una búsqueda y activación de un modelo contextual previo con el destinatario, un análisis del contenido (macroestructuras, temas principales) del discurso comunicado y la inferencia de si la proposición que quiero comunicar forma parte de esa representación. Obviamente, los modelos contextuales en general no siempre son accesibles, en especial si pertenecen al pasado. Si no lo son, puede significar que ya no recuerdo si le conté al destinatario y, en ese caso, tengo la opción de simplemente presuponer la ignorancia y afirmar la proposición, o puedo primero hacerle una pregunta al destinatario como «¿Te conté que...?», si no quiero hacer una declaración inapropiada. Obviamente, si lo que ahora sé constituye información nueva y sé que no me he encontrado con el destinatario y que no me he comunicado con él desde que adquirí esta nueva información (un criterio que presupone una línea de tiempo en la memoria episódica), no se necesitará una búsqueda mayor aparte de establecer que lo que sé ahora lo supe después del momento en que me comuniqué con el destinatario por última vez.

Así, en el caso del conocimiento *personal nuevo*, la estrategia-C es algo como:

> C2: Presuponer que los destinatarios no están al tanto del conocimiento personal que he adquirido desde la última vez que me comuniqué con ellos.

Nuevamente, la descripción detallada del proceso de esta estrategia involucra la activación de modelos experienciales «antiguos», incluidos modelos contextuales, que compara las categorías temporales de la experiencia en la que adquirí el nuevo conocimiento y de los últimos modelos contextuales en los que el destinatario aparece como participante. Al momento de comunicar un conocimiento a un destinatario, este conocimiento se convierte automáticamente en parte de la base común compartida y, por lo tanto, ya no es conocimiento personal sino que interpersonal y, de esta manera, puede presuponerse en la comunicación posterior con el destinatario.

Aunque las estrategias —como se han formulado aquí— parecen bastante simples y, por razones teóricas, *deben* ser bastante simples, esto no significa que sabemos todos los detalles del proceso real; por ejemplo, la manera en que los modelos contextuales y otros modelos (de eventos) y sus propiedades (como su categoría temporal) se buscan, comparten y activan parcialmente. Ni tampoco sabemos «cuánto» del discurso previo es todavía accesible como parte de modelos textuales o contextuales antiguos; seguramente no mucho más que los temas principales, es decir, sus macroestructuras y algunos detalles relevantes significativos, como sabemos gracias a la investigación tradicional sobre los recuerdos generados por textos. De la misma manera, por lo general es bastante difícil que las personas atribuyan el nuevo conocimiento a fuentes específicas, que

recuerden los detalles de lo que dijeron a alguien en una conversación que tuvo lugar hace un tiempo o lo que escribieron en un correo electrónico después de algún tiempo.

Conocimiento social específico

Aunque el caso del conocimiento personal e interpersonal es relativamente simple y puede formularse en una estrategia medianamente sencilla basada en procesos de (re)activación de modelos experienciales y contextuales en la memoria episódica, ¿qué sucede con otras clases de conocimiento y con las personas que no conocemos?

Los periodistas (y muchos otros escritores) se confrontan diariamente con la tarea de evaluar lo que sus lectores saben aun cuando no los conocen personalmente. Nuevamente, para mantener la simplicidad, se puede presuponer que la estrategia básica para la comunicación de información pública *específica* (por ejemplo, sobre los acontecimientos noticiosos) es bastante similar a la que se aplica en la comunicación interpersonal:

C3: Presuponer que los destinatarios saben lo que nosotros (por ejemplo, el periódico) les contamos antes.

Esto significa que un periodista necesita buscar un modelo contextual previo en el que él (u otro periodista del mismo periódico) les cuente a los lectores sobre un evento concreto en particular; si se puede encontrar este modelo contextual, entonces la información que se comunicó antes no necesita darse otra vez.

O, como los lectores pueden haberlo olvidado o pueden no haber leído el periódico ayer o recientemente, el periodista puede recordarle a los lectores mediante una variedad de fórmulas como «Según lo informado en el día de ayer...» Lo mismo sucede cuando el periodista asume que los lectores probablemente han adquirido el conocimiento nuevo mediante otro medio, por ejemplo, a través de noticias de última hora por televisión, radio o internet. Obviamente, como es el caso de nuestros propios mensajes de correo electrónico, los periodistas pueden volver a leer informes noticiosos previos para reactivar modelos contextuales antiguos y activar lo que se ha informado antes.

Como lo anterior es muy poco probable en el caso de noticias de último minuto, los periodistas —al igual que otras personas que se unen a una conversación— no necesitan esforzarse mucho en buscar en la memoria episódica, simplemente porque no existe un conocimiento nuevo etiquetado con un tiempo anterior al último evento comunicativo, es decir, la edición previa del periódico, como cuando se comparte información personal «nueva» en una conversación. Al respecto, las estrategias-C utilizadas en la conversación, informes noticiosos y muchos otros géneros son bastante similares. Sin embargo, en el caso de los informes noticiosos, la fuente de la información previa no necesariamente es el periodista actual, sino que puede haber sido otro periodista; además, será importante en el modelo contextual, en ese caso, que la fuente sea el periódico como institución.

Conocimiento sociocultural general

Todos los ejemplos de comunicación personal y pública tienen que ver con eventos específicos y, por lo tanto, con modelos mentales personales o públicos de dichos eventos. ¿Pero qué sucede con las muchas clases de conocimiento sociocultural *general* o *abstracto* que asumimos que los destinatarios comparten? El periodista puede informar sobre un nuevo acontecimiento en Irak y esta noticia por lo general no se considerará como conocida por los lectores. Sin embargo, el periodista sí presupone que la mayoría de los lectores saben que Irak es un país, qué es un presidente, qué es un ejército y sus soldados y una gran cantidad de otro tipo de «conocimiento general sobre el mundo», como es el caso del ejemplo del discurso sobre Irak de Tony Blair en la Cámara de los Comunes del Reino Unido que vimos en el capítulo 1.

Nuevamente, la pregunta principal es: ¿cómo saben los periodistas que los lectores tienen ese conocimiento general? Obviamente, la estrategia anterior («Ya se lo dije antes...») no siempre se aplica en este caso, porque los lectores ya han adquirido la mayor parte de su conocimiento general, por ejemplo, de sus padres, profesores, libros de texto, la televisión o textos infantiles, con frecuencia mucho tiempo antes de comenzar a leer el periódico. Por lo tanto, aquí necesitamos otras estrategias y estas tienen una naturaleza socio-cognitiva, como resulta obvio en el caso del conocimiento compartido socioculturalmente.

La estrategia que se aplica en este caso es bastante simple y se puede formular como sigue:

C4: Presuponer que los lectores tienen el mismo conocimiento sociocultural que yo tengo (o que tenemos).

Esta estrategia involucra la noción de participación social: el hecho de que es muy probable que el conocimiento social que los periodistas y lectores han adquirido sea más o menos el mismo en la misma cultura o comunidad, la que podríamos, por lo tanto, llamar Comunidad Epistémica. Los adultos con más nivel educativo —personas que leen el periódico— en la mayoría de las culturas alfabetizadas saben qué es un país, un presidente y un ejército, de manera que los periodistas pueden presuponer ese conocimiento en los informes noticiosos.

Por supuesto, existen *diferencias personales*, por ejemplo, relacionadas con diferentes niveles de educación o pericia, pero puede asumirse que en el caso de la mayoría de las formas del discurso público, hay una clase de «nivel base» compartido de conocimiento «general» presupuesto, que es más alto en la prensa de calidad que en la prensa popular. Esto, sin embargo, es un asunto de la sociología del conocimiento y el contexto con el que vamos a tratar más adelante. El punto es cómo son capaces (mentalmente) los hablantes y escritores de representar el conocimiento de sus destinatarios en sus modelos contextuales de la producción del discurso.

Innegablemente, la regla se aplica a diferentes comunidades epistémicas y puede involucrar conocimiento más o menos universal, cultural, nacional o local, o conocido

por los miembros de grupos particulares, como profesionales y expertos. Así, los periodistas del *New York Times* van a presuponer no sólo el conocimiento (del evento) episódico que han informado antes, sino que también que los ciudadanos estadounidenses con más nivel de educación saben más en general; por otra parte, dicho conocimiento «nacional» será diferente al conocimiento general compartido por los lectores de *El País* en España. Además, se asume que la comunidad epistémica de lingüistas también comparte lo que yo doy por sentado que la mayoría de los lingüistas sabe en un artículo o libro sobre un tema lingüístico. Lo mismo sucede con todas las comunidades epistémicas, es decir, con las comunidades que tienen sus propias formas independientes de aprendizaje.

Estas presuposiciones implican que así como los modelos contextuales necesitan representar las identidades sociales de los hablantes y destinatarios que resultan relevantes en el presente, el conocimiento asociado con estas identidades también adquiere relevancia, concretamente como las comunidades epistémicas que proveen el conocimiento compartido que todos los miembros pueden presuponer en su discurso, tal como se formula en la estrategia C4.

Fíjense que mientras el conocimiento de las comunidades epistémicas puede coincidir con el de otras (muchas personas en España saben sobre cosas específicas también conocidas por personas en Estados Unidos y, por lo general, este caso es más común que lo contrario, debido a la dominancia de este último país en los medios de comunicación y la cultura), algunas relaciones entre comunidades epistémicas son inclusivas. De esta manera, como una (meta)estrategia general, podemos formular la regla (casi) redundante:

C5: Presuponer que los destinatarios comparten el conocimiento de todas las comunidades más inclusivas de las cuales son miembros.

Esto significa que se asume que los psicólogos estadounidenses comparten el conocimiento de su grupo profesional y, al mismo tiempo, el conocimiento de las personas que viven en Estados Unidos, así como el conocimiento más general de la cultura occidental y universal. En otras palabras, y de una manera bastante trivial, por simple implicancia o inclusión, compartimos el conocimiento de todas las comunidades a las que pertenece nuestro grupo (leer la discusión sobre la base común compartida de las comunidades culturales «anidadas» a continuación; Clark, 1996). Y estas reglas generales de manejo del conocimiento son operadas por el Dispositivo-K de los modelos contextuales.

Vemos que, en lugar de asumir la tarea imposible de representar todo lo que los destinatarios saben, los hablantes aplican unas simples estrategias basadas en su *propio* conocimiento, concretamente en lo que han dicho a los destinatarios antes, en el caso del conocimiento específico y en lo que comparten como miembros de comunidades epistémicas, en el caso del conocimiento general. En otras palabras, el conocido problema filosófico de las mentes de otros (*Other Minds)*, aplicado al problema de conocer lo que otros saben simplemente se resuelve mediante algunas estrategias

prácticas que se basan en nuestro conocimiento específico o general.

Casos especiales

Estas estrategias *generales* funcionan para la mayoría de los propósitos prácticos. En casos especiales pueden aplicar estrategias específicas, por ejemplo, cuando el hablante no recuerda si ha informado antes a los destinatarios o cuando el conocimiento general es más bien especializado o nuevo, en cuyo caso los destinatarios necesitan que les expliquen la información nueva, como cuando se trata de conocimiento científico o tecnológico o de información sobre personas o países relativamente poco conocidos. En estos casos, este conocimiento no se presupondría normalmente, pero tendría que ser recordado o explicado en los medios de comunicación masivos, libros y otros discursos públicos (para leer más sobre el conocimiento presupuesto en el discurso popularizado y otras referencias, véase, por ejemplo Calsamiglia y Van Dijk, 2004).

Si sabemos o creemos que los destinatarios pertenecen a una comunidad epistémica diferente, necesitamos estrategias especiales para la comunicación intercultural, por ejemplo, presuponer que los miembros de otra comunidad no saben lo que pensamos, lo que puede conducir a estrategias discursivas para dar explicaciones o recordatorios sobre «nuestro» conocimiento (para más detalles, consultar la vasta literatura sobre comunicación intercultural, por ejemplo, Di Luzio, Günther y Orletti, 2001; Gudykunst, 2003, 2005; Kiesling y Paulston, 2005).

Aquí se aplica la misma estrategia general: que el conocimiento del conjunto superordinado (por ejemplo, el conocimiento compartido por dos grupos sociales diferentes) se va a presuponer. En otras palabras, tenemos que explicar sólo el conocimiento más específico del grupo epistémico más específico o «inferior» al que pertenecemos nosotros y no los destinatarios, como cuando explico nociones de lingüística a aquellas personas que no son lingüistas.

Nuestra discusión ha mostrado que las estrategias del Dispositivo-K presuponen que existen diferentes clases de conocimiento organizadas, por ejemplo, según el ámbito de las comunidades epistémicas y el proceso de adquisición y participación: personal, interpersonal, grupal, nacional, cultural o de la humanidad, cada una de las cuales implica el conocimiento del siguiente nivel superior. Y cada clase de conocimiento lleva a diferentes tipos de presuposición en el discurso, la que posiblemente varía dentro del mismo discurso. De esta manera, en el relato personal encontraremos toda clase de conocimiento interpersonal, nacional y cultural presupuesto, mientras que en las declaraciones internacionales podemos asumir que sólo los niveles superiores (de más amplio espectro) de conocimiento se presuponen, aunque estas declaraciones presuponen, a su vez, un conocimiento grupal intercultural de elite, por ejemplo, entre abogados y diplomáticos. En otras palabras, los diferentes géneros discursivos también se asocian con distintas clases de manejo del conocimiento, es decir, con diferentes contextos, como también sabemos por el rol del aprendizaje a partir del discurso, por ejemplo, en la educación o en la popularización de las ciencias.

La relevancia discursiva del conocimiento

La importancia del papel del conocimiento como una categoría de los modelos contextuales, así como también las estrategias del Dispositivo-K tiene consecuencias fundamentales en todos los niveles de producción y comprensión del discurso. Ya hemos visto que el manejo del conocimiento controla la producción de actos de habla como las afirmaciones y lo mismo es claramente cierto en el caso de las preguntas (cuando una hablante asume que el destinatario tiene cierto conocimiento que ella no). Asimismo, los fragmentos «conocidos» de las oraciones o discursos se pueden presuponer y se pueden marcar de cierta manera, por ejemplo, con el orden de la oración (los tópicos en las estructuras tópico-comentario) y en las cláusulas con «que» antepuesto (en una oración como «Que Blair haya ido a la guerra en Irak enfureció a muchos de su propio partido», se asume que la cláusula precedida con «que» es información conocida por el destinatario). También hemos visto que las dudas sobre si los destinatarios comparten algún conocimiento o no, pueden expresarse mediante recordatorios o preguntas sobre este conocimiento o sobre eventos discursivos anteriores. Finalmente, las estrategias de conocimiento se aplican en la producción y comprensión de pronombres, demostrativos, expresiones definidas e indefinidas, etcétera. En resumen, muchos aspectos del discurso son modelados por la forma en que los participantes representan y manejan el conocimiento (mutuo), como veremos en más detalle en el próximo capítulo.

El conocimiento y el contextualismo en la filosofía

En la filosofía, la importancia de un enfoque contextual para abordar el conocimiento ha sido enfatizada especialmente por varias direcciones de investigaciones teóricas en el campo de la epistemología denominadas «contextualismo» (para más detalles, consultar Blaauw, 2005; Brendel y Jäger, 2005; Preyer y Peter, 2005). Aunque los argumentos aducidos a favor del contextualismo varían según el autor, la principal opinión es que las declaraciones de conocimiento dependen del contexto. De esta forma, los estándares en los cuales se basan estas declaraciones pueden ser más o menos estrictos, dependiendo de la comunidad del conocimiento, de manera que, por ejemplo, lo que podría aceptarse como conocimiento (definido como «creencia verdadera justificada») en los contextos informales de la vida diaria podría no ser aceptado como tal en un contexto científico. Esta tesis resulta especialmente relevante para refutar algunos conocidos argumentos escépticos según los cuales, en términos estrictos, nunca podemos estar completamente seguros de que una declaración de conocimiento es verdadera, ya que, después de todo, lo que experimentamos como verdadero podría ser sólo un sueño, una ilusión o un constructo inteligente de sofisticados extraterrestres.

Algunos contextualistas definen «saber» como una expresión indexical, cuya interpretación puede variar con la persona que la use al atribuir conocimiento a otras personas, una concepción que, sin embargo, tiene muy poco que ver con la semántica de las expresiones indexicales. El conocimiento es también comparado con atributos escalares, como «grande» o «contundente», cuyas interpretaciones también varían con

los contextos de su uso, aún cuando, por supuesto, «saber» no es escalar y, como verbo, se comporta de una manera bastante diferente a estos adjetivos. En otras palabras, las interpretaciones contextuales de las declaraciones de conocimiento no dependen, en términos semánticos, de diferentes significados o referentes indexados de «saber», pero tienen que relacionarse, pragmáticamente, con los usuarios del lenguaje y las comunidades lingüísticas, así como con su conocimiento y estándares epistémicos.

Sin entrar en este debate, bastará con enfatizar que en mi marco teórico no sólo los discursos que expresan declaraciones de conocimiento dependen del contexto, sino que *todos* los discursos. En este sentido, el contextualismo —en la lingüística, los estudios del discurso y la psicología— es tan crítico de los enfoques formalistas tradicionales en la lingüística como lo es del formalismo abstracto en la epistemología al usar ejemplos inventados y descontextualizados que tienen poca relación con la manera en que las palabras «saber», «creer» y «verdadero» y sus justificaciones se utilizan en el discurso natural.

Una de las tesis principales de este libro es que el discurso se produce e interpreta bajo el control de los modelos mentales contextuales. Un componente de estos modelos es un dispositivo epistémico que controla cómo el conocimiento personal o socialmente compartido del hablante (incluido su noción sobre el conocimiento del destinatario) se maneja para producir discursos o interpretaciones apropiados. En este manejo son cruciales las estrategias que para la mayoría de los discursos se basan en la naturaleza socialmente compartida del conocimiento de los interlocutores de la misma comunidad del conocimiento.

Sin embargo, los participantes del discurso pueden pertenecer a comunidades de conocimiento diferentes, cada una con sus propios criterios o estándares para permitir a sus miembros considerar ciertas creencias como conocimiento, de manera que lo que puede ser «conocimiento» para los miembros de una comunidad, puede ser una creencia falsa o simplemente ignorado por los miembros de otra comunidad. Esto también significa que, en términos generales, el conocimiento no necesariamente se auto-atribuye explícitamente (por ejemplo, en el formato «Yo sé que *p*», porque dicho conocimiento entre los miembros de la misma comunidad se presupone al hacer una afirmación *p*). El uso explícito de «saber» sería más apropiado en contextos en los que los hablantes creen que (los destinatarios creen que) existe una duda sobre su conocimiento (para acceder a un análisis del conocimiento y los usos especiales de «saber» en los debates parlamentarios, consultar Van Dijk, 2003).

Esta situación es parecida a lo que sucede con «comprender». Los destinatarios interpretan los discursos —incluidos aquellos que se refieren al conocimiento— en términos del modelo mental que construyen continuamente de la situación comunicativa, incluido el escenario espacio-temporal, la identidad, los roles y las relaciones entre los participantes, sus intenciones y su conocimiento actual.

En resumen, los argumentos contextualistas se aplican a todo uso del lenguaje y el uso de verbos como «saber» es especial sólo porque el conocimiento de los participantes es una categoría crucial de los modelos contextuales. Es sobre la base de estos modelos

contextuales que los destinatarios pueden inferir a partir de una afirmación *p* que el hablante sabe que *p* y al mismo tiempo que el hablante piensa que el destinatario no sabía que *p* (o había olvidado que *p* y tienen que recordarle que *p*, etcétera). Este enfoque también explica los discursos en contextos no afirmativos, como las preguntas, promesas, órdenes, etcétera, en los que la «verdad» no se aplica.

Igualmente, la teoría de los modelos contextuales ofrece una perspectiva más detallada de los posibles conflictos de comunicación, incluidos aquellos que se basan en el conocimiento. De esta manera, lo que un hablante presupone en el discurso, asumiendo un conocimiento compartido, puede ser desconocido para el destinatario, por ejemplo porque ambos pertenecen a comunidades de conocimiento diferentes, con distintas ideas o diferentes criterios para darle valor de conocimiento a ciertas creencias.

Una explicación más detallada del contextualismo en la epistemología y su relación con una teoría contextual del discurso va más allá del objetivo de este libro. Sin embargo, conjeturo que muchas de estas declaraciones, así como sus problemas, pueden abordarse mejor en una teoría que explique cómo las expresiones o implicaciones de conocimiento son controladas por modelos contextuales mentales.

El conocimiento y la base común

Las estrategias de manejo del conocimiento controlado por el contexto en el procesamiento del discurso presuponen un trabajo anterior sobre la *base común o Common Ground*, especialmente el de Herbert Clark y sus co-autores (véase, por ejemplo, Clark, 1996; Clark y Mashall, 1981; consultar también Pickering y Garrod, 2004). La teoría de la base común (BC) de Clark se desarrolló como parte de una teoría del uso del lenguaje definido como «acción conjunta», que considera la conversación frente a frente como el «escenario básico». Se refiere a Stalnaker (1978; pero también consultar Stalnaker, 1999, 2002) como el autor que introdujo la noción de BC y a Schiffer (1972) en cuanto a la noción de «conocimiento mutuo», un concepto que también se menciona en Van Dijk (1972); véase también una breve discusión sobre el papel del conocimiento y la presuposición en la comunicación en el ámbito de la semántica y la pragmática del discurso en Van Dijk (1977).

Clark enfatiza que el estudio del lenguaje entendido como una acción conjunta necesita un enfoque cognitivo y uno social, y recalca que una BC es esencial para la definición de *contexto*, una idea que, según él, con frecuencia no se ha definido en otros enfoques al uso del lenguaje (pág. 92).

Clark define la base común como la «suma del conocimiento y las creencias conjuntos» (pág. 93) de los participantes y una representación compartida que se acumula durante las «actividades conjuntas» de los participantes. Especifica sus partes constituyentes como la BC inicial (los hechos, presunciones y creencias antecedentes presupuestos al comienzo de la actividad), el Estado Actual de la actividad conjunta (lo que los participantes presuponen que es el estado de la actividad en el momento) y los Eventos Públicos ocurridos hasta ahora (eventos que los participantes presuponen que

han ocurrido en público y que han conducido al estado actual) (pág. 43). La base común incluye la representación del discurso como algo textual, por una parte, y como situacional, por otra. Sin embargo, su idea de «representación situacional» es más amplia que la que se encuentra en Van Dijk y Kintsch (1983), que sólo incluye una representación de las propiedades de la situación de la que se habla, es decir, el contexto «semántico», y no a los participantes, el tiempo, el lugar y lo que rodea el contexto comunicativo o «pragmático». Uno de los mayores problemas de la conversación, y de las actividades lingüísticas en general, es la coordinación, es decir, que los destinatarios entiendan lo que los hablantes quieren decir.

Nótese también que, para otros autores, las definiciones de base común y contexto parecen coincidir. Por ejemplo, Stalnaker (1999) y Sperber y Wilson (1995) definen los contextos en términos del conocimiento compartido de los participantes de la comunicación y reducen así el contexto a una noción (formal) de un conjunto indiferenciado y no analizado de conocimientos o creencias. En este capítulo he defendido ampliamente que los contextos deben modelarse de una forma mucho más articulada y en términos de esquemas de estructuras de modelos específicos que se encuentran en la memoria episódica, de los cuales el conocimiento es sólo un aspecto.

Una de las razones para este tratamiento reduccionista del contexto, en términos de conjuntos de creencias, por parte de estos enfoques es que el «contexto» con frecuencia se entiende como la base de la interpretación «indexical», la significación o la verdad solamente y no como un componente de una teoría de la adecuación. Los límites entre la semántica y la pragmática son evidentemente difusos, incluso en los estudios más formales y filosóficos. Esto sucede especialmente cuando el significado o la referencia dependen del «contexto», es decir, del escenario actual (tiempo, lugar), de los participantes del discurso y de sus creencias (mutuas o diferentes).

En términos más técnicos, Clark define varios tipos de base común, como en el libro de Lewis (1968) sobre la convención, más específicamente en términos de la conciencia de una «base» compartida (por ejemplo, algún evento o situación): los participantes o miembros comparten conocimientos sobre algunos hechos y de forma reflexiva, entonces, tienen fundamentos para creer que otras personas también los comparten. Obsérvese que, por cada participante, estas representaciones son individuales: sólo puedo tener creencias sobre lo que los demás saben o sobre si compartimos la misma información y estas creencias pueden, obviamente, estar equivocadas. La coordinación para una acción conjunta exige una plataforma compartida como parte de una base común: por ejemplo, dos participantes observan y ven el mismo objeto (y ven al otro observándolo).

Clark distingue entre base común *comunal* y base común *personal*. La primera es la clase de BC de las comunidades culturales cuyos miembros comparten la misma «pericia». Estas comunidades pueden definirse según su nacionalidad, residencia, educación ocupación, empleo, afición, idioma, religión, política, grupo étnico, subcultura, cohorte o género (pág. 103) y sus miembros pueden compartir (más o menos) conocimientos sobre geografía, historia, valores, jerga, ideologías, pericia, etcétera. Por

otra parte, estas comunidades pueden estar anidadas (los neoyorkinos también son estadounidenses, por ejemplo). En nuestras creencias sobre el conocimiento de otras personas, obviamente distinguimos entre aquellos que pertenecen a la misma comunidad (miembros) y aquellos que no (personas externas). Y tanto los miembros como las personas externas pueden reconocerse mutuamente gracias a muchas clases de pruebas naturales y circunstancias o características físicas (apariencia, ropa, habla, uniformes, etcétera), de manera que podemos inferir nuestra BC probable.

La *base común personal* se basa en experiencias personales conjuntas, como la percepción o interacción conjunta, y las relaciones (entre extraños, conocidos, amigos, etcétera) pueden definirse con respecto a la cantidad de base común personal. Claro está que la BC personal a menudo presupone una BC cultural: mi conocimiento personal sobre uno de mis estudiantes en particular presupone un conocimiento cultural más general sobre los estudiantes en general.

La base común y los modelos contextuales

Se da por sentado que los modelos contextuales cuentan con un Dispositivo-K especial. Para cada momento en un discurso, este dispositivo establece la base común del hablante y los destinatarios y, de esta manera, junto con el resto del modelo contextual, el Dispositivo-K es un elemento de coordinación para una acción (conjunta) y el discurso. Valora en cada momento el conocimiento sociocultural o personal que los destinatarios comparten con el hablante actual. Para relacionar la teoría relativamente abstracta de la base común con los modelos contextuales, tenemos que vincularla más explícitamente a estructuras o representaciones cognitivas específicas. Por lo tanto, las percepciones y experiencias conjuntas de los participantes deben explicitarse (por ejemplo) en los modelos mentales de la memoria episódica, así como la manera en que se construyen, almacenan y recuperan los modelos contextuales. Asimismo, la referencia a experiencias personales presupone modelos contextuales antiguos que cuentan con información sobre conversaciones o mensajes previos a cuando se comunicó dicho conocimiento. Los hablantes pueden referirse a dichos modelos contextuales mediante recordatorios conversacionales como: «¿Te acuerdas de que te conté sobre este tipo que... ?» Las diferentes clases de BC sociocultural (comunal) deben explicitarse en distintas clases de representación del conocimiento en la memoria «semántica»: Compartir un idioma, habilidades, valores o conocimiento geográfico constituye distintos tipos de BC.

También debemos saber de qué manera estas clases diferentes de «pericia» compartida a nivel social se activan y aplican en la interacción y el discurso actual en curso y en modelos contextuales en particular. Como es el caso para la construcción de modelos contextuales simples y limitados sobre la base de información potencialmente infinita sobre las propiedades de una situación comunicativa, los usuarios del lenguaje también deben ser capaces de limitar la activación de la vasta cantidad de conocimiento sociocultural que comparten con otras personas. Para realizar una interpretación del significado (semántico) del discurso, este conocimiento sociocultural compartido puede activarse parcialmente y se pueden hacer inferencias; luego se puede desactivar cuando

ya no es importante para el tópico. La mayor parte del trabajo sobre la base común se orienta, por lo tanto, hacia la explicación de la comprensión semántica.

En el caso de la construcción del contexto y, por lo tanto, de la comprensión *pragmática*, estas estrategias son diferentes. El establecimiento y actualización dinámicos de la base común en la conversación, a pesar de las estrategias mencionadas anteriormente, es una tarea compleja. Por eso Pickering y Garrod (2004) arguyen que dialogar, en general, y actualizar la base común, en particular, deben basarse en una heurística menos compleja. Así, los hablantes se pueden alinear automáticamente con los modelos mentales y las estructuras discursivas de los hablantes previos. Además, los modelos contextuales no necesitan construirse por completo constantemente, sino que pueden ser especificaciones de modelos experienciales ya existentes. Asimismo, para la construcción de modelos mentales en la conversación, los usuarios del lenguaje pueden usar grandes partes de los modelos mentales y estructuras mentales ya activadas para entender al hablante previo.

Cuando Tony Blair habla sobre Irak, lo único que necesita hacer para poder referirse a este país de manera significativa y así ser entendido es activar el conocimiento geográfico y político compartido con los parlamentarios. Lo mismo sucede con su referencia a las tropas británicas , etcétera. Es el Dispositivo-K de este modelo contextual el que valorará en cada momento este conocimiento presupuesto utilizando una heurística rápida y práctica. Sin embargo, su discurso no sólo tiene que ser significativo y, por lo tanto, entendido (semánticamente) por los parlamentarios, sino que también apropiado. Para ello, además de construir y actualizar una base común, tiene que construir un modelo contextual como Primer Ministro, líder del Partido Laborista, británico, etcétera, e identidades similares para los parlamentarios, relaciones entre él y los parlamentarios, así como objetivos, actitudes e ideologías políticas, entre otros. Este modelo contextual, entendido como un dispositivo que controla permanentemente la producción y comprensión del discurso, tiene que ser lo suficientemente rico como para controlar todos los aspectos relevantes de su discurso, pero sin exponer tanta información (instanciada) como para que se vuelva difícil de manejar.

Así, los modelos contextuales necesitan muchas más restricciones para seleccionar información relevante para la base común que la construcción de modelos mentales (semánticos) de acontecimientos basada en la base común. Se necesitan muchas más investigaciones teóricas y empíricas para descifrar los procesos estratégicos al detalle de cómo se aplica el conocimiento compartido en la producción y comprensión de discursos significativos y apropiados. Como parte del marco teórico de este libro, necesitamos especialmente saber más sobre la manera en que la base común se establece estratégicamente como parte del Dispositivo-K de modelos contextuales actualizados constantemente.

Las mentes de otros

El contexto, la base común y el conocimiento mutuo se relacionan con el conocido

problema filosófico denominado «las mentes de otros»: ¿Cómo sabemos lo que otros saben, piensan o sienten, o si acaso tienen una mente? (Consultar, por ejemplo, Avramides, 2001; Malle y Hodges, 2005). No nos detendremos mucho más en este problema filosófico, sino que simplemente daremos por sentado que los actores sociales tienen la capacidad de modelar a otros actores sociales, así como también sus propiedades mentales, sobre la base de una serie de estrategias interaccionales socialmente compartidas, como hacer inferencias a partir de acciones percibidas, sacar conclusiones sobre la auto-descripción de otros y hacer comparaciones basadas en la auto-percepción (instrospección).

Así como es obvio en el caso del discurso y los modelos contextuales, estas representaciones de las mentes de otros constituyen condiciones cruciales de toda interacción, cooperación y discurso. De esta forma, las estrategias-C son parte de una serie de estrategias que infieren lo que los demás saben sobre la base de lo que significa pertenecer a la misma comunidad epistémica. Aunque esta estrategia sólo funciona para el conocimiento compartido, existen otras que permiten que los actores hagan inferencias a partir de su conocimiento personal sobre las creencias y sentimientos de otros y que las representen también como parte de sus modelos contextuales.

Más que la mayoría de otros lingüistas, Tom Givón ha investigado las relaciones entre el lenguaje, el discurso, la mente y el contexto. En su libro *El contexto como las mentes de otros* (Givón *Context as Other Minds,* 2005), aborda un número de problemas filosóficos, cognitivos y lingüísticos como parte de una teoría muy amplia de la pragmática: categorías como prototipos, redes semánticas, coherencia, etcétera. Como sugiere el título de este libro, la noción de «contexto» es fundamental en esta investigación pragmática y, citando a Sperber y Wilson desde el inicio, también define el contexto como un constructo mental, de la misma forma en que yo lo hago a lo largo de este libro. Los humanos pueden hacerse entender porque presuponen que sus destinatarios comparten su gramática y el léxico, así como conocimiento sociocultural más general, como parte del contexto actual.

Como es el caso de muchos otros enfoques formales, Givón define estos contextos de manera demasiado extensa en términos de conocimiento compartido como base común, y se debe discutir si consideramos esta investigación semántica (porque implica una referencia) o pragmática (porque se basa en el conocimiento contextual compartido). A continuación, distingue la «red genérica compartida», «situación discursiva compartida» y «texto actual compartido» como tipos de contexto, asociados a una memoria semántica, una memoria de trabajo y una memoria episódica, respectivamente (pág. 101).

Y aplica estas nociones a la descripción de, por ejemplo, frases sustantivas definidas y expresiones indexicales. Obsérvese, sin embargo, que en mi modelo estas interpretaciones no se basan en el modelo contextual, sino en el modelo mental (también compartido en la memoria episódica) de los eventos o la situación de la que se trata el discurso (consultar también Van Dijk y Kintsch, 1983). Givón enfatiza que el modelo mental que tenemos de las mentes de los destinatarios cambia minuto a minuto, ya que

los hablantes deben actualizar continuamente los que los oyentes saben. Este conocimiento también es relevante como condición de los actos de habla (S sabe que H sabe que...) (págs. 104-105). Finalmente, integra la teoría de otras mentes en una perspectiva evolucionaria y neurológica más amplia. Una de las contribuciones valiosas de este libro es la exploración de las relaciones entre las propiedades fundamentales del lenguaje y el discurso, como la coherencia, por una parte, y los aspectos filosóficos y psicológicos de la mente, como el conocimiento compartido asociado con la «situación discursiva», por otra. Nótese, sin embargo, que aparte del conocimiento, Givón apenas explora las otras dimensiones del contexto como una representación compleja de las situaciones sociales.

¿Otras categorías cognitivas?

Si el conocimiento atribuido y compartido es fundamental en nuestras interpretaciones de las situaciones comunicativas y, por lo tanto, en los modelos contextuales, lo mismo es cierto para otras clases de representaciones mentales. Por ejemplo, ¿es igual de importante conocer las *actitudes* e *ideologías* sociales de las personas? ¿Adaptamos nuestro discurso a las creencias u orientaciones sociales o políticas de los destinatarios?

Probablemente sí. Las feministas seguramente hablan de manera diferente con otras feministas, con personas no feministas y con anti-feministas. Presuponer actitudes iguales o similares hacia asuntos sociales o ideologías más generales, por ejemplo, altera radicalmente las estructuras retóricas y argumentativas del discurso: no necesitamos persuadir o convencer a los destinatarios de las normas, valores o principios generales y lo mismo es cierto en el caso de su aplicación a eventos o actos específicos (para obtener más detalles, consultar Van Dijk, 1998).

Por lo tanto, los usuarios del lenguaje deben saber si sus destinatarios pertenecen a los mismos grupos ideológicos. Si es así, se pueden presuponer los argumentos generales y se necesitará una persuasión menos explícita. Si no es así, los usuarios del lenguaje sólo pueden presuponer y apelar a ideologías, valores o normas de más alto nivel que se supone son compartidos por los destinatarios. Por ejemplo, las feministas pacifistas pueden apelar en ese caso a valores feministas compartidos de más alto nivel para persuadir a las feministas no pacifistas.

Obviamente, en muchas formas del discurso público y con audiencias de ideologías mezcladas, no se aplican dichas presuposiciones ideológicas. En ese caso, sólo los valores socioculturales compartidos de más alto nivel pueden presuponerse en los argumentos. Por ejemplo, los ciudadanos estadounidenses pueden tener diferentes actitudes hacia la guerra en Irak, pero pueden compartir una ideología nacionalista que permite a los defensores de la guerra apelar al «patriotismo» de los destinatarios anti-guerra. Todo esto también resulta cierto en el caso de la comprensión partidista del discurso.

Dado que las ideologías influyen profundamente en muchos niveles, estructuras y estrategias del discurso, parece plausible que sean necesarias como parte de las

propiedades cognitivas de los participantes; es decir, tanto sobre el Yo y el Hablante, como las que se atribuyen tentativamente a los destinatarios.

De hecho, para entender el debate de la Cámara de los Comunes sobre Irak, necesito explicitar estos parámetros contextuales fundamentales como las ideologías de los participantes, las que afectan no sólo sus opiniones sobre Irak (en un sentido semántico), sino que también quién es (en términos pragmáticos) un defensor, un opositor o disidente (en este momento), una categorización política de los participantes que controlan muchos aspectos del debate.

Finalmente, al abordar el conocimiento, analicé exclusivamente el conocimiento personal o social «del mundo» y no presté atención específicamente al conocimiento (de las reglas, normas, etcétera) del lenguaje, el discurso y la comunicación. Obviamente, hablar adecuadamente presupone hacerlo (más o menos) «correctamente» y no hay duda de que los modelos contextuales de las personas también se basan en este conocimiento lingüístico general como un recurso fundamental (Blommaert, 2001). Es decir, si su conocimiento lingüístico es fragmentario, sus contextos pueden ser deficientes porque el conocimiento general del lenguaje incluye la capacidad de adaptar el uso del lenguaje a situaciones sociales. Éste es el típico caso de los inmigrantes de otras comunidades lingüísticas, quienes pueden, por lo tanto, ser discriminados en el mercado laboral u otros dominios de sus vidas cotidianas (véase, por ejemplo, Campbell y Roberts, 2007).

Adquisición de las categorías de los modelos contextuales

Poco sabemos sobre la adquisición de las categorías de los modelos contextuales. La psicología del desarrollo y la psicolingüística se han centrado en la adquisición de la gramática en lugar de las formas en que los niños aprenden a comprender las situaciones comunicativas y, en general, las reglas pragmáticas del uso del lenguaje. Sin embargo, desde muy temprano, los niños aprenden a adaptar sus expresiones a la situación comunicativa y, por lo tanto, deben ser capaces de analizar al menos algunas de las categorías relevantes utilizadas en su comprensión.

Algunos trabajos recientes sobre la psicología del desarrollo se han centrado especialmente en la forma en que los niños aprenden a entender las *intenciones* de las personas con las que interactúan (Tomasello, 1999a, 63-75; Tomasello, Carpenter, Call, Behne y Moll, 2005). Los autores enfatizan que la comprensión (mutua) de las intenciones es un avance crucial de la cognición humana —que la hace diferente de la cognición primate no humana—, que tiene lugar entre los nueve y los doce meses de edad. Dado que las intenciones definen el significado de la acción, esto se traduce en que los niños de esta edad comienzan a comprender que los demás se comportan de determinada forma a propósito con el fin de alcanzar objetivos específicos, especialmente en una conversación. De esta manera, también aprenden que, al hablar, pueden modificar la conducta de los demás y así lograr sus objetivos (como comer, conseguir juguetes, etcétera).

Aprender sobre la intencionalidad es parte de un proceso más largo y más complejo para aprender a entender el ambiente interaccional y comunicativo. Esto significa que, al confrontarse con un ambiente social complejo, los niños aprenden gradualmente a entender y manejar «escenarios atencionales conjuntos» (Tomasello, 1999b), que los incluyen a ellos mismos, a otros participantes y algunos objetos relevantes, por ejemplo, que están siendo manipulados, mostrados o buscados, entre otros. En términos más específicos, luego aprenden que lo mismo sucede con las situaciones comunicativas, en las que este escenario de atención visual o interaccional se limita aún más a las cosas sobre las que se habla o las personas que participan en la conversación. En este sentido, las situaciones comunicativas, construidas como modelos contextuales, actúan como la interfaz entre el discurso y el mundo.

Obviamente, la adquisición de los esquemas de modelos contextuales involucra más que únicamente al reconocimiento mutuo de intenciones. Ya hemos visto que ese también debe ser el caso, incluso a una edad más temprana, para la representación y comprensión de objetivos. A continuación, los niños necesitan aprender los procesos de establecimiento de una base común epistémica: deben conocer al menos algo sobre el conocimiento compartido con otros participantes en la conversación e interacción. Deben aprender a organizar la experiencia y los modelos contextuales actuales en términos del Yo y relacionar otras categorías situacionales (el Escenario, etcétera) con una organización egocéntrica de los modelos contextuales y luego aprender que los otros participantes también tienen sus propios modelos contextuales (egocéntricos), incluidas sus propias intenciones, como se discutió. Sin embargo, sólo contamos con un conocimiento fragmentario y más general de los procesos, representaciones y desarrollo involucrados (por ejemplo, el desarrollo del Yo, la orientación espacial y temporal relativa al Yo, el ahora y el aquí, la percepción de las personas, el aprendizaje de los roles comunicativos y sociales, etcétera), por lo que necesitamos más trabajo teórico y empírico para aplicar estas ideas al estudio de la adquisición y el desarrollo de los modelos contextuales y sus categorías esquemáticas.

Procesamiento de las presunciones para los modelos contextuales

Ahora que tenemos el primer diseño informal de un marco teórico para las estructuras del contexto entendido como modelos mentales que se almacenan en la memoria episódica, finalmente necesitamos ocuparnos de asuntos más específicos del procesamiento cognitivo. Las personas forman, activan, actualizan o ejecutan modelos contextuales durante la producción y comprensión del discurso, pero ¿de qué manera lo hacen exactamente y cómo se relaciona este proceso con otros procesos de interacción y discurso? Obviamente, sin estudios experimentales (y otros empíricos) detallados, sólo puedo especular sobre la manera en que se forman, activan, actualizan y aplican los modelos contextuales en los procesos discursivos reales, y lo hago sobre la base de ideas más generales sobre la naturaleza de la comprensión de la situación y el discurso. De

hecho, sería muy poco probable que las clases de representaciones, estrategias y otros procesos involucrados aquí fueran totalmente únicos. Aún así, lo que sigue a continuación son simples hipótesis generales.

Formación de los modelos contextuales

Se ha dado por sentado que los modelos contextuales nos se construyen de cero o espontáneamente al comenzar a hablar, sino que constituyen un caso especial de modelos experienciales en curso. Esto significa que justo antes de la iniciación de un evento comunicativo, una gran parte del modelo contextual ya existe, concretamente como un modelo experiencial: el Escenario (momento y lugar actuales), participantes actuales y sus roles sociales y el conocimiento y las acciones sociales en curso, a nivel local, así como categorías similares a nivel más global.

Por lo tanto, durante la ejecución dinámica del modelo experiencial, un participante puede desear que otro participante de la situación sepa, crea o haga algo y que este deseo sea generado por el discurso en lugar de otras formas de interacción. Es en este punto en que el modelo contextual se construirá (especificará, adaptará) como un caso especial de modelo experiencial, de tal manera que las categorías participantes involucrarán a aquellos hablantes y destinatarios, entre otros, y la acción en curso que se va a planificar y controlar será verbal más que no verbal.

En este punto, el Dispositivo-K habrá arrojado las presuposiciones relevantes sobre lo que los destinatarios ya saben (creen, desean). El conocimiento relevante para este dispositivo se deriva de la representación ya establecida de la identidad de los destinatarios como participantes en el modelo experiencial: sabemos más o menos a quién estamos hablando o escribiendo, incluso cuando se trata de un grupo y, por lo tanto, estamos al tanto de su conocimiento social probable.

Otra parte de la información que recibe el Dispositivo-K del modelo contextual la entregan los modelos situacionales mentales (lo que sabemos de un evento) o el conocimiento más general que tenemos sobre un tema o asunto. Obviamente, este conocimiento habrá existido hace mucho tiempo antes del inicio de la operación del modelo contextual que, sin embargo, representa la intención que parte de dicho conocimiento necesita compartirse con los destinatarios.

Durante la ejecución del modelo contextual, la información para el Dispositivo-K se actualizará constantemente, primero que nada mediante los datos provenientes del discurso mismo: lo que se ha dicho se transforma en parte del contexto, por ejemplo, como conocimiento nuevo, y lo que se ha «hecho» mediante el discurso también se vuelve parte del contexto, concretamente como condiciones de acciones para otras acciones.

Finalmente, los modelos contextuales (o estados o categorías actualmente operativas de un modelo contextual) son activos y están representados en la memoria de trabajo a corto plazo (o en una memoria de control muy relacionada: la memoria de trabajo a largo plazo): al hablar estamos permanentemente más o menos conscientes de quiénes somos, del hecho de que estamos hablando, de dónde estamos y con quién estamos conversando

y por qué. Otras categorías contextuales, como las más globales, pueden mantenerse más o menos activadas en la memoria de trabajo a largo plazo, desde donde se pueden recuperar fácilmente; por ejemplo, la información de que el discurso sobre Irak de Tony Blair tiene lugar en el parlamento es parte de la legislación británica y una manera de «hacer» política exterior.

Procesamiento del discurso controlado por el contexto

Una vez formados el esquema general y el contenido provisional de las categorías relativas del modelo contextual, el hablante es capaz de comenzar con la construcción de las estructuras del discurso mismo, pero bajo el control general de un modelo contextual (fragmentario).

Se cree que este proceso tiene lugar en paralelo en varios niveles al mismo tiempo, es decir, a nivel de expresión (producción de sonidos o inscripción gráfica), selección léxica, estructuras sintácticas, semántica local y global, retórica, actos de habla e interacción, entre otros (para conocer detalles, consultar Van Dijk y Kintsch, 1983; Kintsch, 1998).

Como se sugiere en los ejemplos anteriores, observamos el control de la producción del discurso por parte del contexto, comenzando en la categoría más amplia (interacción) y prosiguiendo con las categorías más específicas (realización fonética o gráfica), mediante los temas y esquemas generales (por ejemplo, narrativos), los significados locales y las oraciones.

Lo más importante de todo esto es que el modelo contextual ejerce un control general sobre el proceso de producción y comprensión, primero al controlar qué conocimiento general y qué información de los modelos situacionales (experiencias, noticias) expresar y presuponer en las estructuras semánticas globales y locales del discurso.

En segundo lugar, durante la producción real, los modelos contextuales controlan todas las estructuras variables según la situación del discurso: las estructuras sonoras (entonación, tono, velocidad, etcétera), la sintaxis, la selección léxica y, en términos más generales, el estilo, el registro y la retórica, es decir, no sólo *lo que* se está diciendo, sino que también *cómo* se dice. Por ejemplo, como sabemos gracias a investigaciones pragmáticas y sociolingüísticas, si la relación de los participantes actuales se define de tal forma que el destinatario tiene un nivel social más alto, más poder o es mucho mayor que el hablante, esta característica del contexto controlará, por ejemplo, las estrategias de cortesía y expresiones de deferencia específicas, así como muchas propiedades del discurso que son más apropiadas en la conversación con personas más poderosas.

La *dirección* general del proceso de producción del discurso comienza en los modelos situacionales (o situacionales) dados representados en la memoria episódica, pasando por los modelos contextuales hasta la producción estratégica del discurso mismo. En este caso, los modelos situacionales contribuyen con la información para el «contenido» del discurso, es decir, con *lo que* se dice, y los modelos contextuales controlan *cómo* se dicen las cosas en la situación actual: contamos la «misma» experiencia de una forma diferente a nuestros amigos en casa que a un policía en la estación de policía.

Obviamente, las experiencias preceden la situación comunicativa en la que hablamos de tales experiencias. Esto significa que, aunque el control de los modelos situacionales y contextuales es con frecuencia bastante independiente, los modelos situacionales pueden influir no sólo en el contenido o el significado del discurso, sino que también en los modelos contextuales *actuales* que controlan su estilo o estrategia interaccional. Por ejemplo, tendemos a contar las buenas noticias de una manera diferente a las malas, y eso presupone una clase distinta de modelo contextual en el que, por ejemplo, las malas noticias redefinen el papel del destinatario como paciente o víctima (consultar también Maynard, 2003).

Que los contenidos del discurso pueden cambiar los modelos contextuales *subsiguientes* (de los destinatarios) es un elemento normal y esencial de la teoría del contexto. Por ejemplo, mediante el contenido del discurso y su estilo agresivo, Tony Blair puede influir en los modelos contextuales de sus destinatarios, redefiniendo las relaciones políticas con sus «honorables amigos», los parlamentarios laboristas, quienes se oponen a la guerra en Irak. Es decir, en su comprensión (subsiguiente), los destinatarios construyen (actualizan) su modelo contextual al mismo tiempo que su comprensión del discurso y que la formación del modelo situacional sobre el cual se trata el discurso. Entonces, el discurso y su interpretación (subjetiva) pueden influir directamente en el modelo contextual de los destinatarios: las personas y las relaciones sociales se evalúan sobre la base de lo que hacen y dicen.

En este punto, puedo resumir el proceso completo del procesamiento del discurso dependiente del contexto en un esquema (Figura 1). Esto lo hago desde el punto de vista del hablante o escritor, es decir, en términos del modelo contextual que controla las estructuras del discurso y no del modelo contextual que controla la comprensión del discurso por parte de los destinatarios. En este sencillo esquema sólo menciono los componentes y procesos relevantes para nuestra discusión y no las muchas otras propiedades de la representación que se hace en la memoria y de la producción del discurso.

Aunque los detalles de los procesos involucrados en el modelo contextual de la producción y comprensión del discurso están en la agenda para el trabajo futuro en el campo de la psicología del procesamiento del discurso, propondré aquí algunas hipótesis adicionales sobre estos procesos. Luego de haberlo hecho en parte para el discurso de Tony Blair en el parlamento británico, podría hacerlo mediante una «simulación manual» del caso de un periodista español que escribe un artículo sobre un acontecimiento internacional para un periódico español (ésta fue la clase de práctica comunicativa que analicé en mi primer estudio más extenso de los modelos contextuales, Van Dijk, 1998). Sin embargo, se debe enfatizar que dicha «simulación manual» es, por supuesto, muy especulativa hasta que contemos con pruebas experimentales y empíricas de los procesos y representaciones involucrados. La única credibilidad que puedo dar es su coherencia general con el estado de la cuestión en cuanto a la comprensión (del discurso y el evento).

Para un periodista, escribir un artículo noticioso es una de las experiencias rutinarias

diarias de su vida profesional, además de otras experiencias parecidas como leer la prensa y los comunicados de prensa, participar en conferencias de prensa, realizar llamadas telefónicas, entrevistar a fuentes o testigos, participar en reuniones editoriales en el periódico, conversar con colegas, navegar en internet, etcétera (Gans, 1979; Tuchman, 1978; Van Dijk, 1988b). Muchas de estas actividades constituyen prácticas discursivas en sí mismas: los informes noticiosos son, de muchas maneras, el resultado del procesamiento de información a partir de diversos textos fuente (Van Dijk, 1988b). La experiencia periodística diaria es, de esta manera, una secuencia continua de prácticas discursivas, segmentadas contextualmente en géneros discretos o tareas profesionales, como realizar entrevistas o participar en conferencias de prensa.

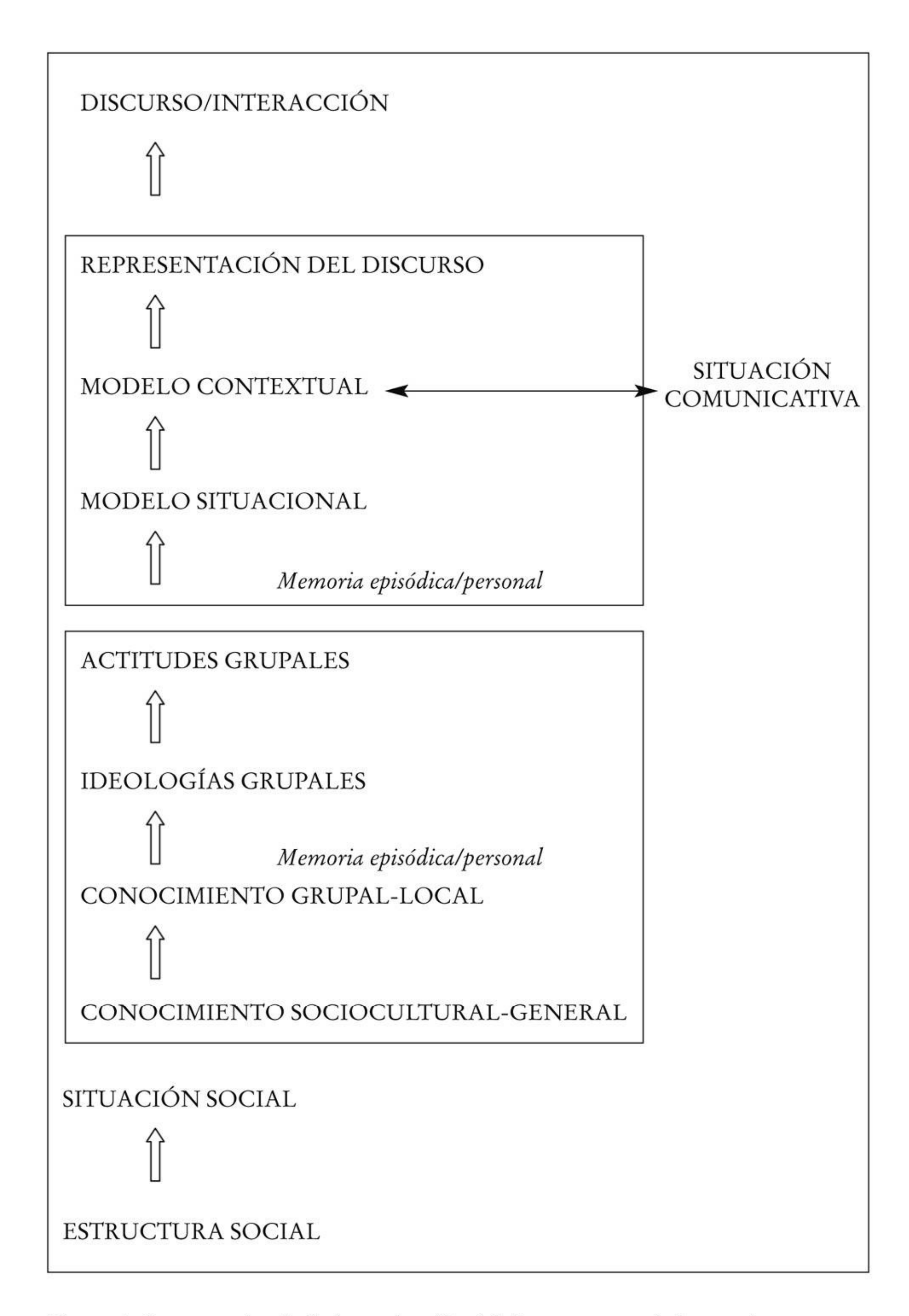


Figura 1. Esquema simple de la producción del discurso controlada por el contexto

Así, al iniciar la producción discursiva involucrada en el proceso de escritura noticiosa, un periodista ya cuenta con un modelo contextual provisional que contempla, por ejemplo,

- el Escenario actual (Hora/Fecha-plazo-lugar);

- posibles accesorios importantes (como una computadora portátil para escribir o navegar por internet o comunicarse con los editores o bases de datos del periódico);
- identidades sociales y comunicativas actuales relevantes (reportera, empleada del periódico X, ciudadana española, mujer, etcétera);
- relaciones con otros participantes (por ejemplo, una relación subordinada con el editor principal de las noticias internacionales);
- conocimiento nuevo sobre un acontecimiento internacional destacado;
- conocimiento contextual sobre lo que se ha informado antes sobre el acontecimiento;
- (si no es nuevo) y, por lo tanto, lo que los receptores ya saben;
- conocimiento contextual sobre el conocimiento sociocultural de los lectores;
- conocimiento sociocultural aplicado sobre las propiedades generales de los eventos noticiosos;
- conocimiento profesional aplicado sobre el proceso de escritura noticiosa;
- actitudes e ideologías profesionales aplicadas compartidas con otros reporteros;
- actitudes e ideologías sociales aplicadas sobre esta clase de acontecimiento internacional;
- ideologías profesionales como periodista;
- intención de escribir un informe noticioso;
- propósito de informar a los lectores del periódico X;
- emociones sobre el acontecimiento reporteado;
- emociones sobre aspectos de las características contextuales actuales (una entrevista, la relación con el editor, etcétera).

Gran parte de este modelo contextual (y su organización interna) es tan rutinaria como las prácticas sociales de recopilación y escritura de noticias y, por lo tanto, pueden activarse instanciando un esquema profesional o personal más general para un evento comunicativo. El «conocimiento del evento» sobre el que se generará un informe también es un modelo mental de la memoria episódica y se construye con la información de uno o más textos fuente, junto con el conocimiento político sociocultural más general sobre estos eventos.

De esta forma, al comenzar a escribir, el periodista tiene un modelo (semántico) del evento, así como un modelo contextual parcial (un «plan» de la noticia) que controlará el proceso de escritura real y será adaptado en forma continua y a nivel local, por ejemplo, cuando se calcula cuánto saben ya los lectores al describir cada uno de los aspectos del evento, a través de las estrategias de la Dispositivo-K. Al mismo tiempo, el periodista debe aplicar varias normas y valores profesionales, como valores noticiosos, que estiman qué aspectos de los acontecimientos son más o menos importantes, una condición que controlará muchos aspectos de la escritura de la noticia, desde la selección misma de los tópicos y la formulación de los titulares hasta las estructuras del primer y segundo planos, el estilo, la retórica y la semántica local (por ejemplo, si entregar muchos o pocos detalles sobre aspectos particulares del evento).

Recordemos que, generalmente, el modelo situacional ya existe antes que el modelo

contextual: los periodistas saben acerca de un evento noticioso antes de poder planificar escribir sobre él. Sin embargo, cuánta información y cómo se da a conocer la información almacenada en el modelo situacional depende del modelo contextual. En ese sentido, un modelo contextual constituye una interfaz, un dispositivo de transformación (filtro, selección, recontextualización), entre lo que sabemos y lo que relatamos. La regla pragmática general (de afirmaciones y géneros discursivos informativos) es que sólo necesitamos contar aquello que tenemos razones para creer que otros no saben aún. Además, la norma periodística general es sólo relatar lo que está predestinado a ser de interés periodístico según las normas y valores de los periodistas, controlados ellos mismos por ideologías sociales y profesionales.

Por lo tanto, dados estos modelos y estas reglas, normas y valores generales de la redacción periodística, la periodista comienza a escribir su informe siguiendo las siguientes restricciones contextuales, para empezar:

Titular

a) Activar conocimiento profesional sobre la redacción de informes noticiosos (estrategias generales).
b) Activar temas principales (macroproposiciones) del modelo situacional.
c) Activar el conocimiento sobre la orientación ideológica del periódico.
d) Dispositivo-K: ¿los lectores ya saben sobre este acontecimiento?
e) Activar conocimiento sobre los intereses de los lectores.
f) Activar un modelo contextual antiguo con información sobre los deseos del editor.
g) Inferir a partir de la información en (a) y (f) qué tema los lectores y el editor considerarán más interesantes o relevantes y seleccionarlo.
h) Aplicar las preferencias ideológicas a la representación semántica, por ejemplo, enfatizando las acciones negativas de un exogrupo (por ejemplo, terroristas).
i) Formular el tema en concordancia con (j), (k) y (l) a continuación.
j) las convenciones genéricas del periódico (sintaxis de titulares).
k) las inclinaciones ideológicas, por ejemplo, el exogrupo mencionado como agente y sujeto en primera posición.
l) el estilo formal del periódico: la selección léxica formal (de un periódico de calidad) y el léxico del periódico (por ejemplo, «tentativa» en lugar de «intento»).

Data (si es necesario)

m) Formular identidad personal (Yo) del periodista: nombre.
n) Formular Escenario: Lugar actual del modelo contextual: ciudad desde donde se informa.
o) Formular Escenario: Fecha actual.

Introducción (si es necesario)

Igual que con el titular:

p) Mantener activados: temas (macroproposiciones) del modelo situacional, conocimiento sobre la ideología del periódico, conocimiento profesional sobre las introducciones, preferencias del público y del editor, etcétera.
q) Dispositivo-K: verificar qué temas los lectores ya pueden conocer.
r) Dispositivo-K: ¿qué inferencias pueden hacer los lectores a partir de lo que ya se ha escrito en las secciones previas de la introducción?
s) Formular en una secuencia las proposiciones más importantes del modelo situacional, como un resumen de los eventos, pero con la inclinación ideológica general (endogrupo-exogrupo), por ejemplo, enfatizando las acciones negativas de un exogrupo.
t) Seguir el estilo formal (sintaxis, léxico) del lenguaje del periódico.
u) Destacar las oraciones que expresan proposiciones que los lectores ya pueden haber conocido (mediante un recordatorio, por ejemplo).

Mediante este ejemplo simulado, vemos que la redacción de noticias no sólo expresa lo que los periodistas saben sobre algunos eventos noticiosos, sino que involucra un proceso complejo de selección contextualizada a partir de modelos situacionales de proposiciones, que luego se formulan de una forma (estilo, etcétera) que luego es también controlada por el modelo contextual. Es decir, la redacción de los titulares e introducciones es controlada por categorías de modelos contextuales e información como: el conocimiento profesional de los periodistas sobre los informes noticiosos, los titulares y las introducciones; su conocimiento sobre los intereses del público; su conocimiento sobre lo que desea el editor (la asignación, los modelos contextuales anteriores), la ideología del periódico, la ideología del periodista, la identidad del redactor como periodista, un empleado del periódico y un subordinado del editor; el estilo del periódico, etcétera.

A nivel local, lo mismo resultará cierto, entonces, para la activación, expresión y formulación de otras proposiciones del modelo situacional durante la producción del resto de los informes noticiosos, que en general están bajo el control del mismo modelo contextual, pero con cambios en el conocimiento del Dispositivo-K sobre lo que los lectores ya saben (lo que ya se ha escrito). Como es el caso para la formulación de la introducción, en el resto del texto también se deben seguir las estrategias generales de coherencia local y global, modificadas para el caso del discurso periodístico. Es decir, en el relato de una historia noticiosa, los hechos no se informan en orden cronológico, sino que se organizan según criterios de relevancia o notoriedad noticiosa: la información más relevante (importante, interesante, útil, dramática, etcétera) vendrá primero y lo que se juzgue como lo más relevante dependerá de información del modelo contextual sobre la clase de periódico que el editor desea publicar o que el público quiere leer.

Lo mismo resultará cierto para la redacción del resto del informe, como la ordenación, el primer y segundo planos, la selección léxica, el nivel de descripción (general *versus* específica), el grado de detalle y, en general, el nivel de explicitación e implicitación de la

información derivada del modelo situacional. Además de las inclinaciones ideológicas, será la «inclinación» estilística general del periódico la que influirá en la selección final de las palabras apropiadas para el artículo periodístico. Lo anterior se aplica en todos los niveles: formato general del informe noticioso (que requiere conocimiento profesional); selección general de los temas (entre modelos situacionales controlados por la información ideológica contenida en el modelo contextual); formulación del titular, introducción y data; y luego la organización semántica y formulación gramatical generales del resto del texto. En el capítulo 4 examinaremos en más detalle las estructuras discursivas que controlan las estructuras de los modelos contextuales. Aquí podemos mencionar el papel ideológico del «lugar» en los modelos contextuales de los periodistas, ya que se basan en ideologías nacionales. Higgins (2004), por ejemplo, demuestra la importancia de la «nación natal» como una característica del contexto que influye en la cobertura noticiosa de los periódicos escoceses. Asimismo, las referencias deícticas a «este país» en las entrevistas realizadas a encuestados ingleses pueden ser una expresión del nacionalismo y xenofobia de los hablantes (Condor, 2000).

No nos preocupan en este punto los detalles de la selección léxica y gramatical (consultar Levelt, 1989). Sólo quiero hacer notar que en la selección de cada palabra, frase, secuencia, etcétera, la información contextual será importante (por ejemplo, en relación con el tipo de lector, interés y conocimiento del lector, la clase de periódico, el estilo formal o los objetivos del periodista o editor).

Métodos de estudio de los modelos contextuales

Una de las dificultades de definir los contextos como modelos mentales de los participantes es que no podemos observarlos directamente. Esto ha conducido, sin duda, a un abandono general de dicho estudio en enfoques lingüísticos y sociológicos, aunque se trata de un problema compartido por todos los estudios psicológicos de la mente.

Un método posible para un estudio del contexto es el análisis sistemático de sus «consecuencias», es decir, de las variaciones discursivas en situaciones diferentes, así como se hace en general en el estudio de fenómenos que no se pueden observar en cualquier ciencia. Entonces, por ejemplo, si se utilizan diferentes pronombres para contar la «misma» historia a diferentes personas en situaciones donde sólo la edad de los destinatarios varía, tenemos evidencia *prima facie* de que la edad del destinatario es una categoría relevante de los modelos contextuales en determinada cultura.

Un estudio así puede desarrollarse mediante un experimento, por ejemplo, pidiéndoles a los sujetos que hablen o escriban a una persona imaginaria en alguna situación comunicativa imaginaria. Se les puede pedir que escriban una solicitud de trabajo, por ejemplo, como se hace muchas veces a modo de tareas educacionales, así como en entrevistas sociolingüísticas clásicas.

De igual manera, podemos utilizar protocolos verbales en los cuales se les pida a los usuarios del lenguaje que formulen cómo entienden la situación o por qué utilizan ésta u otra expresión aquí o allá. Obsérvese, sin embargo, que en estas situaciones experimentales, las creencias formuladas de las personas sobre el uso del lenguaje pueden

ser equivocadas, normativas o ideológicas. De ahí que las entrevistas, asignaciones o protocolos no coincidan con el uso real del lenguaje en discursos espontáneos; estos, sin embargo, presentan el problema de que son más difíciles de controlar e investigar para el analista.

En tercer lugar, como cualquier otra clase de modelo mental, los modelos contextuales pueden ser la base del relato diario: con frecuencia hablamos de lo que nos cuentan otras personas o sobre lo que vimos en la televisión. La descripción laica de los modelos contextuales de estas historias generalmente exhibe algunas de las categorías relevantes que las personas usaron en las representaciones de dichos modelos contextuales. Por lo tanto, por una variedad de razones cognitivas, sociales y culturales, es mucho más probable que le cuente a un colega que esta *mañana* en la *universidad* una *estudiante me pidió* que leyera su tesis que cuente que una *persona de pelo castaño* me habló durante *90 segundos* a una *distancia de 10 metros* desde la puerta de mi oficina. Las diferencias culturales de la interpretación de un evento y acción (y, por lo tanto, de los modelos contextuales) pueden conducir a diferentes clases de relatos. Sin embargo, es posible que algunos niveles y categorías de la descripción narrativa sean más «naturales» y, por lo tanto, más generalizados que otros.

Si las situaciones comunicativas se construyen y representan efectivamente como modelos mentales específicos en la memoria episódica y luego se aplican y modifican automáticamente en la memoria de trabajo, deberíamos ser capaces de investigar sus estructuras, categorías y contenidos esquemáticos con los métodos experimentales típicos de la psicología cognitiva. Así, la recolección de las categorías de los modelos contextuales relevantes de una situación social debería ser mejor que el acopio de otro tipo de información social. (Por lo general, recordamos mejor que hablamos con una mujer mayor que es profesora que el color de su ropa.)

Quizás también podríamos predecir que las categorías relevantes para el contexto serán mejores herramientas para recuperar información de la memoria que otros aspectos de los eventos comunicativos. Asimismo, si los modelos contextuales controlan la producción y comprensión locales del discurso, podemos esperar lo que podría denominarse *primado pragmático* (*pragmatic priming*) de los conceptos que forman parte de dichos modelos. Por ejemplo, si hablamos con una mujer y si esta categoría participante está representada en nuestro modelo contextual de la conversación, se esperaría que el concepto «mujer» se active, aún cuando no haya tenido lugar anteriormente en la conversación. Finalmente, obsérvese que, en términos generales, las representaciones episódicas como los modelos contextuales y otras experiencias diarias, no se recuerdan bien, a menos que tengan propiedades muy prominentes o relevantes (como hablar con una persona famosa, una conversación traumática con un compañero, etcétera). La mayoría de los eventos comunicativos cotidianos, como las conversaciones con amigos o colegas, la lectura del periódico, las compras, etcétera, se olvidan pronto y la (nueva) información relevante es generalizada, condensada e integrada en conocimiento más general. Es por eso que contamos con una gran cantidad de conocimiento cuyo origen desconocemos. O bien, estos modelos contextuales se

generalizarán o condensarán a partir del recuerdo de conversaciones con un amigo o de la lectura de este u otro periódico en este o aquel país, etcétera, tal como lo hacemos con otras experiencias personales en la memoria episódica (King, 2000; Neisser y Fivush, 1994; Rubin, 1986, 1999).

Modelamiento formal del contexto

Aunque se basa en la creación de una teoría psicológica actual sobre el procesamiento del discurso, el marco teórico esquematizado anteriormente es bastante informal y se necesita añadir detalles a muchos niveles del procesamiento. Este trabajo futuro necesitará combinar un refinamiento teórico con sofisticación observacional y experimental sobre la manera en que la interpretación de las personas de la situación comunicativa controlan la producción (y, por lo tanto, las estructuras) o la interpretación del discurso.

Algunos de estos procesos pueden organizarse más explícitamente en modelos formales del contexto que —como es bastante común en la teoría de los modelos— combinen la ciencia cognitiva, la Inteligencia Artificial y teorías formales del lenguaje (consultar, por ejemplo, Jurafsky y Martin, 2000). De esta manera, así como formalizamos la semántica del lenguaje natural, podemos modelar formalmente algunas de las propiedades de su contexto, como se ha hecho en relación con el tiempo, el lugar y los participantes, por ejemplo, con el fin de interpretar expresiones deícticas, tiempos verbales y la co-referencia, entre otras propiedades del discurso (Groenendijk, de Jongh y Stokhof, 1987; Kamp y Partee, 2004; Kamp y Reyle, 1993).

Así, si los usuarios del lenguaje construyen modelos mentales de los eventos comunicativos, algunas de las propiedades de estos eventos pueden explicarse en modelos formales que constituyen marcos teóricos explícitos para la estructura de estos modelos. Idealmente, estos modelos formales se programarán junto con sistemas de producción y comprensión automáticas del discurso, que permitirían la producción de un discurso no sólo correctamente formado en términos sintácticos sino que también significativo y coherente en términos semánticos, y apropiado en términos pragmáticos.

En la última década, estudios de Inteligencia Artificial han producido fragmentos de estos modelos contextuales (formales) (véase, por ejemplo, Akman, Bouquet, Thomason y Young, 2001). Muchos de estos enfoques «pragmáticos» de la Inteligencia Artificial buscan contribuir con modelos del uso del lenguaje que sean más realistas que los tradicionales, que se limitan a la sintaxis y la semántica. Dichos estudios pueden demostrar que en eventos comunicativos reales, los usuarios del lenguaje no conocen todas las implicaciones de lo que dicen, cómo se construyen los contextos en tiempo real y, quizás sólo parcialmente, cómo el razonamiento puede verse limitado por factores pragmáticos como los objetivos o el conocimiento disponible (consultar también Hovy, 1988, 1990).

En el límite de la Inteligencia Artificial y la retórica, encontramos el trabajo de

Cronkhite (1997) sobre el análisis de situaciones —el modelo GOALS/GRASP— cuyo propósito es describir la manera en que las situaciones se perciben y especialmente se aplican a las situaciones (comunicativas) retóricas.

Gran parte de este trabajo debe cambiar explicitación formal por detalle y plausibilidad psicológicos y, a la vez, expandir sus límites más allá de unas pocas propiedades del discurso. Lamentablemente, un análisis detallado de estos enfoques excede los límites del alcance de este libro.

Comentario final

Como veremos en más detalle a continuación, prácticamente no hay nivel ni estructura del discurso que no se produzca (también) bajo el control de las propiedades de los modelos contextuales. Además, el Dispositivo-K opera en cada ámbito y las categorías participantes con frecuencia dependen del escenario institucional. La conciencia espacio-temporal se expresa continuamente en varias expresiones numéricas. En el próximo capítulo y en *Sociedad y discurso,* investigo en más detalle las restricciones sociales y culturales que operan en la formación, adquisición y uso de los modelos contextuales.

El objetivo fundamental de este capítulo ha sido una elaboración más detallada de mi tesis general de que los contextos no constituyen una clase de situación social o comunicativa, sino que son construcciones o «definiciones» subjetivas de las dimensiones relevantes de estas situaciones de los participantes. Estos constructos se han definido como modelos mentales específicos, *modelos contextuales*, de la memoria episódica, y como casos especiales de modelos experienciales más generales que controlan nuestro comportamiento cotidiano. También se ha presupuesto que estos modelos contextuales deben ser relativamente simples y que consisten en unas pocas categorías generales (con sus subcategorías), que, no obstante, pueden variar dependiendo de la cultura.

En este capítulo, presto especial atención a las categorías más cognitivas de los modelos contextuales, como el Yo, las intenciones y las estrategias importantes para el uso del conocimiento. Finalmente, he planteado algunas presuposiciones generales sobre los procesos involucrados en la formación y aplicación de los modelos contextuales. En el próximo capítulo, me concentraré en más detalle en las formas en que los modelos contextuales controlan varias estructuras discursivas.

Aunque la hipótesis general de este capítulo y este libro —que los contextos deben definirse como una clase específica de modelo mental— es muy plausible y coherente con la mayoría del trabajo realizado en la ciencia cognitiva, se requieren estudios experimentales —estudios que van más allá del ámbito de este libro teórico— que contribuyan con los detalles de una teoría psicológica del contexto.

Notas:

2. En esta traducción española usamos solamente «modelos situacionales» para traducir el término técnico situation models de Van Dijk y Kintsch (1983), un término que ahora ha sido aceptado muy generalmente en la psicología del discurso. En la versión inglesa de este libro usábamos la expresión event models, para enfatizar que son modelos (semánticos) de eventos que sin embargo son un tipo más específico de modelos situacionales.

3. Instanciar (del inglés *instantiate*) significa darle una característica concreta a un elemento abstracto (Nota de la traductora).

4. No es mi estilo criticar a los autores por ignorar mi trabajo; después de todo, no hay ningún autor que conozca toda la literatura y estoy seguro de que sin intención he ignorado muchos otros estudios que debería haber citado. Sin embargo, en este caso, y para que quede claro, haré una humilde excepción en una nota, a propósito, ya que de todas maneras no muchas personas la leerán, porque durante la presentación de mi trabajo reciente sobre el contexto en conferencias y en versiones anteriores de este libro, se sugirió que debería referirme al estudio seminal de Sperber y Wilson. Obviamente, he leído ese libro, pero su estudio de la relevancia y el contexto es bastante diferente a mi propio enfoque actual. Lo irónico es que después de volver a leer partes de mi propio libro de 1977 sobre el texto y el contexto, me impresionó el parecido de algunas de las ideas en ese viejo libro con las de Sperber y Wilson, quienes, sin embargo, no citan mi estudio de 1977. A propósito, lo mismo sucede con otros estudios formales sobre la semántica y la pragmática del discurso de la última década. Claro está que mi libro de 1977 muestra que no soy un lógico y que tiene muchas otras imperfecciones, pero varias de las ideas teóricas del modelo sobre la semántica y la pragmática del discurso, que se han formulado a partir de entonces en otros estudios, ya se habían expuesto en ese libro. La principal diferencia con mi enfoque actual al contexto es que ahora es mucho más amplio y multidisciplinario y define el contexto en términos de modelos mentales sobre la base de trabajos de psicología de las últimas décadas, incluido mi propio trabajo anterior con Walter Kintsch (Van Dijk y Kintsch, 1983). Este libro ha influido mucho en la psicología, pero, como muchos otros trabajos relevantes, Sperber y Wilson también lo ignoran. Esa es una de las razones por las que el libro de Sperber y Wilson sobre la relevancia no constituye un estudio «cognitivo», sino formal (interesante) y filosófico.

5. Usamos la traducción Dispositivo-K, donde K se refiere a la palabra para conocimiento en inglés (Knowledge), en vez de Dispositivo-C (por Conocimiento en español).

4
Contexto y discurso

> Mi tesis es que el contexto penetra el lenguaje, que las presuposiciones contextuales influyen en cómo entendemos el lenguaje y que los contextos del discurso tienen que comprenderse mejor para desarrollar teorías realistas del lenguaje y del aprendizaje del lenguaje (Susan Ervin-Tripp, 1996: 21).

Introducción

Este capítulo trata sobre las principales funciones de los contextos, concretamente, sobre cómo permiten y a la vez restringen la producción y comprensión del discurso. Comenzaré con un análisis conceptual de las posibles relaciones entre el contexto y el discurso. Éstas pueden describirse en varios términos, como «influencia», «control», «representación», «manifestación», «expresión» e «indexicalización», entre otros. A continuación, examinaré algunas de las nociones fundamentales que frecuentemente se utilizan para describir el producto de esta influencia contextual sobre el discurso, como estilo, registro, género discursivo[6], variación y conceptos relacionados. Finalmente, revisaré algunas dimensiones importantes del discurso controladas sistemáticamente por estructuras contextuales y, al mismo tiempo, analizaré cómo estas dimensiones discursivas pueden influir en los modelos contextuales de los participantes, es decir, en sus interpretaciones del evento comunicativo en curso.

Dado que gran parte de esta discusión presupone vastos campos de investigaciones anteriores, en especial dentro de la sociolingüística, me concentraré particularmente en el control contextual de las *estructuras discursivas*, presuponiendo que la influencia del contexto sobre la gramática, es decir, sobre la fonología, prosodia, sintaxis y léxico, es bien conocida. Aunque la sociolingüística, la estilística y la etnografía contemporáneas generalmente también trabajan con datos provenientes del discurso natural, su análisis se ha centrado mucho en los detalles sutiles de la expresión, como la pronunciación, entonación, pronominalización, lexicalización y sintaxis, una limitación que Macaulay (1999, 2002, 2005a, 2005b) ha criticado mucho. Existen relativamente pocos estudios que analicen las restricciones contextuales sobre, por ejemplo, la cohesión y la coherencia, la elección del tema, el esquema de las noticias y la argumentación, el estilo de los titulares de noticias, los actos de habla, los turnos de conversación o las estrategias de persuasión y manipulación, entre varias otras propiedades del discurso.

Los hablantes pueden identificarse y distinguirse no sólo por los sonidos particulares de sus vocales o la manera en que pronuncian la *–r* post-vocálica en el inglés de Nueva York, como sabemos gracias al trabajo clásico de la sociolingüística. La variación y el estilo, definidos como una función de las características del contexto, obviamente

involucran mucho más que esta variación de la expresión. Por ejemplo, si comparamos las noticias sobre el «mismo» acontecimiento en el periódico de calidad *The Times* y en el de prensa sensacionalista *Sun* de Londres, tendemos a describir las diferencias entre los dos periódicos en términos de «estilo». Estas diferencias no son las que generalmente encontramos en los estudios tradicionales de sociolingüística de la variación regional o de clase, o de «maneras de hablar» (como el uso formal *versus* el uso informal del lenguaje). Antes que nada, se trata de diferencias entre periódicos y no entre hablantes individuales (como miembros de un grupo) y, segundo, pertenecen a un complejo conjunto de propiedades discursivas como, por ejemplo, el diseño de impresión, las fotografías, la estructura de la noticia, los titulares, la selección léxica, la selección temática y las estructuras retóricas, entre otras (Jucker, 1992). En este capítulo se demostrará que estas estructuras discursivas típicas también varían con las estructuras de las situaciones comunicativas, definidas por los modelos contextuales de los participantes.

Existen numerosas razones por las que existen muchas menos investigaciones sobre la variación social del discurso. En primer lugar, en especial en el caso del discurso hablado, es muy difícil observar, grabar y registrar grandes cantidades de discursos comparables en sus situaciones «naturales». Esto significa que muy pocas veces contamos con datos cuantitativos que permitan comparaciones y generalizaciones confiables sobre cómo un parámetro situacional (por ejemplo, el género[7] o la clase social) se asocia sistemáticamente a una característica específica del discurso (véase, sin embargo, Macaulay, 2005a, 2005b).

En segundo lugar, la tradición sociolingüística hasta ahora ha sido enfocarse en fenómenos gramaticales más focalizados y no en estructuras discursivas que vayan «más allá de la oración», de manera que hasta ahora pocos proyectos de investigación han estado reuniendo los datos necesarios (Macaulay, 2002, 2005). Sólo recientemente los estudios de la variación, estilo y registro lingüísticos en el campo de la sociolingüística han comenzado a prestar atención a estructuras discursivas específicas.

En tercer lugar, si los contextos se reducen a modelos mentales que, por definición, son únicos, es muy difícil observar y registrar datos que sean comparables y, por lo tanto, analizables en distintos contextos o manteniendo los contextos invariables, como trataríamos de hacer en un laboratorio. Ésta es una manera un poco más sofisticada de decir que las situaciones comunicativas y sus influencias en el discurso son complejas y variables.

Por ejemplo, si quisiéramos saber si las mujeres cuentan más anécdotas sobre sus hijos que los hombres —un resultado típico de varios estudios sobre la naturaleza genérica del relato— probablemente tendríamos que generalizar muchas otras dimensiones de la situación social, dimensiones que pueden ser relevantes y que también pueden producir mucha variación en los datos. Entonces, podríamos preguntarnos si lo anterior resulta cierto en el caso de las mujeres jóvenes en comparación con las mayores, en el caso de las mujeres profesionales en comparación con las dueñas de casa o en el caso de las mujeres de clases más altas en comparación con las de clases más bajas; también

podríamos preguntarnos si es cierto en cualquier situación social, por ejemplo, en el trabajo, en una visita al médico, en una conversación con los vecinos, etcétera. Es decir, las situaciones sociales importantes son tan complejas que la abstracción y generalización pueden ignorar condiciones significativas de la (co-)variación lingüística. No sorprende que en relación con muchas —si es que no todas— variables discursivas, las restricciones sociales como el género o la clase tienen efectos muy poco claros. De esta manera, un estudio puede encontrar que las mujeres interrumpen más que los hombres y otro, todo lo contrario: el resultado casi siempre dependerá del resto de los factores relevantes de la situación comunicativa.

Y finalmente, los estudios sobre variación muchas veces no logran contribuir con una explicación teórica de las «variables» sociales mismas que estudian, como es el caso, por ejemplo, del estudio del papel del género en el uso del lenguaje y el discurso, donde a menudo se usa una variable más simple, como el sexo (Wodak y Benke, 1997). De hecho, la misma noción de *co-variación* (estadística), entendida como un concepto analítico introducido por la sociolingüística clásica, puede ser irrelevante o prematura para el análisis de cómo los contextos, considerados como modelos mentales, controlan la producción o comprensión del discurso. De ahí la necesidad de examinar otras maneras de definir y analizar estas relaciones.

Más allá de las «variables» sociales aisladas

Se ha propuesto que los factores sociales de la variación lingüística y discursiva deben estudiarse en términos de las *comunidades de práctica* (Lave y Wenger, 1991), es decir, comunidades de personas que se reúnen, interactúan y conversan en relación con actividades, objetivos, intereses, conjuntos, etcétera. Es decir, las propiedades y variaciones específicas del discurso de, por ejemplo, adolescentes, mujeres y hombres, o profesionales, deben examinarse en relación con las numerosas comunidades de práctica en las que participan. Las sesiones del parlamento aparentemente constituyen una de estas prácticas, así como las interacciones en el aula, las reuniones de directorio y las conversaciones en un pub, entre muchas otras situaciones definidas por actividades, objetivos y participantes específicos. Muchas propiedades del discurso se adaptan a estas complejas situaciones en lugar de ser controladas por categorías sociales generales, como la clase, género o edad.

Nótese, sin embargo, que la noción de «comunidades de práctica» resulta ambigua. Como el nombre lo sugiere, están definidas por *prácticas* situadas (como la interacción en el aula) más que por tipos de *participantes*. En este sentido, las mujeres, los jóvenes, los familiares o los profesionales no forman comunidades de práctica. Y, al mismo tiempo, muchas prácticas conjuntas (o compartidas), como las cenas familiares, los viajes en transporte público o idas al cine, no parecen candidatas evidentes para una definición en términos de «comunidades» de participantes. Por el contrario, lo que tenemos aquí son tipos de situaciones, los cuales, obviamente, necesitan analizarse separadamente y en términos de una teoría del contexto. Las actividades socioculturales y sus objetivos, a

menudo definidos como géneros discursivos, son simplemente una de las categorías que definen estos tipos de situaciones. En otras palabras, enfatizar que el uso y la variación del lenguaje en la vida cotidiana (también) están definidos por las comunidades de práctica parece ser lo mismo que decir que el uso del lenguaje depende del contexto y que debemos considerar no sólo los grupos o categorías sociales de estos contextos, sino que también los tipos de situaciones, actividades y objetivos involucrados. Ciertamente, las categorías sociales y la pertenencia a grupos son abstracciones y, por lo tanto, no constituyen indicadores muy apropiados del uso real del lenguaje.

Sin embargo, de las variables sociales típicas estudiadas en la sociolingüística clásica, la edad, la clase social y la ocupación pueden ejercer influencias contextuales más poderosas que otras como el género, porque tienden a implicar diferencias duraderas y diarias de las experiencias, así como la exposición a tipos y contextos discursivos bastante diferentes. No obstante, aun así, sigue habiendo una variabilidad considerable: un profesor escribe y enseña de una manera bastante diferente a otro, dependiendo de la disciplina, la cultura, la audiencia, etcétera. Obviamente, como se recordó anteriormente, (hasta la fecha) no contamos con grandes cantidades de datos para todos estos diferentes tipos de situaciones y la manera en que los participantes los construyen en sus modelos contextuales. Debido particularmente a su carácter cotidiano, la clase social puede también influir indirectamente y ser reproducida en las conversaciones diarias entre colegas o familiares, por ejemplo, cuando se discute sobre trabajo (Paugh, 2005).

Uno de los pocos estudios que compara sistemática (y cuantitativamente) las influencias del género, la edad y la clase de forma separada y combinada es el de Macaulay (2005b). A partir de cuarenta y dos muestras discursivas de conversaciones bidireccionales entre ciudadanos escoceses del mismo sexo (sin un investigador presente), encontró que la edad es lo que más influye en la conversación (véase también, Eckert, 1997, 2000, 2003), seguido del género y finalmente la clase.

Asimismo, Bettie (2003), en su estudio de muchachas de enseñanza secundaria en California, enfatiza que sus discursos deberían entenderse y analizarse en términos no sólo del género —como lo hacen muchos estudios genéricos—, sino que también de raza y clase. Muchas de las propiedades del habla de las chicas, como las distinciones categóricas entre «cholas» (mestizas), «pueblerinas» y «alumnas de secundaria», van más allá de las identidades y estilos genéricos y muestran una conciencia y atribución de pertenencia a distintas clases sociales. Es esta pertenencia lo que constituye la base de la formación de grupos juveniles y subculturas con las que se identifican estas jovencitas. Este es también el caso en los estudios de Eckert de los «*jocks*» (comunidad de práctica de clase media para quienes las escuela es muy importante) y «*burnouts*» (comunidad de práctica de clase trabajadora para quienes la localidad es esencial) de la secundaria de Detroit (Eckert, 2000); los estudios de Mendoza de las latinas en California, Estados Unidos, (por ejemplo, Mendoza, 1996, 1999); el estudio de Bucholtz de las chicas «*nerd*» de una secundaria en California; el estudio de jóvenes inmigrantes en Suecia de Evaldsson (2005); y el importante trabajo precedente realizado en el Reino Unido sobre los chicos «*mod*» (sofisticados y prolijos) y los rockeros (sencillos y desprolijos) de los

sesenta (Cohen, 1980), un estudio que, a propósito, se cita muy poco en las investigaciones estadounidenses. En su análisis del inglés chicano, Fought (2002) enfatiza que en lugar de utilizar categorías sociales pre-establecidas, como la edad, el género o la clase, la variación lingüística debería estudiarse en términos de las categorías según las definen los propios participantes, como se plantea en este libro.

Por lo tanto, aunque la revisión que presento a continuación —necesariamente dependiente de las direcciones investigativas de la sociolingüística— también aborda la influencia (indirecta) de las categorías sociales como la edad, género y clase en el discurso, debo enfatizar desde ya que existe una tremenda variedad y complejidad de influencias combinadas y que las generalizaciones para una variable social única como el género con frecuencia necesitan ser «corregidas» en relación con la clase y la edad (véase también Romaine, 2003). El principal problema es cómo estudiar formas combinadas y complejas de influencia contextual de una manera cualitativa, es decir, con un análisis del discurso detallado, en lugar de hacerlo de la manera estadística usual, por ejemplo, en términos de análisis de factores, para los cuales quizás no tengamos suficientes datos cuantitativos, para empezar.

Es justamente lo que hace nuestro enfoque de modelos contextuales para abordar la compleja influencia social, porque los hablantes se representan a sí mismos y a sus co-participantes en términos de varias categorías sociales al mismo tiempo, identificaciones que pueden cambiar durante el discurso. Todas las situaciones comunicativas son, en consecuencia, representadas subjetivamente de una manera compleja, donde cada una de las propiedades sociales puede ser más o menos notoria en una situación dada: a veces, la identidad genérica puede ser más importante que la edad, la clase o la ocupación; otras veces, puede ser menos relevante y una de las otras puede serlo más. Todo depende de la naturaleza de la actividad en curso y sus objetivos u otros factores situacionales. De hecho, hoy en día muchos teóricos insisten en que las identidades sociales en cuestión en realidad se construyen o «llevan a cabo» con el discurso mismo, una posición que concuerda con mi teoría sólo bajo una interpretación muy específica, como veremos a continuación (consultar también Bucholtz y Hall, 2004; De Fina, Schiffrin y Bamberg, 2006). Curiosamente, Halford y Leonard (2006), en su estudio de la contextualización de las subjetividades laborales, muestran que la identidad (empresarial) se construye no sólo en términos de género, edad y profesión, sino que también en torno a categorías espaciales y físicas, un hallazgo que interpretamos como un respaldo al complejo enfoque contextual y constructivista para abordar la influencia social. Esto también se aplica al papel contextual de las ideologías participantes: el lugar de trabajo, más que la familia o el vecindario, parece ser un escenario típico para el discurso político (conflictivo) paralelo (Mutz y Mondak, 2006).

Una de las condiciones de esta variabilidad es que muchas de las características discursivas de nivel superior son controladas o controlables (por ejemplo, la elección del tema, interrupciones, etcétera) y, por lo tanto, mucho más susceptibles de ser influenciadas por factores contextuales. Por ejemplo, uno puede decidir no interrumpir a alguien, o no contar una anécdota, para evitar dar una mala impresión o porque piensa

que al destinatario no le va a interesar, etcétera.

Por otra parte, los aspectos de la pronunciación y la sintaxis son mucho menos controlados y controlables conscientemente y tienden a ser más similares en diferentes contextos; por lo tanto, se pueden generalizar más y, de esta manera, se pueden cuantificar más fácilmente. Por ejemplo, al hablar en castellano, las personas con acento catalán con frecuencia exhibirán su acento en muchos o en la mayoría de los eventos comunicativos en los que participen. Es decir, aun cuando se pueden adaptar, los acentos son más independientes del contexto que la elección de temas o el estilo.

Como sugerí en la introducción de este capítulo, antes de examinar la variación dependiente del contexto en más detalle, necesito analizar algunas de las nociones fundamentales involucradas en la relación entre el contexto y el discurso. Espero de esta manera contribuir a los aportes actuales que van más allá del enfoque correlacional de la sociolingüística clásica (que sólo demuestra que *existe* una relación entre el texto y el contexto, pero no necesariamente *cuál* es esta relación ni cómo debe describirse ni explicarse).

Terminología: el «discurso» versus *el «contexto»* versus *la «situación social»*

Con el fin de evitar la jerga excesiva y la confusión terminológica, en este capítulo usaré el término «discurso» simplemente para referirme a cualquier forma de uso del lenguaje manifestada en textos (escritos) o interacciones (habladas) en un sentido semiótico amplio. Esto incluye estructuras visuales, como el diseño, tipo de letras y fotografías para textos escritos o impresos, y los gestos corporales y faciales, y otros signos semióticos en el caso de la interacción hablada. Este concepto de discurso puede incluir combinaciones de sonidos en muchos discursos híbridos multimedia, por ejemplo, en las películas, la televisión, celulares, internet y otros canales y medios de comunicación.

Como hemos visto antes, la distinción entre «discurso», definido así, y «contexto» sigue presentando problemas. Por ejemplo, ¿la distancia que los participantes mantienen al hablar es un elemento del discurso o del «contexto»? En *Sociedad y discurso*, defino aspectos del espacio y el lugar de los participantes como parte de la categoría Escenario del contexto y no como un aspecto «semiótico» del discurso «mismo». Por otra parte, los gestos, el tacto y las muecas, así como la entonación, el aplauso y otros, se consideran parte de la dimensión semiótica interpretable del discurso mismo, porque se perciben más directamente como propiedades de lo que «hacen» los participantes. Y si admitimos varios gestos y las muecas, así como las estructuras sonoras y visuales, como parte de las estructuras «semióticas» del discurso, ¿por qué no admitir los «signos» de otras dimensiones semióticas, como la pintura corporal, la ropa, los uniformes y accesorios de los participantes como aspectos de los eventos comunicativos que preferiría analizar como parte del contexto? Obsérvese que estas propiedades contextuales de los participantes no deben confundirse con las propiedades de los participantes según se *representan* en el discurso y las imágenes, que constituyen el objeto de un análisis semántico o semiótico de los eventos comunicativos.

Estas preguntas demuestran nuevamente que no existe una distinción estricta entre el discurso y su ambiente en las situaciones comunicativas. Aun cuando decidamos limitar el discurso a estos aspectos «verbales», dicha distinción sigue siendo arbitraria, porque, por ejemplo, no sabríamos qué estructuras sonoras incluir en la fonología de estas estructuras «verbales» aparte de los fonemas, las pausas, la entonación, el énfasis, el volumen, (gritar, susurrar, silbar), etcétera. Lo mismo es cierto en el caso de las estructuras visuales de los textos escritos, lo que va más allá de las letras: fuente, tipo, diseño, color, fotografías, impresiones, tablas, gráficos, dibujos, etcétera.

En resumen, cualquier discusión sobre las relaciones entre el discurso y el contexto gira sobre la definición de «discurso». Aunque más o menos de manera arbitraria, adopto, por lo tanto, una definición bastante amplia que incluye estructuras verbales (habladas y escritas) y cualquier aspecto semiótico (interpretable) del evento comunicativo que sustente directamente el evento, como las estructuras sonoras y visuales relevantes (escritura, impresión), las muecas los gestos, pero no el lugar ni otras propiedades de los participantes.

Resulta obvio, sin embargo, que apenas tomamos un enfoque «incorporado» (*embodied*) para abordar el uso del lenguaje hablado, es muy difícil, si es que no imposible, separar de la actividad corporal del hablante aquellos elementos que «expresan» o «emiten» más o menos conscientemente información significativa que debería considerarse parte del discurso, como lo haríamos con las muecas y los gestos (véase, por ejemplo, Hanks, 1996; y la discusión de su trabajo en *Sociedad y discurso*).

En este capítulo, asimismo, utilizo el término «contexto» más o menos como se define en el capítulo anterior, es decir, como una abreviación de «modelo contextual» o «definición por los participantes de los aspectos relevantes de la situación comunicativa». No obstante, de ese modo, me concentro en los aspectos no discursivos (o no semióticos) del contexto, es decir, en el discurso-sin-el-contexto. Como se ha vuelto tradición en el análisis del discurso y la conversación, prefiero estudiar el «co-texto» considerándolo como «partes previas» del discurso, definido de forma dinámica, y no como parte del contexto, como se ha hecho en las gramáticas tradicionales basadas en la oración (véase también el capítulo 2).

En la discusión terminológica del capítulo 1, ya hemos visto que se puede usar un concepto inclusivo o exclusivo del contexto. Es decir, la palabra «contexto» se puede usar como una representación de un episodio comunicativo completo, incluido el evento comunicativo mismo (texto, habla) o como una representación del ambiente social relevante de dicho evento. En la primera definición, la inclusiva, los usuarios del lenguaje representan no sólo los escenarios, a sí mismos y a otros participantes, así como sus intenciones, objetivos y conocimientos, sino que también, de manera reflexiva, su texto o habla en curso. Aunque, sin duda, esto es lo que sucede en la representación de los episodios comunicativos, una noción tal de «contexto» se separa de su uso intuitivo y cotidiano. Por lo tanto, he optado por la solución práctica de abordar la noción exclusiva de contexto como la definición subjetiva de los ambientes sociales relevantes del discurso. Independientemente de la opción seleccionada, sin embargo, se necesita

explicar la relación entre discurso y su ambiente social como parte de un episodio comunicativo.

En este capítulo, utilizo la noción de «contexto» en el sentido exclusivo de una representación del ambiente situacional de estos episodios, es decir, como algo «externo» al discurso real, de una forma que se acerca más a lo que se ha hecho en investigaciones previas, aunque de una perspectiva diferente a la nuestra. En una explicación dinámica del lenguaje y la interacción, esto significa que el «discurso pasado» sigue siendo parte de un discurso que tiene lugar «en paralelo», por decirlo así, al modelo contextual dinámico, aunque puede tener los mismos efectos sobre la interpretación actual que el contexto (es en este sentido que a veces decimos que el «discurso previo» se vuelve parte del contexto). Obsérvese, no obstante, que al revisar el trabajo de otros científicos, *su* uso de la palabra «contexto» corresponde a lo que he denominado situación comunicativa, es decir, un constructo sociológico, más que uno sociocognitivo.

Éste es también el caso de muchos enfoques construccionistas para abordar el uso del lenguaje, que sí definen la realidad social en términos de constructos (inter)subjetivos de los miembros sociales, pero sin las implicaciones cognitivas necesarias de estos «constructos», los que, en ese caso, son abstractos o indefinidos en términos teóricos.

Relación de la situación social, el contexto y el discurso

Existen muchas formas, más o menos informales, de hablar sobre las *relaciones* entre las situaciones sociales y el discurso. Por lo tanto, se asume, en general, que las situaciones o algunas de sus características —como la clase, el estatus social, el género, la etnicidad, la edad, el poder, las redes de trabajo y las comunidades de práctica— *influyen* en la manera de hablar o escribir (consultar, por ejemplo, Eckert y McConnell-Ginet, 1992; Eckert y McConnell-Ginet, 2003: capítulo 2). Al mismo tiempo, es sobre la base de esta influencia que los destinatarios y analistas infieren las características sociales de los hablantes por la forma en que hablan o escriben.

La influencia: una interfaz sociocognitiva

En *Sociedad y discurso*, abordo extensamente un aspecto fundamental de esta «influencia» afirmando que las características de la situación social de ninguna manera «afectan» directamente el discurso: no existe un vínculo directo causal u otro vínculo condicional entre, digamos, la clase social y la manera en que pronunciamos las palabras o elegimos los temas de conversación. Por el contrario, la tesis principal de este libro, explicitada en el capítulo anterior, es que la *definición*, *interpretación*, *representación* o *construcción* de los participantes de su situación social, en términos de modelos contextuales subjetivos, influye en cómo hablan, escriben, leen, escuchan y entienden. En otras palabras, las estructuras sociales o situacionales sólo pueden afectar el discurso a través de la mediación o interfaz de las representaciones mentales de los usuarios del lenguaje (consultar las referencias en *Sociedad y discurso* y, en el caso de la

sociolingüística, también Macaulay, 1999, 2005a). Otros también han enfatizado mi concepción del contexto como definición participante de la situación comunicativa, especialmente en el campo de la sicología social (Giles, 1991; Giles y Hewstone, 1982), aunque no en términos de modelos mentales específicos. Otro pensador que utiliza la noción de «modelo» y que también enfatiza la relevancia de las definiciones participantes subjetivas de las estructuras y normas sociales objetivas es Kiesling (2003), pero su concepto de «modelo» es diferente al mío y más cercano al de antropólogos como Holland y Quinn (1987), que se ocupan de los «modelos culturales» que representan el conocimiento cultural general.

La interfaz sociocognitiva explica muchos aspectos de la relación entre la situación social y el discurso; por ejemplo, que esta relación es, por definición, no determinista (consultar también Johnstone y Bean, 1997) y que es variable en términos personales y situacionales. Y lo que es más importante, los modelos contextuales explican que no se trata de una clase de hecho social objetivo que controla cómo hablamos, sino que más bien nuestra manera subjetiva de comprender y construir este hecho social.

Por la misma razón, mi enfoque no es compatible con una explicación del lenguaje, el discurso y la sociedad que asuma que el uso del lenguaje tiene «condiciones materiales» (inmediatas), como expresan las formulaciones marxistas tradicionales. Claro está que existen condiciones «materiales» (económicas, etcétera) de la vida diaria, pero estas sólo pueden influir en el discurso si los usuarios del lenguaje las interpretan, representan y «viven» como tales.

He insistido una y otra vez que, dado que los usuarios del lenguaje pueden interpretar la situación comunicativa de maneras diferentes, también hablan de maneras distintas, aun cuando se encuentren en la misma situación, con los mismos parámetros sociales. Es decir, mi concepto de las relaciones entre la situación y el discurso no es determinista, sino que (inter)subjetivo e interpretativo.

En resumen, en este paradigma sociocognitivo (y lo mismo en el caso de una perspectiva constructivista), no existen las situaciones *objetivas*, a menos que yo defina tal objetividad, como lo he hecho en el caso del conocimiento, como una clase de definición intersubjetiva común de la situación, es decir, como un entendimiento compartido por los miembros de un grupo o comunidad. Sin embargo, lo anterior explica la dimensión *social* y las bases de los modelos contextuales, pero no los aspectos *subjetivos* y *variables* de los modelos contextuales *para cada persona*, que explican los discursos únicos de cada usuario del lenguaje.

Una explicación más detallada de las relaciones entre la sociedad y las situaciones sociales, por una parte, y de la variación discursiva, por otra, debería presuponer siempre que *la fuerza «modificadora» fundamental no está en la sociedad o en la estructura social misma, sino que en las representaciones o construcciones de los miembros sociales de esta estructura social o de las situaciones sociales*.

Antes se ha recalcado que esto no significa que yo reduzca la contextualización a un fenómeno puramente mental, sino que un componente esencial de una teoría de las

relaciones entre la situación y el discurso debe ser una teoría cognitiva de la manera en que los miembros representan las situaciones comunicativas como modelos contextuales. El hecho de que estos constructos se basen en el conocimiento compartido en términos sociales y en esquemas socialmente adquiridos, y que se utilizan en situaciones e interacciones sociales y que incorporan (*embody*) las representaciones (subjetivas) de las situaciones sociales garantiza un fundamento social sólido de esta teoría. En otras palabras, las relaciones entre las distintas situaciones y entre la situación y el discurso no deben reducirse a una explicación exclusivamente cognitiva o social. De ahí la relevancia de una teoría sociocognitiva integrada.

Debe subrayarse que lo que construimos *analíticamente* como un proceso de mediación sociocognitiva —la formación y el uso de los modelos mentales de las situaciones sociales— no es lo mismo que la influencia *experimentada* intuitivamente de los usuarios del lenguaje. Aun cuando controlen lo que dicen y cómo lo dicen reflexivamente, y estén conscientes de las influencias parciales de las situaciones *según como las vean*, los usuarios del lenguaje asumen automáticamente que los aspectos sociales de la situación son «reales» y sus inferencias sobre los participantes sobre la base de su discurso presuponen una relación «causal» más directa.

Ejemplo: discurso de Blair en la Cámara de los Comunes

En los capítulos anteriores (y en *Sociedad y discurso)*, analicé los detalles teóricos del control contextual del discurso usando a modo de ilustración un fragmento de uno de los discursos del Primer Ministro británico, Tony Blair, sobre Irak en la Cámara de los Comunes. Como una introducción adicional al análisis que presento a continuación sobre la manera en que los contextos controlan las estructuras del discurso, déjenme resumir cómo mi teoría multidisciplinaria y sociocognitiva interpreta esta influencia.

La explicación sociolingüística tradicional es que algunas de las características del discurso de Tony Blair en el parlamento, como la pronunciación y la gramática, co-varían con su clase social, género, grupo étnico, edad y quizás el escenario específico. Una explicación tal por lo general no nos dice mucho sobre otros aspectos de este discurso, como la elección de los temas, la coherencia local, las estrategias retóricas, la argumentación o varios (otros) aspectos de la interacción. En el Análisis Crítico del Discurso (ACD), parte de esta explicación faltante sería formulada en términos de, por ejemplo, la posición de poder de Tony Blair como Primer Ministro o en términos de su ideología específica (*New Labour*) (consultar también Fairclough, 2000).

Hemos dicho que las explicaciones sociolingüísticas tradicionales no sólo son incompletas, sino que también incorrectas en relación con una explicación teórica de la relación entre estructuras sociales, situaciones sociales, hablantes y discurso. Ese enfoque presupone una influencia directa, causal o condicional entre las características sociales del hablante y la manera en que habla. Si hubiese una relación directa y causal entre las estructuras sociales y el discurso, todas las personas (los Primeros Ministros, los parlamentarios, etcétera) que comparten las mismas características sociales hablarían de

la misma manera. Lo mismo podría ser cierto a un nivel muy alto de descripción grupal abstracta (si generalizáramos respecto a los Primeros Ministros, parlamentarios, políticos, hombres, etcétera), pero eso no explicaría muchos de los detalles variables del discurso de Blair. Además de la necesidad de integrar las propiedades individuales importantes de los hablantes para explicar la variabilidad, este enfoque ignora la interfaz sociocognitiva fundamental que explicita de qué manera Tony Blair individualmente (o los hombres, los ciudadanos británicos o los Primeros Ministros) tienden a interpretar y entender el ambiente social. De esta manera, es más que probable que, por razones socioculturales, los Primeros Ministros (así como los políticos, los hombres, etcétera) de diferentes países y culturas evalúan su posición social y política de forma diferente y se basan en la situación de maneras distintas.

En otras palabras, una vez que la variación y la diversidad se construyen como una propiedad esencial del uso del lenguaje y el discurso, esto se debe hacer de manera sistemática e incluyendo hasta las propiedades específicas del discurso de un usuario específico del lenguaje en una situación específica. Siempre se pueden hacer generalizaciones y abstracciones más tarde.

Con el fin de integrar todas estas condiciones en el modelo teórico y, al mismo tiempo, desarrollar la interfaz mental necesaria entre la situación social y el discurso, doy por sentado que:

- Tony Blair, antes de expresar sus primeras palabras en la Cámara de los Comunes, tiene, al menos, un modelo mental parcial de la situación comunicativa, que adapta continuamente a lo largo de su discurso;
- lo mismo es cierto para todos los parlamentarios presentes antes de oír y entender las primeras palabras de Blair;
- la comprensión e interacción mutuas presuponen esencialmente estos modelos mentales en todos los participantes;
- cada palabra, entonación, oración, párrafo, significado y función de este discurso e interacción son controlados por estos modelos;
- *si no* se presuponen estos modelos, no tenemos idea de cómo el discurso puede ser sensible y apropiado al contexto ni menos cómo funciona la variación discursiva.

De esta manera, Blair podrá hablar y decir lo que dice y (en especial) decirlo de la manera en que lo dice, porque en su modelo contextual representa más o menos conscientemente y controla continuamente, por ejemplo, lo siguiente:

- Escenario: Tiempo: Fecha, día y hora;
- Escenario: Lugar: Cámara de los Comunes;
- Lugar en la Cámara (caja-atril del lado del gobierno, etcétera);
- su identidad personal (Yo) como Tony Blair;
- sus atributos personales, como democrático, tolerante, etcétera;
- su identidad comunicativa como Hablante (principal) y, más tarde;

- su identidad comunicativa como Receptor;
- su identidad política como Primer Ministros, Jefe de Gobierno, etcétera;
- su identidad política como líder del Partido Laborista;
- su identidad nacional como británico;
- las identidades respectivas de los demás participantes; receptores, parlamentarios, políticos, miembros de varios partidos, ingleses, mujeres y hombres (algunos constantes, algunos a veces en primer plano, otras veces en segundo plano), así como también el público más amplio;
- las relaciones con los demás participantes; amigos, opositores, etcétera;
- las acciones políticas actuales: dirigirse al parlamento, defender sus políticas, buscar legitimidad para enviar tropas a Irak, etcétera;
- las intenciones, propósitos u objetivos de estas acciones en curso;
- conocimiento social y político relevante (compartido);
- las opiniones sociales y políticas relevantes (basadas en actitudes sociales, ideologías, normas y valores activados).

Algunos de estos contenidos del modelo y sus categorías esquemáticas son más o menos estables en su discurso (por ejemplo, su identidad personal, su identidad comunicativa como hablante, su identidad política como Primer Ministro, etcétera); otros pueden variar entre un primer y segundo plano.

Fíjense que algunas de las propiedades de la situación social o política no están (necesariamente) representadas aquí, por ejemplo, su identidad de género, su identidad étnica, su clase y edad, y aquellas de los parlamentarios; no así ser padre, esposo, etcétera. Pero es más que probable que se (re)presente a sí mismo —y que pueda mostrarlo en su discurso— como democrático, tolerante, moderno, etcétera. Obviamente, algunos parlamentarios pueden representarlo en sus modelos contextuales de la «misma» situación de maneras que no son ni conocidas ni relevantes para Tony Blair como Hablante, por ejemplo, como una persona arrogante o beligerante.

Que la lista de propiedades constituye los contenidos plausibles del modelo contextual tendrá que demostrarse mediante las numerosas propiedades del discurso, comenzando con las distintas expresiones deícticas («yo», «nosotros», «aquí», «hoy», «tú»), los tratamientos («honorable amigo», etcétera), la acción misma de dirigirse a la Cámara, y hacerlo primero, los temas del discurso, la selección léxica, los movimientos de persuasión, etcétera, como vemos con más detalle a continuación y en *Sociedad y discurso*, donde analizo el resto de este debate.

Conciencia, conocimiento y control de la influencia del contexto

Aunque se trata de una propuesta teórica plausible que explica lo que Tony Blair está haciendo y diciendo y cómo y por qué, existen algunas complicaciones teóricas. La sociolingüística clásica sostendría, por ejemplo, que la manera en que habla Tony Blair en el parlamento también está condicionada, por ejemplo, por sus identidades regionales, genéricas y de clase. Es verdad, su pronunciación y otras características de su discurso

pueden señalar estas identidades, pero puede ponerse en duda que en su propio modelo contextual, Tony Blair se represente a sí mismo como tal durante este discurso. Estas identidades en ese momento podrían no ser relevantes, conscientes ni atendidas (orientadas).

Sin embargo, si de alguna manera se expresan en su discurso, deben ejercer una influencia de alguna forma y he defendido que *cualquier* tipo de influencia debe ser mediada en términos cognitivos. Esto no significa que (todo) el proceso cognitivo sea «consciente», un problema complejo que no podemos tratar aquí. Simplemente, se puede dar por sentado que el control contextual sobre la producción o comprensión puede ser más o menos consciente y, por lo tanto, más o menos *controlado* o *controlable*.

Esta cuestión se relaciona, aunque difiere, con la distinción sociolingüística entre un discurso «despreocupado» y «cuidadoso», por ejemplo, en la entrevista sociolingüística y la «atención al discurso» como se ha estudiado desde Labov (1966): con el fin de provocar formas locales de pronunciación (por ejemplo, de la *–r* postvocálica en Nueva York), Labov observó la manera en que los informantes hablaban entre ellos, o cuando se los provocaba emocionalmente, y comparó estos datos con la manera en que pronunciaban las palabras al leerlas de una lista; al leer de una lista, eran más conscientes de su pronunciación y, por lo tanto, tendían a expresar los sonidos con más cuidado y a usar una pronunciación más cercana a la estándar (véase también la discusión en Labov, 2001).

De esta manera, al hablar en el parlamento, se da por sentado que Tony Blair lo hace bajo el control de un modelo contextual que incluye información sobre la formalidad del evento. Es esta información la que activa indirectamente muchas formas de discurso más o menos automatizadas, incluidas la tendencia al uso de la fonología inglesa británica estándar, incluso como parte de una costumbre que él practica con frecuencia y que puede ser bastante «despreocupada» para él y, por lo tanto, necesita poco auto-control consciente. De hecho, en otras situaciones, por ejemplo, al hablar con los votantes en una campaña para elecciones, podría también tener más cuidado (conscientemente) de hablar de una manera «despreocupada» que se parezca a cómo hablan las «personas comunes».

Entonces, podemos asumir que parte del modelo contextual se construye automática o «subconscientemente», pero debemos dejar abierta la posibilidad de que algunos aspectos del discurso, como el «acento» involuntario, no son controlados por modelos mentales, sino que «conectados» más directamente con la fonética individual del discurso. En términos metodológicos, la manera en que las partes «escondidas» del modelo contextual pueden explicitarse es a través de varias clases de problemas o desafíos en la interacción. Esto sucedió, por ejemplo, con la interrupción crítica «¿Los partidos principales?» en el discurso de Blair, que obviamente hizo que la pertenencia al Partido Laborista fuera relevante, una identidad que puede no haber sido muy importante en la primera parte de su discurso. Igualmente, las feministas u otros destinatarios críticos también podrían haber censurado su beligerancia como una forma de machismo y, en

una interacción de este tipo, su identidad genérica se habría tornado relevante y, por lo tanto, se habría activado.

En otras palabras, además de varios grados de automatización y expresión fonética directa, hay propiedades de los modelos contextuales de los cuales los hablantes no están necesariamente conscientes, pero que influyen «subconscientemente» en la manera en que hablamos. A menos que les demos una relevancia específica, la clase, género, etnicidad y origen regional son parte característica de la identidad de los hablantes que «llevan» los distintos contextos, a diferencia de, por ejemplo, ser el Primer Ministro. De esta manera, aunque desde una perspectiva dominante y patriarcal el discurso de Blair puede ser político como siempre y, por lo tanto, no marcado, una perspectiva crítica desde el punto de vista genérico puede muy bien analizar su discurso como si estuviera controlado precisamente por los valores patriarcales que siempre se han señalado como defensores o legitimadores de la guerra. Si las mujeres participan en este tipo de discurso, como lo hizo la Primera Ministra Margaret Thatcher durante la Guerra de las Malvinas, estos discursos con frecuencia se percibirán como (más) autoritarios y, por lo tanto, inapropiados para una «dama»; de ahí su apodo la «Dama de Hierro» (para acceder a un análisis de este aspecto del género y el discurso en la política del Reino Unido y Estados Unidos, consultar, por ejemplo, Robin Lakoff, 2003; y para un estudio de las identidades controladas por mujeres parlamentarias en la UE —en entrevistas o relatos sobre sus actividades— consultar Wodak, 2003).

Como los modelos no se construyen de la nada, cada vez que un hablante comienza a hablar, podemos asumir que existen varias estrategias dominantes que automatizan parte de las representaciones, como las identidades personales y sociales más o menos permanentes de los hablantes. Así, Tony Blair habla inglés británico «de forma natural» prácticamente todo el tiempo y en especial su propia variante regional y de clase, pero no necesita construirse a sí mismo continua y conscientemente como hablante del inglés, etcétera, hasta que esa identidad adquiere relevancia en la interacción, por ejemplo, en reuniones internacionales con jefes de gobierno que hablen otros idiomas. Puede haber otras identidades que se vivan y representen con tanta frecuencia que se vuelvan semiautomáticas, como el hecho de ser hombre, político, adulto, etcétera. Y, en «el ámbito laboral», eso es lo que sucede en su caso de ser Primer Ministro, una identidad que obviamente no activa en los modelos contextuales de las conversaciones en casa o con amigos y familiares.

A partir de este análisis, podemos concluir que parecen existir al menos dos clases de limitaciones contextuales en el uso del lenguaje, la variación y el discurso: las más o menos estables, que son trans-contextuales, por una parte, y aquellas que tienen que construirse o activarse otra vez en cada situación, por otra. Debido a que las primeras limitaciones por lo general representan variables de grupos, habitualmente se llaman variables «dialectales» (Ferguson, 1994). Se da por sentado que actúan (de manera más o menos inconsciente y controlable) de forma similar para todos los miembros de un grupo o comunidad: hablantes de inglés, hablantes de una región o clase específica, hombres o mujeres, adultos o niños y así sucesivamente (para obtener mayor

información, consulte el trabajo de Eckert y Rickford, 2001). En otras palabras, los destinatarios a menudo pueden reconocer a un hablante adulto, niño, inglés o *cockney* al oírlo, sin importar en qué situación se encuentren.

No se trata de condiciones variables según la situación y, por lo tanto, no forman parte de los contextos, como se define aquí. Sin embargo, obsérvese que los hablantes de dialectos (al igual que los hablantes de variedades estándar) pueden hablar su dialecto de una manera única, lo que depende de propiedades discursivas idiosincrásicas, por un lado, y —en lo que a nosotros concierne— variedades situacionales, por el otro. La activación y representación de identidades sociales obviamente dependen de la persona y de sus experiencias personales, así como de las limitaciones de la interacción actual (Johnstone, 2003). En otras palabras, cuando la variación «dialectal» (regional, de clase, de género, de edad, etcétera) se puede controlar más o menos conscientemente y, por lo tanto, se vuelve funcional en situaciones comunicativas específicas, sus identidades correspondientes serán parte del modelo contextual: por ejemplo, cuando los políticos adoptan una variación regional o de clase específica al hablar con votantes determinados para causar una impresión positiva.

Otras identidades tienden a variar más dependiendo de las situaciones, como las identidades o propiedades profesionales (ser el Primer Ministro), relacionales (ser amigo o enemigo, ser esposo) o emocionales (estar enojado o celoso). En el caso de Tony Blair durante su discurso, estas son las que se mencionan anteriormente. Otra vez, algunas de estas son probablemente más bien estables *dentro* del modelo contextual (como el papel de Blair como Primer Ministro en este debate), mientras que otras son más o menos activadas y llevadas a un primer plano sólo a nivel local —las que luego vuelven a un segundo plano— cuando son necesarias (como en el caso de pertenencia a un partido) y, por supuesto, los papeles comunicativos de ser hablante, destinatario, etcétera.

Esta explicación resumida de algunas de las ideas teóricas planteadas en este libro adquiere relevancia aquí, al teorizar sobre el problema de la relación entre la situación social y el uso del lenguaje. Independientemente de las nociones más abstractas o generales con las que tratamos en este capítulo, como «influencia», «condición», «causalidad», «control», «co-variación», etcétera, el punto es que lo «real» de esta relación es la clase de modelo mental organizado de manera esquemática esbozado anteriormente. Sólo al examinar este modelo podemos explicar por qué algunas identidades sociales adquieren más o menos relevancia y otras no, cómo esto puede variar aunque la situación social siga siendo la misma y cómo diferentes hablantes o miembros de un grupo, en diferentes momentos, hacen variar la significación de estas identidades y otros aspectos de la situación social. Es decir, la noción misma de variación debe tomarse mucho más en serio. Sólo los modelos contextuales variables en términos de situación, individualidad y secuencia pueden justificar dicha variación. Si queremos explicar (casi) todos los aspectos de la estructura del discurso de Tony Blair, necesitamos esta clase de constructo teórico y cognitivo.

Variabilidad contextual versus *similitud social*

Debe enfatizarse, sin embargo, que los discursos e interacciones no sólo son únicos y variables. Además comparten muchas propiedades en diferentes eventos comunicativos y modelos mentales *ad hoc* de los participantes de dichos eventos. De hecho, los participantes mismos presuponen que tienen muchos elementos en común, como el lenguaje, la cultura, el conocimiento sociocultural y el conocimiento local específico, actitudes, ideologías, normas y valores, etcétera. A pesar de la variación y diversidad de cada (momento del) discurso, también existe identidad o similitud. Tony Blair comparte la mayoría de las propiedades del discurso (gramática, acento, normas del discurso, conocimiento presupuesto) con otros parlamentarios y muchas otras personas de los mismos grupos o comunidades de los que es miembro. Sólo puede esperar persuadir a los parlamentarios si da por sentado que comparten algunas normas, valores e ideologías básicos, como el nacionalismo o la democracia. También sabe que es británico y que está entre otros británicos que comparten el Escenario y participan en el acto macro de gobernar el país. Entonces, comparte esto y mucho más con otras personas, como también hemos visto en el análisis de la noción de base común y como veremos en la explicación de la cognición social en *Sociedad y discurso*. Lo anterior le permite a él y los demás, así como al analista, generalizar y abstraer, así como representarse a sí mismos como miembros de un grupo, o pensar en términos de grupos o comunidades, por ejemplo, cuando clasifican las voces disidentes como parte de la «Oposición» y, en términos más generales, al hacer la distinción entre Nosotros y Ellos en diferentes dimensiones sociales y políticas (consultar, por ejemplo, Leudar, Marsland y Nekvapil, 2004).

En resumen, como veremos en el resto de este capítulo, la variación del uso del lenguaje como se expresa y realiza en el discurso presupone modelos contextuales y un conocimiento generalizado sobre distintos grupos; el discurso siempre manifiesta una combinación de estas influencias. Obsérvese, no obstante, que tanto estos modelos contextuales como el conocimiento generalizado son mediados a nivel cognitivo, como modelos contextuales personales *ad hoc*, como una base común actual compartida contextualmente o como gramáticas, conocimientos e ideologías compartidos a nivel sociocultural sobre las situaciones y estructuras sociales.

Abstracción social y co-variación

A un nivel de descripción más alto, podemos realizar abstracciones a partir de los procesos cognitivos y de las diferencias individuales entre los hablantes y, por lo tanto, a partir de modelos contextuales subjetivos, y simplemente dar por sentado el rol mediador de los modelos como parte de la producción y comprensión del lenguaje. Ésta es la práctica de la mayoría de los enfoques «sociales» al discurso, por ejemplo, en la sociolingüística, el análisis de la conversación, la etnografía del habla y gran parte del análisis crítico del discurso (Fairclough, 1995; Fairclough y Wodak, 1997; Van Dijk, 1993a). Es decir, en ese caso, realizamos un análisis «no mediado» de las relaciones entre la situación social y el discurso y, finalmente, entre la sociedad y el lenguaje y la

comunicación. En este caso, la naturaleza de la «influencia» situacional sigue sin analizarse y con frecuencia se entiende implícitamente como «causalidad» o simplemente se operacionaliza en términos de co-variación: si algo cambia/varía en una situación social S y este cambio conduce a un cambio/ variación específica en el discurso D, decimos que S «influye» en D.

Sin embargo, la «influencia» no es ni necesaria ni suficiente, ni determinista ni causal: ser miembros de la clase C no necesaria ni directamente «causa» que estos miembros hablen con éste u este otro acento y menos aún que cuenten historias de una u otra manera. Más bien, al nivel abstracto de los grupos o comunidades, la correlación es probabilística, en el sentido de que un tanto por ciento de los miembros tienden a hacer esto en un tanto por ciento de las situaciones interaccionales.

En términos menos probabilísticos, se podría preferir hablar de «condiciones», lo que significa que una condición específica, junto con otras, normalmente conduce a ésta u otra característica del discurso. Si necesitáramos un análisis «causal» explícito del vínculo entre las propiedades sociales de los hablantes y su uso del lenguaje, necesitaríamos una cadena muy compleja de las relaciones condicionales, comenzando con las condiciones específicas de su adquisición lingüística, percepciones e interpretaciones de las situaciones sociales, la formación de reglas y limitaciones, experiencias duraderas, etcétera. Dado que ninguna de estas relaciones es estrictamente causal, tampoco lo es la relación general, de manera que las influencias sociales (que no están sujetas a reglas) en el uso del lenguaje son sólo probabilísticas.

Control

Una noción que puede aplicarse tanto en una explicación cognitiva como social de la «influencia» de la situación en el discurso y que ya hemos usado muchas veces antes es la de *control*. Esta idea es más sólida y más específica que la vaga noción de «influencia», pero evita el problema de usar la palabra «causalidad» o «determinación» en la descripción de la acción humana y el discurso. Podemos decir que A «controla» a B cuando A es una *condición necesaria* de B. Por ejemplo, ningún discurso apropiado es posible sin el conocimiento compartido de los participantes.

En otras palabras, diremos que el conocimiento «controla» la producción y comprensión del discurso. Al contrario, debido a que existe un vasto número de otras condiciones (necesarias) del discurso, no podemos decir que el conocimiento (como la gramática) «cause» el discurso. En términos cognitivos, esto significa que el conocimiento es un *componente* necesario en el *proceso* de producción y comprensión del discurso.

Por lo tanto, para ser más generales, podemos decir que el contexto controla el discurso en virtud de la definición del contexto como la determinación de los aspectos *relevantes* de la situación social. Nótese que la distinción entre contexto (como modelo mental) y la situación social es crucial aquí: por ejemplo, la identidad genérica de los participantes no es una condición necesaria (ni suficiente) de la variación discursiva, pero

una vez que los participantes hacen que esa identidad adquiera relevancia en la interacción (al incluir esta identidad en sus modelos contextuales), ésta controla la manera en que hablan o comprenden.

Dependiendo de la clase de estructuras contextuales, el control puede adquirir una forma más débil y ya no involucrar condiciones necesarias, sino que sólo probables o posibles. Así, mientras que el conocimiento es una condición necesaria para cualquier discurso (apropiado) y el escenario es necesario o altamente probable (lo que significa que los participantes siempre están mínimamente conscientes del tiempo o el lugar), las categorías de los participantes (como roles e identidades) pueden tener un control variable. Los papeles comunicativos, como hablante o destinatario, son, por definición, condiciones necesarias. El género, etnicidad, clase o estatus ejercen un control más o menos fuerte dependiendo de la situación: no son condiciones necesarias, aunque con frecuencia constituyen condiciones suficientes de las variaciones discursivas (los destinatarios casi siempre pueden inferir estas propiedades sociales a partir del discurso del hablante). Pueden ser parte de la situación social, pero los participantes no necesitan prestar atención a estas identidades continuamente cuando hablan. Es decir, no necesariamente son parte de (todos los estados de) los modelos contextuales; pueden llevar dichas identidades a un segundo plano. En el discurso institucional, algunas de las categorías participantes pueden ser condiciones necesarias de los modelos contextuales y, por lo tanto, controlar el discurso, como hemos visto en el caso de las sesiones parlamentarias o de producción de noticias.

En éstos y otros ejemplos, vemos que el control es definido tanto en términos cognitivos (como parte de modelos contextuales y procesos mentales) como en términos sociales (la acción verbal exige hablantes y destinatarios, las sesiones parlamentarias exigen un Hablante que las inicie, las clases exigen un profesor que las impartan, etcétera). Si las normas o limitaciones de este control cognitivo o social no se toman en cuenta o no funcionan bien por algún problema, lo más probable es que surja un discurso más o menos inapropiado.

Funcionalidad

La percepción dominante de las relaciones entre el contexto y el discurso es que es el contexto el que afecta (controla, etcétera) el discurso. También se sostiene lo contrario, es decir, que el discurso también afecta el contexto, pero generalmente se especifica como parte de una conclusión y muy pocas veces se estudia de manera sistemática. De hecho, en septiembre de 2006, Google exhibía una lista de sólo cerca de 600 sitios que exhibían la frase (en inglés) «funciones del discurso», pero más de 120.000 para la frase «funciones del lenguaje». Es decir, la funcionalidad se estudia más en términos generales y abstractos, en relación con el lenguaje como sistema, que en relación con los discursos (o aspectos) específicos.

Una de las razones de este prejuicio es que el problema práctico que influye en el discurso se puede estudiar analizando algunos aspectos del discurso mismo, mientras que las influencias del discurso en el contexto pueden ser bastante difusas e indirectas y

extenderse más allá de la situación actual. Por lo tanto, cuando se han estudiado estas influencias, éstas han sido secuenciales y, por lo tanto, parte de la misma situación: la influencia («co-textual») de los turnos o acciones específicos en las acciones siguientes en una secuencia. O también, como es el caso en el debate de Irak, algunas propiedades del discurso de un parlamentario pueden ser ocasionadas por aquellas de un discurso previo.

En otras situaciones, las consecuencias del discurso pueden observarse, por ejemplo, si estas se establecen de manera formal. Así, después del debate sobre Irak en la Cámara de los Comunes del Reino Unido, se vota y el resultado del voto se puede considerar como una de las consecuencias de los discursos del debate. Obsérvese también que, según mi teoría del contexto, la influencia del discurso siempre pasa por una interfaz sociocognitiva. Los discursos en un debate no tienen una influencia directa, como tales, en los discursos siguientes, sino que obviamente sólo *a través de la interpretación de los destinatarios*. Si los discursos influyen en el contexto, es decir, en la interpretación de la situación comunicativa por parte de los destinatarios, y —de manera indirecta— en el discurso y otras acciones generadas por dichas interpretaciones (modelos), una forma clásica de describir esta relación es en términos de *funciones*.

Sin embargo, debemos distinguir entre dos tipos diferentes de funciones: *jerárquicas* y *secuenciales*. De esta manera, el discurso de Tony Blair también puede analizarse en términos de sus diferentes funciones sociales y políticas, como la defensa de una moción, la manipulación del parlamento, la legitimización de su política, etcétera. Obsérvese que estas funciones son acciones abstractas de un nivel más alto (descritas como «hacer X al decir Y»), y no consecuencias verdaderamente secuenciales, como hacer cambiar de parecer a los parlamentarios (una consecuencia del acto de la persuasión discursiva), votar o, indirectamente, declararle la guerra a Irak. La funcionalidad jerárquica con frecuencia se describe en términos de los componentes de acciones más amplias: por ejemplo, el discurso de Blair puede interpretarse como parte de actos más amplios de búsqueda de legitimación de su política sobre Irak, como su forma de relacionarse con el parlamento, como un aspecto de hacer política exterior, etcétera. En términos más generales, el discurso institucional u organizacional es, así, jerárquicamente funcional si se considera parte de muchas clases de «tratos» realizados en estas instituciones u organizaciones. Un discurso en el parlamento es, de esta manera, parte de un debate mayor, que, a su vez, es la forma en que se toman decisiones en el parlamento y, por lo tanto, la forma en que «funciona» una institución política.

Aunque este análisis «funcional» puede parecer bastante tradicional en las ciencias sociales, se debe tener en cuenta que no se trata simplemente de una relación entre actos y sus componentes o entre causas y consecuencias. Por el contrario, con la interfaz cognitiva —la manera en que los destinatarios interpretan varias acciones— se presenta una dimensión mucho más (inter)subjetiva, de manera que los eventos o acciones subsiguientes o de más alto nivel pueden depender de la construcción (de un modelo) de los participantes u observadores. Ciertamente, mientras que algunos observadores o

parlamentarios pueden interpretar el discurso de Blair como parte de un acto más global de manipulación, otros pueden interpretarlo como la «política normal» de persuasión y toma de decisiones. En otras palabras, las funciones no son «objetivas» ni deterministas, sino que se adaptan flexiblemente a la situación con las interpretaciones de los participantes. En este caso, entonces, la función general «hacer X al hacer Y» (como comprar una casa con la firma de un contrato) puede denominarse interpretativa o evaluativa. Cada una de estas diferentes partes de la funcionalidad interaccional puede variar en distintos modelos contextuales, como será el caso de los modelos contextuales de Tony Blair y de sus oponentes. Es decir, las relaciones jerárquicas, secuenciales y evaluativas entre los actos verbales son también constructos participantes, aun cuando pueda existir una intersubjetividad social y, por lo tanto, similitud de modelos contextuales.

Otras relaciones entre el contexto y el discurso

Es posible otra explicación más abstracta de las relaciones entre el contexto y el discurso en términos de *representación*, de tal manera que las propiedades se describen como «funciones de» las propiedades de las situaciones sociales. El complejo constructo de género, que necesita un análisis mucho mayor, se ha representado en muchas estructuras del discurso, por ejemplo, volumen y tono, pronombres, selección léxica, formas de cortesía, elección del tema y posiblemente algunas características retóricas del discurso, entre otras. Dado que la representación es una idea abstracta, no nos dice nada sobre las estructuras o procesos cognitivos o sociales involucrados, sino que sólo explica una relación. Simplemente indica que conectamos dos niveles de análisis, uno social y uno discursivo, y que la variación en un nivel tiene consecuencias en la variación en el otro.

Una noción relacionada, que se ha tomado prestada de la teoría de la comunicación y la genética (a su vez inspirada en la teoría de la comunicación), es la idea de *codificación*, pero con el discurso como su origen. Podemos decir que un pronombre «se codifica» como género, estatus o poder. Un aspecto atractivo de esta popular noción es que sugiere que los participantes tienen que *interpretar* dichas expresiones y que las propiedades del contexto pueden *inferirse* a partir de ellas. Al mismo tiempo, esta idea enfatiza que la función general del lenguaje como un código para la producción del significado social. Obviamente, esta idea general no nos dice exactamente de qué manera los destinatarios pueden inferir las identidades sociales de los hablantes o escritores.

Asimismo, se puede decir que el discurso *expresa* o *manifiesta* el contexto si los contextos, en un sentido social o cognitivo, se describen como algo que «subyace» al discurso y si las características del contexto se consideran como parte del significado o interpretación del discurso. De esta manera, los papeles de los hablantes pueden describirse como «expresados» en el discurso si éste se considera primeramente como forma y formulación y luego como significado o acción. Los contextos no son observables y, por lo tanto, el discurso puede entenderse como una de las formas de dar «visibilidad» al contexto mediante la expresión o manifestación. El papel del hablante

puede así «expresarse» como el pronombre «yo», el Escenario-Lugar como el adverbio «aquí» y lo mismo en el caso de otras expresiones deícticas (para obtener más detalles, consultar, por ejemplo, Hanks, 1992).

En los enfoques sociolingüísticos y etnometodológicos al discurso y la conversación se tiende a usar un concepto menos formal, *indexación* (Ervin-Tripp, 1996). Este concepto recuerda la idea de «indicio» de la semiótica clásica, fundada por Charles Sanders Peirce, concretamente, como la clase de signos que tiene alguna clase de relación «natural» con lo referido (como es el caso del humo como indicio de fuego) (consultar, por ejemplo, Eco, 1978). Dados los numerosos significados técnicos y no técnicos de los «indicios» (como indicadores, por ejemplo), que sugieren una relación semántica (referencia, etcétera) más que una pragmática, sería mejor evitar usar esta idea. Los usuarios del lenguaje pueden «señalar» varias cosas al hablar, pero por lo general no *señalan* características del contexto —excepto cuando usan expresiones deícticas— sino que las presuponen y, de esta manera, las «manifiestan» de alguna otra manera.

Además de los usos estrictamente deícticos de la *indexicalidad*, la idea se ha usado ampliamente de una manera menos (semiótica) formal para describir cómo el uso y los usuarios del lenguaje (más o menos intencionalmente) «indican» características contextuales como la pertenencia a una categoría, en el sentido de que, si el humo es un indicio de fuego, tener un acento francés puede ser un indicio de ser francés (consultar, por ejemplo, Bucholtz y Hall, 2004, 2005, para acceder a una discusión sobre cómo las identidades sociales se «indican» en el discurso).

El análisis clásico de la conversación usualmente limita el estudio del contexto a aquellos aspectos de la situación social *orientados* explícitamente por los participantes y que son *importantes para el discurso en términos de procedimiento* (consultar mi explicación detallada del estudio del contexto en la sociología y el análisis de la conversación en *Sociedad y discurso*, además de muchas referencias). Estas maneras de formular la relación entre contexto y discurso se hacen en términos de un vínculo (orientación) cognitivo (no analizado), por un lado, y la mera condicionalidad de las características relevantes del contexto, por otro; nuevamente, sin un análisis de los procesos o relaciones involucrados (consecuencia). De hecho, como es el caso de las gramáticas mucho más formales, el análisis clásico de la conversación está más interesado en las formas autónomas en que las personas participan en el discurso que en las posibles explicaciones de dicha conversación en términos de condiciones o procesos sociales (o cognitivos).

Además de estas descripciones generales y abstractas de las relaciones, el vínculo contexto-discurso también puede caracterizarse en términos más activos e interaccionales, como algo que los participantes «hacen»: establecer, representar (*enact*) o llevar a cabo *(perform)*. La explicación de los roles sociales como propiedades de las situaciones sociales que los participantes representan o llevan a cabo «en» o «con» el discurso, por ejemplo, sería bastante típica. Así, muchos aspectos del discurso no simplemente se «relacionan» con el supuesto rol genérico de los participantes, sino que

pueden ser «llevados a cabo» (*performed*) más o menos consciente e intencionalmente, por ejemplo, en estilos «femeninos» o «masculinos» de hablar (Butler, 1990).

Lo mismo es cierto en el caso de la explicación de las relaciones sociales entre los participantes: los hablantes pueden, entonces, estar «ejerciendo» dominio o resistencia con sus discursos y sus propiedades. Obsérvese que en el caso anterior, la situación social y el discurso/interacción coinciden en el sentido de que la actividad social en cuestión puede concordar con el discurso mismo, como es el caso de los informes noticiosos o los debates parlamentarios. Obviamente, esta observación es sólo otra forma de decir que el discurso es una forma de interacción social y, como tal, reflexivamente, parte de su «propio» contexto.

Esta explicación más «activa» de las relaciones contexto-discurso armoniza con un enfoque interaccionista al discurso, definido como algo que los usuarios del lenguaje están haciendo y no como un producto verbal abstracto, como es frecuente en el caso del análisis del texto escrito. Desde mi punto de vista, este enfoque interaccional continuo es coherente con el enfoque cognitivo-estratégico que describe los procesos *en línea* de la producción y comprensión del discurso. No se trata de explicaciones sobre lo que sucede en el discurso o la interacción que compitan entre sí, sino de meras descripciones de diferentes niveles o dimensiones de un fenómeno complejo. Lo mismo es cierto en el caso del análisis de las expresiones (fonología, sintaxis, léxico), por un lado, y del significado, por el otro. De hecho, el significado es un objeto cognitivo, además de ser un objeto social.

Aunque un enfoque más «activo», como este, a las relaciones entre el contexto y el discurso es más satisfactorio tanto en términos teóricos como empíricos, se debe enfatizar que dicho enfoque no nos permite simplemente evitar proporcionar una explicación «estructural», concretamente de las estructuras de los modelos contextuales (y posiblemente de las situaciones sociales), por una parte, y de las estructuras discursivas, por otra. Es decir, «ejercer autoridad» y «realizar el género discursivo» también significa seleccionar e implementar estructuras gramaticales, semánticas o retóricas del discurso, entre otros. Esto sucede de una manera estratégica, controlada por el contexto, pero eso no significa que podamos ignorar el conocimiento de los usuarios del lenguaje sobre los recursos discursivos, es decir, las estructuras, normas y categorías que ya «conocen».

Podemos hablar sobre las relaciones contexto-discurso de muchas maneras, dependiendo del marco teórico que escojamos. Si nos basamos en los procesos cognitivos y la interacción social de los usuarios del lenguaje en particular, podemos hablar simplemente en términos de relaciones, vínculos, representaciones o incluso correlaciones. Si preferimos un enfoque más orientado al proceso (psicológico) o la interacción (sociológica), la relación puede caracterizarse en términos más activos, como controlar, expresar, representar y llevar a cabo. A menos que esté describiendo procesos o interacciones, se utilizará el concepto general de «control» o «limitación» contextual, asumiendo que esto implica que dicho control es parte del proceso de producción del discurso y parte de la interacción discursiva. Y debería entenderse que la idea de

«control» que aquí se utiliza abarca los complejos procesos e interacciones sociocognitivos involucrados en la construcción, los usos y la adaptación estratégica en curso de los modelos contextuales.

La complejidad del control contextual

Debería ser obvio que el control contextual del discurso no es una forma simple y monocausal de la influencia. A partir de las investigaciones revisadas en este capítulo y los análisis contextuales de un debate parlamentario presentado en *Sociedad y discurso*, se puede concluir que el discurso no varía directamente con las propiedades sociales de los hablantes, como su género, raza o clase, o con las relaciones entre los participantes, como el parentesco o el poder, o con las características situacionales generales, como la formalidad, entre muchas otras restricciones situacionales. Es decir, si existe una relación, ésta es mediada por los participantes.

Aunque obviamente nos interesan las generalizaciones, como en cualquier investigación académica, debe tenerse en cuenta que cada evento comunicativo es una combinación única y compleja de las condiciones situacionales y sus consecuencias discursivas únicas. Por lo tanto, no debería sorprendernos que incluso en el caso de las condiciones sociales más investigadas del uso del lenguaje, como las del género, se ha llegado a pocos resultados generalizados y libres de ambigüedad (consultar, por ejemplo, el artículo crítico de Macaulay, 1978; sobre la supuesta superioridad lingüística de las mujeres).

Entre las razones de estas limitaciones que se encuentran en las primeras investigaciones, aparte de los problemas típicos del diseño experimental, podemos contar con que las variables sociales independientes, como el género o la clase, nunca están solos en el uso real del lenguaje y que interactúan con un vasto número de otros límites contextuales relevantes. Incluso cuando las situaciones sociales (por ejemplo, el género) de los hablantes son «objetivamente» las mismas, o las mismas para los observadores, mi tesis ha sido que esto no significa que éstas sean las mismas para todos los participantes en términos «subjetivos». Por ejemplo, en un debate, una mujer puede hablar en principio no como mujer, sino como madre, parlamentaria, psicóloga o socialista, entre muchas otras identidades posiblemente relevantes que se activan o construyen en el transcurso del discurso.

Por lo tanto, la importancia teórica y metodológica de la idea de modelos contextuales que, por una parte, enfatiza la construcción subjetiva de las identidades de los hablantes en la interacción y, por otra, interpreta, combina y construye los parámetros relevantes exclusivos de las situaciones comunicativas. En el caso de los hablantes individuales, lo anterior puede implicar no sólo una notoriedad o *jerarquía* variable de los límites contextuales (subjetivos), sino que también *fortalezas* variables de estos límites.

En términos metodológicos, esto implica que se necesitarían no sólo una gran cantidad de eventos comunicativos y observaciones similares, sino que también una comprensión detallada de las formas en que los participantes definen estas situaciones. ¡Así no sorprende que sea tan difícil hallar generalizaciones! En los estudios de género y la

sociolingüística se sabe que muchas presunciones iniciales sobre las diferencias genéricas en, por ejemplo, las interrupciones, la cortesía, el uso de palabras tabú o diminutivos, etcétera, están lejos de ser el resultado de investigaciones amplias y que sólo derivan de estereotipos.

En consecuencia, no debe olvidarse durante el resto de este capítulo que las (pocas) conclusiones generales sobre la influencia de los parámetros situacionales específicos con frecuencia se basan en investigaciones correlacionales que extraen sus resultados a partir de otras características situacionales y de construcciones subjetivas de los participantes. Dado que no tenemos acceso directo a los modelos contextuales y que casi no se realizan protocolos de pensamiento hablado simultáneo o entrevistas posteriores sobre cómo los participantes «ven» o «comprenden» una situación comunicativa, lo mejor que podemos plantear como hipótesis es que, a pesar de las diferencias autobiográficas en algunas situaciones, algunas categorías de hablantes construyen sus identidades sociales relevantes de forma similar. Cualquier generalización, de esta manera, presupone uno o más niveles de abstracción a partir de construcciones únicas y personales de los límites comunicativos relevantes de la situación, es decir, de modelos contextuales individuales.

Variación

Un concepto fundamental en el estudio de las relaciones entre la situación social y el uso del lenguaje es el de «variación», uno de los términos estándares de la sociolingüística clásica (consultar, entre muchos otros, a, por ejemplo, Chambers, Trudgill y Schilling-Estes, 2002; Eckert, 2000; Eckert y Rickford, 2001; Labov, 1972a, 1972b; Milroy y Gordon, 2003; Milroy y Milroy, 1997). Sin embargo, para que el contexto (independientemente de su definición) defina el uso del lenguaje, una condición fundamental es que las estructuras o estrategias discursivas varíen en al menos una dimensión o, en otras palabras, que los usuarios del lenguaje puedan adaptar (más o menos conscientemente) sus expresiones a la situación actual. Por ejemplo, podemos dirigirnos a alguien como «María» o como «Srta. Pérez» o como «Profesora», y esta variación nos permite hacer que nuestra expresión sea más o menos apropiada en términos de interacción social, por ejemplo, dependiendo del estatus (atribuido) del destinatario o la relación (por ejemplo, más o menos íntima) entre el hablante y el destinatario (Brown, 1996; Ervin-Tripp, 1996; Lakoff e Ide, 2005; McConnell-Ginet, 2003).

Sin embargo, en inglés los artículos preceden a los sustantivos y no existe una variante que permita que los sustantivos precedan a los artículos. Por lo tanto, no hay un límite contextual que controle esta *opción*, excepto en algunos casos del uso intencional «anormal» del lenguaje, como en la poesía moderna, juegos de palabras o publicidad, que precisamente funcionan en virtud de la desviación de la norma gramatical. Lo mismo sucede en el caso de la producción de artículos noticiosos: independientemente del

periódico o del estilo de la noticia, siempre tienen un titular (Van Dijk, 1988b). En otras palabras, dado que ciertas estructuras de la sintaxis, las proposiciones, la coherencia, la argumentación, la narrativa o el cambio de turnos son obligatorios y, en consecuencia, *independientes del contexto*, sólo me concentraré en las estructuras variables, *dependientes del contexto* y *sensibles* a él del uso del lenguaje o el discurso.

¿Qué estructuras discursivas pueden cambiar según la identidad?

El problema es que el término variación no está bien definido. Lo que puede ser obvio en el caso de la posibilidad de pronunciar una palabra de dos distintas maneras o la elección de pronombres u otras formas de cortesía, puede serlo menos en el caso de la selección de temas o estrategias retóricas de persuasión. Una periodista sabe que en una noticia en general no debe contar historias sobre su vida privada, una restricción general para muchas formas del discurso público institucional. ¿Pero qué pasa con un diálogo de transacción de servicios en una tienda? ¿Deben los vendedores y compradores limitar sus temas en esta situación al negocio en cuestión o pueden participar de conversaciones triviales sobre temas más personales, especialmente si se conocen? Obviamente, la variación personal, así como las restricciones culturales, son importantes en este caso: las personas son muy diferentes en términos de lo que revelan en dichos encuentros (Adler y Rodman, 1991).

La pregunta es si el límite contextual de los temas es similar al caso de la *–r* post-vocálica en variantes del inglés norteamericano o de los pronombres de cortesía. De hecho, en la situación de un encuentro para la entrega de un servicio, algunas personas en España se dirigen al vendedor como «Usted» y algunos como «tú», dependiendo de si ya conocen a la persona y de la edad o estatus del hablante y/o del destinatario y de otras restricciones contextuales (Brown, 1996). ¿Podemos describir la variación temática en (por ejemplo) los encuentros para la entrega de servicios o los periódicos en términos contextuales similares?

En términos más generales, la pregunta debería ser si la adecuación contextual es tan estricta como la «gramaticalidad» y otras reglas, límites o normas (consultar también la discusión en Eckert y McConnell-Ginet, 2003). Obviamente, en algunas situaciones y en algunas culturas, las restricciones contextuales son bastante estrictas, pero en muchas otras situaciones las reglas pueden ser mucho más flexibles. En consecuencia, es muy poco probable que un informe noticioso del *New York Times* publique una historia personal irrelevante del periodista. Para este periódico, la limitación genérica puede ser aun más estricta que las normas de cortesía que relacionan a periodistas novatos con editores con experiencia: al romper la primera norma (del contenido noticioso), el periodista puede considerarse incompetente (y ser despedido), y al infringir la norma de cortesía, puede ser encontrado poco educado o estúpido.

Pero en otros periódicos de Estados Unidos o en otras culturas, informar noticias podría asociarse con experiencias personales, aunque los datos interculturales sobre el informe de noticias en el mundo tienden a sugerir similitud más que diversidad en el estilo de

reporte noticioso (Van Dijk, 1988a).

Por lo tanto, parece plausible que, por cada condición o límite contextual de alguna dimensión del discurso se tenga que indicar alguna clase de grado de normatividad u obligación, aparte de las evaluaciones empíricas de la frecuencia relativa con la que se respeta una restricción, como las conocemos gracias a investigaciones sobre las «reglas variables» en la sociolingüística. Algunas reglas y normas son categóricas (por ejemplo, no existe una noticia si no se informa un evento reciente) y otras son más una cuestión de calidad: un «buen» informe noticioso o artículo científico cita varias fuentes.

En este caso, entonces, me interesa más un análisis detallado del contexto, con el fin de explicar lo que de otra manera podría aparecer como una variación personal fortuita. De esta forma, en el ejemplo del encuentro de entrega de un servicio en una tienda, uno podría formular como regla general que la selección del tema en principio puede estar relacionada con el negocio en sí. Ciertamente, sería bastante raro que dejáramos la tienda sin siquiera haber hablado un momento sobre la transacción que nos convoca allí, a menos que el vendedor nos conozca tan bien que sepa lo que necesitamos, lo que también sugiere que mientras más conocimiento compartan los participantes, menos explícito debe ser el discurso. Esta regla general de la selección del tema en los encuentros para entrega de servicios puede combinarse con restricciones en la selección temática en conversaciones más informales, bajo otros límites contextuales (como la edad de los participantes, el conocimiento mutuo, el tipo de transacción comercial, etcétera).

En términos más generales, bajo condiciones especiales (por ejemplo, de pausas, secuencias secundarias, etcétera) las conversaciones cotidianas informales pueden tener lugar en casi todo momento y en cualquier lugar en escenarios institucionales u organizacionales. Aunque es posible que no toda la «variación» (en un sentido estadístico, pero también general) se pueda explicar de esta manera y, aunque la variación personal o los elementos fortuitos *ad hoc* de una situación persistirán, la idea es explicar la mayor cantidad posible de propiedades del discurso en cada situación en términos de restricciones contextuales.

Tipos de variación

La noción misma de variación necesita un mayor análisis. El concepto no sólo implica que las expresiones pueden aparecer en diferentes formas en distintas situaciones sociales o comunicativas, sino que también presupone que algo permanece *igual* (para consultar un debate sobre este criterio, véase, por ejemplo, Lavandera, 1978; Kerswill, 2004; Milroy y Milroy, 1997). Una condición tal se cumple fácilmente cuando nos limitamos a la variable sociolingüística típica del sonido: una palabra que se pronuncia diferente es una variación del «mismo» elemento léxico, con el «mismo» significado (semántico), incluso cuando una de las variantes se utiliza en situaciones más formales y la otra se utiliza de manera más coloquial (y, por lo tanto, tienen un significado «pragmático» diferente).

Lo anterior puede ser más o menos cierto si utilizamos diferentes elementos *léxicos* para hablar sobre algo o alguien: «hombre» y «tipo» tienen más o menos el mismo significado (en el caso de uno de los significados de «hombre», concretamente «ser humano masculino adulto»), pero la segunda variable se utiliza en situaciones más informales. Las diferencias de significado en este caso son en gran parte situacionales o pragmáticas más que semánticas. De hecho, la oración «vi al tipo» en la mayoría de las situaciones implica la proposición «vi al hombre» y viceversa, lo que significa que estas expresiones son semántica (y formalmente) equivalentes.

Asimismo, si nos dirigimos a alguien con las formas «Juan» o «Sr. López» o con «Usted» o «tú», entonces las formas de cortesía varían, pero lo que permanece igual es que estas formas *se refieren* a la (misma) persona a la que estamos hablando en base a deícticos. La equivalencia semántica en este caso no es intensional (basada en el significado), sino que extensional (basada en la referencia). Las expresiones variables en términos léxicos que son equivalentes referencialmente pueden tener «significados» *semánticos* (intensionales) diferentes (por ejemplo, «el hombre» *versus* el «Sr. López») y diferentes significados o funciones *pragmáticos*, en diferentes condiciones contextuales, por ejemplo, si el destinatario tiene un estatus social mayor (poder, edad, posición, etcétera) que el hablante, de manera que una forma más «educada» o más «respetuosa» sea obligatoria o más apropiada («tú» *versus* «Usted»).

Aunque la idea de «mismo significado» (o referencia) en estos casos no está exenta de problemas, por lo general proporciona una condición medianamente justa del uso de variantes: la utilización del concepto de «variación» presupone que al menos algo permanece (más o menos) constante y ese es el caso de una clase de «significado» semántico, incluso cuando los «significados» pragmáticos, situacionales o funcionales puedan diferir (Biber, 1995).

¿Pero qué sucede con los diferentes significados locales o generales sin la identidad referencial? Si damos por sentado que un encuentro para la entrega de un servicio exige temas específicos y relevantes, y asumimos que la elección del tema y la variación de éste son controladas por restricciones contextuales, entonces, ¿qué continúa igual para que podamos hablar sobre *variación*, en primer lugar? Un argumento sólido contra el análisis en términos de variación en este caso es que si cambiamos el significado, también cambiamos el discurso mismo y ya no parece que estamos hablando de discursos *variables*, sino sobre discursos *diferentes*. La variación, en este caso, no concierne a la variación de la expresión o a la variación de elecciones entre varias opciones posibles, sino que a la variación entre diferentes situaciones, tipos de interacciones o géneros discursivos.

Entonces, podemos escribir sobre asuntos privados en una carta personal, pero no en un informe noticioso y esta restricción temática implica variación sólo en la manera en que representamos el mundo, pero no una variación de forma con significados o referencias idénticos. Y, sin embargo, tiene sentido decir que dos informes noticiosos diferentes sobre el «mismo» acontecimiento en dos periódicos diferentes son variantes

uno del otro. Si ese es el caso y si mantenemos alguna forma de condición de «identidad», ¿qué sigue siendo «igual»?

Si damos por sentado, en la ontología realista de los participantes del discurso, que los eventos tienen una existencia independiente de la manera en que se están describiendo, entonces, ciertamente podemos decir que al menos en cierto nivel de análisis dos informes noticiosos pueden constituir variantes referenciales uno del otro si entregan diferentes «versiones» del mismo «acontecimiento» (consultar también la discusión en Potter, 1996). Los dos informes incluso pueden compartir la misma macroproposición, por ejemplo, según lo expresado en sus titulares, que pueden ser idénticos o sinónimos. En ese caso, no sólo constituyen variantes referenciales, porque tratan sobre el «mismo» evento, sino que también son variantes macrosemánticas, porque comparten las mismas macroproposiciones o temas (Van Dijk, 1980).

No obstante, en un paradigma más construccionista, los eventos, especialmente los eventos sociales, no tienen una existencia independiente de la manera en que se describen y constituyen en términos discursivos (Potter, 1996). En un enfoque tal sería difícil hablar de las mismas variantes referenciales, y hablar de dos «versiones» del «mismo hecho» ya no tiene sentido, dado que los «hechos» simplemente varían con las diferentes «versiones» utilizadas para describirlos. De la misma manera, ni siquiera podemos contar «la misma historia» dos veces, porque cada «relato» tiene diferentes contextos y, por lo tanto, características al menos medianamente distintas (Polanyi, 1981, 1985).

Sin embargo, las explicaciones filosóficas y teóricas, en este caso, no necesitan darse en paralelo con el realismo del sentido común de los usuarios comunes del lenguaje, quienes consideran la mayoría de los eventos como «reales» y «externos», independientemente de la manera en que hablemos sobre ellos. Para ellos, dos artículos noticiosos pueden tratarse del «mismo» evento y, por lo tanto, constituir variantes referenciales, o bien, diferentes «versiones» de los mismos «hechos». Es en contraste con esta realidad que podemos reconocer diferencias de estilo, por ejemplo, entre la forma en que *The Times* de Londres explica un evento y la manera en que lo hace la prensa amarillista.

Es importante para la discusión de las restricciones contextuales en el uso del lenguaje considerar que estas diferencias de estilo y registro para el mismo género discursivo son una función del control situacional, por ejemplo, se definen en términos de la clase de participantes (periodistas, lectores, etcétera) e instituciones involucradas. Por lo tanto, la sinonimia, la paráfrasis, las versiones alternativas y los conceptos similares deben definirse en términos de grados, porque, obviamente, el artículo en *The Times* puede no tener muchas palabras en común con la explicación del «mismo» evento en, por ejemplo, el periódico *Sun.*

A partir de este análisis, debemos concluir que en términos teóricos es importante ser bastante claros sobre la naturaleza de lo que permanece «igual» al comparar un discurso con posibles discursos alternativos, de manera de contar con una base para la comparación y que podamos hablar de variación. Al menos en términos de sentido

común, es decir, para los usuarios mismos del lenguaje, esto nos permite tratar como «variantes» discursos pertenecientes a diferentes géneros discursivos, como un poema o una novela sobre los mismos acontecimientos o un informe policial o mi propio recuento del «mismo» robo.

Observen que la equivalencia en todos estos casos también implica una *equivalencia referencial parcial*, por ejemplo, cuando dos textos proporcionan más o menos información sobre los «mismos» acontecimiento y, por lo tanto, cuando uno incluye propiedades del evento que no se mencionan en el otro texto o viceversa. Lo mismo resulta cierto en el caso de la equivalencia entre distintos niveles, por ejemplo, cuando un texto describe el «mismo» acontecimiento a otro nivel (más general o específico) de descripción. Esta diferencia explicaría, por ejemplo, la variación entre estilos «sucintos» y estilos «elaborados» o «prolíficos». Todas las variantes retóricas podrían explicarse de la misma manera, ya sea a nivel de equivalencia (más o menos estricta) de significado o de referencia, si las expresiones o significados son o no enfatizados o des-enfatizados (por medio de hipérboles, eufemismos, etcétera).

En resumen, he examinado los tipos de variación según la identidad fonológica y léxica o la «igualdad» de los significados (intencionales) locales y globales, los niveles variables de descripción (con más o menos detalles, con una descripción más o menos específica) y varias clases de referencia. Obviamente, la variación es una idea relativa, más específicamente, relativa a distintos niveles: mientras haya un nivel «subyacente» que no cambie, podemos describir los detalles de más alto nivel como formas variables de expresar o realizar los niveles subyacentes.

La variación semántica bajo un modelo teórico de identidad

Con el fin de hacer esta explicación resumida de la variación más explícita, volveré a la solución que resolvió el famoso problema de co-referencia y coherencia en el discurso, concretamente, a la teoría del modelo cognitivo: *dos discursos son variantes en cierto nivel si se interpretan como el mismo modelo del evento en ese nivel*. Esto satisface, primero que nada, la identidad referencial típica de las expresiones variantes («hablar de lo mismo») y luego trae a colación un importante elemento subjetivo, ya que los modelos incorporan (*embody*) representaciones de un acontecimiento. De esta manera, si para un usuario del lenguaje (periodista o lector) dos informes noticiosos sobre el «mismo acontecimiento» no se interpretan como el mismo evento, entonces, *para este usuario*, por definición, no se trata de variantes.

Nótese que esta explicación teórica en términos de modelos de la variación discursiva es *relativa* a los niveles del discurso y de los modelos mentales, como debe ser. Es decir, los discursos pueden ser variantes macroestructurales si tienen macroestructuras idénticas en el modelo del acontecimiento, por ejemplo, cuando los usuarios del lenguaje los interpretan globalmente como el «mismo» acontecimiento global, incluso cuando los detalles de los textos puedan ser diferentes, sobre detalles diferentes del modelo mental.

Esta solución también es coherente con la tesis principal de este libro, concretamente,

para explicar las diferencias situacionales en términos de modelos contextuales. Así, para completar la definición de variación, ahora podemos decir que *los discursos son variantes (a cierto nivel) si comparten el mismo modelo del acontecimiento (a cierto nivel), pero si sus modelos contextuales son diferentes*.

Todo lo anterior da pie para mucha variación, no sólo a los niveles fonológicos (y, claro está, gráficos y visuales), léxicos y sintácticos o de (otros) formatos de género discursivo o superestructuras (narraciones, argumentos, esquemas de noticias, formatos de artículos científicos, etcétera), sino que también para la paráfrasis de significado o diferentes «versiones» de los «mismos» eventos, es decir, para las variantes referenciales explicadas en términos de modelos mentales. Y todas estas variantes pueden, obviamente, depender de restricciones contextuales.

Hasta aquí, se ha dado por sentado que la variación discursiva es controlada por el contexto. Esto es plausible en un enfoque funcional para abordar el lenguaje y el discurso, pero probablemente no constituya una condición necesaria: en teoría, podemos tener una variación «libre», por ejemplo, de las estructuras fonológicas, sintácticas, léxicas y discursivas que varíen más o menos arbitrariamente según las situaciones y los hablantes, pero que no tenga una significancia social o situacional (función, implicancias, interpretaciones, etcétera). Son sólo variaciones arbitrarias *ad hoc*, con frecuencia más allá del control de los participantes y descritas como tales mientras no hayamos encontrado otras restricciones (¿neurológicas?) subyacentes que condicionen dicha variación. Es decir, la variación que no cuenta con diferentes modelos contextuales por definición no tiene funciones pragmáticas (aunque sí puede tener otras causas psicológicas o patológicas y, entonces, sería importantes en términos de diagnóstico).

¿Variación pragmática?

La mayor parte de la variación se basa en la equivalencia local o global de significado o referencia: decir «lo mismo» de diferentes maneras. ¿Esto excluye la variación «pragmática»? Algunos contextos, pero no otros, permiten que los hablantes den órdenes u otras directrices a los destinatarios, por ejemplo, si el hablante es más poderoso, tiene mayor autoridad o cumple un papel institucional. Si la variación es un concepto útil para explicar las estructuras discursivas que dependen del contexto, ¿qué sigue siendo «igual» en este caso? ¿Podríamos decir, por ejemplo, que el contenido proposicional (por ejemplo, abandonar la habitación, detener el automóvil o pagar los impuestos) permanece constante y que la variación está en su función ilocutiva, de manera que en un contexto el hablante puede *ordenar* al destinatario que haga algo mientras que en otro tiene que *solicitar* lo «mismo»? O, ¿podemos decir que ambas son «directrices» —en el sentido de que el hablante desea que el destinatario haga algo— pero que la variación consiste en la elección de diferentes actos de habla directivos, como órdenes en lugar de solicitudes, como alternativas pragmáticas?

Siguiendo el análisis teórico en términos de modelos (sociocognitivos) que se propone, esta clase de variación pragmática se sostiene cuando dos expresiones tienen el mismo

modelo contextual en un nivel, por ejemplo, los mismos objetivos o deseos del hablante con respecto a la acción futura del destinatario, los mismos papeles de los participantes, etcétera.

Esta clase de análisis es, sin embargo, problemática, si consideramos muchos otros actos de habla. De esta manera, en algunos contextos podemos felicitar a alguien apropiadamente, pero no así en otros. Pero no tenemos diferentes subtipos de felicitaciones, por lo que la elección no es posible en este caso y, por lo tanto, tampoco la variación. En otras palabras, nuevamente, para que haya variantes pragmáticas, se requieren dos actos de habla que constituyan variables de un (tipo de) acto de habla más general o básico subyacente. En este caso, un aspecto de un contexto puede ser diferente (por ejemplo, la relación de poder entre los participantes) mientras que todo lo demás en el modelo contextual es igual. Nuevamente, en este caso debemos hablar de identidad de modelos relativa y dependiente de los niveles, de modelos (contextuales) «pragmáticos», pero no de modelos (referenciales) «semánticos». La variación aquí no se define en términos de *decir* (más o menos) lo mismo, sino que de *hacer* más o menos lo mismo (en el sentido de realizar el mismo acto de habla fundamental). Por lo tanto, mientras exista una base de comparación e identidad, definida aquí en términos de alguna clase de modelo mental, entonces podemos hablar de variación en un sentido amplio. La mayoría de los tipos de variación con los que tratamos, sin embargo, son formales y se basan en el significado o referencia: diferentes maneras decir/hablar (de) lo mismo.

¿Variación interaccional?

Finalmente, al extender este análisis de los actos de habla a una teoría más general de la *interacción en la conversación*, podemos preguntarnos si podemos realizar el «mismo» acto diciendo o haciendo diferentes cosas y, por el contrario, si al decir lo mismo en diferentes contextos, llevamos a cabo diferentes acciones.

En el primer caso, tenemos ejemplos obvios de diferentes maneras de comenzar, interrumpir o finalizar una conversación, un debate parlamentario, una noticia o un artículo académico, y diferentes maneras de aceptar o rechazar, entre montones de otras formas de interacción.

En el segundo caso, con expresiones como «tengo hambre», uno no sólo puede realizar diferentes actos de habla (afirmaciones, solicitudes indirectas, etcétera), sino que también muchas otras formas de interacción, como responder a una pregunta, aceptar una invitación a cenar, criticar las políticas de gobierno y muchas más, dependiendo de las implicancias permitidas por el contexto.

La pregunta entonces es si la «recontextualización» de la «misma» expresión implica alguna clase de variación pragmática o de interacción, un significado o función pragmática diferente de la «misma expresión» en diferentes situaciones, o si debemos hablar más bien de discursos diferentes, simplemente porque tienen diferentes significados o funciones pragmáticas. Esto significa, digámoslo así, dar vuelta la noción de variación. Aunque por lo general hablamos de variación cuando diferentes discursos

tienen los mismos modelos mentales semánticos o pragmáticos, en este caso tenemos diferentes modelos pragmáticos pero el «mismo» discurso.

Asimismo, aunque diferentes géneros discursivos tengan diferentes maneras de comenzar o finalizar u otras categorías convencionales o (inter)acciones, resultaría extraño, por decir lo menos, llamar a dos discursos variantes porque los dos tengan una forma de comienzo específica y, por lo tanto, pertenezcan a la clase *formal* de discursos que tengan alguna clase de categoría introductoria, como saludos, anuncios, títulos, resúmenes o *abstracts* al principio. Aun cuando hubiese alguna clase de similitud que permitiera la comparación, sería una comparación formal y no pragmática ni interaccional, porque no existen restricciones contextuales obvias que condicionen dicha variación. Por ejemplo, no existe una condición contextual que exija resúmenes iniciales, excepto una condición cognitiva para facilitar el procesamiento, comprensión y recuerdo y, claro está, las típicas normas o reglas de un género discursivo y sus convenciones institucionales (como los titulares de las noticias en la prensa).

Aunque este tema está muy lejos de aclararse en términos teóricos, se puede asumir, provisionalmente, que diferentes contextos tienden en general a condicionar la producción de distintas instancias de discursos. Estas diferencias discursivas se manifiestan comúnmente en las expresiones, formas o formatos variables de más o menos el «mismo» significado, función o acción. Cuando la expresión es más o menos la misma, diferentes contextos generalmente conducirán a diferentes significados, funciones, interpretaciones (pragmáticas), etcétera.

Sugiero definir el conocido tema de la «igualdad» en términos de modelos mentales semánticos y pragmáticos y sus niveles o dimensiones correspondientes. Esto implica que la noción de «variación» no sólo tiene una dimensión social, sino que también una subjetiva: lo que son «variantes» para un usuario del lenguaje puede no serlo para otro. Esto también puede conducir a conflictos de interacción, concretamente cuando una variación para un participante es perfectamente adecuada en la situación actual (según el modelo contextual de la situación) pero no así para otro participante. De hecho, lo que para una persona puede significar un cumplido, para otros puede ser un insulto. Vemos que la teoría de modelos sociocognitivos vuelve a explicar un importante aspecto de las relaciones entre el texto y el contexto: la condición de «igualdad» que subyace a la variación.

Estilo

Si existe un concepto en las humanidades y las ciencias sociales que una teoría del contexto tiene que explicitar, es el de *estilo*. Se han utilizado docenas de significados y definiciones del estilo en campos tan diferentes como (el estudio de) la arquitectura, la pintura, la literatura o la moda, por una parte, y la sociolingüística, por otra (véase, por ejemplo, Eckert y Rickford, 2001; Sandell, 1977; Sebeok, 1960; Selting y Sandig, 1997).

En este libro y en este capítulo, defino y uso la idea de estilo sólo en el sentido de una propiedad específica del uso del lenguaje o el discurso, controlados por el contexto. Dado que una definición adecuada de estilo, basada en el contexto, necesitaría al menos una monografía, sólo resumiré brevemente algunas de las propiedades del concepto de estilo según se utiliza en este libro.

Estilo del discurso

El concepto de estilo, según se utiliza aquí, es una *propiedad del discurso*, y no de las palabras, por un lado, o de los usuarios del lenguaje, por otro. Por lo tanto, elegir una entonación, elementos léxicos, temas o características retóricas específicas se describe como una propiedad del estilo sólo cuando se discuten textos completos y no sólo palabras u oraciones aisladas. Asimismo, si hablamos del «estilo» de una persona o grupo, nos referimos a sus discursos o actos verbales, y no, por ejemplo, al estilo como se visten diariamente o a otras formas de conducta específicas, diferentes a las verbales.

El estilo como variación

La mayoría de las propiedades del estilo coincide con las de la *variación* del lenguaje, es decir, con formas de usar el lenguaje controladas por el contexto, bajo alguna clase de identidad. Por la misma razón, el estilo por lo general se describe sólo por las variaciones de forma, sobre la base del mismo significado, referencia o tema. Sin embargo, como hice con la variación, hay razón para extender el concepto a otros niveles del discurso, siempre y cuando exista algo que permanezca igual y que proporcione una base para la comparación; así, existen temas o actos de habla específicos que pueden ser parte de la definición del estilo de un discurso. Sólo aquellas estructuras que son variables pueden ser estilísticas: las reglas gramaticales o discursivas obligatorias no son estilísticas, aunque su violación sí puede serlo. Hablar un idioma o dialecto, utilizar un género discursivo, etcétera, por lo tanto, no son propiedades del estilo.

El estilo como elección

En términos más concretos, el estilo es el resultado de *elecciones* más o menos conscientes entre estructuras alternativas o variables. Esta definición menos pasiva del estilo por naturaleza introduce elementos contextuales, como intenciones o propósitos. En otras palabras, la elección es el aspecto más «dinámico» de la noción más estructural del concepto de «variación».

El estilo como distinción

Una de las características típicas del estilo, en la literatura, las artes o los estilos de vida, es su propiedad *distintiva*: distingue a las personas o miembros de un grupo de otros miembros u otros grupos mediante sus discursos (Irvine, 2001). Tanto para los hablantes como para los destinatarios, esta propiedad del estilo obviamente presupone un

conocimiento (implícito o explícito) del uso del lenguaje de otras personas o grupos. Hablando más específicamente, un estilo discursivo distinto puede definirse en términos de *originalidad* precisamente cuando ninguna persona o unas pocas tienen el mismo estilo o uno similar. La distinción, entonces, se relaciona con las propiedades contextuales de la identidad personal o grupal.

Además del conocimiento propio y de otros grupos, la distinción del estilo también tiene una base ideológica (Irvine, 2001). De hecho, postulé que la distinción e identidad grupal probablemente sean una categoría estructural de los esquemas ideológicos (Van Dijk, 1998). En una perspectiva sociológica más amplia, Bourdieu (1984) enfatiza la dimensión ideológica (por ejemplo, de clase o casta) de la «distinción», como un grado académico de una universidad famosa, con consecuencias obvias para los temas y el estilo de la conversación (consultar también Ervin-Tripp, 2001). Y Philips (2003) nos advierte que en diferentes sociedades y culturas, las mujeres (y hombres) no tienen sólo una ideología de género, sino que varias ideologías complejas, que se manifiestan diferentemente en distintos eventos comunicativos. Recordemos que el contexto construye la posición social no sólo del hablante, sino que también de los destinatarios, como sabemos gracias a todos los estudios de la cortesía y la deferencia. Estas estrategias de «distinción» también pueden utilizarse para dirigirse a elites con el fin de vender bienes y servicios, como es el caso del estilo utilizado por los programas de millaje dirigidos a la movilidad social ascendente, como encontraron Thurlow y Jaworski (2006, 00-135).

Estilo social

Al final de su libro sobre las diferencias discursivas como una función de la clase, el género y la edad, Macaulay (2005b) abordó lo que podemos llamar estilos sociales (grupales). En él previene sobre generalizaciones apresuradas sobre la clase basadas solamente en datos de jóvenes adolescentes de la clase trabajadora. Enfatiza que deberíamos enfocarnos en combinaciones cuidadosamente definidas de las dimensiones sociales: puede ser que las mujeres de diferentes clases y de diferentes edades no hablen de la misma manera.

En general, y como he señalado al comienzo de este capítulo, Macaulay encontró que pocas de las características discursivas observadas son estadísticamente significativas; todo lo que puede decirse, y sólo en términos muy generales, es que la edad produce resultados más significativos que el género, el que, a su vez, es más significativo que la clase social. En las conversaciones entre ciudadanos de Glasgow, Escocia, analizadas por Macaulay, las diferencias de clase más importantes recaen en el uso de adjetivos y adverbios. Por ejemplo, los hablantes de clase media utilizan las palabras «*very*» (muy) y «*rather*» (bastante) con más frecuencia que los hablantes de la clase trabajadora, y lo mismo es cierto en el caso del atenuante retórico «*sort of*» (como). Las diferencias genéricas se expresan especialmente en el uso más frecuente de las mujeres de palabras específicas como los conectores «*and*» (y), «*but*» (pero), «*so*» (por eso) y «*because*» (porque), y los pronombres «*I*» (yo) y «*she*» (ella), obviamente porque ellas en general

cuentan más historias y en particular sobre otras mujeres. Por otra parte, los hablantes masculinos se refieren con más frecuencia a lugares (como veremos en las historias analizadas por Soler Castillo en Bogotá). Las diferencias estadísticas en términos de edad son, primero que nada, que los adolescentes hablan menos —utilizan menos palabras— y, en segundo lugar, que los adultos utilizan más marcadores discursivos, como «*well*» (bueno), «*you know*» (sabes) y «*I mean*» (o sea), así como los adverbios «*quite*» (bastante), «*very*» (muy), «*even*» (incluso) y «*maybe*» (quizás), mientras que los adolescentes utilizan con más frecuencia adverbios como «*just*» (solo). Es decir, no parece posible distinguir estilos discursivos claros en el caso de la edad, clase o género sólo a partir de estas diferencias. Además, las observaciones se limitan en gran parte a la gramática.

En consecuencia, tomando en cuenta la advertencia de Macaulay, no se debe estudiar la variación discursiva en las *mujeres*, sino que, por ejemplo, en las *chicas de la clase trabajadora*, las *mujeres adultas de la clase media*, etcétera, posiblemente caracterizando el grupo sujeto aun más (por grupo étnico, región, etcétera). Si así se hiciera, los estilos discursivos identificables, como las maneras de relatar historias, podrían relacionarse a formas de construcción de la identidad que explicaran la variación. Lo anterior significa que el concepto de estilo social o grupal probablemente es relevante sólo para la descripción de grupos homogéneos relativamente pequeños, como es el caso de la posible influencia del género en el discurso. Después de décadas de estudios de género, puede haberse vuelto obvio que las muchachas chicanas de clase baja (de un barrio específico) de Los Ángeles hablen de una manera diferente a las mujeres de clase media de Sidney.

Aunque, como veremos en más detalle a continuación, la gran mayoría de los estudios del estilo y variación sociales se han concentrado en el género, la clase, el grupo étnico y el uso del lenguaje profesional, debemos recordar que hay tanto estilos «grupales» como grupos. Así, Al-Ali (2006) demostró que las invitaciones a las bodas en Jordán no sólo exhiben el poder masculino, sino que también las creencias religiosas de los autores.

El estilo como marcador contextual

No *todas* las variaciones *posibles* del lenguaje se consideran estilísticas, sino que sólo aquellas que controla el contexto. Tener un acento (involuntario) no es algo que se describa como parte del *estilo* de conversación de una persona. Es decir, los criterios de elección y distinción ya contienen algunos elementos del contexto, como la originalidad o identidad del uso del lenguaje de los hablantes o grupos, por ejemplo, de diferentes grupos juveniles (Eckert, 2000, 2003; Macaulay, 2005b). Estos usos del estilo con frecuencia se describen con el término algo ambiguo de «significado social», que puede precisarse en un marco más explícito especificando la clase de propiedades del modelo situacional inferido o atribuido por los participantes. Asimismo, el estilo con frecuencia se relaciona con los tipos de situaciones sociales, como las situaciones institucionales formales, la conversación informal cotidiana o el correo electrónico. Es necesario explicar

las *funciones* del estilo en estos términos contextuales.

Las funciones del estilo

Como en el caso de cualquier fenómeno complejo, el estilo no puede capturarse en una simple definición y mi caracterización hasta ahora apenas es un primer paso hacia una teoría del estilo basada en el contexto como una dimensión específica de la estructura dependiente del discurso. La naturaleza contextual del estilo se define no sólo en términos de la elección intencional entre varias opciones, sino que también en términos de varias funciones que pueden resumirse como nociones de distinción: unicidad, originalidad, identificación, etcétera. Es decir, los usuarios del lenguaje pueden interpretar un conjunto de estructuras estilísticas variables como si fueran específicamente controladas por un usuario particular del lenguaje (estilo personal, idiolecto), la personalidad (por ejemplo, estilo extrovertido *versus* introvertido), el grupo (sociolecto), la ocupación (por ejemplo, estilo catedrático), el tipo de situación (estilo íntimo formal *versus* informal), la relación de los participantes (estilo amistoso), el tipo de acción (estilo agresivo), la institución (estilo académico), el conocimiento (estilo culto) o la ideología (estilo partidista), etcétera.

De esta manera, el estilo permite que los hablantes indiquen y los destinatarios infieran identidades personales y sociales, intenciones y situaciones a partir del discurso por medio de comparaciones implícitas con el uso variable del lenguaje de otras personas, grupos o situaciones. Esta función del estilo es esencial, porque contribuye con información importante para la interacción, concretamente sobre las propiedades de la situación social a la que los participantes podrían no tener acceso de otra forma. Por lo tanto, podemos clasificar todos estos tipos de estilo como *sociales* o *contextuales* (para acceder a un análisis detallado, consultar los artículos en Eckert y Rickford, 2001, por ejemplo, Coupland, 2001). Y, a la vez, cuando conocemos la situación social (es decir, si contamos con un modelo contextual), podemos evaluar el estilo (y las infracciones al estilo) en términos de *adecuación* para cada situación.

A pesar de la naturaleza contextual del estilo y de las diferencias estilísticas, contamos con muy poca información sistemática sobre los estilos «generales» del discurso, más allá de los estudios típicos de la variación del registro. Podemos tener intuiciones válidas sobre las diferencias estilísticas entre *The Times* y *Sun*, entre los debates parlamentarios en el Reino Unidos, los Países Bajos y Francia o entre los artículos de ciencias sociales y ciencias naturales. Pero más allá de las variaciones gramaticales en torno al registro estudiadas con frecuencia, todavía quedan muchas otras diferencias estilísticas del discurso que explicar, como el tipo y el tamaño de las letras, el uso de colores y fotografías, expresiones populares, la aliteración en los titulares, etcétera, para exponer las diferencias entre *The Times* y *Sun,* además del estilo léxico más «popular» y otras variables del registro. El punto es que, una vez descrita la variación textual, tenemos que asociarla con las propiedades del contexto, como la orientación ideológica de los periodistas (y especialmente de los editores) o los propietarios y la clase social u

ocupación de los lectores para distinguir entre un periódico «popular» y «serio» (o «selecto» o «de clase media»).

Estilo, acomodación y manejo de la impresión

Dado que los estilos permiten a los destinatarios reconstruir las definiciones contextuales de los hablantes, estas obviamente también pueden ser controladas por los hablantes para influir en las definiciones contextuales de los destinatarios. Es decir, los estilos no sólo indican situaciones sociales, sino que también pueden ser parte de estrategias de *acomodación* y *manejo de la impresión* y otras formas de interacción sociocognitiva. Comúnmente, si queremos parecer amistosos (cultos, etcétera), podemos recurrir a un estilo amistoso (culto, etcétera); si queremos amenazar a alguien, utilizamos un estilo agresivo; y si queremos evitar ser clasificados como racistas, utilizamos descargos de responsabilidad («no soy racista, pero… ») (Van Dijk, 1987). De esta manera, el estilo también puede funcionar para expresar poder. Por ejemplo, la clase burocrática o profesional puede usar su estilo específico como una manera de ejercer control sobre los clientes (véase, por ejemplo, Prego-Vázquez, 2007).

Tanto en la sociolingüística como en la sicología social del lenguaje, la «acomodación a los destinatarios» o el «diseño de la audiencia» se han estudiado ampliamente (consultar, por ejemplo, Bell, 1984; y el análisis en los artículos en Eckert y Rickford, 2001; Giles, Coupland y Coupland, 1991; Giles, Mulac, Bradac y Johnson, 1987; Giles y Powesland, 1975). En análisis posteriores se ha aclarado, sin embargo, que el estilo no sólo responde a un diseño de la audiencia, sino que también «expresa» o «indica», por ejemplo, la identidad grupal, la lealtad del hablante o el grupo de referencia (Bell, 1991).

Los modelos contextuales explican de una manera elegante estas y otras restricciones, por ejemplo, explicando que, para acomodarse a los destinatarios, los hablantes necesitan tener un modelo de estos destinatarios, concretamente como parte de su modelo de la situación comunicativa. La diferencia fundamental entre ésta y la teoría clásica es que no es la identidad social de los destinatarios la que influye en los estilos de habla (si así fuera, la acomodación sería determinista), sino que *la forma en que los hablantes definen y evalúan la relevancia de la identidad de los destinatarios*. Esto también explica por qué en algunas situaciones los hablantes tienden a acomodarse, mientras que en otras prefieren tomar distancia de los destinatarios enfatizando sus diferencias discursivas.

Estilo y cortesía

El manejo de la adecuación y la impresión con frecuencia van mano a mano, como sabemos gracias al uso de estrategias de *cortesía* y al manejo de la imagen interaccional (Brown y Levinson, 1987). Esto puede resultar más o menos adecuado para una situación específica pero, al mismo tiempo, puede contribuir a una impresión positiva del hablante como una persona que ha analizado correctamente la situación actual y las relaciones participantes y como alguien que es cortés, refinado y elegante (consultar

también las contribuciones en Lakoff e Ide, 2005).

¿Estilos independientes del contexto?

Vemos que los estilos sociales e interaccionales pueden describirse adecuadamente en términos de propiedades contextuales. Algunas veces estas descripciones son bastante precisas (por ejemplo, cuando analizamos un estilo «cortés» en términos del uso de títulos honoríficos en el caso de una categoría especial de destinatario) y, en otros casos, las descripciones de estilo son muy vagas y generales, por ejemplo, cuando hablamos sobre estilo «formal» o «informal».

Debe enfatizarse nuevamente que, aunque el estilo se basa en el contexto o la sociedad, sus propiedades son «textuales», es decir, se describen en términos de estructuras gramaticales o discursivas. Esto nos permite hablar del «estilo» como una forma del uso del lenguaje independiente de las restricciones contextuales pero, por ejemplo, relacionado con otras estructuras «subyacentes». De esta manera, un estilo «elaborado» se describiría como una forma de expresar significados, tópicos o modelos mentales subyacentes en muchas palabras o proposiciones diversas; se utilizarían explicaciones similares para describir un estilo «preciso», «ambiguo» o «directo». Es una cuestión de terminología si describimos estas variaciones o «formas» de hablar como «estilos», como lo hacemos con frecuencia informalmente, o como registros.

Género discursivo

Otro concepto esencial que media entre el discurso y el contexto es el de género discursivo (*genre*). Ha habido muchos estudios sobre el género discursivo (consultar, por ejemplo, Bhatia, 1993), por lo que seré breve con respecto a esta noción. Existen tantas definiciones de la noción de género discursivo como teorías, de manera que mi enfoque obviamente seguirá la orientación teórica de este estudio. La definición más clara podría ser que un género discursivo es un tipo de discurso o, más ampliamente, de actividad verbal o evento comunicativo. Para efectos prácticos, con esto basta, asumiendo todas las limitaciones típicas de los estudios tipológicos: conjuntos difusos, categorías coincidentes, etcétera.

Aquí lo que me interesa es la naturaleza contextual de los géneros discursivos (consultar también Bauman, 2001; Macaulay, 2001). Cuando consideramos los géneros discursivos como tipos de discurso, el foco más obvio es en las propiedades del discurso «mismo»: la gramática, el estilo, la retórica, los formatos, etcétera. Aunque existen combinaciones de estas características discursivas que en conjunto caracterizan muchos o incluso la mayoría de los discursos de un género discursivo, por lo general estas propiedades discursivas no son ni necesarias ni suficientes. Ya he sugerido, por ejemplo, que hay pocas propiedades discursivas de los debates parlamentarios (o de sus discursos constituyentes) que los definan como un género discursivo exclusivo, aunque se trata de un género discursivo muy convencional y muy restringido, en el que las formas del

discurso convencionalizadas son más o menos prominentes. Aparte de algunas expresiones léxicas específicas («mi honorable amigo», etcétera), en el discurso parlamentario existen pocos elementos que no se compartan con otros géneros discursivos: cambios de turno controlados, estilo formal, control del tiempo, tipos de actos de habla, temas, etcétera.

La conclusión bastante obvia es que los debates o discursos parlamentarios se definen como un género discursivo especialmente en términos de sus características *contextuales*: el escenario, los participantes (y sus papeles, identidades y relaciones), la clase de actividad (política) comprometida y su base cognitiva (los objetivos, el conocimiento, creencias grupales, ideologías, etcétera).

Lo mismo es cierto para la mayoría de los demás géneros discursivos al usarse informalmente: las conversaciones cotidianas, las reuniones de consejo, las entrevistas de investigación, las interrogaciones policiacas, las noticias, los programas de televisión, los textos escolares, las novelas y la publicidad, entre otros. Gran parte de sus definiciones no se hacen en términos de estructuras o de discursos, sino que más bien en términos de aspectos del contexto, como sugieren muchos de los atributos identificativos (parlamentarios, laborales, televisivos, cotidianos, etcétera). Al definir los géneros discursivos en términos de propiedades contextuales, podemos llamarlos simplemente «géneros discursivos del contexto». Dada su naturaleza social y contextual, dichos géneros discursivos también pueden definirse como *tipos de actividades* o de *prácticas sociales*.

Existen, sin embargo, otros conceptos de género discursivo que parecen acercarse más a la idea de «tipo de texto» o «tipo de actividad»: conversación, historia, argumentación, reunión, manual, informe, etcétera, las que no parecen definidas o limitadas a contextos específicos o, al menos, que pueden ocurrir en muchas clases diferentes de situaciones. En este caso, las definiciones se hacen en gran parte en términos de las estructuras del discurso: clases de cambio y control de turnos, semántica (por ejemplo, eventos y acciones pasados en historias), estructuras esquemáticas (como en las historias, la argumentación o las noticias) y actos de habla (como recomendaciones en los manuales, consejos en toda clase de informes, etcétera), entre otros. Podemos llamarlas «géneros discursivos», aunque podría ser más apropiado hablar sobre *tipos de estructuras discursivas*, dado que generalmente se definen sólo en términos de estructuras discursivas específicas (semánticas, pragmáticas e interaccionales) y no en términos de todos los niveles. Los géneros contextuales y los géneros discursivos por lo general se combinan. Es decir, podemos tener argumentaciones en géneros discursivos como los debates parlamentarios, artículos académicos, editoriales, conversaciones cotidianas, etcétera, y conversaciones en prácticamente todas las formas de interacción hablada (y, por lo tanto, con frecuencia definidas como el género discursivo primordial de todos los géneros discursivos). Asimismo, las narraciones pueden ser parte de las conversaciones cotidianas, programas televisivos de conversación, testimonios de testigos y entrevistas biográficas, entre muchos otros géneros contextuales.

En ocasiones podemos definir un género discursivo más o menos en términos de estructuras y, a veces, más en términos de actividades, como es el caso típico de la narración (relatos) y la argumentación. Por eso, la narración y la argumentación no deben definirse como géneros discursivos, sino como tipos de estructuras discursivas y, como tales, pueden definir la clase de géneros discursivos que tienen estructuras argumentativas o narrativas.

No podemos tener un debate parlamentario como parte de una conversación cotidiana ni de una noticia (o viceversa), pero podemos tener conversaciones (interacciones conversacionales), historias, narraciones, declaraciones, explicaciones, etcétera, en muchos géneros discursivos, de manera que se trata de diferentes clases de objetos. Podemos discutir y generalmente discutimos y contamos historias en las conversaciones cotidianas (y en otros géneros discursivos), pero no viceversa, por lo que debemos definir estos «tipos» en términos de estructuras discursivas y no como géneros discursivos basados en el contexto.

Sin embargo, los géneros contextuales no *sólo* se caracterizan por propiedades del contexto. Ya hemos visto en el discurso parlamentario de Tony Blair que un discurso tal, como género contextual, también tiende a ser caracterizado por un número de características discursivas, como el estilo formal (que se define más aún, por ejemplo, en términos de pronunciación, lexicalización, estructuras sintácticas), temas, recursos retóricos, etcétera. Nuevamente, pocas de estas, consideradas por *separado*, son exclusivas del discurso parlamentario. De hecho, el lenguaje no es tan especializado y sus características formales permiten usos en muchos contextos y, en consecuencia, en muchos géneros discursivos. Así, el estilo formal de este discurso será compartido con muchas otras formas del habla en discursos institucionales públicos. Sus recursos retóricos pueden ser compartidos en cualquier otro discurso político o ideológico, incluso en editoriales o artículos abiertos. El tema (el envío de militares a Irak) se compartió en muchos otros discursos, desde conversaciones cotidianas a programas de telelvisión, noticias y editoriales.

El punto de las manifestaciones estructurales discursivas de los géneros discursivos, entonces, es que dichas estructuras aparecen en combinaciones, colocaciones, frecuencias y distribuciones específicas. Pocas estructuras de los debates parlamentarios son únicas, pero *en conjunto* explican cómo podemos reconocerlos cuando los oímos o leemos, incluso sin información contextual: distribución controlada de los turnos, control del tiempo, clase de interrupciones, temas políticamente relevantes, retórica persuasiva, polarización ideológica (*Nosotros* versus *Ellos*) y estilo formal, entre otros. A nivel gramatical, podríamos encontrar combinaciones específicas de sustantivos (formales) extensos, palabras para expresar opinión, tiempos verbales futuros y verbos modales (sobre lo que se debe o debería hacer), etcétera. Todos estos atributos formales definen las clases de géneros discursivos (por ejemplo, formales, institucionales, dialógicos, políticos, mediáticos) o, más bien, las clases de tipos de discursos (por ejemplo, la conversación formal, el discurso de opinión, el discurso argumentativo, etcétera) o

registros.

Se debe recordar que no toda la variación formal (por ejemplo, gramatical) en el discurso es una expresión o representación de características contextuales. Por ejemplo, la variación de los tiempos presente y pasado (por ejemplo, en el texto expositivo *versus* muchas clases de narraciones) no necesariamente expresa una variación pragmática, sino que más bien una variación semántica: si el discurso se refiere en gran parte a eventos o acciones pasados o presentes (o genéricos). De esta manera, en el caso de cada aspecto formal de los géneros o tipos discursivos, es necesario examinar qué clase de funciones comunicativas, pragmáticas, semánticas u otras tienen.

Registro

Otro concepto clave utilizado para explicar la variación lingüística según el contexto es el «registro». Al igual que la noción de «estilo», «registro» se ha utilizado de muchas maneras heterogéneas, desde caracterizaciones muy generales del uso del lenguaje, como «registro formal» hasta usos bastante específicos, como el registro de los informes noticiosos o debates parlamentarios (Biber y Finegan, 1994; para leer sobre el uso del «registro en la Lingüística Sistémica, consultar el capítulo 2). El «registro» parece coincidir con lo que he descrito anteriormente como estilo y género discursivo. No obstante, al definirlo apropiadamente, puede tener una función específica en una teoría de las relaciones entre el contexto y el texto. Así, Finegan y Biber (1994, 2001) enfatizan las relaciones entre la variación social y estilística, en que el dialecto social puede depender de la variación del registro, la que depende de las «restricciones comunicativas de situaciones particulares» (pág. 4).

De esta manera, la primera característica que comparte con el estilo es la condición de que sea una propiedad del uso del lenguaje dependiente del contexto. Con el género discursivo comparte la dimensión tipológica y, de hecho, muchos ejemplos de registros dados en la literatura se definirían mejor en términos de géneros contextuales, es decir, su definición debería hacerse primero en términos de estructuras contextuales, como es el caso de los debates parlamentarios.

El registro, entonces, podría definirse como la dimensión lingüística del género discursivo o, quizás, aún más específicamente, como la dimensión gramatical del género discursivo. Así, si volvemos a tomar de ejemplo el debate parlamentario, se trata de un género discursivo definido principalmente en términos contextuales: escenario, participantes, acciones y objetivos políticos, etcétera. Si también queremos caracterizar el debate parlamentario como un registro, miraríamos las características gramaticales de estos debates. Sin embargo, si los parlamentarios del parlamento británico usaran una variación específica de la pronunciación inglesa (o variantes de sus respectivas variedades regionales del inglés), de la estructura de la cláusula, de la complejidad de la oración o de la elección léxica, seguiría siendo extraño hablar de «registro» parlamentario: resultaría extraño porque eso presupondría diferencias gramaticales significativas con otros géneros

discursivos y puede haber otros géneros discursivos, como reuniones formales del directorio de grandes empresas, que no serían significativamente diferentes. Es decir, debido a su definición en términos puramente formales (gramaticales), los registros pueden caracterizar varios géneros discursivos (definidos por el contexto).

Al respecto, la noción de «registro» también coincide con lo que he llamado «tipo de texto», pero este concepto es mucho más amplio y también puede incluir dimensiones semánticas, pragmáticas e interaccionales. Así, un informe noticioso es un tipo de texto, debido a sus significados, referencias, organización, etcétera, que puede usarse para géneros discursivos específicos, como un informe noticioso en un periódico o en la televisión (entregado oralmente, como era el caso de los mensajeros en el pasado).

La descripción del registro, entonces, puede ser la parte «gramatical» de la descripción de los tipos de texto que, nuevamente, puede ser parte de la caracterización de los géneros discursivos. Pero, así como los tipos de textos pueden realizarse en distintos géneros discursivos (como vimos en el caso de los informes noticiosos, las historias y la argumentación), la descripción del registro puede generalizarse a los tipos de textos o géneros discursivos, como parece ser el caso de las generalizaciones hacia los registros «formales» *versus* «informales» y «hablados» *versus* «escritos». En otras palabras, el registro es la base lingüístico-gramatical del género discursivo.

Dada la base contextual de los géneros discursivos, se puede esperar que las características de su registro gramatical cumplan funciones específicas en el contexto. No obstante, estas no son siempre únicas: no existe una relación bilateral entre los géneros discursivos, las funciones o el lenguaje y las estructuras formales del lenguaje. De hecho, como he subrayado varias veces antes, los idiomas y sus gramáticas tienen muchas funciones interaccionales, comunicativas, expresivas, etcétera, y, por lo tanto, las formas sintácticas específicas pocas veces son exclusivas de un solo género discursivo, tipo de texto o registro.

Sin embargo, las condiciones contextuales pueden facilitar formas específicas del lenguaje y, en consecuencia, hacerlas más *típicas* o frecuentes en géneros discursivos específicos. De esta manera, un registro escrito tiene condiciones de producción del discurso (más lento, más cuidadoso, retroalimentación visual, creación de un registro permanente, etcétera) que los registros hablados no tienen y, por lo tanto, puede tener oraciones más largas y complejas. Como, al mismo tiempo, en muchos géneros discursivos formales institucionales se prefiere el registro escrito, las formas sintácticas también tenderán a acercarse más a las del lenguaje estándar (con ausencia de contracciones, etcétera).

El hecho de que muchos géneros discursivos de cartas escritas, en papel, enviadas por correo electrónico o que forman parte de conversaciones en línea no satisfagan esta distinción general entre registros escritos y hablados, demuestra que las generalizaciones sobre los géneros discursivos, tipos de textos y registros deben considerarse con cuidado. Los debates parlamentarios hablados pueden ser mucho más formales que los mensajes escritos o incluso las editoriales impresas en periódicos de prensa sensacionalista como el *Sun*, lo que significa que la caracterización de los registros es sólo probabilística: las

propiedades gramaticales de los tipos de textos o géneros discursivos (por ejemplo, el uso del pasado o la primera persona en una historia personal) sólo tienen más o menos probabilidades de ocurrir y no son condiciones absolutas (también se puede contar la historia de otra persona y lo que va a hacer mañana).

También hemos visto que los tipos de textos específicos, como las historias y la argumentación, pueden estar relacionados con características formales y, por lo tanto, con los registros. Entonces, si una de las principales condiciones semánticas de las historias es que se tratan de acontecimientos y acciones pasados de protagonistas (por lo general humanos o personificados), podemos esperar más tiempos pasados y otras expresiones para referirse al pasado, acciones, pensamientos personales (intenciones, etcétera) de personas, etcétera. Y si los debates parlamentarios tienen como objetivo tomar decisiones políticas (normas, etcétera) sobre el futuro, podemos esperar más tiempos y adverbios futuros y verbos modales como «deber», estructuras contrafactuales («qué pasa si…») y verbos para expresar actos de habla que indiquen acciones futuras (promesas, amenazas, etcétera).

En otras palabras, puede ser que los géneros discursivos tengan algunas propiedades contextuales, semánticas y pragmáticas que conduzcan al uso más o menos probable de grupos de características gramaticales definibles por varios registros. Sin embargo, debe enfatizarse que la base contextual de los registros no es directa. No existe una relación directa entre una estructura sintáctica, como la oración o la longitud de la palabra, tiempos pasados o contracciones y aspectos del contexto, como el escenario, los participantes y los objetivos. En ese sentido, la gramática es pragmáticamente arbitraria, como debe ser.

Sin embargo, el registro *tiene* una base contextual *indirecta* a través de los tipos de texto y el género discursivo. Por ejemplo, las restricciones contextuales (propósitos, conocimiento, etcétera) para el relato limitan la semántica de la narración a información sobre acciones pasadas (por ejemplo, del hablante), y esta restricción semántica, a la vez, puede necesitar tiempos verbales pasados (también dependiendo del idioma, la clase de narración, etcétera). El hecho de que este vínculo es indirecto y correlacional puede también estar claro por el hecho de que podemos contar historias en tiempo presente.

Aunque la idea de registro todavía no está totalmente explícita —por ejemplo, se puede extender su orientación «gramatical» a otras dimensiones «formales» o «lingüísticas», como el uso de estructuras sonoras específicas (por ejemplo, el volumen), repeticiones, tipo de letra, etcétera— tenemos una idea razonablemente clara sobre su papel con respecto a los tipos de texto y los géneros discursivos.

¿Cuál es su relación con el término igualmente ambiguo de «estilo»? Con él comparte este foco en las formas del uso del lenguaje y, en ese sentido, pueden coincidir. Describir el «estilo» de los debates parlamentarios puede así conllevar una caracterización de su «registro». Sin embargo, el estilo es mucho más general y también puede incluir aspectos de presentación fonética y visual, variación semántica (por ejemplo, un estilo elaborado *versus* uno sucinto), actos de habla, movimientos interaccionales, retórica, etcétera. Además, el estilo se define porque indica, señala o expresa aspectos del contexto, como

la identidad e identificación de un hablante o grupo, la originalidad y la distinción y, por lo tanto, implica una comparación entre los hablantes, grupos o géneros, entre otros. El registro puede coincidir con el estilo cuando nos concentramos en los aspectos gramaticales del estilo, por ejemplo, cuando nos fijamos en estructuras sintácticas más o menos típicas de los debates parlamentarios del Reino Unido de hoy en día. Pero si se involucran otros aspectos del discurso, hablaríamos de «estilo» más que de «registro». De esta manera, el uso de títulos honoríficos (ya sea de manera irónica o no) en un debate parlamentario puede ser un aspecto del registro y también del estilo, pero una retórica persuasiva, el uso de falacias argumentativas, actos de habla específicos (como promesas) y la naturaleza de las interrupciones más bien describiría el estilo específico de dichos debates (un estilo que puede ser diferente en distintos países). Por lo general, no describiríamos estas características como parte del «registro» del uso del lenguaje parlamentario (para acceder a información más detallada sobre el registro, consultar, por ejemplo, Biber y Finegan, 1994; para acceder a un análisis de las distinciones conceptuales entre registro, tipo de texto y género discursivo, consultar también Biber, 1994).

Control del contexto en el discurso

Con esta explicación general de las funciones y las condiciones contextuales del estilo, el género discursivo y el registro, ahora estoy en condiciones de examinar más detalladamente estas formas variables del uso del lenguaje en varios niveles y dimensiones del discurso. Es decir, aunque anteriormente formulé la teoría de las condiciones contextuales de la variación lingüística, ahora necesito investigar sus propiedades discursivas y analizar cómo se expresa y representa el contexto en el discurso en términos más generales.

Esto lo haré por niveles y de forma descendente, comenzando por analizar la variación discursiva en la gramática (fonología, sintaxis y léxico). Luego examinaré los niveles «subyacentes» (interpretados) de significado, acción e interacción para finalmente concentrarme en algunas dimensiones formales que atraviesan diferentes niveles, como las estructuras retóricas y las superestructuras (esquemas discursivos generales o «formatos») de la argumentación y la narración, por ejemplo.

Sin embargo, sólo puedo contribuir con una breve caracterización descriptiva y contextual de cada clase de estructura: cada uno de los niveles y dimensiones del discurso que se tratan a continuación han sido o deben ser explicados en una o más monografías. Por lo tanto, el objetivo de las siguientes secciones es sólo ilustrar cómo se indican o «codifican» varios aspectos del contexto en el discurso.

Para referirme a la variación contextual de la gramática, hago referencia a la vasta literatura de la sociolingüística, la que, obviamente, no puede ni resumirse ni analizarse en este volumen. Las investigaciones sobre las relaciones entre el contexto y el discurso en el campo de la etnografía del habla y la antropología (lingüística) se revisan

específicamente en *Sociedad y discurso*. Además, debo enfatizar que la mayor parte de los estudios a los que se hace referencia están en inglés y que la variación social a la que se hace referencia se ha observado en Estados Unidos, el Reino Unido, Australia y Nueva Zelanda, una limitación bien conocida del trabajo de la sociolingüística, el ACD y otras disciplinas relacionadas. Aunque, en consecuencia, no me referiré a la nacionalidad de las personas estudiadas en cada investigación revisada, debo destacar que los resultados de estos estudios podrían no aplicarse a otros países y culturas. Para acceder a un ejemplo de estas diferencias en la interpretación del contexto, consultar, por ejemplo, el estudio intercultural de Tyler y Boxer (1996) sobre diferentes interpretaciones del acoso sexual.

En lugar de concentrarse en varios niveles y propiedades de los «resultados» discursivos de la influencia contextual, otra opción habría sido analizar las propiedades del contexto sistemáticamente y mostrar sus consecuencias discursivas. Aunque en este libro concentrarse en el lenguaje, el discurso y la cognición parece ser más útil, *Discurso y Sociedad* se fija sistemáticamente en las propiedades del discurso, como el escenario (tiempo, lugar) y los participantes (su papel y sus relaciones, así como sus acciones sociales, parte de situaciones sociales, la estructura social y la cultura). En este libro, estas restricciones contextuales del discurso no se analizan de manera sistemática ni teórica, sino que se mencionan sólo como condiciones posibles de la variación discursiva. Por lo tanto, en este capítulo, pondremos especial atención al género, más que a la clase o el grupo étnico.

Género y discurso

La mayoría de los estudios de la influencia de los parámetros sociales en el discurso se ha concentrado en el papel del género, más que en el papel de la clase, el grupo étnico o la edad. Como veremos en el caso de los estudios analizados en este capítulo, hasta los años noventa, gran parte de estas investigaciones presuponían que las mujeres y los hombres hablaban de una forma distinta. Esta presuposición de diferencias genéricas en el habla encontró su expresión inicialmente en tres paradigmas principales (las tres D): déficit, diferencia y dominación:

Déficit. El lenguaje de las mujeres refleja su posición subordinada en la sociedad de muchas maneras, por ejemplo, en el uso de atenuantes retóricos, en fenómenos de vacilación, en el uso de un lenguaje menos directo y en el hecho de que toman un control menos controversial, es decir, en lo que se llamó usos «femeninos» estereotipados del lenguaje.

Diferencia. Las mujeres y los hombres se han educado de diferentes maneras y en parte viven en diferentes dominios sociales con experiencias distintas y, por lo tanto, se puede considerar que hablan desde «culturas» diferentes.

Dominación. Las diferencias entre los hombres y las mujeres (también) deben interpretarse en términos de la dominación del hombre en un orden patriarcal. Este abuso de poder también se expresa de muchas otras maneras en el discurso masculino, por ejemplo, a través de interrupciones frecuentes a las mujeres o mediante restricciones discriminatorias a varias formas de acceso: acceso de las mujeres a eventos comunicativos, elección de temas, uso de palabras específicas, cambios de turno, etcétera.

Gran parte de las investigaciones de la última década, sin embargo, ha criticado estos paradigmas porque muchos estudios no han encontrado diferencias genéricas claras del discurso o se han encontrado con lo contario a lo que se había predicho.[8]

Como resultado, y antes que nada, se ha cuestionado la bipolaridad de las distinciones genéricas tradicionales, ya que existen muchas más identidades genéricas que sólo dos y, si existen diferencias, estas son más bien graduales: las mujeres a veces pueden hablar «como hombres» o viceversa; los gays, lesbianas, bisexuales, transexuales, etcétera, reclaman sus propias identidades genéricas, etcétera.

Luego, y quizás lo más importante desde un punto de vista teórico, existe un rechazo cada vez más marcado a las categorizaciones e identidades esencialistas: hoy en día, el género se define con mucha frecuencia no como lo que las personas *son*, sino como lo que *hacen* o *representan* en una situación determinada. Y, finalmente, desde la perspectiva de este libro, si los participantes construyen el género como una categoría participante relevante, muy pocas veces es la única categoría importante. Por ejemplo, Ostermann (2003), en un análisis de interacciones grabadas en una estación de policía conformada sólo por mujeres en Brasil, encontró que las policías de sexo femenino prestaban mucha menos atención a las mujeres que habían sido víctimas de violencia que un grupo de mujeres feministas externo. En otras palabras, aquí existen diferencias intragenéricas importantes, definidas en términos de la ocupación y posición como funcionarias de la policía, por un lado, y de ideologías feministas, por otro.

A continuación, encontraremos varios estudios sobre las complejas influencias del género en el discurso. Esto significa no sólo que en el habla influye todo el contexto, incluidas complejas influencias de otras identidades participantes, como la edad, el grupo étnico, la ocupación, el estatus y el poder, que a veces refuerzan pero otras contrarrestan la influencia del género. Además, e incluso más importante, más que una combinación de factores objetivos, se trata de una definición compleja, flexible, estratégica y subjetiva del contexto comunicativo que influencia el habla. Esta explicación teórica es compatible con una explicación constructivista que define el género en términos de lo que *hacen* los participantes más que en términos de lo que son. Es decir, «realizar el género» depende no sólo de todo el contexto, sino que más bien de la manera en que este contexto se construye activa y dinámicamente, y un constructo de estas características puede cambiar continuamente durante la conversación o durante la producción o comprensión del discurso.

Sin embargo, las investigaciones más empíricas no se llevan a cabo en ese paradigma y, por lo tanto, no sorprende que, más allá de la presuposición de estereotipos genéricos basados en la norma social y el uso del lenguaje, muchos estudios encuentran más variación dentro de un género que claros casos de diferencias de género. En consecuencia, de aquí en adelante se debe tener en cuenta que cuando parece haber diferencias genéricas claras, se debe asumir que estas también pueden encontrarse en otros contextos muy similares y, por lo tanto, que estas pueden ser independientes del contexto. Entonces, las investigaciones sobre el papel del género en el discurso deben tener como base este marco teórico más sofisticado.

Una advertencia más. Los teóricos pueden creer que la distinción bipolar entre hombres y mujeres es problemática por muchas razones. Esto también es cierto especialmente en el caso de las comunidades que tienden a ser discriminadas precisamente por esta razón, como los homosexuales, las lesbianas, los transexuales, los hermafroditas, etcétera. No obstante, en prácticamente todas las culturas, la distinción genérica tradicional entre mujeres y hombres está tan arraigada en la percepción, pensamiento e interacción, así como en la organización social, que seguirá influenciando las definiciones contextuales de muchos si es que no todos los participantes de la interacción en la mayoría de las situaciones y en gran parte de las sociedades. De la misma manera en que evitamos una definición esencialista enfatizando lo que las personas *hacen* en lugar de lo que *son*, también debemos estar conscientes de que lo importante no es si el género es o no (*esencialmente*) relevante, sino que si las personas *piensan* que el género, *según su definición*, es relevante. No hay duda de que, a pesar de muchas situaciones o grupos en los que el género es irrelevante o se construye de otra forma, en la mayoría de las situaciones y para la mayoría de los usuarios del lenguaje, las identidades, papeles y diferencias genéricos tradicionales, siguen siendo importantes en su vida cotidiana y, por lo tanto, en sus modelos contextuales, incluso cuando se combinan con otras categorías contextuales y aun cuando se apliquen de manera flexible y estratégica. Los resultados que se revisan a continuación deben interpretarse bajo esta idea, es decir, cuando encontramos diferencias genéricas en el discurso, pueden resultar de la influencia de las definiciones tradicionales culturalmente compartidas de las representaciones sociales que, a su vez, influyen en las definiciones específicas de los contextos.

También existe una dimensión política y práctica para este asunto. Las diferencias genéricas problemáticas así como la polarización genérica simplista entre mujeres y hombres no debe ser una excusa para rechazar la importancia del estudio de la dominación del hombre sobre la mujer, ni la resistencia a esta dominación. Son precisamente las diferencias esencialistas entre mujeres y hombres según las han construido las ideologías sexistas las que se usan como base para la discriminación sexista contra las mujeres (y los homosexuales, etcétera).

Finalmente, debo destacar que los estudios donde el sexo es relevante que revisamos aquí se limitan a la explicación de las mujeres y hombres como hablantes y no tienen

relación con el vasto número de estudios de género según este se *representa* en el discurso, en los que generalmente se encuentra que estas representaciones se basan en ideologías y son bastante estereotipadas, por lo general. Incluso cuando los papeles tradicionales de los géneros parecen desafiarse, un análisis más detallado podría mostrar que el discurso patriarcal dominante aún persiste, como lo demostró Lazar (2005a) en su estudio del discurso de campaña en Singapur.

Raza y clase

Asimismo, el análisis teórico del concepto de «raza», así como la negación arraigada de la existencia de «razas», no debería usarse como argumento para negar el racismo (Van Dijk, 1992). Lo mismo resulta cierto en el caso de las clases sociales y el clasismo. Desafortunadamente, el grupo étnico, la «raza» y, especialmente, la clase han sido mucho menos investigados que el género como base de la variación conceptual en el discurso, más allá del estudio correlacional de las diferencias en la pronunciación y algunas propiedades gramaticales basadas en las distinciones de clases. Es común que la variación basada en propiedades étnicas (o que se atribuye a estas) tiende a tratarse en términos de diferentes «estilos», como los estilos de «blancos» y «negros» (Kochman, 1981).

Sin embargo, desde un punto de vista diferente, debo mencionar aquí el trabajo realizado sobre el discurso y el racismo, que generalmente se basa en la condición contextual de que los hablantes o escritores de discursos racistas son blancos (Van Dijk, 1984, 1987, 1993a; Wodak y Van Dijk, 2000). Como es el caso de otras «variables» contextuales analizadas aquí, «ser blanco» muy pocas veces tiene lugar de forma aislada y el discurso, al mismo tiempo, se verá afectado por otras condiciones sociales, como el poder, el estatus social o la ocupación. Así, se ha descubierto que los empleadores usan descargos de responsabilidad, argumentos y estrategias retóricas específicos para legitimar la no contratación de minorías étnicas (Tilbury y Colic-Peisker, 2006; Van Dijk, 1993a). De la misma manera, Mallinson y Brewster (2005) hallaron que, en los restaurantes, los clientes son clasificados y evaluados (como personas que dan propina) no sólo sobre la base de su color de piel u otros estereotipos, sino que también por su clase social. De hecho, una de las implicaciones de la compleja influencia del contexto es que el racismo y el clasismo (así como el sexismo) con frecuencia van de la mano. Por eso, Augoustinos, Tuffin y Every (2005), en su estudio de estudiantes australianos que conversaban sobre la discriminación positiva, encontraron que el racismo suele esconderse o negarse en términos de ideologías individualistas o meritocráticas (consultar también Kleiner, 1998). Esta combinación de género, raza y clase como base para los modelos contextuales también puede observarse en la toma de decisiones institucionales, como es el caso del estudio de West y Fenstermaker (2002), que examinó la reunión del Consejo Rector de la Universidad de California al analizar la discriminación positiva.

No hay duda de que los estudios de género han tenido tanto éxito en especial por el esfuerzo conjunto de muchas académicas mujeres en muchos países (Lazar, 2005b).

Obviamente, esta condición contextual del discurso académico no cumple con el estudio de las clases sociales. Cuando los (pocos) estudiantes provenientes de la clase trabajadora se convierten en investigadores y profesores universitarios, por lo general han perdido su estatus de clase trabajadora y, con ello, la motivación para una lucha académica en representación de su clase original. En este ejemplo, vemos también que no debemos examinar sólo las relaciones entre el contexto y el discurso en general, sino que también reflexionar críticamente sobre esta relación en nuestro propio discurso académico.

Los sonidos

La sociolingüística clásica le ha prestado mucha atención a los aspectos sociales de las estructuras de los sonidos, como el papel de la variación de los sonidos o el acento en el uso de la lengua estándar *versus* los dialectos, o las diferencias de clase o educación (Honey, 1989, 1997). Estos acentos se asocian o interpretan variablemente en términos de poder, estatus, grado de atracción, solidaridad, etcétera, o se dice que comunican identidades sociales o regionales de los hablantes. Las estructuras de los sonidos también pueden señalar aspectos de la *situación* actual. Cuando estamos enojados, asustados o enamorados, tendemos a usar un «tono» diferente (Gussen-hoven, 2004). Por razones obvias, una conversación romántica por lo general tendrá lugar a un volumen más bajo que el que un vendedor utiliza al vender sus productos en el mercado (Bauman, 2001). Asimismo, cuando bajamos la voz, se puede interpretar que no queremos que nos escuchen, que el tema de nuestra conversación es confidencial o tabú; una voz más baja también puede interpretarse como una amenaza. Además, las investigaciones etnográficas han demostrado que el volumen alto puede variar en distintos grupos culturales (Saville-Troike, 2002; Tannen, 1981).

En otras palabras, algunos aspectos relevantes del contexto, como el estado emocional del hablante, la distancia entre el hablante y el oyente o la intimidad de las relaciones, puede afectar algunos aspectos de la fonética o fonología de las expresiones, como el tono, la velocidad, el volumen, la entonación o diferentes fonemas (Bachorowski y Owren, 1995; Greasly, Sherrad y Waterman, 2000; Ladd, 1990; Markel, 1998; Palmer y Occhi, 1999; Whissell, 1999). Como las usamos en diferentes circunstancias, sabemos que las variaciones de los sonidos están bajo control (o son controlables) y que son potencialmente funcionales o relevantes.

Lo mismo es cierto en el caso de los aspectos sociales de las situaciones (Bradac y Mulac, 1984; Cashdan, 1998). Los sargentos que «ladran» sus órdenes a los reclutas tienden a hacerlo a un volumen muy alto, igual como lo hacen los padres enojados con sus hijos, demostrando y estableciendo así autoridad o poder. El tono irónico o sarcástico en una pregunta hecha por un profesor a un alumno puede asimismo indicar diferencias de poder y también marcar una diferencia en términos de conocimientos (Ladd, 1997).

En ocasiones, estas diferencias en las estructuras de los sonidos también son una manifestación de diferencias biológicas, por ejemplo, de la edad o el sexo; pero en ciertos tipos de situaciones estas expresiones diferentes están bajo control, por ejemplo, cuando

los niños imitan a las mamás y los papás bajando o subiendo la voz en sus juegos (Andersen, 1996; Ervin-Tripp, 1973); cuando una mujer que está en una posición alta que tiene una voz aguda intenta hablar con una voz más grave para parecer más «estadista», como era el caso de Margaret Thatcher (Atkinson, 1984); cuando los hombre homofóbicos se ríen de los homosexuales usando tonos «femeninos»; cuando imito el acento urbano de Ámsterdam; o cuando mis amigos españoles imitan el acento holandés de mi español. En estos casos, se pueden usar diferentes estructuras de sonidos para señalar diferentes contextos o para comunicar significados «contextuales» específicos, como las identidades sociales reales o fingidas realizadas en las identidades sociales de los hablantes. En otras palabras, incluso las influencias biológicas del sexo o la edad, por ejemplo, en el tono o el volumen, pueden combinarse con restricciones sociales, por ejemplo, para enfatizar/desenfatizar/realizar el género, la edad u otras identidades (O'Hara, 1992).

Las estructuras de sonido variables que indican diferentes contextos e invitan a diferentes interpretaciones también pueden variar culturalmente. Las mujeres francesas aprenden a hablar en un tono más alto que las mujeres españolas, como es el caso de las mujeres japonesas comparadas con las holandesas (Van Bezooijen, 1995; para un análisis sobre la variación del tono, consultar Henton, 1995; O'Hara, 1992). En algunas culturas, además de mostrar diferencias léxicas u otras variantes en el contenido del discurso, se espera que las mujeres hablen más rápido que los hombres.

En el caso del análisis del discurso, estos estudios de la variación genérica en el discurso deberían entenderse como una extensión de los estudios clásicos de la sociolingüística de la variación de los sonidos, los que en general simplemente hallan (pero muy pocas veces explican) que las mujeres (del Reino Unido y Estados Unidos) tienden a usar formas de sonidos más cuidadosas, estándares y prestigiosas que los hombres, que tienden a usar formas más vernáculas en las conversaciones diarias (Labov, 1966, 1990; Trudgill, 1972). Eckert (1989) y otros enfatizan que, en cualquier caso, las variables sociales como el género y la edad (también) deberían formularse en términos de, por ejemplo, comunidades de práctica o etapas de la vida. De esta manera, la variación de los sonidos puede utilizarse como el marcador de identidad de un grupo juvenil específico en el que se combinan la edad, la clase social y otras restricciones sociales. Lo mismo es cierto en el caso del cambio de códigos, por ejemplo, entre los puertorriqueños que viven en Nueva York (Zentella, 1997). Nuevamente, vemos que no es la estructura social o sus variables lo que condiciona (ni causa) la variación lingüística, sino que las auto-definiciones más o menos conscientes de los hablantes, es decir, los modelos contextuales.

Cuando les hablamos a los bebés y los niños pequeños no sólo usamos formas gramaticales diferentes, sino que también usamos un tono diferente en distintas culturas (Schieffelin y Ochs, 1986). Por otra parte, en algunas culturas (idiomas) las preguntas se hacen con un tono ascendente al final de la pregunta, mientras que en otras es lo contrario. También es bien sabido que para muchas personas en el norte de Europa una conversación en otros idiomas y culturas puede entenderse como una discusión, debido

al tono, volumen y/o velocidad más altos. En la misma línea, en algunos idiomas, las preguntas no se formulan con una entonación ascendente y, de esta manera, pueden sonar como declaraciones u órdenes para los hablantes de inglés. Los conflictos en la comunicación transcultural pueden ser la consecuencia obvia de estas diferencias (Kochman, 1981), como es el caso en el conocido estudio de los trabajadores de restaurantes indios en el aeropuerto de Heathrow, en Inglaterra, cuya comunicación con los clientes se interpretó como «poco amigable» (Gumperz, 1982b).

Podemos ver que, hasta ahora, algunas diferencias pueden expresar, indicar o señalar diferentes emociones, poder, autoridad, género, identidad social o «claves» de interpretación (serias o imaginarias) y con frecuencia acompañadas de diferentes actos de habla (por ejemplo, órdenes *versus* solicitudes) o géneros. Sin embargo, se debe tener en cuenta que las estructuras variables de los sonidos como «expresiones» o «indicios» de diferentes propiedades del contexto pueden ser más o menos funcionales, dependiendo del grado en que están bajo control. La calidad vocal diferente de las mujeres puede (hasta cierto punto) ser una manifestación del sexo biológico, pero también indica el género social, que puede ser controlado para aparecer más «femenino». Por lo general, elevamos nuestra voz cuando estamos enojados, pero esta manifestación de excitación sólo a veces es un indicio de una «performancia» (*performance*) más o menos controlada de la ira (y, en ese caso, garantiza una interpretación especial).

Es decir, esas variaciones de la estructura de los sonidos que los hablantes pueden controlar lo suficientemente como para influir en la interpretación de los destinatarios en términos de características contextuales específicas (poder, autoridad, género, emociones, etcétera) son especialmente relevantes a nivel contextual e interaccional. Para distinguir estas relaciones diferentes entre el texto y el contexto, hablamos, en sentido semiótico, de *índices* de, por ejemplo, las diferencias biológicas de los sonidos (de la misma manera en que lo hacemos cuando decimos que el humo es un indicio de fuego) y de *símbolos* cuando se busca que estas estructuras de sonidos sean convencional o culturalmente interpretadas como una propiedad específica del contexto (por ejemplo, estoy enojado, yo soy el jefe, yo tengo el control, te amo, me das miedo, tengo una buena educación, etcétera). Esos símbolos por lo general son controlados o se pueden controlar. Observen, sin embargo, que la distinción entre variaciones (interaccionales) «naturales» y «sociales» de la voz no es muy clara, como sabemos gracias a la expresión de emoción: hablar rápido, fuerte o en forma apurada puede ser, por lo tanto, un *índice* natural más o menos involuntario (incontrolable) de ira o nerviosismo, pero un *símbolo* de estas emociones cuando se realiza intencionalmente. Asimismo, cuando hablo español con acento holandés, este acento generalmente es un índice natural más que un «símbolo» convencional. Estas distinciones también corresponden a la pregunta de cuáles identidades sociales se representan explícita y conscientemente en los modelos contextuales.

Claves de contextualización

Trascendiendo los límites de la sociolingüística tradicional, los sociolingüistas interaccionales, inspirados especialmente por el trabajo de John Gumperz, han ido más allá de los estudios de la variación sociolingüística. Han demostrado que las diferencias sutiles de la entonación y otras «claves de contextualización», como los gestos, la mirada y la postura corporal, también pueden expresar o construir varias características contextuales, así como han enfatizado que los contextos no son fijos ni dados, sino que se construyen y actualizan automática y constantemente (Auer, 1992: 21ff; Auer y di Luzio, 1992; Cook-Gumperz y Gumperz, 1976; Gumperz, 1982a). Obviamente, el discurso tiene muchas otras maneras de señalar, indicar o referirse a su contexto que sólo estas características «superficiales» más sutiles. Sin embargo, la originalidad de estos estudios reside en el hecho de que señalan propiedades sensibles al contexto del habla que hasta ahora no habían sido tan estudiadas. Las claves de contextualización (*contextualization cues*) no son sólo una expresión de las dimensiones relevantes del contexto, sino que también *dan* relevancia a aspectos específicos de la situación relevante, una idea que también se enfatiza en el marco teórico de Goffman y en sus ideas sobre el «posicionamiento» (*footing)* (Goffman, 1974), que se analizan en *Sociedad y discurso.* Éste es especialmente el caso de los eventos comunicativos en los que las propiedades discursivas no están pre-establecidas por la situación misma (como el tiempo y el lugar) o por asignaciones predeterminadas de una institución (roles, expectativas de los roles), sino que emergen de forma reflexiva en la actividad misma: eventos como contar un chiste, ser agresivo o mostrar solidaridad. En esta línea de investigación, las claves de contextualización son aquellas propiedades del habla que, como tales, no tienen ni significado ni referencia, pero cuyo uso permite varias inferencias sobre la situación o los mismos actos que se llevan a cabo actualmente o las actividades en las que se participa.

De esta manera, se sugiere que las características prosódicas específicas (como la entonación, volumen o tono), una mirada, una postura específica o un cambio de código se pueden usar no sólo para «expresar» ira, por ejemplo, como un estado emocional del hablante, sino que también para construir un contexto en el que actos específicos, como acusaciones o críticas, se vuelven apropiados, o en el que las condiciones para actos de habla específicos (como el descontento del hablante por acciones pasadas del destinatario) se vuelven relevantes. Estas claves obtienen sus significados o funciones interaccionales específicamente porque adquieren relevancia mediante el *contraste* o la *diferencia*: un *cambio* de tono, volumen, velocidad, mirada, postura, registro o idioma.

Obsérvese, no obstante, que en línea con lo que se ha dicho antes sobre la delimitación del estilo y el registro, podemos preguntarnos si las claves de contextualización se limitan a detalles de la estructura superficial (sonido, entonación). No hay razón para que palabras, estructuras sintácticas o incluso temas o movimientos retóricos específicos no puedan interpretarse como algún aspecto del contexto, como, por ejemplo, cuando los médicos o los abogados utilizan su jerga técnica para transmitir poder profesional o exclusividad. Es decir, todos los aspectos del discurso tratados en esta sección pueden

categorizarse como «claves de contextualización», como expresiones que permiten hacer inferencias sobre propiedades específicas de la situación social según la representación del hablante.

Estructuras visuales

La mayor parte del trabajo realizado en los campos de la lingüística, sociolingüística y etnografía se concentra en el uso del lenguaje, específicamente en la conversación natural y, por lo tanto, ha tendido a favorecer un análisis de las estructuras de los sonidos más que de las estructuras visuales. Éstas últimas se han estudiado con más frecuencia en el área de la literatura, los medios de comunicación masivos y la comunicación informatizada y, en términos más generales, en la semiótica e historia del arte que en el análisis del discurso y la conversación (Van Leeuwen, 2005).

Sin embargo, en una teoría general del contexto y de las relaciones entre el texto y el contexto, las estructuras visuales también se deben estudiar: el diseño de página, el tamaño, tipo y color de la letra, el uso de encabezados, títulos y subtítulos, leyendas, tablas, números, caricaturas, dibujos, fotografías, imágenes, películas, etcétera, como parte de la expresión de un discurso (multimedia) (Hanks, 1996). Podemos tener una conversación muy formal o un debate parlamentario, pero también podemos recibir una carta formal o leer una editorial formal en el periódico y la formalidad también se manifestará en la manera en que estas han sido impresas o visualmente clasificadas o marcadas.

Existe una diferencia contextual obvia entre una carta extremadamente formal del Presidente o de una importante oficina de abogados, por una parte, lo que indica estatus y poder, y una carta de amor escrita en papel o enviada por correo electrónico de nuestro enamorado, por otra, lo que señala una relación social cercana e informal. Muchas de estas diferencias obvias hasta ahora han sido el objeto de libros tipo «Cómo…» (por ejemplo, Ryan, 2003) en lugar de una investigación sistemática (pero en el caso de géneros discursivos de la internet, consultar, por ejemplo, Crystal, 2001; Thurlow, Lengel y Tomic, 2004). También existen diferencias visuales de estilo entre el diseño de un periódico de formato grande y uno sensacionalista, por ejemplo, en términos del tamaño del tipo de letra y de los titulares, el uso de color, subrayados, fotografía, etcétera (Kress y Van Leeuwen, 1998).

En otras palabras, los estilos de auto-presentación también se expresan visualmente, así como las funciones comunicativas y otras formas que tiene el contexto de expresarse en un texto, por ejemplo, para señalar si el periódico es más o menos popular. Además de expresar su propia «clase», en este caso, un periódico también se dirige a diferentes audiencias (en el caso de la prensa británica, consultar Jucker, 1992; para una explicación de los estilos de los periódicos en Estados Unidos, consultar, por ejemplo, Barnhurst y Nerone, 2002).

Los editoriales no sólo aparecen en un lugar determinado del periódico, sino que también tienen un formato especial (por ejemplo, letra cursiva) o un ancho especial de la columna (generalmente más amplio que el ancho normal de una columna) (Fowler, 1991,

208; Van Dijk, 1988a, 1988b). Ésta no es una simple característica visual del género discursivo, sino que también una expresión de la identidad de los autores, concretamente, de (uno de) los editores del periódico, incluso cuando no se usen expresiones de identificación. De la misma manera, podemos observar las siguientes variaciones discursivas visuales que pueden estar controladas por el contexto (consultar, por ejemplo, Barnhurst y Nerone, 2002):

- Las noticias pueden exhibir una «data» (*dateline* y *byline*) separada, que identifique al autor, la fecha y el lugar del informe noticioso o el escenario de los eventos reporteados.
- Los titulares de la mayoría de los géneros discursivos aparecen arriba, en letras grandes y, en los periódicos, impresos sobre varias o todas las columnas del artículo noticioso.
- Los *abstracts* de los artículos académicos aparecen en una posición fija, generalmente después del título y con tipo de letra especial (a menudo letra pequeña y/o cursiva).

Éstas y muchas otras dimensiones visuales del discurso no sólo constituyen propiedades convencionales de los géneros discursivos, sino que también pueden variar según el contexto. Los titulares tienden a ser más grandes cuando el acontecimiento se considera más importante y los artículos tienden a aparecer primero (arriba, al principio, etcétera) cuando se piensa que tienen un mayor valor noticioso. Estas condiciones aún pueden describirse en términos referencial-semánticos (por ejemplo, si la «importancia» se define como la cantidad de implicaciones de un acontecimiento) o en términos pragmáticos (si la «importancia» se define en términos de lo que es significativo para los participantes). Pero las mismas diferencias de la presentación visual (titulares más grandes o más pequeños o el uso de color o subrayado) también pueden indicar la clase o estatus de los periódicos (como entre *The Times* y *Sun* en el Reino Unido) y, en ese caso, esta variación requiere una explicación contextual apropiada. A excepción de los informes noticiosos sobre catástrofes, el uso de un tipo de letra grande en los titulares, así como el uso de letras en colores o subrayadas, se puede interpretar como una señal de mal gusto y, por lo tanto, asociarse con vulgaridad o estética de clase baja, dependiendo de los modelos contextuales de los lectores, que, claro está, pueden incluir su propia identidad de clase (Ames, 1989; Berry, 2003; Harrower, 1998; consultar también Van Leeuwen, 2006). Las diferencias de diseño también pueden interpretarse como la comunicación de un «tono» diferente en las noticias (Middlestadt y Barnhurst, 1999) o incluso como una inclinación política (Keshishian, 1997).

Además de observar las variaciones de la expresión visual y de interpretarlas en términos contextuales, también podemos examinar la relación contraria y tomar las categorías textuales y ver cómo se expresan comúnmente en términos visuales. De hecho, ¿qué sucede con las expresiones visuales de las categorías contextuales típicas, como la edad, género, poder, autoridad, intimidad, papeles institucionales (percibidos), etcétera? Ya hemos mencionado algunos ejemplos de esta co-variación de la relación

texto-contexto: los niños, hombres de empresas, profesoras, jóvenes abogados o grandes empresas estadounidenses pueden elegir diferentes estilos de redacción, por ejemplo, para señalar poder, formalidad, intimidad u otros aspectos relevantes de la situación social. Los periódicos serios y los periódicos sensacionalistas difieren más notoriamente en sus diversas formas de diseño visual: más o menos variación en el tipo de caracteres, más o menos color en el texto, más o menos material pictórico, etcétera. Los países, empresas, investigadores, mujeres y artistas pueden tener estilos específicos de sitios web y estas diferencias también se expresan visualmente (Mitra, 2004; Mohammed, 2004; Lin y Jeffres, 2001; Vazire y Gosling, 2004; consultar también Lemke, 1999). Un análisis semiótico más detenido tiene que proporcionar las diferencias detalladas en estas formas de estilos visuales, ya que expresan o representan distintas restricciones contextuales.

Sintaxis

Una de las características esenciales del estilo es la variación sintáctica. Esta variación es limitada por la gramática de un lenguaje, con la excepción de la poesía, la publicidad y otros usos artísticos o creativos del lenguaje que permiten varias clases de sintaxis «anormales» (Austin 1984, 1994). Comparada con la variación fonológica y morfosintáctica (como en el caso de *ain't* en lugar de *isn't* o *aren't*, en inglés), la sociolingüística ha estudiado la variación sintáctica mucho menos, porque ocurre con menos frecuencia, es menos llamativa y, por lo tanto, funciona menos como una característica de grupo. De hecho, mientras un acento se oye inmediatamente y se interpreta como una señal de pertenencia regional o social del hablante, ese no es el caso de los patrones sintácticos (gramaticales) mínimos, que tienen lugar sólo ocasionalmente. Por ejemplo, a diferencia de la variación fonológica o morfosintáctica, el uso de la voz activa o pasiva no parece tener restricciones de clase o de género obvias (consultar, por ejemplo, Macaulay, 1991a, 1991b, 2005a, 2005b).

En un estudio de la variación sociolingüística en la introducción de nuevos referentes discursivos (por ejemplo, «Había un auto...» en contraste con «Un auto...»), Cheshire (2005) encontró diferencias de clase y de género entre los hablantes y concluyó que la explicación debe más bien darse en términos pragmáticos. De esta manera, si en la conversación los chicos (de diferentes ciudades inglesas) usaban menos frases nominales (FN) escuetas que las chicas, esto podría deberse a que deseaban ser más precisos en sus respuestas en las entrevistas y, por lo tanto, ser más explícitos en su introducción de referentes discursivos. Por otra parte, las chicas pueden haber interpretado la situación de entrevista más como una conversación y, de ahí, presupuesto más conocimiento y usado una introducción de referentes discursivos menos explícita. Al mismo tiempo, los chicos de clase media pueden haber usado más FN explícitas que los de clase trabajadora, porque tienen un estilo de hablar más independiente y orientado al hablante que los de clase trabajadora, quienes, al igual que las chicas, usan un estilo más orientado al destinatario.

En términos de mi marco teórico, entonces, vemos que, en este caso, no existe una señal directa de género o clase objetivos (como variables sociolingüísticas), sino que, más

bien, diferentes formas de definir la situación de entrevista y sus objetivos. Nuevamente, vemos cómo un enfoque que integra modelos mentales para abordar el contexto permite explicaciones mucho más sofisticadas de las relaciones entre la situación social y el discurso, aparte de la necesidad de una interfaz cognitiva que explique de qué manera el discurso puede verse influenciado por condiciones sociales, en primer lugar.

Muchas variantes sintácticas tienen significados o funciones diferentes y, por lo tanto, deben explicarse en términos semánticos, pragmáticos o retóricos; por ejemplo, las oraciones en voz activa o pasiva o las nominalizaciones plantean una perspectiva diferente en la descripción de un acontecimiento, enfatizando o des-enfatizando la agencia y responsabilidad de los actores mencionados. El Análisis Crítico del Discurso con frecuencia ha destacado que estas diferencias sintáctico-semánticas combinadas del discurso también pueden tener implicancias sociales o políticas, por ejemplo, cuando los hablantes desean criticar a los actores o exonerarlos de la responsabilidad frente a acciones positivas o negativas. De esta manera, en la cobertura de la «raza» en la prensa, un periódico puede querer criticar a la policía por el uso excesivo de violencia con la juventud negra y puede hacerlo enfatizando la responsabilidad de la policía de varias maneras. Por ejemplo, comúnmente puede hacerlo mencionando explícitamente a la policía como los agentes de una acción agresiva en la posición inicial (tema) de una oración (Fowler, Hodge, Kress y Trew, 1979; Van Dijk, 1991).

Por otra parte, la responsabilidad de los hombres por ejercer violencia contra las mujeres puede aminorarse mediante el uso de la voz pasiva en los medios de comunicación, así como en procesos en tribunales o en otro tipo de discurso legal (Henley, Miller y Beazley, 1995; Lamb, 1996; Penelope, 1990; Phillips y Henderson, 1999). Lo anterior no es importante sólo en el caso de la semántica imparcial del discurso de género, por ejemplo, en las noticias de la prensa, sino que también en el caso de un análisis crítico del contexto de, por ejemplo, si los hombres usan la voz pasiva sin agente para negar o minimizar su propia participación activa en actos de violencia o discriminación contra las mujeres. Así, Ehrlich (2001), en un estudio detallado del habla de violadores masculinos en procesos penales en Canadá, demostró cómo los perpetradores utilizan sistemáticamente la sintaxis y el léxico para mitigar sus propias acciones negativas (y, asimismo, los jueces pueden tender a ocultar la responsabilidad del perpetrador de un crimen violento encontrando una explicación convincente en términos sicológicos; consultar Coates y Wade, 2004).

Clark (1992), en un estudio del periódico británico sensacionalista *Sun*, demostró cómo la representación de la violencia contra la mujer puede verse minimizada por medio de expresiones en voz pasiva y nominalizaciones en los titulares, en las que los perpetradores masculinos están notoriamente ausentes. Henley, Miller y Beazley (1995) encontraron lo mismo en la prensa estadounidense. Además, en un (raro) estudio experimental subsiguiente, establecieron que estos relatos imparciales influyen en los lectores, quienes atribuyen menos responsabilidad a los hombres cuando leen informes en los que la violencia de los hombres es aminorada por medio del uso de la voz pasiva.

Independientemente de si estas noticias han sido escritas por hombres o mujeres, es

obvio que se han escrito sobre la base de modelos mentales con una perspectiva masculina. Lo mismo es cierto, y no sólo para el mismo periódico sensacionalista, en el caso de la representación de la violencia ejercida por (policías) blancos con jóvenes negros (Van Dijk, 1991). Por lo tanto, podemos concluir que se trata de una manifestación general de un prejuicio grupal en el discurso, así como de sus ideologías subyacentes y de los modelos mentales de los acontecimientos, ideológicamente influenciados: los miembros de un grupo tienden a mitigar las acciones y actitudes negativas de su propio grupo (Van Dijk, 1998).

Como es el caso de muchas otras relaciones entre el contexto y el discurso analizadas en este capítulo, no es el género «objetivo» de los hombres como tal el que controla estas opciones sintácticas, sino que su auto-representación genérica como hombres y, por lo tanto, su incapacidad de identificarse con los perpetradores de prácticas sexistas, es decir, el modelo contextual que construyen durante la interacción discursiva.

En términos más generales, los modelos mentales «semánticos» de los acontecimientos (que, como tales, no requieren expresión discursiva, y pueden utilizarse sólo para otras acciones o reacciones no verbales), pueden verse aún más restringidos por condiciones contextuales «pragmáticas», cuando estos modelos «parciales» se expresan en el discurso. Generalmente, encontramos una diferencia pragmática entre las acusaciones de la policía en los medios de comunicación, aquellas formuladas por los jóvenes negros que son las víctimas y los abogados que denuncian esta conducta de los policías en los tribunales.

Por lo tanto, también podemos tener variaciones en el estilo mediático, en el estilo legal y en la conversación entre jóvenes negros a nivel sintáctico, por ejemplo, en términos del orden de las palabras, la extensión y complejidad de las oraciones, el uso de la voz activa o pasiva, nominalizaciones, etcétera. La edad, la clase, el grupo étnico y las relaciones sociales (como de poder y solidaridad) entre los participantes del discurso, así como las situaciones, objetivos e ideologías personales o institucionales de los hablantes pueden influir indirectamente en la variación sintáctica de la «formulación» de los modelos mentales del discurso. Jucker (1992) demostró cómo las diferencias sintácticas, como la complejidad o el uso de modificadores anteriores y posteriores en los periódicos británicos, indican diferencias de estilo entre los periódicos «de calidad» y los «populares», con diferencias adicionales entre las secciones (noticias internacionales o deportes) dentro de los periódicos mismos. Los padres se dirigen a los niños pequeños no sólo con un estilo léxico diferente, sino que también con estructuras sintácticas distintas en la conversación (Snow y Ferguson, 1977), como también es el caso de los libros y los programas de televisión para niños. Las noticias, la poesía y la publicidad difieren radicalmente de otros tipos de textos escritos en su sintaxis. Generalmente, esto significa que las estructuras de la oración del discurso escrito y formal tienden a ser más largas y complejas que las del habla. Asimismo, las conversaciones cotidianas, la poesía y la publicidad pueden usar estructuras de la oración más «creativas», por ejemplo, oraciones incompletas o agramaticales con significados o implicaciones semánticos o pragmáticos especiales, como se ha demostrado repetidamente en estudios lingüístico-literarios

(Austin, 1994; Cook, 1994; Ehrlich, 1990; Fowler, 1996; Toolan, 1990; Ventola, 1991).

Gran parte de los primeros trabajos sobre la variación lingüística se enfocaba en estas y otras propiedades de la sintaxis. Generalmente, tienden a co-variar. Así, en un importante estudio, Biber (1988) demostró que las variaciones de las características lingüísticas pueden tener lugar al mismo tiempo en diferentes géneros discursivos, como varios tipos de tiempos verbales, adverbios, pronombres, pro-verbos (*pro-verbs*), nombres, nominalizaciones, voces pasivas sin agente, pronombres relativos, preposiciones, adjetivos, índices de diversidad léxica (*type/token ratios*), suavizadores lingüísticos, atenuantes retóricos, amplificadores, partículas discursivas, verbos, verbos modales, eliminación del pronombre relativo *that* (que, en inglés) y coordinación. El análisis factorial de la varianza le permitió distinguir varios factores que podrían, a su vez, interpretarse en términos de diferentes géneros discursivos, por ejemplo, a través de las funciones de las características sintácticas. Por ejemplo, en su estudio, el Factor 1 se caracteriza por cargas positivas altas (> 0,30) en elementos como verbos «personales» (*private verbs*), eliminación del pronombre relativo *that*, contracciones (como *isn't*, en inglés), tiempo presente, pronombres de segunda persona, *do* como pro-verbo, negación analítica, pronombres demostrativos, pronombres enfáticos, pronombres de primera persona, atenuantes retóricos, partículas discursivas, amplificadores, etcétera. Las cargas negativas altas en este factor son elementos como los nombres, palabras largas, frases preposicionales, el índice de diversidad léxica y adjetivos atributivos. Juntos, los elementos de un factor sugieren un tipo «comprometido» de uso del lenguaje, como en el caso de las conversaciones cotidianas, que son menos informativas y (más) interactivas, afectivas, fragmentadas y sobre cualquier tipo de tema. Por otra parte, los elementos del mismo factor pueden definir un uso del lenguaje «informacional» como lo conocemos por los textos académicos, los que tienden a ser cuidadosamente editados, más formales y menos afectivos, entre otras características. Asimismo, un segundo factor se define según los elementos que caracterizan a las historias, en las que tendemos a encontrar verbos en pasado, verbos de aspecto perfecto y pronombres de tercera persona, porque, por lo general, las historias tratan sobre las acciones de los protagonistas en el pasado (obviamente, esto no es así en el caso de las historias personales contadas en las conversaciones, que pueden ser sobre el hablante y, por lo tanto, tienden a tener pronombres en primera persona, como es el caso de las conversaciones en general). Claro está que no encontramos muchos verbos en tiempo presente en las narraciones (como sí es el caso de las conversaciones), de manera que ese elemento tiene una carga muy negativa en este factor.

Se debe enfatizar que en el marco de este libro los resultados de este trabajo seminal sobre la variación sintáctica deben interpretarse con cuidado. Obviamente, cuando los elementos sintácticos tienden a aparecer juntos, esta aparición simultánea puede descifrarse en términos de varias dimensiones que caracterizan diferentes tipos de textos o géneros discursivos en el caso de, por ejemplo, las conversaciones cotidianas, la prosa académica y la narración. Sin embargo, hemos observado anteriormente que la variación sintáctica no sólo tiene funciones contextuales pragmáticas, sino que también semánticas.

De esta manera, el uso frecuente del tiempo pasado en las historias deriva de la convención narrativa que las historias tratan sobre acontecimientos y acciones pasadas de los seres humanos, lo que constituye una restricción semántica. Lo mismo resulta cierto en el caso del uso frecuente del tiempo presente en la prosa académica (que se refiere a acontecimientos generales, atemporales o a acontecimientos actuales específicos). Asimismo, la prosa académica trata sobre temas especializados y, por lo tanto, requerirá palabras especializadas, es decir, más largas y más variadas y un índice de diversidad léxica alto. En resumen, estas variaciones sintácticas señalan *de qué* se tratan en estos tipos discursivos y no quiénes los usan, ni cuándo ni dónde y, por lo tanto, no son variables del discurso dependientes del contexto.

Por otra parte, las restricciones contextuales y las condiciones de producción se manifiestan a través de otras características lingüísticas. Así, la eliminación frecuente del pronombre *that*, las contracciones (en inglés) y las partículas discursivas como *well* (bueno) indican habla informal, como también los pronombres deícticos, como los de segunda persona, que generalmente presuponen la presencia de un interlocutor de la situación actual o verbos «personales» (yo pienso, yo creo, etcétera) que expresan las opiniones actuales del hablante. Tanto los aspectos «semánticos» como los «pragmáticos» de estos elementos lingüísticos indican las *funciones* típicas de diferentes géneros discursivos en el contexto comunicativo. Mientras las conversaciones entre amigos por lo general manifiestan una intervención e interacción altamente personales entre los participantes, la prosa académica funciona para describir o explicar eventos complejos que tienen lugar en la naturaleza o la sociedad y para informar a otros especialistas, principalmente. Para que los elementos lingüísticos —y específicamente sintácticos— coincidan con el contexto, tenemos que relacionarlos con los tipos de textos (géneros discursivos), como las narraciones, conversaciones o prosa expositiva, por una parte, y con los géneros contextuales y sus funciones, como las conversaciones cotidianas, los informes noticiosos de la prensa, los artículos académicos o los debates parlamentarios, por otra. Si el objetivo principal de los artículos académicos es expresar y transmitir el conocimiento especializado que también presupone el conocimiento académico de los escritores y los destinatarios, entonces los correlatos semánticos (especializados) del conocimiento especializado (por ejemplo, de significados diferentes en el campo de la genética) se expresarán por medio de diferentes sustantivos «técnicos» y extensos. Obviamente, la prosa académica tiene muchas otras funciones, como exhibir conocimiento y ejercer poder, autoridad, etcétera; sin embargo, estas funciones por lo general no son capturadas por elementos sintácticos, sino que por otras propiedades discursivas, como las citas.

Es interesante que géneros discursivos muy disímiles, como las conversaciones diarias y la prosa académica, también pueden tener elementos sintácticos en común, como la alta frecuencia de atenuantes retóricos (Hyland, 1998; Markkanen y Schröder, 1997). Sin embargo, mientras en la conversación su función suele ser modular sentimientos y opiniones (por ejemplo, para evitar herir los sentimientos de los destinatarios y, en general, para manejar la imagen), en la prosa académica su función es indicar precaución

con respecto a declaraciones y conclusiones generadas a partir de investigaciones y limitar la responsabilidad frente a errores. Nuevamente, vemos que la interfaz entre las estructuras contextuales y las estructuras discursivas, por ejemplo, a nivel sintáctico, es bastante compleja y con frecuencia, indirecta.

Si nos concentramos en condiciones pragmático-contextuales exclusivas o dominantes, podemos terminar con sólo unos pocos elementos lingüísticos. De esta manera, las categorías Tiempo y Lugar de los Escenarios contextuales tienden a expresarse más o menos directamente mediante expresiones deícticas como adverbios de lugar y tiempo (aquí, ahora, hoy, todavía, etcétera), en las conversaciones y también en cartas y noticias. En los debates parlamentarios en el Reino Unido, estas expresiones deícticas pueden indicarse mediante descripciones de lugar definidas, como *la Cámara* (o *The Other Place*, «el otro lugar», haciendo referencia a la Cámara de los Lores).

Las propiedades, roles y relaciones participantes se indican de muchas y complejas maneras, sólo algunas de las cuales son sintácticas, como el uso de pronombres de primera y segunda persona en conversaciones y cartas, los que señalan los papeles comunicativos del hablante y el destinatario. Y, al mismo tiempo, la falta de compromiso de los hablantes puede señalarse mediante la ausencia de verbos personales, la presencia de verbos impersonales, etcétera, por ejemplo, en la prosa académica.

Sin embargo, si especificamos las condiciones contextuales, por ejemplo, para describir los discursos o debates parlamentarios, como fue el caso del discurso de Tony Blair en la Cámara de los Comunes británica, existen algunos correlatos sintácticos directos de los roles y relaciones de los participantes, excepto el uso de *yo* y *tú*, para referirse al hablante y a los destinatarios en la mayoría de las formas del lenguaje hablado y, en términos más específicos, expresiones formulaicas como «mi honorable amigo». En estos debates, los pronombres como *nosotros* pueden señalar al hablante (como en el caso del pronombre *nosotros* de la realeza, que indica poder y autoridad), nosotros-el-gobierno (cuando habla el Primer Ministro) o cualquier otro grupo con el que el hablante se sienta relacionado (el mismo partido, el mismo país, etcétera). Sin embargo, nada de esto es exclusivo, como debe esperarse, porque los factores sólo indican tendencias o la probabilidad de que algún elemento lingüístico tenga lugar y en comparación con otros géneros discursivos. Es decir, sólo podemos decir que el pronombre de primera persona plural *nosotros por lo general* o *con frecuencia* se utiliza en aquellos discursos en los que el hablante o escritor señala varias clases de pertenencia a grupos, como es el caso en géneros discursivos tan disímiles como las conversaciones cotidianas, los debates parlamentarios y el discurso político en general (Beard, 1999; Wilson, 1990); pero, obviamente, éste no siempre es el caso. La polarización de los pronombres *nosotros* (a nosotros, nuestros) *versus ellos* (a ellos, de ellos) también puede caracterizar las conversaciones cotidianas como, de hecho, pueden hacerlo todas las formas de discurso ideológico polarizado, que por lo general incluyen a los debates parlamentarios, la propaganda política y los artículos de la página opuesta al editorial de los periódicos (Van Dijk, 1991, 1997). Pero en el español no hay correlatos sintácticos que señalen que el hablante es el Primer Ministro, un parlamentario

o socialista, joven o viejo, amigo o enemigo, a menos que el hablante explicite ese rol, como hace Tony Blair cuando dice «Aquí estamos, el Gobierno, ...». Y sólo algunos idiomas expresan formalmente estas características tan generales del hablante como el género, la edad o el estatus.

La categoría contextual de la Acción en Curso (como la intención de Tony Blair de legitimar su política de gobierno mediante su discurso, así como otras acciones políticas en las que participa al dirigirse a los Comunes) apenas se indica mediante elementos sintácticos formales exclusivos. Sin embargo, en el caso de los discursos parlamentarios típicos, el uso frecuente de las expresiones modales como *deber* para referirse a medidas que «nosotros» (el gobierno, el parlamento, la nación) estamos obligados o que nos han sugerido tomar es una característica que comparten con la mayoría de los géneros discursivos relacionados con la toma de decisiones, como también sería el caso de una reunión del directorio de una organización. Lo mismo es cierto en relación con categorías como Objetivos o Metas, claro está, que por lo general se indican mediante tiempos verbales futuros, adverbios de tiempo y expresiones modales (sobre lo que nosotros o ellos deberían hacer).

Finalmente, como he señalado anteriormente, el Conocimiento es una categoría fundamental del contexto y tiene que tratarse con cuidado, lo que significa que hay muchas formas en que el discurso debe señalar lo que los participantes saben sobre el conocimiento del otro. Esto se expresa no sólo en las presuposiciones de la semántica del discurso, sino que también en varias estructuras sintácticas, como el uso presuposicional de los artículos definidos (por ejemplo, *la Cámara, el gobierno, el curso de acción establecido*, etcétera, en el discurso de Blair), cláusulas precedidas con *que* y, por supuesto, todas las pro-formas, como la tercera persona «él». Las nominalizaciones, por lo general, también son definidas y, por lo tanto, presuponen un conocimiento sobre la acción nominalizada (por ejemplo, «*la* manipulación de la opinión pública» en lugar de «*una* manipulación de la opinión pública»).

Para concluir esta sección, vemos que los elementos sintácticos habitualmente se relacionan de manera directa y variada con las propiedades del contexto, a menudo a través de su significado semántico o su referencia, expresiones deícticas que se refieren a parámetros del escenario; roles de los participantes, como hablantes y destinatarios; pertenencia o no pertenencia a un grupo; en algunos idiomas, el género y la edad de los participantes; y, finalmente, los numerosos indicadores de conocimiento presupuesto o consolidado (como en el caso de las expresiones definidas o los pronombres).

Es decir, existen algunos elementos gramaticales con funciones exclusiva y directamente contextuales, lo cual también es cierto en el caso de las estructuras sintácticas. Esto puede ocurrir —generalmente en combinación— con más o menos frecuencia en algunos géneros discursivos y, por lo tanto, puede requerir contextos específicos, pero muy pocas veces exclusivos. Por el contrario, algunos elementos pueden caracterizar clases de género discursivo, dimensiones o funciones del uso del lenguaje más generales. De esta manera, los verbos personales, la eliminación del

pronombre relativo *that* (en inglés), algunas contracciones y varias partículas discursivas, entre otras características del discurso, son más bien típicas de la interacción hablada informal que de los géneros discursivos formales escritos y, al respecto, también indican aspectos del contexto. Por otra parte, aunque los verbos en tiempo pasado caracterizan varias clases de narraciones (incluidas las noticias y el discurso histórico) y, por lo tanto, de géneros discursivos, esto no se debe a razones pragmático-contextuales, sino a las restricciones semánticas que tienen estos géneros discursivos, que por lo general tratan de acontecimientos, acciones o experiencias en el pasado. Además, dentro de los mismos géneros discursivos, a menudo existe una variación considerable entre los textos, de manera que, por esta razón, podemos caracterizar los géneros discursivos y, por lo tanto, las relaciones entre los textos y los contextos, sólo aproximada y probabilísticamente en términos sintácticos.

Léxico

La variación léxica es eminentemente sensible al contexto y esperaríamos que se haya estudiado ampliamente en los campos de la estilística, la sociolingüística, el ACD y otros estudios con orientación social del lenguaje, así como también en otras disciplinas. Pero la verdad no es ésa. Hoy en día, parece no haber monografías (al menos en ningún idioma occidental europeo) que traten particularmente de la variación social, contextual y léxica, y sólo podemos encontrar unos pocos artículos sobre el tema (en el caso de la variación léxica en general, consultar, por ejemplo Geeraers, Grondelaers y Bakema, 1994).

Los hablantes muestran sus identidades sociales, sus relaciones, la adaptación a la audiencia, los estados de ánimo, las emociones y valores, opiniones, actitudes, objetivos y las clases de situaciones (in)formales o institucionales en las que están hablando o escribiendo mediante las palabras que eligen. En resumen, existen pocas categorías contextuales que *no* estén marcadas por la elección léxica, además de la elección de las expresiones deícticas, las partículas discursivas y otras palabras mencionadas en la sección sobre sintaxis.

Debemos recordar, sin embargo, que la elección léxica está controlada primeramente por los significados o por los modelos subyacentes de los eventos de los usuarios del lenguaje: como estrategia general, las personas seleccionan palabras que expresan lo mejor posible la información específica de estos modelos de eventos. Si tenemos palabras con un significado (semántico) más o menos parecido, se pueden usar alternativas que, además, señalen alguna restricción que represente el modelo contextual.

Por ejemplo, sistemáticamente, existen expresiones alternativas para diferentes clases o niveles de formalidad —baja, estándar y alta— como sabemos gracias a grupos de palabras como *ratear*, *robar* y *apropiarse* (o *sustraer*). Otras restricciones contextuales sobre la lexicalización incluyen categorías y ejemplos bien conocidos como los siguientes (entre muchas otras publicaciones, consultar Barbour y Stevenson, 1990; Downing, 1980; Eckert, 2000; Eckert y Rickford, 2001; Geeraerts, Grondelaers y Bakema, 1994;

Singleton, 2000; Wolfram y Schilling-Estes, 1998):

- **Tipo de situación**: formal *versus* estándar *versus* informal (coloquial, popular) *versus* vulgar; pública *versus* privada; institucional *versus* no institucional; variación de clase; universitaria *versus* no universitaria; formas diglósicas H *versus* L; expresiones que definen la variación del registro y el estilo léxico: *automóvil* versus *coche*; *hombre* versus *tipo* (*chico*, *chaval*, *tío*, etcétera); *baño* versus *aseo* versus *lavabo*; *copular* versus *follar*; etcétera.
- **Variaciones regional-dialectales**: *apartment* (inglés norteamericano) *versus flat* (inglés británico); gasolina *versus* combustible; *Samstag* (alemán del norte) versus *Sonnabend* (alemán del sur). Estas variaciones también pueden utilizarse a propósito y convertirse así en variaciones funcionales como, por ejemplo, cuando los hablantes estadounidenses utilizan palabras británicas estando en Estados Unidos para parecer más británicos.
- **Identidad y estereotipos sociales**: (por ejemplo, género, clase, grupo étnico, edad, etcétera) como *adorable*, *divino*, *espléndido*, etcétera (utilizados por o atribuidos a mujeres u homosexuales); *genial*, etcétera (como una cualidad positiva: gente joven); *tipo*, *negro*, *punk*, etcétera (inglés vernáculo afro-americano; jóvenes).
- **Usos especializados *versus* no especializados**: (roles y educación de los participantes —hablantes y audiencia; especialistas— conocimiento, situaciones institucionales, etcétera). Por ejemplo, *gripe* versus *influenza*; *aspirina* versus *ácido acetilsalicílico* en el caso del uso del lenguaje estándar y médico, y ejemplos similares en las ciencias sociales y jurídicas.
- **Posición social**: (estatus, poder, fama de los participantes). Por ejemplo, (trato) *Su Excelencia*, *Su Señoría*, *Señor*, *Señora*, etcétera; (saludos) *atentamente*, *tu amigo*, etcétera; pronombres que expresan poder y solidaridad, como *tú* versus *Usted*, etcétera.
- **Relaciones sociales**: (participantes: amigos *versus* enemigos; intimidad *versus* distancia, etcétera) entre los participantes. Por ejemplo, *querido* versus *queridísimo*, *cariño*, *mi amor*, etcétera; en castellano, *estimado* versus *querido* (en la forma de dirigirse a alguien, por ejemplo, en una carta).
- **Evaluaciones, valoraciones**: (opiniones, actitudes; ver también *Ideología*) de los hablantes y el diseño de la audiencia: palabras (más o menos) «positivas» *versus* «neutrales» *versus* «negativas»; eufemismos *versus* hipérboles; por ejemplo, *dar muerte*, *asesinar*, *matar*, *masacrar*, *exterminar*; *daños colaterales* versus *muertes de civiles* versus *masacre*.
- **Emociones de los hablantes**: verbos y sustantivos que expresan emociones (que indican las emociones del hablante cuando se usan en primera persona): *amar/amor*, *odiar/odio*, etcétera; adjetivos: *encantador*.
- **Ideología**: perspectiva, creencias y opiniones de los hablantes y/o el diseño de la audiencia: *terroristas*, *luchadores por la libertad*, *rebeldes*, *insurgentes*, *radicales*, *reaccionarios*, etcétera; *nosotros* versus *ellos*; comentarios sexistas y racistas.

- **Conocimiento**: (ver también papeles de los participantes, uso especializado, educación, etcétera), desde *abacial…* hasta *Zeitgeist o zeugma*.
- **Tipo de actividad**: todas las expresiones (deícticas, performativas) que indican qué tipo de (inter)acción social se está realizando mediante este (fragmento del) discurso. Por ejemplo, «Los declaro marido y mujer»; «En esta clase».
- **Objetivos**: todos los sustantivos, verbos, adverbios, etcétera que indiquen las intenciones, propósitos, objetivos y metas del hablante o escritor: «Con esta clase espero»; «El objetivo de este libro es… etcétera.

Aunque esta lista de los tipos de control contextual de la elección y variación léxicas no es exhaustiva, sí refleja que casi todas las categorías contextuales tratadas anteriormente muestran alguna forma de expresión o representación léxica. Cada uno de estos tipos necesitaría un análisis extenso y comentarios más profundos, así como también más investigaciones empíricas. Por ejemplo, las variaciones genéricas en la elección léxica no sólo varían entre diferentes lenguas y culturas, sino que también dentro de la misma lengua o cultura, por ejemplo, en función de otras restricciones sociales, como la clase, educación, ideología, etcétera, de los hombres y mujeres hablantes o destinatarios, con cambios importantes y rápidos entre e incluso dentro de distintas generaciones. Así, aunque Vincent (1982) encontró que los hombres mayores de Quebec tienden a decir palabrotas con más frecuencia que las mujeres mayores, existe una diferencia mucho menor entre los chicos y las chicas al respecto. Macaulay (2005a, 177) cita el ejemplo de una mujer escocesa que comenta sobre su propio uso del lenguaje en un ambiente laboral típicamente masculino, quien enfatiza que puede decir palabrotas como cualquier otro hombre, pero que se siente menos femenina al hacerlo, respaldando esta aseveración con ejemplos de lo que significa ser mujer para ella. Así vemos de qué manera los escenarios, como los lugares de trabajo, la clase, el género y las cuestiones de identidad pueden relacionarse de maneras complejas como condiciones de la variación léxica.

Así, aunque es difícil generalizar para vastas categorías sociales, se han encontrado diferencias genéricas en el uso directo e indirecto del lenguaje en el habla, así como también en el uso de expresiones más o menos «rudas» (Eckert y McConnell-Ginet, 2003: 188 y sig.; Gidengill y Everitt, 2003; véase también el análisis en Macaulay, 2001). También en las novelas de ficción, los detectives masculinos se representan e identifican en términos de su manera de hablar «rudo» (Christianson, 1989, 151-162). Nuevamente, obsérvese que estas diferencias genéricas tradicionales también son relativas a la clase y que pueden reflejar valores de la clase media y alta si se muestra que las mujeres de clase baja tienden a tenerle menos miedo a hablar «rudo», por ejemplo, en el trabajo o en un bar (consultar también Macaulay, 2001).

Por otro lado, a un nivel de explicación superior, Meyerhoff (1996) señala que, igualmente, los hombres de clase media tienden a sentirse cómodos con el uso de expresiones o acentos populares o rudos (de «clase baja), algo que las mujeres profesionales de clase media no se permitirían. Esto sugiere, nuevamente, que las restricciones contextuales, como las de género, que se muestran en la sociolingüística

tradicional pueden necesitar una reformulación en términos de constructos contextuales más complejos, que exhiban categorías discretas como el género y la clase, pero también restricciones más abstractas como las de poder y derechos.

Una de las variantes contextuales del estilo que se han examinado con más detenimiento son las expresiones racistas, que generalmente se asume que son expresadas por hablantes blancos (Essed, 1991; Mieder, 2002; Van Dijk, 1984, 1987). Las expresiones racistas funcionan la mayoría de las veces como un medio de dominación étnica, como también es el caso de muchas otras propiedades del discurso, cuando se habla a las minorías o cuando se habla sobre ellas. Curiosamente, Stokoe y Edwards (2007) descubrieron que estos insultos racistas también pueden usarse como medios de defensa o legitimación por parte de sospechosos de delitos ocurridos en vecindarios durante interrogatorios policiales, concretamente como «contra-reclamos».

Como es el caso del género, muchas otras restricciones contextuales sobre la elección y variación léxica pueden combinarse de varias formas de manera que, por ejemplo, hablantes mujeres u hombres, muy o poco educados, etcétera, pueden o no usar estilos más o menos altos o bajos, variantes regionales o palabras «intelectuales», etcétera, generando así una amplia gama de variaciones léxicas. Así, para explicar la elección léxica restringida por el contexto en un fragmento del discurso, podemos necesitar reconstruir contextos y hablantes como, por ejemplo, una periodista feminista, afro-americana, joven, de clase media, socialista y furiosa que escribe, desde Nueva York, en un mensaje de correo electrónico informal a un amigo y colega cercano judío y mayor, etcétera, eventos específicos similares. ¡Con razón es tan difícil hacer generalizaciones a partir de contextos tan específicos!

Esta definición de situaciones complejas también es relevante para la construcción de la categoría social a la que asignamos a los actores de los que hablamos o a los destinatarios a los que hablamos: todas las *etiquetas* que tenemos para describir a las personas son una función de estas definiciones y construcciones (McConnell-Ginet, 2003).

Aunque hemos dado ejemplos de la variación léxica en función de numerosas categorías contextuales, quizás los más obvios o «puros» son controlados por tipos de situaciones (por ejemplo, formales *versus* informales).

Estas situaciones generalmente se caracterizan mediante metáforas espaciales, como variedades altas, medias y bajas, y en ocasiones también se asocian a clases o estatus altos, medios y bajos; de esta manera, la variación situacional se vincula a la variación social (dialectal) (para acceder a un debate sobre esta relación, consultar, especialmente, los artículos en Eckert y Rickford, 2001). Aunque estas diferencias situacionales sistemáticas también existen en el caso del inglés, hay lenguas y culturas en las que estas distinciones están mucho más desarrolladas en el caso de las descripciones de objetos y en las formas de cortesía. En relación a lo anterior, Irvine (2001) se refiere a estudios de Errington (1988) sobre los estilos discursivos estratificados de Java, en los cuales se hace una distinción entre estilo «alto» (*krama*) —asociado a valores como el refinamiento, impasibilidad, tranquilidad, etcétera—, estilo «bajo» (*ngoko*), estilo «más ordinario», en el cual «uno puede perder la compostura» y que se acomoda a las susceptibilidades de

los destinatarios, y un estilo de nivel intermedio (*madya*), utilizado, por ejemplo, para referirse al arroz o al acto de comer. Duranti (1992) nos proporciona un análisis relacionado sobre el vocabulario de respeto que se utiliza en Samoa para referirse a los jefes y oradores (consultar *Sociedad y discurso* para más detalles). Como en cualquier otro lugar, las expresiones de respeto y deferencia no sólo indican relaciones jerárquicas, sino que también tienen funciones persuasivas cuando se utilizan para obtener lo que el hablante desea de destinatarios poderosos, lo que obviamente exige la representación de las metas del hablante en los modelos contextuales del destinatario.

De hecho, esta distinción entre (tres) niveles de estilo ya se había hecho en la literatura clásica, por ejemplo, en la rueda de Virgilio, un conjunto de elementos léxicos y géneros discursivos asociados de literaturas, héroes, etcétera para tres estilos: *gravis*, *mediocris* y *humilis* (consultar, por ejemplo, Lodge, 2004). El inglés también tiene la misma clase de variación situacional, como nos lo hace notar la diferencia entre el nivel alto (formal, literario) de *sustraer* o *apropiarse*, el nivel medio (estándar) de *robar*, y varios sinónimos de nivel más bajo (popular, vulgar, etcétera), como *ratear* o *coger*; las variantes situacionales también pueden asociarse a varios dialectos sociales y regionales, así como a significados social-situacionales.

De estos ejemplos también se extrae que dichas formas indican no sólo varios tipos de situaciones, sino que también varias otras dimensiones sociales, como ser refinado o delicado (en oposición a ordinario), ser más o menos educado, estar «in» o ser «cool» (y que, por lo tanto, indican identidad), movimientos de cortesía y tacto y, en general, de estratificación social. Por lo tanto, el paralelismo que se observa frecuentemente entre la variación estilística «formal» y la variación estilística «social/dialectal»: las formas estilísticas «bajas» (en términos de pronunciación y elección de palabras), con frecuencia coinciden con las formas de la clase baja. Si resumimos estas fuentes de variación contextual de la elección léxica, vemos que sugieren, nuevamente, que el contexto debe definirse en términos de la manera en que los hablantes se representan a sí mismos y a los demás participantes, así como otras dimensiones relevantes del evento comunicativo en un modelo mental dinámico. Así, es el escenario espacio-temporal, según se percibe (experimenta); la naturaleza del acontecimiento y la interacción, según se definen; y las numerosas identidades y relaciones (género, región, clase, grupo étnico, ocupación, educación, poder, distancia, etcétera), según se asumen, realizan o atribuyen, lo que constituye la condición fundamental del uso y variación del lenguaje, y no las dimensiones «reales» u objetivas de la situación social.

Obsérvese también la relevancia de las dimensiones «psicológicas» del contexto, como las emociones, las opiniones, el conocimiento y las ideologías. De esta manera, Gleason, Perlmann, Ely y Evans (1994) encontraron que los padres utilizan más diminutivos cuando les hablan a las niñas que a los niños y, de esta manera, demuestran que la categoría de los destinatarios de sus modelos contextuales no sólo exhiben una dimensión genérica, sino que también una dimensión evaluativa de las niñas (¿ternura?) que puede expresarse mediante diminutivos. De hecho, en términos más generales, los hombres

pueden usar diminutivos al referirse a las mujeres no sólo como una forma de cariño, sino que también como formas explícitamente sexistas para empequeñecerlas (consultar también Makri-Tsilipakou, 2003).

La lista resumida de restricciones contextuales de la variación léxica proporcionada anteriormente no expresa una categoría de *género* discursivo (*genre,* como tipo de discursos) por razones que hemos formulado anteriormente. Contrario a los enfoques para abordar el contexto, sostenemos que el género discursivo no es una categoría discreta del contexto, sino que una noción compleja que incorpora tanto propiedades contextuales como textuales.

Lo mismo es cierto en el caso de los *temas* o *tópicos*, que se definen en términos de las macroestructuras semánticas de los discursos (las cuales, como estructuras —textuales, pero no contextuales—, obviamente pueden controlar los significados locales y, por lo tanto, también los elementos léxicos) o como elementos del conocimiento, posiblemente definidos como modelos mentales de los participantes. Es decir, los temas y tópicos son contextuales sólo si forman parte de la dimensión «cognitiva» del contexto, como metas, creencias o conocimiento, pero, en ese caso, no los llamamos «temas» o «contexto», que constituyen nociones reservadas a la descripción del discurso.

Menciono este punto porque en muchos estudios de la variación, los «tópicos» se mencionan como condiciones contextuales (véase también el capítulo 2). Esta confusión probablemente se deba al hecho de que los estudios sobre la variación tradicionalmente se limitaban a las estructuras «superficiales» (sonido, sintaxis, léxico) de las palabras u oraciones y cualquier elemento que controlara dicha variación se convertiría así en «contexto» y subyacería a los significados o temas del discurso. Como la sociolingüística no contaba con una teoría (macrosemántica o cognitiva) apropiada del tópico, esta noción se entendió simple y vagamente como una restricción del contexto, aun cuando obviamente no exista una estructura social o situacional dependiente del discurso llamada «tópico».

Marcadores discursivos

La mayoría de los ejemplos mencionados anteriormente constituyen las variantes léxicas familiares de sustantivos, adverbios y adjetivos, según las han estudiado las gramáticas de la oración tradicionales y la sociolingüística. Sin embargo, esta variación también puede extenderse a otros elementos léxicos, como el uso de *marcadores discursivos*.

Por ejemplo, Andersen (1996, 131) demostró que los niños, al jugar a ser otras personas, son conscientes del uso del marcador *bien* (o *bon, alors* y *ouais*, en francés) —ligado a muestras de poder o estatus— por parte de sus padres y que lo usan para imitar su estilo (para acceder a un análisis del uso de marcadores discursivos, consultar también Pak, Sprott y Escalera, 1996).

Al igual que Dines (1980) descubrió en el caso de las mujeres australianas de clase trabajadora, Macaulay (2005b) informa que las mujeres, en general, utilizan el marcador discursivo *you know* (sabes) el doble de veces que los hombres, que las mujeres de clase

de media lo usan el doble de veces que las mujeres de clase trabajadora y que los adultos de Glasgow lo usan mucho más que los adultos de Ayr, Escocia. Sin embargo, entre las chicas y chicos de Glasgow, sólo las chicas de clase media usan *you know* con frecuencia (consultar también Macaulay, 2005a; Macaulay, 2005b).

Los marcadores discursivos como *innit* (para reemplazar *isn't* —cierto—), aunque con funciones pragmáticas de cortesía diferentes, también se usan con más frecuencia por parte de los hablantes de clase trabajadora, aunque el patrón apenas se diferencia entre distintas ciudades y edades. Se han mostrado hallazgos similares para el caso de la variación genérica de marcadores discursivos como *you know* en Nueva Zelanda (Stubbe y Holmes, 1995) o en el London-Lund Corpus de inglés hablado (Erman, 1987, 1993, 2001), pero los autores enfatizan que las mujeres y los hombres usan estos marcadores de diferentes formas: los hombres, por ejemplo, pueden usarlos para obtener atención o para reparar expresiones, mientras que las mujeres más bien los usan para señalar afiliación.

Norrby y Winter (2002) no encuentran diferencias claras entre los marcadores discursivos utilizados por chicos y chicas, quienes usan estos marcadores como expresiones de afiliación grupal, lo que significa que los hablantes están construyendo un modelo contextual en el cual la pertenencia grupal es fundamental. Todavía falta por ver si las diferencias de género discursivo y clase de los marcadores discursivos se relacionan de manera similar con la pertenencia a un grupo y, por lo tanto, con la representación en modelos contextuales. Éste es más claramente el caso para el uso marcado de la gente joven del marcador de foco *like* (como), primero en el caso del inglés estadounidense y ahora también en Canadá, el Reino Unido y otros lugares (Tagliamonte y Hudson, 1999).

Independientemente de la distribución de los numerosos marcadores discursivos —según la edad, género, clase o geografía— sus usos deben describirse en términos de las categorías de los modelos contextuales de los participantes que definen las propiedades de la interacción. Por ejemplo, los usos de *innit* en el inglés británico deben describirse en términos de los modelos de los hablantes del conocimiento y opiniones (compartidos) del destinatario, posiblemente en términos de las identidades etarias de los participantes; quizás también impliquen auto-representaciones en términos de identidad de clase. Entonces, estos marcadores pragmáticos o interaccionales deben distinguirse claramente de los marcadores discursivos que operan en un nivel semántico, por ejemplo, para enfocarse en ciertos significados o enfatizarlos, lo que, claro está, puede variar en función del género y la clase.

Significado

¿Cuánto varía el significado del discurso según el contexto? La respuesta depende de nuestra noción de variación, según lo discutido anteriormente. Si la variación discursiva presupone una equivalencia semántica (sinonimia intensional), probablemente habría muy

poca variación, si es que la hubiere, dependiendo de la teoría del significado que se utilice. Si, de alguna manera, relajamos el criterio, entonces las paráfrasis se entenderían como expresiones de «más o menos el mismo» significado, lo que nuevamente presupone un significado «subyacente» más general. La variación léxica generalmente implica al menos alguna variación de significado. Debido a que la comparación en este caso presupone que algo permanezca igual, se debe asumir que la variación del significado requiere relaciones conceptuales de alto nivel (cuando «rebelde» y «luchador por la libertad» implican la noción más abstracta y de más alto nivel de «resistencia armada», por ejemplo) o macroestructuras semánticas (los discursos con significados locales diferentes pueden tratar sobre los mismos tópicos).

El significado del discurso es una noción muy compleja y para propósitos prácticos aquí lo limitaré a los siguientes aspectos del significado:

- conceptos expresados por palabras;
- proposiciones expresadas por cláusulas y oraciones;
- secuencias de proposiciones coherentes, expresadas por secuencias de oraciones;
- significados generales (tópicos, macroestructuras) de fragmentos discursivos;
- (episodios de varias clases) y discursos completos.

Ya hemos abordado los conceptos al analizar la variación léxica, de manera que ahora me enfocaré en las proposiciones y sus estructuras y relaciones. Asumamos que las proposiciones representan significados de oraciones y que podemos analizar sus estructuras de la forma clásica, es decir, en términos de predicados *n-place*, cuyos argumentos están etiquetados según sus funciones de «caso» (Agente, Paciente, etcétera). Las proposiciones pueden formar proposiciones compuestas añadiendo varias clases de modalidades (como, «Es necesario que…» o «Se sabe que…», etcétera). Un análisis de la (in)suficiencia de este enfoque «lógico» a los significados del lenguaje natural sobrepasa el alcance de este libro y sólo lo adopto por razones de simplicidad. Mi objetivo aquí es sólo examinar brevemente qué aspectos del significado del discurso comúnmente cambian con el contexto. Consideremos, por lo tanto, algunas posibilidades:

Sinónimos

Un caso que ya hemos discutido es el de la variación léxica: las palabras pueden ser sinónimos más o menos cercanos, pero se usan en situaciones sociales (por ejemplo, más o menos formales) diferentes. Esto con frecuencia implica al menos una variación mínima de significado o evaluación, así como otras implicaciones. Entonces, aunque las palabras *rebeldes* o *guerrillas* se pueden usar en situaciones formales e informales, la palabra más formal *insurgentes* hasta hace poco no era la clase de palabra que se usaba en una conversación cotidiana. Estos usos pueden depender de quién los utiliza y con qué clase de ideologías: los rebeldes se pueden llamar a sí mismos «luchadores por la libertad», mientras que otros pueden llamarlos «terroristas», implicando en ambos casos

una evaluación: la primera, positiva y la segunda, negativa (consultar, por ejemplo, Chomsky, 1987, 1994; Herman y Chomsky, 1988; Herman, 1992; Van Dijk, 1998).

Lo mismo sucede en el caso de los nombres médicos *versus* los nombres cotidianos de las enfermedades y de las denominaciones burocráticas *versus* las denominaciones ciudadanas para los documentos, procesos y procedimientos formales (para más detalles, consultar Edmonds, 1999). En todos estos casos, algunos aspectos del contexto, como la categoría o las relaciones de los participantes, así como sus ideologías, preferencialmente seleccionan el concepto (y la palabra) más apropiado para cada situación. Éste es el caso de aquellas alternativas que tienen implicaciones positivas o negativas. Uno no describiría sus propias acciones (negativas, ilegales, etcétera) en términos de ser «perpetradas», aunque podría confesar haberlas «cometido».

Metáfora

Las metáforas conceptuales ofrecen una rica fuente para la construcción discursiva del mundo como una función de las restricciones contextuales (Lakoff y Johnson, 1980). Donde construyen conceptos muy generales, también indican y construyen cultura. En el caso de diferencias construidas en términos contextuales, por ejemplo, de género, clase o grupo étnico, con frecuencia se ha observado que los hombres utilizan metáforas agresivas basadas en el género para representar su violencia, por ejemplo, en el discurso militar (Cohn, 1987).

Los estudios sobre el racismo en la prensa «blanca» de Europa Occidental encuentran continuamente el uso de metáforas similares para explicar la inmigración, entendiéndola como una invasión o una cantidad amenazante de agua o nieve en la que podríamos ahogarnos: los inmigrantes son casi siempre representados como «olas» o «avalanchas», usos que se han normalizado por completo y que incluso se utilizan en los diccionarios. Además de estas metáforas relacionadas con desastres naturales, el discurso anti-inmigración puede exhibir metáforas que representan a los países como contenedores o embarcaciones («el país está lleno») o como en el eslogan alemán anti-inmigración: *Das Boot ist voll* (Charteris-Black, 2006; Jäger, 1998; Van Dijk, 1991).

Perspectiva

La perspectiva o el punto de vista es una de las maneras clásicas en que se pueden describir los eventos en relación a la ubicación de los hablantes o destinatarios y, por lo tanto, controlados por las variables del contexto. De esta manera, en las explicaciones mediáticas de una acción policial en contra de una manifestación, la posición del periodista puede señalar que está «con» la policía o «con» los manifestantes y, por lo tanto, dar origen a una descripción de la policía en términos de «ir» o «venir» hacia los manifestantes, respectivamente (Van Dijk, 1988a). También podríamos clasificar estas variaciones de los significados dependientes del contexto como «deícticas», aunque obviamente, la perspectiva y el punto de vista no son sólo espaciales, sino que también metafóricos, es decir, basados en variaciones de opiniones personales (modelos mentales)

actitudes o ideologías socialmente compartidos, una restricción contextual que tiene que describirse en otros términos, concretamente como una de las formas de cognición social del participante. El conocido par léxico «terrorista» y «luchador por la libertad» es un caso clásico y también puede definirse en términos de variación de la perspectiva. Finalmente, la perspectiva o punto de vista (en la narración) puede implicar la clase de variación en la narrativa que se ha tratado extensamente en los estudios literarios (consultar, por ejemplo, Ehrlich, 1990).

Agencia

Un caso específico de la variación de la perspectiva es la participación de actores y su expresión en la variación sintáctica de estructuras activas y pasivas. En términos semánticos, podemos describir un acto en el cual alguien participa (un agente) o en el cual alguien se ve envuelto (un paciente), dependiendo de quién se lo describe a quién (Saeed, 1997). La variación sintáctica (por ejemplo, la voz activa *versus* la voz pasiva) puede expresar diferentes énfasis en dicha agencia, pero la variación también se puede observar en términos semánticos si es que representamos la acción desde la perspectiva de los agentes o de los pacientes. De esta manera, las ideologías subyacentes y las actitudes sociales que organizan, controlan la estrategia discursiva general que hemos denominado «cuadrado ideológico». Esto se aplica a todos los niveles del discurso, desde la selección del tópico hasta la selección del léxico, las metáforas y las estructuras visuales: los miembros dominantes de un endogrupo tienden a enfatizar *Nuestras* cosas buenas y *Sus* cosas malas y a quitarle el énfasis a *Nuestras* cosas malas y *Sus* cosas buenas (Van Dijk, 1998).

Tiempo

Asimismo, el recuento de los acontecimientos puede variar junto con la dimensión temporal del contexto. Así, *en el momento de escribir este capítulo*, las referencias que hago a la «actual» guerra en Irak tienen que enmarcarse en el tiempo presente, aunque cuando los lectores lo lean, la guerra habrá quedado (esperemos) en el pasado, lo que exige una interpretación de la palabra «actual» en términos de un marco temporal asociado con el modelo mental de mí como escritor. Lo mismo es obviamente cierto en el caso de las referencias a acontecimientos futuros que pueden ser contemporáneos al marco temporal del modelo contextual de los lectores. Por supuesto, se aplican comentarios similares al significado de los tiempos verbales. Es decir, la relevancia contextual del significado es deíctica en este caso. No trataremos con más detalle este conocido y estudiado aspecto de las expresiones indexicales, propiedad de la semántica más que de la pragmática.

Las expresiones deícticas de tiempo específicas, como «moderno», «anticuado» o «retrógrado», no sólo expresan o implican relaciones de tiempo relacionadas con la posición temporal del hablante o el escritor, sino que también una evaluación y, al mismo tiempo, una posición ideológica del autor. Entonces, por una parte, estos atributos de

valoración expresan las opiniones subyacentes del modelo (semántico) personal o las actitudes socialmente compartidas que tiene el autor de las personas a las que se refiere. Por otra parte, cuando, por ejemplo, los hablantes occidentales se refieren a otras culturas con menoscabo como «retrógradas» o como «que viven en la edad de piedra», también están señalando algo de su propia identidad o ideología (consultar, por ejemplo, Fabian, 1983). En este último caso, estos significados son contextuales y, por lo tanto, pragmáticos, porque dicen algo sobre los hablantes. Éste es probablemente el caso de todas las expresiones de opinión que dicen algo sobre la persona que expresa la opinión, así como también sobre lo referido. Ésta es una de esas áreas donde la semántica y la pragmática parecen coincidir.

Modalidad

Las modalidades como la necesidad, probabilidad, posibilidad, obligación y permiso, entre otras, hacen nuevas proposiciones basadas en otras proposiciones. (Así, un operador modal como «es probable que» puede volver la proposición «Sue está en el Reino Unido» en otra proposición: «Es probable que Sue esté en el Reino Unido»). Estas dependen no sólo de la forma en que los acontecimientos se representan en modelos mentales, sino que también en algunas propiedades del contexto, como los roles y otras identidades de los participantes, los objetivos y las acciones que están teniendo lugar. Existen maneras estándares de formular actos de habla (relevantes para un contexto determinado), como una solicitud como «Puedes (podrías) pasarme la sal» o una orden o recomendación como «Deberías ir al médico», que expresan obligaciones sociales de los participantes y, por lo tanto, características del contexto. Sin embargo, se observan algunas restricciones típicas: se puede describir una obligación para otros o para nosotros mismos en términos de «Ahora debes irte» o «Ahora debo irme» y darle permiso a otra persona con «Ahora puedes irte», pero muy difícilmente alguien se puede dar permiso a sí mismo con «Ahora puedo irme».

Las variaciones de las modalidades epistémicas obviamente deben ser controladas por el estado de conocimiento de los hablantes y destinatarios. Así, es algo rutinario describir y comunicar nuestros estados interiores, pero mucho menos común (y posiblemente extraño) describir los del destinatario, quien puede acceder a ellos mucho más fácilmente que el hablante. Entonces, es correcto decir «Creo (dudo, etcétera) que Pedro vendrá», pero «Crees (dudas) que Pedro vendrá» resulta extraño y exigiría un modelo contextual muy específico, aunque la misma proposición sería correcta en el caso de una pregunta (para acceder a más detalles sobre la pragmática de las expresiones modales, consulten, por ejemplo, Palmer, 2001; Van Hout y Vet, 2005).

Macaulay (2005b) estudió las diferencias de clase, género y edad en el uso de las modalidades y encontró que los hombres de clase trabajadora tienden a usarlas más que los hombres de clase media de Glasgow. En general, parece haber poca influencia de la clase en la elección de las expresiones modales. Las mujeres, por otro lado, tienden a usar más modales epistémicos que los hombres, y los adolescentes, más que los adultos. Macaulay concluye que la falta de diferencias claras de género, clase y edad en el uso de

auxiliares modales sugiere que éstos son controlados más por el contenido que por el contexto. De hecho, existen sólo unas pocas expresiones modales para denotar obligación (*deber*, *tener que*, etcétera), y no hay muchas razones por las cuales serían usadas más por las mujeres o por los hombres, aparte de estar hablando sobre obligaciones.

Niveles y completitud de las descripciones: especificidad

Uno de los aspectos interesantes del significado del discurso que ha recibido poca atención por parte de la investigación es la variación de los *niveles de descripción* (brevemente analizada en Van Dijk, 1977), hoy en día a veces estudiada en términos de especificidad en las ciencias de la computación. Es decir, podemos describir los acontecimientos en términos muy generales, como es típico de los titulares («Autobomba en Bagdad. 24 muertos») o con más detalles en niveles inferiores de especificación. Al mismo tiempo, en cada nivel, nuestras descripciones pueden ser más o menos *completas*: se pueden dar algunos detalles y omitir otros, dependiendo de su relevancia para una historia o argumento. En general, en un discurso, en cuanto los aspectos de un acontecimiento adquieren más importancia para los participantes, la descripción se vuelve más específica y completa.

Esta variación de los niveles de descripción y grados de completitud es una operación que tiene lugar en los modelos mentales de los acontecimientos que pueden ser controlados por la información de los modelos contextuales, como el conocimiento previo presupuesto, los intereses o ideologías de los destinatarios o aquéllos de los hablantes o escritores y sus objetivos.

De esta forma, los informes noticiosos por lo general detallarán las acciones negativas de los exogrupos (jóvenes negros, comunistas, terroristas, etcétera) y serán mucho menos específicos en cuanto a los aspectos negativos sobre *Nosotros*, como el racismo (Van Dijk, 1991). Ésta es una de las muchas jugadas o movimientos (*moves*) de la estrategia general de la auto-presentación positiva y la presentación negativa de otros que encontramos en muchos discursos basados en ideologías (Van Dijk, 1993a; 1998). En otras palabras, este discurso muestra no sólo los modelos eventuales sesgados de los periodistas, sino que también las propiedades del contexto, como el escenario, la ocupación, la institución, la intención comunicativa, etcétera, del periodista.

Grado de precisión/imprecisión

Lo mismo es cierto en el caso de la *precisión* en comparación con la *imprecisión* de las descripciones de las personas y los acontecimientos, una variación de la forma en que los modelos mentales —por ejemplo, de las experiencias personales o acontecimientos públicos— se formulan en el discurso y con una variedad de funciones interaccionales, por ejemplo, de la formación de la impresión, la cortesía, etcétera (consultar, por ejemplo, Adelswärd y Linell, 1994; Ballmer y Pinkal, 1983; Jucker, Smith y Ludge, 2003; Myers, 1996; Wierzbicka, 1986). Por lo general, tendemos a ser imprecisos

cuando se habla o escribe sobre *Nuestras* características negativas, pero muy precisos cuando describimos las características negativas de *Ellos*, como es sabido gracias a muchas investigaciones sobre endogrupos y exogrupos y sobre las manifestaciones discursivas de la ideología (Van Dijk, 1993a, 1998).

Claro está que esta variación depende, primero que nada, de la manera en que los acontecimientos se representan en los modelos mentales de éstos, lo que, a su vez, depende de actitudes e ideologías subyacentes. Sin embargo, el punto es que podemos adaptar nuestra descripción a las restricciones contextuales, como nuestros objetivos (por ejemplo, defendernos, atacar a los oponentes), nuestra posición (ser un abogado o fiscal) o la ideología percibida de los destinatarios. Es el caso cuando se utiliza un lenguaje políticamente correcto, por ejemplo cuando una persona machista que postula a un trabajo evita descripciones sexistas al ser entrevistado por un(a) empleador(a) feminista.

Exenciones de responsabilidad: disclaimers

Un conocido ejemplo de las restricciones contextuales de la auto-presentación y de la protección de la imagen es el uso extendido de *disclaimers*: exenciones de responsabilidad como la aparente negación «Yo no soy racista (sexista, etcétera), pero...» (Van Dijk, 1984, 1987). Estas jugadas o movimientos (*moves*) semánticos, como la combinación de una auto-descripción positiva (o la negación de una característica negativa) con una descripción negativa de los miembros de exogrupos, pueden basarse en las actitudes sociales ambivalentes de los usuarios del lenguaje (Billig, 1988a). Pero con mucha frecuencia las exenciones de responsabilidad introducen fragmentos negativos de discursos que podrían provocar críticas al hablante por parte del destinatario. De esta manera, las exenciones de responsabilidad combinan, en un movimiento, las estrategias generales de la auto-presentación positiva y la presentación negativa de otros. Sabemos que una negación es parte de una exención de responsabilidad y, por lo tanto, una forma de proteger la imagen, cuando la parte negativa que sigue a *pero* es mucho más larga y más dominante que la primera parte, es decir, cuando el tema o macroproposición es negativo. El discurso ambivalente exhibe tanto temas positivos como negativos sobre un exogrupo.

Vemos que las exenciones de responsabilidad son profundamente contextuales: no sólo expresan lo que sabemos o creemos, sino que adaptan lo que decimos a las creencias presupuestas de nuestros destinatarios y, por lo tanto, son una forma de administrar las impresiones (Tedeschi, 1981) y, más específicamente, una manera de evitar dar una mala impresión (Arkin, 1981).

Presuposición e implicación

Dos propiedades esenciales del significado del discurso son sus presuposiciones e implicaciones. Sabemos que el discurso jamás es completamente explícito. Como hemos visto en el caso de las estrategias epistémicas analizadas en el capítulo anterior, los

usuarios del lenguaje presuponen que los destinatarios cuentan con vastas cantidades de conocimiento sociocultural general y conocimiento profesional más específico e interpersonal (por ejemplo, comunicados en encuentros anteriores), como se explicó antes. También hemos visto que estas presuposiciones sobre el conocimiento mutuo están en el centro de una explicación contextual del discurso (consultar Peräkylä y Vehvilainen, 2003, para acceder a un estudio del rol del conocimiento profesional y una restricción contextual en la conversación con los clientes).

El uso del lenguaje puede señalar presuposiciones de muchas maneras, por ejemplo, por medio de las cláusulas con *que* en primera posición («Que no podamos confiar en Juan es un gran problema para el proyecto»), el uso de verbos específicos que presuponen hechos, como «darse cuenta» («Juan se dio cuenta de que no le agradaba a los miembros de su equipo») o adverbios como «aun cuando» («Aun cuando Juan tenía problemas con su equipo…», que presupone que Juan no es la clase de persona que tenga problemas con el equipo). (Para más detalles, consultar, por ejemplo, Gazdar, 1977; Kay, 1997; Petöfi y Franck, 1973; Van der Sandt, 1988; Wilson, 1975).

Asimismo, el discurso tiene muchas implicaciones semánticas que el hablante o escritor no expresan explícitamente, pero que no se expresan porque se pueden inferir fácilmente mediante el conocimiento sociocultural compartido o porque son irrelevantes.

A veces, las implicaciones no se explicitan debido a razones comunicativas o interaccionales que se explican en términos contextuales, por ejemplo, porque podrían herir los sentimientos de los destinatarios, porque son tabú o porque los hablantes no quieren hacerse responsables de haber hecho explícitamente tales proposiciones, es decir, como una forma de auto-protección o auto-presentación positiva.

Muchas formas del discurso racista o sexista están implícitas o «codificadas» de esta manera. En Estados Unidos, se pueden encontrar noticias sobre un aumento en la delincuencia vagamente localizado en *the inner city,* los «barrios marginales», sin explicitar que muchas personas negras son delincuentes, aunque eso sea implícitamente obvio. Nuevamente, esta variación del significado puede basarse en modelos más o menos sesgados de los acontecimientos, pero también puede estar controlada por características del contexto, como las intenciones o la identidad social del hablante, entre otras (Van Dijk, 1993a).

La restricción más general de los significados implícitos o implicados es, claro está, el conocimiento representado en el Dispositivo-K de los modelos contextuales de los participantes: efectivamente, tendemos a dejar implícitas todas las proposiciones que pensamos que los destinatarios pueden conocer o dilucidar (consultar el capítulo 3 para más detalles). La semántica y la pragmática de la presuposición e implicación deben, por lo tanto, formularse en términos de su herramienta contextual.

Coherencia

Uno de los aspectos del discurso más evidentemente ignorados en la semántica lingüística tradicional de la palabra y la oración es la noción de coherencia. Aunque ha habido

muchas definiciones y teorías de la coherencia, sus condiciones básicas son referenciales (extensionales) y no se basan en significados conceptuales (intensionales) (Van Dijk, 1977; consultar también Tannen, 1984). La definición más simple de la coherencia discursiva es que el discurso, como una secuencia de proposiciones, es coherente si los hechos (acontecimientos, acciones, situaciones) a los que se refiere están relacionados. Esta relación puede ser causal, temporal o instrumental. En términos formales, esta definición puede resumirse de la siguiente manera: un discurso es coherente si tiene (satisface) un modelo. En términos más cognitivos y reales, diríamos: un discurso es coherente para los usuarios del lenguaje si éstos son capaces de construir un modelo mental para él (Van Dijk y Kintsch, 1983). Es decir, la coherencia es relativa a uno o más de los participantes, como debería ser: lo que puede ser un discurso coherente para una persona, no necesariamente lo es para otras.

Para poder construir un modelo mental y, por lo tanto, relaciones entre los hechos denotados por las proposiciones, los participantes obviamente necesitan una vasta cantidad de conocimiento del mundo. De esta manera, contar con más conocimientos compartidos permite que los discursos sean más «incompletos» o menos «explícitos». Además de esta clase de coherencia *local* o *secuencial*, los discursos son *coherentes a nivel global* si sus proposiciones pueden subsumirse bajo una o más (macro)proposiciones globales, las que por lo general se expresan en titulares y resúmenes (Van Dijk, 1977, 1980).

Además de esta forma de coherencia referencial (extensional) del discurso, podemos distinguir entre una clase más «interna» de coherencia discursiva, cuando hablamos sobre relaciones «funcionales» entre las preposiciones, por ejemplo, cuando la proposición B es una especificación, generalización, ejemplo, contraste, etcétera, de la proposición A. Repetimos estas definiciones básicas aquí porque, a pesar de décadas de análisis del discurso y la conversación, estas explicaciones semánticas de la coherencia aún no son generales debido a que la lingüística todavía se orienta hacia la oración. De hecho, la coherencia semántica todavía se confunde con la cohesión gramatical, es decir, con la señalización lingüística de la coherencia subyacente, por ejemplo, con pronombres, proverbios, conjunciones, adverbios, etcétera (Halliday y Hasan, 1976).

Estas definiciones también son necesarias para permitir la posibilidad de que los modelos contextuales influyan en la coherencia del discurso. Dada la definición cognitiva de la coherencia en términos de modelos mentales de los acontecimientos, ya hemos dado pie a la variación contextual al enfatizar que los diferentes usuarios del lenguaje pueden construir diferentes modelos de un texto. Por ejemplo, los lectores de periódicos que han estado en Irak o tienen familia o amigos allí, probablemente lean las noticias sobre la guerra de Irak de una manera diferente, por ejemplo, porque están más preocupados, mejor informados o tienen objetivos distintos, y éstas son propiedades evidentes de sus modelos contextuales de la lectura del periódico.

De esta manera, el conocimiento, el compromiso emocional y los objetivos, entendidos como propiedades contextuales de los participantes, pueden influir en la manera en que construyen modelos mentales del texto más o menos completos, más o menos detallados

o más o menos personales. Esto puede significar que la interpretación de los textos por parte de los lectores (sus modelos) puede ser muy diferente de aquélla del escritor (su modelo). Obsérvese, sin embargo, que en la producción o comprensión real del discurso, estos modelos son dinámicos y que cambian constantemente, como debe ser: en realidad «aprendemos» del discurso o del contexto en curso y, por lo tanto, debemos cambiar constantemente nuestros modelos del discurso.

Lo mismo es cierto en el caso de la conversación. Ésta es una de las fuentes de confusión y de conflicto interaccional más comunes, como también se sugiere en los títulos de los populares libros de Deborah Tannen *¡Yo no quise decir eso!* (Tannen, 1986) y *Tú simplemente no entiendes* (Tannen, 1990). Sin embargo, mientras Tannen tiende a interpretar estos conflictos en términos de diferencias culturales entre mujeres y hombres (han sido educados de diferentes maneras), otros autores prefieren explicarlos en términos de poder y dominación (masculina) (véase también Cameron, 1988). Además de los diferentes objetivos e intereses que definen las diferencias entre los grupos y categorías de hablantes, las diferencias de conocimiento son, claro está, fundamentales en este respecto y, por lo tanto, serán la base de la falta de comprensión de los neófitos del discurso de los expertos, de las personas externas al discurso de los miembros, etcétera.

De hecho, Tannen (1996) es también una de las investigadoras que han estudiado las diferencias genéricas en la coherencia conversacional entre niños de Estados Unidos, gracias a lo cual ha encontrado una interesante relación entre la coherencia y la alineación posicional (corporal). Sin embargo, extrañamente, define la coherencia conversacional en términos de «cohesión temática» en el mismo párrafo en el que limita la cohesión a «vínculos del nivel superficial», mezclando así niveles de significado, y gramática y significado. En términos informales, hablar sobre el mismo tema o temas relacionados es un criterio importante de la coherencia conversacional, pero, obviamente, debemos ir más allá de las definiciones confusas que citan «lo que los hablantes hablan», lo que incluiría todos los acontecimientos, personas u objetos no relacionados con el tema a los que se hace referencia.

Nuevamente, la forma en que, en el estudio de Tannen, el género influye en la coherencia del discurso, así como la alineación corporal de los niños (ocho pares de amigos) adquieren relevancia para la discusión. Tannen también estudia la influencia de la edad mediante la observación de niños de segundo y sexto año de primaria, segundo de secundaria, y mujeres y hombres de 25 años. Entre los hallazgos de su estudio se incluye que las chicas y las mujeres «se concentraban cada vez más en las demás» que los chicos y hombres. Para las chicas era más fácil contar historias (más extensas), que generalmente se relacionaban con preocupaciones o problemas personales de una de ellas (o de chicas que no estaban presentes). Las mujeres estaban más interesadas en temas relacionados con el desacuerdo y la harmonía interpersonal. Los chicos más jóvenes parecían impacientes y hablaban sobre lo que deberían hacer. Los chicos de segundo año de preparatoria conversaban sobre sus propias preocupaciones personales (y menos sobre las preocupaciones de los demás). Los hombres hablaban sobre temas personales

como el matrimonio, pero en términos más generales y abstractos. Aunque este estudio de unos pocos pares de personas que mantenían conversaciones no tiene pretensiones cuantitativas, las observaciones de Tannen sobre la postura y la alineación de la mirada y su relación con la selección, continuidad y cambio temáticos —vagamente resumidas en términos de «participación» y «foco»— efectivamente sugieren un estudio más detallado de las diferencias contextuales del discurso. En este sentido, su estudio es más una contribución al manejo conversacional de los temas (globales) en términos de género que un estudio de la coherencia (local).

Tópicos

Más allá de la semántica local de las proposiciones y sus relaciones, finalmente debo abordar la semántica global del discurso y tratar con los tópicos de más alto nivel (definidos como macroestructuras semánticas). A lo largo de este libro y este capítulo, he enfatizado que los tópicos *no* son propiedades del contexto (como, en general, se asume en la lingüística oracional), sino que una propiedad del discurso «mismo». Además, he dicho que los tópicos varían con los parámetros contextuales: por ejemplo, las noticias, los debates parlamentarios y la mayoría de otros géneros discursivos organizacionales o institucionales (a diferencia de las conversaciones cotidianas, las cartas personales, los correos electrónicos y las conversaciones en línea) por lo general no contemplan tópicos personales (consultar, por ejemplo, Van Dijk, 1988a, 1988b; Van Dijk, 2000). Existen muchos tópicos sobre los que los parlamentarios pueden hablar, pero Tony Blair (en nuestro ejemplo del debate de Irak) no puede hablar sobre cualquier tema que le agrade. Es decir, en el discurso institucional, se deben atender tópicos institucionales, con rangos variables de libertad para hablar sobre temas no relacionados con la institución en diferentes situaciones.

Aunque estas restricciones son medianamente claras, podemos esperar variaciones sociales, por ejemplo, según la clase, el género, la edad, el grupo ideológico o las comunidades de práctica. De esta manera, Wodak (1984), en su trabajo preliminar sobre la interacción en las salas de tribunales en Viena, mostraba que un juez (hombre) había rechazado la explicación que daba una mujer de clase baja sobre las circunstancias en que había obtenido una multa de estacionamiento, aunque había aceptado una explicación personal de un hombre de clase media.

Asimismo, con frecuencia se presume que las mujeres y los hombres conversan acerca de tópicos muy diferentes entre sí. Sin embargo, esto podría ser simplemente uno de los muchos estereotipos sobre las diferencias genéricas del discurso. Aries y Johnson (1983) no encontraron esas diferencias, excepto por unos pocos estereotipos, como que los hombres hablan más sobre deportes y menos sobre problemas y miedos personales (consultar también Bischoping, 1993). También descubrieron que las mujeres hablan más por teléfono y por más tiempo con sus mejores amigas. Por otra parte, en su estudio de género basado en conversaciones grupales en organizaciones españolas, Martín Rojo y Gómez Esteban (2005) encontraron que los hombres tienen dificultades para hablar

sobre temas personales y tienden a concentrarse en tópicos generales como el fútbol. Pero las mujeres tienden a evaluar a los hombres que conversan con las mujeres sobre tópicos personales más positivamente (con términos como «agradable» o «sensible») que a las mujeres que también lo hacen.

En términos más generales, los tópicos evidentemente se relacionan con las experiencias de las personas, ya sean personales o relacionadas con el trabajo. En la cotidianeidad, tanto los profesores como las profesoras universitarias probablemente hablen más sobre los estudiantes o la investigación y menos sobre el pan y los pasteles que los pasteleros. En esta línea, en su estudio en base a entrevistas a delincuentes de clase alta y media en Gran Bretaña, Willott, Griffin y Torrance (2001) demostraron que estos delincuentes financieros trataban de legitimar sus delitos no sólo en términos de sus responsabilidades hacia sus familias y empleados, sino que también desde su perspectiva de clase ahora que comparten celda con delincuentes en su mayoría de clase baja y que, por lo tanto, han perdido estatus. En consecuencia, en este caso, como en todos los demás, los modelos contextuales de los hablantes muestran una compleja relación de género, clase, ocupación y estatus. De ahí que la elección del tópico, la argumentación y las estrategias de legitimización esté controlada por modelos contextuales complejos más que por el género, la clase o la ocupación individualmente.

Se puede llegar a conclusiones similares a partir de un estudio de Riley (2003) de los discursos de profesionales blancos en el Reino Unido, quienes legitimaban sus roles masculinos tradicionales identificándose como proveedores. Es decir, no son sólo el rol social, el estatus, la posición, el grupo étnico y el género de los hablantes que definen el contexto, sino que también las ideologías relevantes que, en este caso, estaríamos hablando de ideologías genéricas (consultar también Adams, Towns y Gavey, 1995).

Cuando existen diferencias genéricas, habitualmente se relacionan con diferentes esferas del género. En su libro sobre las historias de vida de mujeres y hombres en Bogotá, Soler Castillo (2004) encontró que los tópicos de sus historias no eran muy distintos, excepto que las historias de las mujeres tendían a enfocarse en el hogar y los hijos, mientras que los hombres hablaban más sobre eventos callejeros y política; las historias de los hombres eran, además, más abstractas y generales que las de las mujeres. Eggins y Slade (1997) hallaron que durante los recesos para tomar café, los hombres tienden a conversar sobre trabajo y deportes, mientras que las mujeres «chismorrean» y cuentan anécdotas y no se burlan de otros, como sí tienden a hacerlo los hombres. Por otra parte, Cameron (1997a), al estudiar el discurso de chicos de fraternidad de Estados Unidos mirando la televisión, concluye que su discurso sexista y homofóbico sobre otros hombres también podría clasificarse como una clase de «chismorreo» influido por el género.

Como he enfatizado antes, estas diferencias genéricas deben también interpretarse en términos de parámetros situacionales adicionales, como el lugar y la ocupación de las mujeres (generalmente pobres) entrevistadas. Ya sea en Bogotá o en Sidney, es probable que haya menos diferencia entre los tópicos de la conversación cotidiana de las profesoras universitarias o abogadas y de los hombres en ocupaciones similares, que

entre los temas de conversación de las mujeres y hombres de ocupaciones de nivel inferior. En otras palabras, para hablar de la variación social de los tópicos discursivos, se deben considerar las características contextuales. La combinación de género, edad, ocupación, objetivos, etcétera, es mucho más fiable al considerar la variabilidad temática que ningún otro parámetro.

No sorprende que el género, la clase, la edad o la ocupación por sí solas arrojen diferencias temáticas importantes. Si queremos realizar abstracciones y generalizaciones en este respecto, debemos hacerlo para la categoría contextual más general de «experiencia», el término más común para referirse a los modelos eventuales (semánticos). Estos modelos eventuales son la base del relato y no sorprende que las selecciones relevantes (interesantes) de dichos modelos puedan conducir al relato y sus temas. Asimismo, la experiencia del racismo y la discriminación de los afroamericanos puede ser un tópico más frecuente en las familias negras que en las blancas (Phinney y Chavira, 1995; consultar también Essed, 1991).

Además de las (pocas) diferencias genéricas de la elección del tópico, también se han investigado las maneras en que las mujeres y hombres de Estados Unidos introducen, cambian o incentivan los tópicos del otro (por ejemplo, Tannen, 1996: 75). En este sentido, se considera que los hombres contribuyen menos a los tópicos de las mujeres, que cambian los tópicos iniciados por las mujeres o que usurpan los tópicos iniciados por éstas, por ejemplo, en las reuniones. Estas diferencias se han explicado en términos de diferencias culturales entre hombres y mujeres por sus diferencias de poder, por las que los hombres se ven como seres dominantes de la interacción en general y en la conversación y, por lo tanto, en la elección y cambio temático, en particular. Investigaciones muy posteriores sobre el género y el discurso, sin embargo, no muestran estas diferencias tan claramente y parece que todo depende del «contexto adicional», como los tipos de situaciones, los escenarios institucionales, la ocupación, la edad, los objetivos y otras características de las mujeres y los hombres (para más detalles, consultar Eckert y McConnell-Ginet, 2003). Finalmente, nótese que las observaciones sobre las variaciones semánticas globales en el discurso, como quién habla sobre qué tópicos, cuándo, con quién y en qué escenario, tiene que basarse en un estudio más general —aún inexistente— del tópico, que vaya más allá de la teoría de la macroestructura (Van Dijk, 1980). La mayoría de los estudios del campo de la lingüística, la sociolingüística, el análisis del discurso y los estudios de la narrativa son más bien sobre la *forma*, sobre las estructuras y no sobre el contenido. Necesitamos saber quién habla sobre qué tópicos, con quién, en qué tipos de situaciones sociales. Es probable que los tópicos generalmente surjan de prácticas sociales —por ejemplo, es muy probable que los temas laborales surjan en el trabajo y los asuntos familiares en la mesa a la hora de la cena— pero se trata de una generalización demasiado amplia: las personas sí que cuentan anécdotas personales en el trabajo y los padres a veces conversan sobre el trabajo en la mesa. Lo que necesitamos es proyectos de investigación etnográfica empíricos y multidisciplinarios que vayan más allá de los estereotipos o de los datos limitados con los que contamos hasta ahora sobre, por ejemplo, el relato (consultar

también Louwerse y Van Peer, 2002).

Conclusiones sobre la variación semántica

Vemos que muchas de las variaciones semánticas aquí analizadas tienen restricciones subyacentes dobles. Por una parte, existen restricciones de los modelos de los eventos (las experiencias de los participantes y sus creencias sesgadas sobre los acontecimientos). Por otra parte, existen restricciones contextuales: las intenciones específicas de las personas, sus estrategias interaccionales (como las estrategias de auto-presentación positiva, cortesía y corrección política), las identidades sociales de varias clases (categoría, rol, posición, estatus, etcétera) y, por supuesto, las características epistémicas generales de los contextos: lo que los participantes saben o desean conocer.

Con frecuencia, es difícil distinguir estas restricciones semánticas y pragmáticas, como es el caso de la representación sesgada en términos ideológicos de los eventos en los modelos mentales y el control ideológico de los modelos contextuales: una periodista puede informar sobre una historia sobre jóvenes negros en términos racistas porque tiene un modelo mental racista de algunos acontecimientos noticiosos en los que participan jóvenes negros (por ejemplo, «disturbios») o puede informar sobre el acontecimiento de manera racista porque sabe que su jefe o sus lectores quieren leer estas historias o porque estas historias se venden mejor entre los lectores blancos. Nótese que, debido a restricciones contextuales, los modelos mentales racistas también pueden esconderse en el discurso, porque, por ejemplo, la periodista sabe que puede ser despedida o rechazada por los lectores.

Los modelos contextuales pueden cambiar la información de los modelos semánticos subyacentes de los eventos sobre los que se habla para adaptar los significados o el contenido del discurso a una situación comunicativa. Es decir, los modelos contextuales no sólo controlan, en general, cómo decimos las cosas, sino que con frecuencia también lo que decimos en una situación dada —aún cuando sea diferente a lo que creemos (como sabemos por el uso de distintas clases de mentira). Ésta es una de las razones por las que no se puede simplemente «leer» las creencias racistas o no racistas (sexistas o no sexistas) en el discurso, debido a la interfaz fundamental del modelo contextual. El discurso no sólo expresa lo que las personas saben o creen, sino que también lo que piensan que es relevante, interesante, aceptable, adecuado, etcétera.

Es decir, las opiniones y actitudes pueden ser relativamente estables en distintos contextos, pero la forma en que se expresan en una situación específica puede variar con el modelo contextual del hablante. Ésta es una de las razones por las cuales a veces se presume que las actitudes no existen como disposiciones internas estables, sino que debieran escribirse en términos de discursos variables (consultar, por ejemplo, Billig, 1987, 1988b).

En esta sección hemos visto que el control contextual del significado y la variación semántica antes que nada requiere un nivel base que permita la comparación y alguna clase de «identidad»: una identidad conceptual para los sinónimos y la paráfrasis, macroestructuras semánticas (tópicos) para los significados variables a nivel local,

modelos eventuales (conocimiento subjetivo sobre los eventos, por ejemplo, referencia idéntica) para el significado local y global y modelos contextuales parcialmente idénticos para las diversas formas en que éstos pueden implementarse en el plano semántico. Es fundamental que para uno o más de los participantes una parte del significado, referente o elemento contextual local o global (por ejemplo, los objetivos) permanezca siendo idéntica. Estas condiciones contribuyen con definiciones de las opciones estilísticas que entregan diferentes «versiones» de los eventos en diferentes periódicos, diferentes perspectivas de la «misma» historia, diferentes niveles y detalles de la descripción, paráfrasis ideológicas, etcétera.

Retórica

Muchos discursos tienen estructuras «retóricas» de varios tipos, como sabemos gracias a las «figuras retóricas» analizadas en la «*elocutio*» de la retórica clásica (Corbett y Connors, 1998; Lausberg, 1960). Las principales funciones de estas estructuras específicas de varios niveles discursivos (sonidos, sintaxis, significado, etcétera) son persuasivas: por lo general, perfeccionan (o mitigan) los significados del discurso y, de esta manera, también destacan o atenúan las intenciones interaccionales y comunicativas. Si las noticias buscan incrementar la naturaleza amenazante de la inmigración, lo hacen describiéndola rutinariamente como una «invasión», es decir, con una metáfora, utilizando expresiones hiperbólicas como «un influjo masivo de inmigrantes» o números repetidos «miles de...» como parte de un juego numérico retórico. Lo mismo es cierto en el caso de las rimas y aliteraciones a nivel de sonido, de la sintaxis repetitiva a nivel de forma, o de eufemismos, comparaciones, metonimias y muchas otras figuras retóricas conocidas (o menos conocidas) a nivel semántico (para conocer más sobre esta retórica del discurso de la inmigración, consultar, por ejemplo, Reisigl y Wodak, 2000, 2001; Van Dijk, 1984, 1987, 1991, 1993a; Wodak y Van Dijk, 2000).

Las funciones enfatizadoras o mitigadoras de las estructuras retóricas pueden ser «semánticas»: es decir, corresponden a la manera en que algo se representa en el modelo eventual posiblemente sesgado de los participantes, en la forma en que los participantes ven o experimentan la realidad. Pero también pueden ser «pragmáticas», es decir, también pueden desplegarse para hacer que los discursos sean más adecuados a la situación social, como es el caso del discurso persuasivo en general.

En términos cognitivos, esta dimensión persuasiva de la retórica puede tener la función específica de conducir la atención a significados específicos y, por lo tanto, para aumentar la posibilidad de que éstos se construyan como una parte importante de los modelos eventuales buscados. Por ejemplo, por algunas razones sociocognitivas y emocionales, es mucho más probable que los lectores tengan en cuenta e integren asociaciones «amenazantes» de una metáfora como «invasión» sobre la inmigración a sus modelos eventuales (y representaciones sociales subsecuentes) que «expresiones» no metafóricas «anodinas» como «muchos inmigrantes que llegan al país». Dadas las

funciones persuasivas —y de ahí que también contextuales— de las metáforas, es probable que no sólo se usen más en algunas situaciones sociales que en otras (por ejemplo, en debates parlamentarios más que en textos de estudio), sino que también se usen de forma diferente por y para distintas categorías o grupos sociales.

Las diferencias genéricas que se hacen en el uso de las metáforas han constituido un campo de investigación, que ha asumido que estas tienden a basarse en campos donde los hablantes tienen más experiencia o que encuentran más interesantes. Por ejemplo, no sorprende que en Estados Unidos los hombres usen metáforas deportivas con más frecuencia que las mujeres (O'Barr y Conley, 1992).

No es necesario revisar todas las operaciones retóricas para sus roles contextuales específicos. Baste decir que por lo general se despliegan como recursos discursivos que (des)enfatizan los significados por razones interaccionales y comunicativas, por ejemplo, para persuadir a los destinatarios o para hacer una auto-presentación positiva. De esta manera, la conocida polarización ideológica entre los endogrupos y los exogrupos, como ya sabemos gracias al discurso racista, por lo general implica un énfasis retórico (metáforas, hipérboles, etcétera) sobre atributos positivos de *Nosotros* y atributos negativos de *Ellos*, y viceversa, la mitigación (eufemismos, etcétera) de *Sus* atributos y de *Nuestros* defectos (entre otros estudios del discurso y el racismo a los que nos referimos anteriormente, consultar, por ejemplo, Van Dijk, 1993a, Carnes y Tauss, 1996; Römer, 1998, Triandafyllidou, 1998, 2000). Esta polarización también puede aparecer en el discurso o medios anti-feministas (consultar, por ejemplo, Jenkins, 2002), la retórica de la resistencia feminista (Gary-Rosendale y Harootunian, 2003), y, por supuesto, en debates apasionados como aquellos sobre el aborto (Condit, 1994). En la retórica política que enfatiza las diferencias ideológicas entre los exogrupos y endogrupos está plagado (consultar, por ejemplo, King y Anderson, 1971).

A partir de estos ejemplos, podemos concluir que algunos tipos de discurso marcan la identidad social (étnica, ideológica) del hablante tan explícitamente como el discurso racista, sexista, anti-feminista y otras formas de discurso discriminatorio, intolerante o radical. Por eso, los destinatarios (y los analistas) con frecuencia son capaces de reconocer la ideología o (co)pertenencia a un grupo de los hablantes no sólo sobre la base de lo que estos hablantes dicen (significados, modelos mentales), sino que también sobre la manera en que los hablantes enfatizan o mitigan estos significados de forma retórica.

Puede resultar algo extraño aplicar el criterio pragmático de «adecuación» en este caso, pero dado que esta noción es relativa a los participantes, una manera más o menos «extrema» (o mitigada) de formular significados u opiniones, por ejemplo, sobre la inmigración, el aborto, los matrimonios homosexuales, etcétera, puede considerarse más o menos adecuada para los miembros de un grupo o comunidad. Esto también da cuenta de las descripciones comunes de las posiciones políticas en términos de «ser severo» o «ser transigente» en torno a la inmigración o el aborto, por ejemplo. Lo mismo es cierto en el caso del uso conocido de atenuantes (*hedges*) retóricos y semánticos en el discurso académico, por ejemplo, para limitar el riesgo y responsabilidad de los errores de

exageración o generalización (Hyland, 1998).

El énfasis o mitigación retóricos pueden indicar no sólo una identidad social o ideológica, sino que también las relaciones sociales (por ejemplo, de poder) entre los participantes. El discurso de poder por lo general integra hipérboles y metáforas que potencian los significados o actos de habla y, asimismo, el discurso «sin poder» utiliza expresiones mitigadas para señalar el reconocimiento —o sumisión— del estatus de poder o estatus del destinatario, como sabemos gracias a las investigaciones sobre los estilos de los discursos que no manifiestan poder en otros niveles del texto y el habla (consultar Bradac y Mulac, 1984; Erickson, Lind, Johnson y O'Barr, 1978; Hosman, 1989). De igual forma, la retórica anti-terrorista contemporánea enfatiza ampliamente la naturaleza «malévola» de los terroristas, expresando así los modelos mentales sobre éstos de los hablantes. Pero también puede hablar directamente de los terroristas o de los estados terroristas («imperios malévolos») en estos términos hiperbólicos (consultar, por ejemplo, Lakoff, 2001).

Los ejemplos anteriores sugieren que el dominio contextual de la retórica no es sólo aquel de la identidad del grupo y de las relaciones de los participantes, sino que también esencialmente aquel de las opiniones socialmente compartidas. El discurso persuasivo indica la pertenencia a un grupo ideológico y las estructuras retóricas se encuentran dentro de las formas discursivas típicas que contribuyen al proceso de persuasión. Así señalamos a qué grupo ideológico pertenecemos, cómo nos distinguimos del grupo de los destinatarios o cómo podemos convencer a nuestros opositores para unirse a nuestra causa o creencia. En este sentido, la retórica es eminentemente contextual.

Finalmente, se aplican observaciones similares para el papel de las estructuras retóricas en la comunicación interaccional de otras creencias, como el conocimiento. El discurso didáctico, en general, y el discurso de la divulgación, en particular, están repletos de medios retóricos, como las metáforas y las comparaciones, que permiten la formulación de significados complejos, nuevos o especializados en términos que pueden entenderse e integrarse mejor por parte de los destinatarios. Aunque esta función de la metáfora se aplica más generalmente al significado metafórico, el uso de metáforas retóricas más específicas puede mejorar aún más la comprensión, expresando al mismo tiempo el conocimiento (pertenencia a un grupo, ocupación, etcétera) del hablante y la falta de conocimiento de los destinatarios. Así, la divulgación de la genética moderna, por ejemplo, en la prensa o en los textos de estudio, hace uso de la metáfora del «genoma como un código o texto» (Calsamiglia y Van Dijk, 2004; Martins y Ogborn, 1997).

Argumentación

Se pueden hacer observaciones similares para las superestructuras específicas que organizan el discurso que también cumplen funciones persuasivas, como las de la argumentación. Utilizadas para defender o atacar «posiciones», como opiniones o actitudes sobre cuestiones sociales relevantes, por lo general, las argumentaciones, de

manera implícita o explícita, integran etapas cognitivas que sugieren o que fuerzan a las personas a extraer conclusiones a partir de los argumentos aceptados en la interacción y la comunicación racionales (Van Eemeren y Grootendorst, 1992; Van Eemeren, Grootendorst, Blair y Willard, 1987, 1992).

De esta manera, para los argumentos es fundamental no sólo la relación «psicológica» presupuesta de la inferencia o el razonamiento entre las premisas y una conclusión, presuponiendo modelos mentales, representaciones sociales y conocimiento sociocultural general; por el contrario, la argumentación implica la interacción entre hablantes y destinatarios reales o imaginarios, concretamente como defensores y opositores, respectivamente. Es decir, la argumentación trata sobre las *posiciones* de los participantes y, por lo tanto, sobre las intenciones y creencias de los usuarios del lenguaje y las relaciones entre los participantes; por lo tanto, la argumentación se basa y es controlada por el contexto.

Los argumentos presuponen que los hablantes tienen opiniones acerca de las creencias o posiciones de los destinatarios y es esta condición contextual lo que controla la formulación de los contra-argumentos frente a opositores reales o imaginados. Como es el caso de la semántica sesgada y la retórica persuasiva, las posiciones que se defienden y atacan en la argumentación, especialmente en el discurso público, tienden a ser compartidas socialmente y, en consecuencia, ideológicas (Sillar y Ganer, 1982).

Esto significa que lo que se presupone en los argumentos y falacias tácitos es similarmente controlado por las opiniones e ideologías polarizadas de los participantes (Van Dijk, 1998). Los destinatarios habitualmente infieren la pertenencia de los hablantes a grupos e ideologías sobre la base de sus argumentos. El eslogan alemán utilizado como argumento en contra de la inmigración *Das Boot ist voll* («el barco está lleno») por lo general se utiliza y atribuye a los grupos conservadores, xenofóbicos o racistas (Jäger *et al.*, 1998). Asimismo, las falacias pueden ser controladas por restricciones contextuales. Así, la apelación a la autoridad obviamente variará con la clase de autoridades que el grupo de hablantes y, en consecuencia, sus líderes políticos, morales o científicos, reconozcan (el Papa, el Dalai Lama, el Presidente, el ganador del Premio Nobel de la Paz, Amnistía, etcétera). En un estudio de relatos sobre discriminación de miembros de grupos mayoritarios y minoritarios realizado en los Países Bajos, Verkuyten (2005) estudió diferentes estrategias discursivas (por ejemplo, el cuestionamiento de la discriminación *versus* la aceptación de su objetividad) y encontró que la elección de estas estrategias depende más bien de la posición del sujeto que del hecho de que los hablantes pertenezcan a éste o aquel grupo. Concluye que la misma estrategia puede funcionar de distintas maneras en contextos diferentes. Nuevamente, vemos cómo el contexto debe analizarse en términos de las definiciones de los participantes en lugar de su pertenencia objetiva a grupos étnicos.

Dentro de una perspectiva variacionista, podemos preguntarnos otra vez si los miembros de grupos o categorías sociales específicos también argumentan de distintas maneras. Y, nuevamente, es muy poco probable que un recurso discursivo tan general

dependa de los participantes: mujeres y hombres, negros y blancos, pobres o ricos, pueden tener distintos intereses y experiencias y, en consecuencia, utilizar argumentos diferentes, pero es muy poco probable que utilicen otras estructuras argumentativas o falacias. Goodwin y Goodwin (1987) demuestran que el argumento es tan común entre los chicos como entre las chicas. Por ejemplo, las chicas en Estados Unidos dan tantas órdenes como los chicos (consultar, por ejemplo, Harness Goodwin, 2003).

La variación argumentativa depende más bien del género discursivo, como es el caso de, por ejemplo, la argumentación científica *versus* la argumentación cotidiana y, por lo tanto, sólo influye indirectamente en aquellas presentes en estas situaciones (por ejemplo, los expertos o el público lego).

Las diferencias genéricas pueden tener una influencia cuando el estilo de la argumentación se define como agresivo, como sugiere Moulton (1983) para explicar la falta de mujeres en las facultades de filosofía de Estados Unidos (para conocer más sobre la posición desventajosa de las mujeres en relación al argumento, consultar también Meyers, Brashers, Winston y Grob, 1997).

El estudio de Burgoon y Klingle (1998) —quienes analizan las supuestas diferencias de la susceptibilidad a la persuasión entre mujeres y hombres en Estados Unidos— adquiere una relevancia indirecta para el papel del género en el argumento. En éste se defiende que si es verdad que es más fácil persuadir a las mujeres, la misma información puede interpretarse para demostrar que los hombres no cambian de opinión fácilmente y que, por lo tanto, son menos flexibles que las mujeres.

Además de estos pocos estudios y a pesar de la cantidad impresionante de investigaciones sobre las diferencias genéricas en el lenguaje y el discurso y sobre la argumentación, hasta donde yo sé, no existe una investigación sistemática acerca de las diferencias genéricas en la argumentación. Esto es verdadero *a fortiori* en el caso de un campo mucho menos estudiado, como es la influencia de la clase, a menos que se combine con diferencias de educación evidentes: la argumentación compleja y especialmente, científica, claro está, presupone una educación avanzada y sólo en ese sentido la argumentación puede variar entre los grupos sociales.

Esto sugiere que aparte de las opiniones e ideologías que definen las «posiciones» de los hablantes, el factor contextual que más se relaciona con la argumentación es el *conocimiento*. Los hablantes son capaces de persuadir a los destinatarios con argumentos sólo si comparten el conocimiento sociocultural general o el conocimiento especializado de los destinatarios, de manera que se puedan hacer las inferencias necesarias para el fundamento de la argumentación. En este sentido, sin embargo, la argumentación no tiene mucha diferencia con otras clases de estructuras discursivas (por ejemplo, estructuras narrativas o informativas) que requieren conocimiento general o específico para su comprensión.

Narrativa

Además de la conversación cotidiana, la literatura y los mensajes de los medios de comunicación masiva, pocos tipos de discurso se han estudiado con tanta frecuencia y sistematicidad como el relato (entre una vasta cantidad de otros estudios, consultar, por ejemplo, Bamberg, 1997; Bruner, 1990; Fludernik, 1996; Linde, 1993; Ochs y Capps, 2001; Quasthoff y Becker, 2004; Toolan, 2001). La mayoría de estos estudios se concentran en las estructuras y estrategias del relato mismo, siguiendo los paradigmas autónomos usuales que también hemos observado en el caso de la lingüística y el análisis del discurso en términos más generales. Por eso, todavía sabemos muy poco sobre quién cuenta qué clase de historias, cómo, a quién y en qué situaciones.

En mi propio trabajo sobre el racismo y el discurso, analicé cómo los holandeses blancos contaban anécdotas sobre inmigrantes y otros asuntos «étnicos» (Van Dijk, 1984). Uno de los resultados de ese análisis fue que la estructura narrativa completa (Labov y Waletzky, 1967) se manifiesta sólo en cerca de la mitad de las 144 historias analizadas. En las demás historias, faltaba la categoría *Resolución* típica, de manera que terminaban con la categoría *Complicación*, con una queja o una experiencia con un vecino extranjero de por medio. Sin embargo, estas historias de reclamos no se distribuían uniformemente entre nuestros entrevistados. Como podría esperarse, se daban más entre aquellos narradores que en el resto de las entrevistas parecían estar más prejuiciados. Debido a que no cuento con medios explícitos para medir el prejuicio étnico, no pude establecer un vínculo cuantitativo confiable entre el prejuicio y el «relato negativo», pero mis hallazgos sí sugieren que las actitudes étnicas subyacentes influyen en muchos aspectos del habla (como la selección del tópico y del vocabulario), incluida la forma en que las personas cuentan anécdotas sobre las minorías (consultar también Van Dijk, 1985, 1993b).

Estas observaciones cualitativas se podrían confirmar con un trabajo que sea capaz de elaborar un diagnóstico confiable del prejuicio étnico. Lo relevante para este libro y este capítulo es la conclusión de que los modelos contextuales se ven influidos no sólo por el conocimiento socialmente compartido, sino que también por los prejuicios, y que éstos pueden influir en la estructura de la narración. O, en términos de la identidad y lealtad grupal del usuario del lenguaje, la nacionalidad o etnicidad del hablante puede, así, influir (indirectamente) en la forma en la que se refiere a los miembros de un exogrupo, como inmigrante o minoría.

En términos más generales, el relato es un lugar común en las experiencias que las personas tienen con sus vecinos o colegas extranjeros. En otro estudio (Van Dijk, 1993b), examiné la estructura narrativa de una historia relatada en California por un ciudadano estadounidense blanco sobre los conductores extranjeros, especialmente mexicanos. Este hombre se quejaba de la supuesta falta de conocimiento de la lengua inglesa de los inmigrantes y de su responsabilidad en el aumento de los accidentes debido a que no podían leer las señales de tránsito. Y esto no sólo sucede en California. La misma clase de quejas sobre la supuesta falta de conocimiento de la lengua es bastante común en los Países Bajos (Van Dijk, 1984, 1987). Además de los prejuicios étnicos o la xenofobia que comparten estos relatores, podemos asumir libremente que la pertenencia

a un grupo del relator controla el tópico, el foco y, especialmente, la complicación de estas historias, como también lo demuestra la polarización constante entre *Nosotros* y *Ellos* en el resto de la entrevista. En términos más generales, el discurso sobre los exogrupos se organiza en torno a una estrategia general de polarización de la auto-presentación positiva y la presentación negativa de los otros.

Se han realizado más investigaciones acerca del género y el relato, centradas principalmente en los contenidos y tópicos de las historias que relatan hombres y mujeres. Johnstone (1990) reunió 68 historias relatadas por hombres y mujeres en Indiana, Estados Unidos, y concluyó que las historias de las mujeres tienden a orientarse a otras personas, roles personales y comunidad, mientras que los hombres se concentran en sus propias capacidades, su valor, competencia y honor, y en los acontecimientos en los que pueden mostrar su destreza. Otros trabajos también sugieren que los hombres tienden a contar anécdotas sobre ellos mismos y que las mujeres lo hacen sobre otras personas. Así, en Suecia, Nordenstam (1992) observó que las mujeres que intercambian historias mencionan el nombre de los demás dos veces más que los hombres cuando éstos cuentan anécdotas a otros hombres. Esto significa que cuando las mujeres exitosas cuentan sus historias de vida, parte de su estrategia de auto-presentación puede exhibir varias formas de ambivalencia al «actuar» su éxito (Wagner y Wodak, 2006).

Ya he mencionado el estudio de Soler Castillo (2004) sobre el género y el relato en Bogotá, Colombia, en el que comparó la manera en que las mujeres y los hombres contaban sus anécdotas como parte de entrevistas sociolingüísticas. En general, concluyó que existen pocas diferencias importantes entre los hombres y las mujeres con respecto a variables sociolingüísticas como la gramática (adverbios, adjetivos, coordinación y subordinación, etcétera). Según el estudio, las mujeres tienden a usar más diminutivos y los hombres, más coletillas interrogativas. Las mujeres, además, utilizan coletillas interrogativas diferentes a las que usan los hombres, usándolas menos como expresiones fijas (en comparación con los hombres) y más como un medio de buscar confirmación por parte del entrevistador. Las mujeres y los hombres coinciden en bastantes tópicos (la mayoría de los tópicos para ambos son el trabajo, la familia, los estudios y la seguridad), pero los hombres conversan más sobre política, proyectos y deportes. Muchas historias tratan sobre acontecimientos negativos, lo que cumple con la condición de negatividad de las complicaciones narrables. Soler Castillo también analizó las estructuras narrativas de 30 de las historias relatadas por los entrevistados. Siguiendo el método de Johnstone (1990), encontró que los hombres tienden a hablar sobre sí mismos y las mujeres más sobre otras personas, pero en ambos casos estas historias suelen incluir acciones negativas. Las experiencias negativas de los hombres se concentran en el trabajo y la agresión, y las de las mujeres, en ataques y accidentes. Sin embargo, si ponemos en orden las categorías tópicas utilizadas por Soler Castillo (ataques, agresión física, asesinato, violación, pandillas), casi la mitad de las historias de las mujeres tratan sobre alguna clase de violencia. Además, las historias de las mujeres son casi el doble de largas que las de los hombres, pero la estructura narrativa (Resumen, Orientación, Resolución,

Coda) es muy similar. Las mujeres tienden a dar más detalles sobre el tiempo, el lugar y las personas, mientras que los hombres tienden a ser más específicos sobre el nombre de las personas y los lugares. En cuanto a las evaluaciones afectivas de las historias, casi no hay diferencias genéricas. Por otra parte, las historias de los hombres por lo general son más cortas que las de las mujeres. Los hombres también usan más metáforas que las mujeres, especialmente aquéllas que reflejan sus intereses específicos, como los deportes o la guerra. A las mujeres les interesan más las cosas cotidianas; sus metáforas se concentran en las luchas de la vida cotidiana y en detalles asociados con viajes. Asimismo, para los hombres, las demás personas son un medio para lograr un fin; para las mujeres, se trata de objetos que modelar o receptáculos que llenar, por ejemplo, con amor. Con respecto al espacio narrativo de las mujeres y hombres, éste tiende a organizarse según sus experiencias; las mujeres cuentan historias con un foco en el hogar y los lugares relacionados, mientras que los hombres, en contraste, relacionan sus propias actividades con la calle.

Así, aunque, según el estudio, existen diferencias entre las mujeres y los hombres con respecto a algunas de las propiedades del relato, éstas no son importantes y parecen estar controladas por sus experiencias, actividades y lugares más que por (otras) diferencias genéricas. Los tópicos dominantes del relato, por lo general, no están influenciados por diferencias de clase y género, sino que más bien reflejan las experiencias generales de la vida en la gran ciudad, por ejemplo, relacionadas con el crimen y la violencia.

Holmes (1997) observó que las historias de hombres y mujeres de Nueva Zelanda también reflejan sus experiencias y preocupaciones diarias. En este país, las mujeres también demuestran estar más interesadas en la familia, los niños y los amigos, y los hombres en el trabajo, el deporte y las actividades. Günther (1997) informa sobre un estudio que muestra que las anécdotas sobre quejas (en Alemania) tienden a contarse principalmente entre mujeres, quienes encuentran solidaridad y empatía entre otras mujeres al mostrar la clase de vulnerabilidad a la que, al parecer, los hombres se exponen con menor frecuencia.

Sidnell (2003), en un estudio etnográfico del relato masculino en una tienda de venta de ron en Guyana, mostró la manera en que los hombres manejan este tipo de interacción como un acontecimiento exclusivamente masculino, incluso con mujeres presentes. Obsérvese que en este caso no sólo el género (masculino) adquiere relevancia en el modelo contextual de los participantes, sino que también el Escenario: la tienda de venta de ron. De hecho, es probable que en otros escenarios, como en casa, el relato sea menos excluyente.

Durante cenas familiares, puede ser que una mujer en su rol de madre incite a sus niños a contarle a su padre sus experiencias del día. Este ritual refleja el poder y el papel del padre como evaluador de los hijos, así como también las relaciones dentro de la familia (Blum-Kulka, 1997; Ochs y Taylor, 1995; Tannen, 2003). Obviamente, para poder explicar las propiedades del relato en este tipo de conversaciones, tenemos que postular complejos modelos mentales para todos los participantes. Estos modelos deberían mostrar que las mujeres de estas interacciones exhiben o realizan varios roles

sociales o identidades, como los de madre, esposa, mediadora y estimuladoras de conversaciones agradables en la mesa. Al mismo tiempo, los modelos que controlan los relatos adecuados para la mesa deben especificar la ocasión (cena), lugar (casa) y momento (final del día), así como también el conocimiento de la madre sobre lo que el padre no sabe (aún).

Macaulay (2005b: 51 y sig.) demostró que las restricciones genéricas se combinan con las de clase. En un estudio realizado en Glasgow, las mujeres de clase media tendían a contar historias sobre las vacaciones, visitas a amigos y familiares, educación, trabajos, sus hijos y la decoración de su casa, mientras que las mujeres de clase trabajadora hablaban sobre sus familias, las compras, el bingo y la bebida. A su vez, los hombres de clase media conversaban sobre su trabajo profesional, viajes y deportes (al igual que los hombres en el estudio de Holmes (1997) recién mencionado), mientras que los hombres de clase trabajadora lo hacían sobre el pasado y sobre cómo han cambiado los tiempos. Day, Gough y McFadden (2003) analizaron las anécdotas de mujeres de clase trabajadora del Reino Unido sobre la bebida y las riñas —historias que por lo general se basaban en experiencias de salidas nocturnas (por ejemplo, en el *pub*)— para comprender mejor los contextos específicos de la agresión de las mujeres.

El relato cotidiano y natural muy pocas veces es una historia sin interrupciones. Puede ser fragmentario, repetitivo, contradictorio o interrumpido por los destinatarios (consultar, por ejemplo, Quasthoff y Becker, 2004). Las características contextuales pueden contribuir aún más a esta naturaleza fragmentada: por ejemplo, puede ser que los hombres en prisión que cuenten la historia de su vida traten de expresar su propia victimización, sufrimiento e impotencia, evitando así reconocer su responsabilidad (McKendy, 2006; consultar también Auburn, 2005).

Vemos que aunque el relato refleja parcialmente las experiencias y actividades basadas en la clase y el género de los narradores, esto no explica toda la variación. Así, aunque puedan tener un trabajo, muchas de las mujeres de los estudios no hablan mucho de ellos en sus relatos. Y tanto las mujeres como los hombres tienen familia y amigos, pero las mujeres generalmente hablan sobre ellos más que los hombres. Probablemente, también existan otras diferencias genéricas —en el interés y los objetivos para contar anécdotas— entre los hombres y las mujeres como narradores, como el hecho de que es probable que el machismo se ponga en evidencia sólo cuando los hombres hablan sobre su destreza.

Esto vuelve a demostrar que no es la restricción genérica y social (o la clase o la edad) lo que «origina» los diferentes tipos de relato y topicalización. Por el contrario, es una compleja estructura compuesta, por una parte, por experiencias, actividades y objetivos socialmente compartidos, así como también por las normas y valores asociados al género, la clase y la edad, y por otra, por experiencias y objetivos personales, claro está.

Kiper (1987) utilizó las historias contadas por los profesores en la sala de profesores de una escuela de Estados Unidos para demostrar que existen muchas diferencias genéricas en una misma clase y ocupación. Observó que las mujeres tendían a contar historias que no se relacionaban con el trabajo, sino con el hogar y la familia, mientras que los hombres en su mayoría hablaban sobre el trabajo.

Dado que entre estos profesores la clase, ocupación, lugar y (presumiblemente) muchas experiencias son similares, las diferencias en los temas de sus historias podrían interpretarse en términos de los modelos mentales diferentes que construyen los profesores y profesoras sobre sus vidas diarias. Sin embargo, puede ser que, en este caso, la diferencia genérica no sólo resida en la construcción de los modelos mentales de las experiencias, sino que también en la clase de temas sobre los cuales los hombres y mujeres prefieran conversar con otros hombres y mujeres. Se trataría de un efecto del modelo contextual, por ejemplo, en términos de lo que los hombres (mujeres) piensan sobre los intereses de otros hombres (mujeres) o en términos de la clase de información personal que están dispuestos a compartir con otros hombres (mujeres).

Por desgracia, el trasfondo socio-económico del relato se ha estudiado muy poco de manera sistemática (pero, consúltese, en términos más generales, los hallazgos pioneros y controversiales sobre las diferencias de clase en el discurso en el Reino Unido de Bernstein, 1971). Horvath (1985) halló que los narradores de clase baja en Australia generalmente prefieren hablar sobre sí mismos, mientras que las personas de clase media también hablan sobre otras personas.

El trabajo más completo sobre este aspecto del control del contexto —un estudio de los narradores de clase baja en Escocia— lo ha realizado Ronald Macaulay (2005b), quien observó que los narradores de clase baja tienden a usar más marcadores discursivos y enfatizadores, mientras que las personas de clase media utilizan más expresiones de evaluación. Como es el caso de las discrepancias genéricas, estas diferencias de clase necesitan una interpretación y explicación mayores, en términos, por ejemplo, de las diferentes experiencias personales, por una parte y, por otra, de las distintas experiencias lingüísticas. Como también lo demostró Soler Castillo (2004), Macaulay (2005b) encontró que, en general, las mujeres hablan más, cuentan más anécdotas y hablan más sobre otras personas que los hombres, y que las mujeres hablan sobre otras mujeres, las chicas sobre otras chicas y los hombres sobre ellos mismos. Las mujeres comúnmente incluyen más diálogos (representados) en sus anécdotas (hasta el 27% de sus historias representan diálogos, en comparación con sólo un 8% de las historias relatadas por hombres), representando escenas y dándole más vida a sus historias. Wood y Rennie (1994), en su estudio de la «formulación de la violación», descubrieron, entre otras cosas, que las experiencias traumáticas del día a día pueden hacer difícil conversar sobre un tópico como la violación. En teoría, vemos cómo los modelos eventuales (de experiencias traumáticas) interactúan con los modelos contextuales de la conversación en curso que pueden influir en los problemas de formulación.

El libro editado por De Fina, Schiffrin y Bamberg (2006) es especialmente relevante para esta revisión. Se trata sobre el discurso y la identidad, pero la mayoría de los artículos abordan la identidad en las anécdotas y los relatos. El enfoque teórico dominante es una perspectiva construccionista de la identidad, es decir, ésta se define como una construcción contextual o performancia: las personas «se posicionan» de maneras específicas con su discurso. En *Sociedad y discurso*, se muestra que este enfoque reduccionista —pero actualmente muy popular— de la identidad es demasiado

confuso e inadecuado en términos teóricos. Lo único relevante es que las historias expresan, construyen o realizan de muchas maneras las identidades sociales de los narradores, destinatarios o protagonistas. Uno de los estudios importantes de la colección que muestra claramente cómo las identidades se realizan de forma narrativa es el artículo de Holmes (2006) sobre las identidades en el relato organizacional, parte de un proyecto extenso sobre el discurso en el lugar de trabajo. En éste demuestra cómo, en las organizaciones, historias más o menos irrelevantes contadas durante la conversación pueden tener varias funciones significativas, como promover la cohesión y solidaridad entre los miembros de un equipo, así como también construir complejas identidades personales y profesionales. Se dio cuenta de que durante estas conversaciones los participantes se basaban en sus identidades sociales y personales: como líderes o bebedores, por ejemplo. De esta manera, a través del relato de una anécdota (sobre cómo puso en ridículo a alguien que se equivocó), una mujer líder puede confirmar que es una persona dura y profesional, una identidad que, claro está, no se construye a partir de cero, sino que sus compañeros de equipo ya conocen, pero que necesita confirmarse —o adaptarse— a través del discurso, en la situación actual. Holmes también enfatizó otro punto importante de las relaciones entre el discurso y el contexto, concretamente que no sólo los factores contextuales (como la identidad profesional) influencian el habla, sino que también que ésta tiene muchas *funciones* en la situación en curso, como resolver problemas o aumentar la solidaridad entre los colegas, entre otras. Es decir, incluso las anécdotas personales o laborales «irrelevantes» pueden volverse funcionales para la organización (para acceder a un estudio relacionado sobre la identidad y autoridad genérica en el lugar de trabajo, consúltese Kendall, 2004).

Actos de habla

Las definiciones mismas de la adecuación de las condiciones de los actos de habla tienen que formularse en términos de categorías contextuales, como el conocimiento, los deseos o los propósitos de los participantes (Searle, 1969). Por ejemplo, las preguntas para obtener información presuponen que los hablantes no tienen un conocimiento que éstos asumen que los destinatarios sí tienen y las órdenes sólo se emiten adecuadamente si el hablante quiere que el destinatario haga (o *no* haga) algo, tiene una posición de poder o autoridad específica, etcétera.

Robin Lakoff (1996) mostró que para poder realizar confesiones adecuadas en casos delictuales en Estados Unidos, se deben tener en cuenta muchas otras características del contexto, como las diferencias de poder. Demostró que un sospechoso debe tener una competencia pragmática completa para poder hacer una confesión aceptable, como varias formas de competencia comunicativa, incluida la comprensión de su papel como sospechoso en una conversación delictual.

La pregunta aquí es si los actos de habla pueden variar en el sentido de que, por ejemplo, diferentes clases de hablantes utilizan distintas clases de actos de habla. El

ejemplo estándar sería el uso de las órdenes, que presuponen que el hablante tiene una posición, papel o estatus superior que el destinatario, o una condición relacionada. Entonces, un sargento probablemente emite más órdenes que un soldado y un policía más que un sospechoso, etcétera. Las relaciones de poder o de los roles de los participantes obviamente influyen en las interacciones y, por lo tanto, en sus actos de habla. Aunque el poder institucional de los hablantes puede controlar la naturaleza y los efectos de los actos de habla (Wang, 2006), como es el caso de las preguntas en los interrogatorios policiales (donde responder no es una preferencia o una norma, sino una obligación), debemos analizar, al mismo tiempo, la influencia de otras características del contexto. De esta manera, Haworth (2006) demostró cómo los sospechosos con estatus social pueden desafiar y oponerse a las preguntas de los oficiales de la policía. En muchas situaciones institucionales, las preguntas se utilizan como un medio de control. Por ejemplo, Speer y Parsons (2006) observaron que las preguntas hipotéticas sobre su posible futuro pueden utilizarse como jugadas de filtro (*gate-keeping moves*) en la evaluación psiquiátrica de pacientes transexuales.

Holmes (2005) demostró cómo los administradores, mediante el poder que les da su posición, dan órdenes a sus empleados para lograr que trabajen. En otras palabras, tradicionalmente, el poder social puede manifestarse en actos de habla específicos. En términos pragmáticos abstractos, esto significa que las posiciones sociales y las relaciones jerárquicas se encuentran entre las condiciones apropiadas de los actos de habla directivos.

Sin embargo, en la vida real, y en las interacciones reales, las cosas son algo más complejas. Antes que nada, siguiendo la lógica de este argumento, los participantes deben construir estas posiciones sociales en su modelo contextual. De esta manera, una gerente que no se considere en una posición superior probablemente no usará órdenes, sino más bien solicitudes. En segundo lugar, no sólo se trata de una posición social, sino que posiblemente de muchas otras características situacionales (según las construyen los participantes), como el escenario, las reglas y normas de la organización, las (otras) relaciones entre los hablantes, etcétera. A pesar de las relaciones de poder formales, los participantes también pueden ser amigos cercanos o la ocasión puede ser menos formal (como la celebración de un cumpleaños en el trabajo), en cuyo caso las órdenes directas pueden resultar menos apropiadas. En relación con otro tema asociado a las diferentes situaciones de las mujeres y hombres profesionales, Martín Rojo y Gómez Esteban (2005: 82) contribuyen con ejemplos que muestran que en algunas fiestas de oficina, las mujeres pueden sentirse fuera de lugar con respecto a la «diversión» informal de los hombres (o incluso excluidas).

Las órdenes no necesariamente se expresan como tales, sino que pueden tomar la forma de solicitudes amables, aunque el modelo contextual del destinatario en dicho caso le dirá muy claramente si la expresión debe o no interpretarse como una orden o una solicitud. Holmes (2005) también demostró cuánto del poder ejercido en oficinas de Nueva Zelanda se ejerce no por medio de órdenes explícitas, sino que a través de referencias directas, indirectas o implícitas a procedimientos, normas, precedentes,

etcétera, que se presume que los participantes comparten.

Estos ejemplos muestran una vez más que no es simplemente la posición o poder formal lo que controla directamente el uso del lenguaje, sino un análisis complejo de la situación comunicativa completa. La posición formal y las relaciones personales, el conocimiento compartido, las normas y otras representaciones sociales pueden activarse para controlar la manera en que los participantes hablan o la forma en que entienden este discurso. Esto también se aplica al papel del género en estas situaciones. Holmes demostró que las mujeres gerentes pueden ejercer su control directamente, de una manera estereotipadamente «masculina» y directa, pero que las restricciones y presuposiciones genéricas tradicionales siguen siendo relevantes cuando esta conducta es desafiada por subordinados en la interacción.

Martín Rojo y Gómez Esteban (2005) sacan conclusiones parecidas al examinar el «estilo femenino» en las organizaciones españolas. En un estudio de discusiones grupales, hallaron que las gerentes mujeres sienten que necesitan actuar de una manera especialmente estricta, autoritaria y esforzada para mostrar que son capaces. Sin embargo, pagan un precio y sus subordinados no las aprecian tanto (especialmente las mujeres) y las consideran menos femeninas. Por otra parte, los hombres no tienen que desenvolverse de ninguna manera particular ni actuar de una manera que no son y pocas veces se consideran autoritarios o estrictos, porque su autoridad como gerentes es un estereotipo presupuesto.

Otras investigaciones documentan más diferencias de género y edad en el uso de los actos de habla. Así, Gleason, Ely, Perlmann y Narasimhan (1996) muestran que las madres en Estados Unidos tienden a usar más expresiones de prohibición con los chicos que con las chicas (consultar también Gleason, 1985) y Ervin-Tripp, O'Connor y Rosenberg (1984) hallaron que los niños de este país utilizan menos actos de habla de cortesía (como órdenes) con sus madres que son sus padres. (Si se quiere acceder a una descripción más etnográfica del género y otras variaciones en la conversación de la familia, consultar Nader, 1996; para un análisis de patrones similares en el desarrollo pragmático de los niños kaluli, véase también Schieffelin, 1990; y Schieffelin y Ochs, 1986).

En un estudio de Kyratzis y Guo (1996), en el que se comparaban las diferencias genéricas en Estados Unidos y China, se demostró que la interacción y los actos de habla dominantes no están simplemente influenciados por el género, sino que también por el Escenario y otros parámetros situacionales: en China, las mujeres tienden a dominar a los hombres en casa (donde pueden dar órdenes) y lo contrario ocurre fuera de ésta (donde las mujeres tienden a ser silenciosas e invisibles), como si sus vidas fuera y dentro del hogar fueran mundos o culturas diferentes. En Estados Unidos, donde el individualismo es más sobresaliente, las diferencias contextuales son menos pronunciadas: mujeres y hombres mantienen su propia identidad individual, ya sea en la casa o en la esfera pública.

Como es el caso de toda acción, los actos de habla se realizan bajo el control de factores contextuales «cognitivos» como *objetivos* o *metas*. La teoría clásica de los actos

de habla los formuló en términos de las intenciones o «deseos» de los hablantes: H desea que O sepa (haga, etcétera) P. Y, al revés, los actos de habla se entienden si el destinatario es capaz de atribuir esta meta u objetivo al hablante. Yo he sugerido que estas cogniciones son parte esencial de los modelos contextuales.

Y, finalmente, los actos de habla también presuponen el conocimiento de los hablantes sobre el conocimiento presupuesto del destinatario, como sugerí en el caso de las preguntas abiertas. Éstas presuponen que el hablante cree que el destinatario sabe lo que el hablante desea saber.

Vemos que, como se presume, las condiciones adecuadas de los actos de habla implican una formulación en términos de varias propiedades contextuales. Sin embargo, recordemos que este contexto no es la situación social objetiva, sino que la manera en que los participantes la interpretan. De ahí la posible confusión y los problemas de comunicación que se resumen en el eslogan estereotípico: «¿Es eso una promesa o una amenaza?» cuando los destinatarios no tienen suficiente información sobre el hablante.

Interacción en la conversación

Muchas de las estructuras analizadas anteriormente también tienen características interaccionales importantes, como es el caso de la argumentación, las exenciones de responsabilidad (*disclaimers*), etcétera. Además de lo que se ha discutido con anterioridad, sin embargo, finalmente debemos poner atención a algunas de las muchas características interaccionales del discurso, como el cambio de turnos, las interrupciones, las correcciones, la secuenciación, las conversaciones de apertura y cierre, los eventos comunicativos organizadores y una gran cantidad de prácticas interaccionales, como las promesas, los acuerdos y el relato, entre muchas otras. Obviamente, lo que se ha dicho ya en el caso del estilo, el registro y el género discursivo y sus manifestaciones en la gramática, la semántica, los actos de habla, etcétera, también se sostiene en el caso de las conversaciones, aun cuando estas propiedades se toman menos en cuenta en el análisis de la conversación.

A pesar de la renuencia a analizar el papel del contexto en los primeros análisis de la conversación, como se discute ampliamente en *Sociedad y discurso*, no debe olvidarse que la explicación misma de la interacción se formula en términos «contextuales». Aunque, tradicionalmente, las expresiones o «textos» se estudiaban como entidades o fenómenos independientes, sin decir mucho sobre sus autores o lectores, la conversación cotidiana y la interacción institucional en esencia implican varios *participantes* y las *relaciones* entre ellos, propiedades de la interacción que hemos analizado hasta ahora como parte del «contexto» del habla, considerado como una abstracción del evento comunicativo. Lo mismo resulta cierto en el caso de muchos actos (sociales) realizados mediante el habla, así como también las normas, reglas o «métodos» que los miembros utilizan para llevar a cabo la conversación.

Como aquí no podemos explicar la gran cantidad de características interaccionales del habla, examinemos al menos algunas de las más importantes en relación a sus restricciones contextuales (para más detalles, consultar, entre muchos otros estudios, Drew y Heritage, 1992; McHoul y Rapley, 2001; Sarangi y Roberts, 1999; Ten Have, 1999).

Turnos y cambios de turno

Entre las propiedades más características y «observables» de la conversación, el sistema de cambio de turnos fue uno de los primeros que se estudiaron de forma más explícita (Sacks, Schegloff y Jefferson, 1974). Las investigaciones resumidas en *Sociedad y discurso* sugieren que existen muchas restricciones contextuales en el intercambio de turnos de habla, incluidos quién puede o debe hablar primero o último en una conversación, quién puede o no puede hablar, y por cuánto tiempo, y si la invitación a hacerlo es explícita o no. En general, las relaciones jerárquicas etarias y sociales, como el rango, el estatus o el poder, también definen varias clases de derechos a tomar un turno. En la comunidad de los wolof, se espera que las personas de rango inferior hablen primero (Irvine, 1974). En muchas culturas occidentales, las personas de rango superior o mayor edad hablan primero y existe una regla general en ese caso de no hablar hasta que nos hablen y de no interrumpir al hablante hasta que nos den el turno. En algunas culturas, los niños no pueden hablar ante la presencia de los padres a menos que se les invite a hacerlo.

Lo mismo es cierto en el caso del *género*. En muchas culturas las mujeres están sujetas a restricciones similares con respecto a sus derechos para hablar ante la presencia de los hombres. Podríamos decir que sólo existe una diferencia de grado entre las normas formales de la adecuación cultural definida en términos de género y la dominación masculina *de facto* en las culturas occidentales. Tradicionalmente, esta dominación se infería de los patrones de interrupción: con frecuencia se ha observado que los hombres piden el turno de palabra con más frecuencia y por más tiempo que las mujeres y que interrumpen a las mujeres con más frecuencia que las mujeres interrumpen a los hombres (Bergvall, 1995; Edelsky, 1993; James y Clarke, 1993; West y Zimmerman, 1983). En un estudio de debates en la Cámara de los Comunes del Reino Unido, se vio que los parlamentarios infringían las normas con mayor frecuencia que las parlamentarias cuando se trataba de pedir el turno (Shaw, 2000). Y, si las mujeres pedían el turno con tanta frecuencia como los hombres, puede que tengan que enfrentar acotaciones burlonas por parte de la audiencia masculina (Bergvall y Remlinger, 1996).

El panorama es, sin embargo, más complejo. Redeker y Maes (1996) demostraron que en ciertos tipos de interacción profesional en los Países Bajos, no había diferencias en términos de interrupciones entre hombres y mujeres que se encontraban en grupos mixtos, pero había más interrupciones entre los grupos exclusivamente de hombres y menos en aquellos exclusivamente de mujeres. Ahrens (1997) mostró que se deben tener en cuenta todos los criterios de contenido y contexto al analizar las interrupciones y que

éstas no necesariamente son manifestaciones de dominación. En su análisis crítico de 25 años de investigación sobre interrupciones relacionadas con el género, James y Clarke (1993) también concluyeron que los estudios no confirman esta variación genérica en el caso de las interrupciones. Con el cambio de las relaciones sociales hacia una mayor equidad, las condiciones de cambio de turno también han cambiado, como puede observarse más prestamente entre los niños que interactúan con sus padres en muchos lugares de la cultura occidental. Sin embargo, la cortesía y el respeto, por ejemplo, basados en diferencias etarias o de estatus, siguen restringiendo la petición de turnos en el sentido de que las personas de mayor estatus son menos interrumpidas.

En situaciones institucionales formales, el cambio de turnos puede verse influido por reglas explícitas, con turnos asignados por una persona que tiene la función específica de asignarlos (un organizador, representante, etcétera), como es el caso de la mayoría de las reuniones formales, como los consejos o debates parlamentarios. En el último caso, los turnos también pueden asignarse según el tiempo: los hablantes pueden tener una cantidad de segundos o minutos para hablar, como sucede, por ejemplo, en los debates presidenciales de Estados Unidos. Estos ejemplos demuestran que no es simplemente el estatus o el rol de los participantes lo que define ciertas condiciones de la distribución de turnos, sino que también las *relaciones* entre los participantes: las relaciones sociales equitativas condicionan (y son representadas por) la distribución equitativa de los turnos.

Se han realizado muchas investigaciones sobre las supuestas diferencias «estilísticas» entre las mujeres y los hombres en la conversación, las que por lo general (por un tema de estereotipos) se resumen en los atributos «cooperativo/a» y «competitivo/a» y presuponen que caracterizan la acción e interacción genéricas en general. Otras las explican en términos de restricciones biológicas, culturales y sociales (de poder). De esta manera, las interrupciones, la elección del tópico y la continuidad realizadas por los hombres se interpretan como típicas de una lucha competitiva por obtener el turno; y las de las mujeres, como algo más bien cooperativo y de apoyo a los hablantes anteriores (consultar, por ejemplo, Eckert y McConnell-Ginet, 2003: 122 y sig.; Coates, 1996, 1997).

Sin embargo, al igual que lo que se ha dicho en relación a las investigaciones que se han analizado aquí, estas generalizaciones son tendencias muy generales y, como siempre, todo depende de las situaciones culturales y sociales y, no obstante, son los participantes las que las construyen. Dependiendo de los contextos, las mujeres también serán competitivas en la interacción, pero pueden competir por otras cosas, como por popularidad en lugar de poder, jerarquía o liderazgo (Eckert, 1989, 1990) y, por supuesto, muchos hombres pueden ser cooperativos (véase también Cameron, 1997a).

Así, aunque los estudios sociolingüísticos tradicionales simplemente utilizaban «variables» sociales simples, como el género, las investigaciones contemporáneas analizan el uso del lenguaje más bien en términos de identidades y relaciones genéricas (más variadas) y en relación a otras identidades o estructuras sociales (véase también, por ejemplo, Cameron, 1997b; Wodak, 1997; Wodak y Benke, 1997).

Como una tendencia general sociocultural, se encuentra que las mujeres a veces

construyen su papel competitivo en la interacción y las relaciones entre las mujeres y los hombres (o entre las mujeres), en diferentes términos competitivos, con diferentes normas y valores. Así, Marjorie Harness Goodwin (1990) reveló que las chicas pueden organizar conversaciones de forma competitiva de tal manera que se acepta a algunas chicas afro-americanas como amigas o miembros de un grupo juvenil, mientras que otras son excluidas. Además, Sheldon observó que las chicas de la región central de Estados Unidos podían manejar y negociar perfectamente en situaciones de conflicto con un «discurso de dos caras» que combinaba el valor genérico de «ser amables» con ser asertivas (consultar, por ejemplo, Sheldon, 1990, 1997).

Con la preocupación usual por la sobregeneralización y la necesidad de un análisis contextual más complejo de estos resultados en mente, también debe recordarse que la gran mayoría de estos estudios se ha realizado en Norteamérica, Europa, Australia y Nueva Zelanda; por lo tanto, se relacionan con las identidades y relaciones genéricas actuales de estas culturas y sociedades: una restricción contextual que no siempre se formula de manera explícita en dichos estudios, pero que obviamente presupone las situaciones sociales «occidentales» como la norma.

Aperturas, cierres y secuenciación

Como hemos visto en el caso de la distribución general de los turnos, existen condiciones contextuales obvias para las personas que pueden o deben iniciar o cerrar las conversaciones. En muchas culturas, los ejemplos más conspicuos son las reuniones institucionales formales de muchos tipos, iniciadas y finalizadas por un participante específico, como el presidente. En situaciones informales, la edad, el género, el rango, el estatus o el poder pueden convertirse en una condición más o menos estricta para determinar quién puede (o debe) hablar primero, segundo o último (véase, por ejemplo, Aston, 1995; Heath, 1981; Rostila, 1995).

Lo mismo resulta cierto para el caso de la transición de una secuencia a otra en una conversación, por ejemplo, que da inicio a una secuencia de cierre o que pasa de un saludo inicial a categorías tópicas (el «asunto a tratar»). En las situaciones más generales, informales y menos equitativas, la regla es que los hablantes más «poderosos» pueden o deben iniciar las secuencias nuevas, deben hacer los cambios de tema y los cierres, donde «poderoso» se define, nuevamente, en términos de edad, género, rol social o estatus, así como también de posición formal, como la presidencia (Okamoto y Smith-Lovin, 2001).

Las aperturas de las conversaciones informales pueden depender de la selección propia de los hablantes en situaciones donde se deben seleccionar (nuevos) destinatarios, por ejemplo, al pedir direcciones a un extraño en la calle. En muchas culturas y condiciones, dirigirse a un extraño está sujeto a reglas estrictas: como parte de un sistema social general de protección del espacio y la privacidad interaccionales, no podemos simplemente dirigirnos a cualquier persona, en cualquier lugar, de la manera que queramos, sólo para iniciar una conversación. Por lo general, debe existir una «buena razón», como la necesidad de pedir ayuda (preguntar por una dirección), de ofrecer

ayuda a una persona que obviamente la necesita, de iniciar un encuentro de entrega de un servicio, la entrega de información, etcétera.

En escenarios institucionales, estas «buenas razones» se definen en términos de papeles y relaciones formales entre los participantes, como cuando los jefes se dirigen a sus subordinados y los profesores a los estudiantes, a la vez que existe una razón institucional para hacerlo, por ejemplo, para solicitar información o hacer que alguien haga algo. Esto significa que las «buenas razones para participar en una conversación» son condiciones generales de adecuación para la interacción, por ejemplo, cuando se permiten o necesitan servicios u otra forma de interacción. La infracción de estas normas se puede definir y sancionar en términos de una escala que varía entre inadecuación moderada a acoso y agresión legalmente prohibidos. El ejemplo característico es el del acoso sexual que sufren las mujeres por parte de los hombres (consultar, por ejemplo, Conefrey, 1997, para acceder a un estudio del ambiente «frío» para las mujeres que trabajan en un laboratorio universitario).

Las restricciones (o conciencia de las restricciones) de *lugar* o *espacio* también pueden controlar la apertura de una conversación. No saludamos a *todas* las personas que vemos en una bulliciosa calle urbana, pero si nos encontramos con alguien al caminar por un camino rural solitario es aceptable, incluso necesario, saludarlos a todos; y es probable que la cercanía de los participantes de una situación dé origen a una conversación más que la distancia: comúnmente, tendemos a conversar más con alguien que está sentado a nuestro lado en un tren o un avión o que está junto a nosotros en una fila, en un ascensor o en una tienda, etcétera, que con las personas que se encuentran al otro lado del tren, del avión, de la habitación, tienda o espacio en general. En este caso, la cercanía también se asocia con otros aspectos de la interacción personal, como compartir un espacio interaccional, el contacto visual, el registro de sonido del habla normal, etcétera.[9]

Las restricciones de *tiempo* a las aperturas, cierres y otras secuencias son la regla en la mayoría de las formas institucionales de interacción. La mayor parte de los tipos de reuniones se programan para comenzar «a la hora» y se realizan bajo restricciones de tiempo más o menos estrictas, como la cantidad de minutos para hablar en el parlamento. Asimismo, las restricciones de tiempo y la agenda de las reuniones formales pueden exigir que los participantes, por lo general invitados a hacerlo por parte del organizador, den fin a un tema o punto de la agenda y pasar al siguiente. En las conversaciones informales también existen restricciones de tiempo, como el gesto familiar de mirar el reloj ostentosamente para poder terminar la conversación. Muchas conversaciones informales comienzan con la expresión de estas restricciones de tiempo por parte de los participantes («Tengo sólo un minuto… », etcétera). Estas restricciones controlan muchos otros aspectos del habla, como la velocidad del habla, la postura corporal, las miradas repetidas al reloj, interrupciones, cambios rápidos de tema y cierres, entre otros, que señalan que el hablante tiene prisa.

Las aperturas y cierres son fases especiales de los *fenómenos de secuenciación* más generales del habla que analicé anteriormente bajo la etiqueta de «superestructuras» del

discurso y que he descrito en términos de «esquemas» o «formatos» (consultar, por ejemplo, Atkinson, 1979; Piazza, 1987; Schegloff, 1968). De esta manera, más o menos de la misma en que las historias comienzan con alguna clase de anuncio y resumen y cierran con una coda, y que las argumentaciones comienzan o terminan con algún tipo de conclusión seguida o precedida por diferentes clases de argumentos, el habla también puede organizarse, en varios niveles, por fragmentos organizados en secuencias, dos de las cuales, las aperturas y los cierres, se mencionaron antes. Así, después de varios tipos de aperturas, la interacción en la conversación usualmente apunta al «asunto a tratar», una secuencia de turnos o movimientos que pueden estar organizados según varios temas o según otras categorías formales que pueden depender del contexto institucional, como parecía ser el caso de los debates parlamentarios.

En consecuencia, una clase, un encuentro para entregar un servicio en una tienda o una entrevista de trabajo en una empresa tendrán partes, segmentos o unidades reconocibles a las que los hablantes pueden poner atención comúnmente, como la explicación de los objetivos de una reunión, la introducción (por ejemplo, la formulación de un problema por parte del organizador de la reunión), la formulación de preguntas, deliberaciones, la decisión, la votación, etcétera (consultar, por ejemplo, Komter, 1992).

Por eso, en un encuentro para la entrega de un servicio en una tienda, podemos esperar, por lo general, después del saludo inicial y una conversación trivial (*small talk*) sobre el clima, especialmente si los interlocutores se conocen, una solicitud de un servicio o producto, posiblemente preguntas sobre la naturaleza de éstos, el pago y finalmente una conversación trivial y saludos, dependiendo de los guiones institucionales (para más detalles, consultar, por ejemplo, Ventola, 1987).

Asimismo, un juicio es la secuencia de una actividad organizada en unidades discursivas más o menos independientes, tales como aperturas, formulación de cargos, defensa, etcétera, cada uno de los cuales, a su vez, se estructura según ciertas convenciones (Cotterill, 2002; Drew y Heritage, 1992). Las mismas observaciones aplican en el caso de los interrogatorios en general y en las «entrevistas» policiales en particular (consultar, por ejemplo, Cotterill, 2002; Heydon, 2005; Shuy, 1998). Cada institución, actividad de interacción o género (también) se estructura y secuencia según unidades o categorías «funcionales» que organizan sus significados y la interacción en general, por ejemplo, en varias clases de turnos, secuencias de turnos, duración de los turnos, etcétera «pre-asignados» (Ten Have, 2001). De esta manera, las solicitudes de un cliente permiten que los proveedores de un servicio infieran lo que los clientes desean y que, en consecuencia, organicen sus propias acciones y su discurso.

Éste es sólo un panorama muy general y en el caso de cada género discursivo o actividad, este análisis «esquemático» del habla puede detallarse a niveles organizacionales muy minuciosos. Nótese que esta clase de análisis esquemático o «superestructural» del discurso no debe reducirse a un análisis «secuencial» local, por ejemplo, a nivel de turnos o incluso de la estructura interna de los turnos. Es decir, las aperturas, los cierres, los saludos, las preguntas, etcétera, son unidades complejas de nivel superior que pueden organizar muchos turnos de la secuencia real del habla, como

es también el caso del discurso escrito. De hecho, estas unidades organizan el significado, la función o la acción más que el cambio de turnos secuencial de nivel inferior. Estas mismas categorías pueden incluir una interacción, por ejemplo, en el caso de la categoría Negociación o Saludos de una reunión. Como sabemos sobre los pares adyacentes de la pregunta y las respuestas, las categorías esquemáticas pueden consistir en un solo turno o una sola proposición cada una o una secuencia de preguntas o de respuestas puede consistir en muchos turnos o proposiciones (dependiendo del nivel de análisis). Muchas de las descripciones generales de estos pares adyacentes, por ejemplo, que las preguntas generan la «obligación» de que los destinatarios contesten, son nociones contextuales más que puramente discursivas (como también sería el caso de los turnos, de las estructuras sintácticas, de los elementos léxicos, de las proposiciones, etcétera).

Por la manera en que he resumido la naturaleza de la secuenciación a nivel global (esquematización, superestructuración, etcétera) en el discurso, vemos que también tiene restricciones contextuales, como ya vimos en el caso de las aperturas y cierres.

Por ejemplo, en muchos tipos de entrevistas de trabajo, los entrevistadores desean tener (más) información de los candidatos, con el fin de poder evaluarlos para el trabajo. Generalmente, existe una relación de poder desigual entre los entrevistadores y los entrevistados, dado que los primeros pueden decidir sobre el futuro laboral de una persona y comúnmente también tienen el poder de organizar y dirigir la entrevista. Esto significa que tienen la oportunidad de participar en secuencias bastante largas de preguntas para obtener información que el entrevistado muchas veces sentirá que debe responder y a las que no podrá poner fin. Igualmente, en algunas entrevistas laborales se espera que los entrevistados también muestren interés por hacerles preguntas a los entrevistadores. En otras palabras, una categoría esquemática de preguntas para las entrevistas de trabajo (como también para los interrogatorios, los exámenes orales, etcétera) se define no sólo en términos puramente esquemáticos, por ejemplo, como una categoría que sigue (digamos) una apertura, introducción u objetivos, sino que también en términos de los participantes que pueden o deben participar en ellas, como qué, con qué objetivos o conocimiento (o falta de conocimiento), etcétera (consultar también Komter, 1992).

Es decir, todas las categorías superestructurales del habla pueden tener un orden y función secuenciales más o menos precisos, como también restricciones contextuales (de tiempo, lugar, participantes, objetivos, conocimiento, etcétera), como es el caso del discurso considerado como un todo. Además, especialmente en las organizaciones, estos formatos de rutina del habla pueden tornarse en una convención e, incluso, una norma (explícita), por ejemplo, mediante reglas o un manual práctico, como sabemos de los debates parlamentarios y los procedimientos para realizar entrevistas en las empresas y las estrategias de interrogación de la policía. Estas categorías pueden organizar los significados (así como la categoría esquemática de un titular organiza el macrosignificado global de una noticia) y las acciones —como las aperturas y cierres— pero, en general, se deben definir en términos contextuales.

Otras influencias contextuales en la interacción conversacional

Dado que las formas en que varios parámetros contextuales influyen en otros aspectos interaccionales del habla son múltiples (un estudio que exigiría varias monografías), sólo puedo resumir muy brevemente unos pocos estudios empíricos. Los factores contextuales más poderosos, además de las siempre relevantes categorías de los objetivos y el conocimiento de los participantes, son las categorías (construidas) de los participantes: los roles, el género y las identidades culturales y las clases sociales, así como también las relaciones entre los participantes.

No obstante, debemos volver a recordar que la mayoría de los participantes de una conversación construyen muy pocas restricciones situacionales uniformemente como factores contextuales y que aunque parecen encontrarse diferencias genéricas obvias, éstas pueden depender de factores e interacciones más complejos del contexto. De esta manera, aunque muchos estudios han descubierto que en España los hombres dominan a las mujeres en las conversaciones de eventos comunicativos de estatus alto, como los espectáculos televisivos de conversación (tienen más turnos y éstos son más largos, se les trata como expertos con más frecuencia, etcétera; véase también Kotthoff, 1997), Bierbach observó que las mujeres en España, en otras situaciones sociales, como las asociaciones de vecinos, no son dominadas por los hombres para nada. En otro escenario prestigioso (seminarios de investigación en la universidad), los hombres nuevamente hablan más que las mujeres (aunque éste es más el caso entre estudiantes que entre profesores), pero la situación es diferente en las facultades de humanidades en comparación con las de ciencias sociales, como muestra una investigación sueca (Gunnarsson, 1997).

Las «variables» sociolingüísticas tradicionales, por lo tanto, deben estudiarse en relación con estas nociones más amplias como las «comunidades de práctica» (Eckert y McConnell-Ginet, 1992) o al menos con respecto a una combinación de categorías sociales (construidas) según se representan en los modelos contextuales. De hecho, las mujeres, los hombres, los adolescentes, los estudiantes y las personas de clase baja y media hablan y se comunican de una manera bastante diferente en estos distintos escenarios comunitarios, por ejemplo, en el trabajo, en la casa o en el gimnasio (consultar, por ejemplo, Coates, 1997). Por lo tanto, los hallazgos que se resumen en este capítulo deben compararse con los análisis de estas complejas situaciones y, claro está, con la noción fundamental del modelo subjetivo de estas situaciones, que las personas construyen.

Una de las muchas diferencias genéricas que se presuponen es que las mujeres hablan más que los hombres. Sin embargo, como es el caso más típico de la influencia del género en el discurso, esto depende de otras restricciones contextuales. Por ejemplo, Swacker (1995) encontró que los hombres estadounidenses en situaciones experimentales (descripción del dibujo de una habitación según lo que recordaban) hablaban mucho más que las mujeres, quizás para lucirse en una situación de evaluación. James y Drakich (1993), así como muchos otros investigadores, hallaron que en Estados Unidos, en general, los hombres hablan más y que lo hacen en la mayoría de las situaciones en las

que hay personas de más de un sexo, donde también se le presta más atención a su discurso y sus ideas que a los de las mujeres (consultar también Eckert y McConnell-Ginet, 2003: 114 y sig.).

Ya hemos visto que muchas de las diferencias conversacionales que se presuponían originalmente entre mujeres y hombres eran en gran parte estereotipos y, como tales, también poderosos como normas del uso «apropiado» del lenguaje (véase también el debate del estudio original de 1975 de Robin Lakoff del lenguaje de las mujeres, Lakoff, 2004). Décadas de investigación sobre el lenguaje, el discurso y el género han desacreditado o, al menos, refinado estas primeras observaciones (consultar, por ejemplo, los capítulos del manual editado por Holmes y Meyerhoff, 2003). Sin embargo, también se ha enfatizado que el intercambio de estereotipos negativos sobre el habla de las mujeres por estereotipos positivos sigue presuponiendo diferencias entre mujeres y hombres (Talbot, 2003). Por otra parte, la negación de cualquier diferencia sistemática del género en el uso del lenguaje puede interpretarse como la negación de la influencia general de la posición subordinada de la mujer en la mayoría si no en todas las culturas y sociedades. El punto es, nuevamente, que todo depende del contexto y de cómo lo definen los participantes.

Negativas

Aunque precisamente sin la intención de demostrar las diferencias genéricas en el habla, el estudio de Kitzinger y Frith (1999) sobre las *negativas* de las mujeres británicas de las propuestas sexuales o agresiones por parte de los hombres adquiere relevancia en esta sección. Contra la recomendación común para las mujeres de aprender a decir «No» frente a los ofrecimientos sexuales indeseados de los hombres, los autores enfatizan que las negativas orales son evitadas y difíciles de hacer, por lo que generalmente se formulan en términos de vacilación. Los hombres, que comparten las mismas reglas de conversación, entienden perfectamente estas negativas, mientras que un simple y llano «No» puede ser malinterpretado.

Una de las formas de interpretar este estudio crítico en mi marco de referencia es recordar que el uso del lenguaje vacilante no es, por un lado, una expresión de la inseguridad estereotípica de las mujeres, sino que es una jugada conversacional más general para plantear negativas (difíciles) y una manera de proteger la imagen del destinatario. Por otro lado, obviamente, el género es relevante en esta clase particular de negativa, porque los movimientos conversacionales implementan el problema de la interacción genérica ocasionado por los ofrecimientos o solicitudes sexuales. Es decir, las negativas, en este caso, se basan en la definición de una situación comunicativa compleja según se representan en los modelos contextuales de las mujeres. De hecho, este tipo de problemas no surge en las negativas estándares de la vida cotidiana, como las negativas ante el ofrecimiento de azúcar para el té, las que se hacen con un simple y amable «No, muchas gracias». Una de las diferencias fundamentales es que una gran cantidad de presuposiciones sobre las posibles implicaciones de esta clase de negativa para la imagen,

la popularidad, la reputación, etcétera de la mujer está implícita en el modelo contextual de una negativa de sexo. Todas éstas, a su vez, se basan en representaciones sociales sobre el sexo, las mujeres y las relaciones entre géneros, y no sólo en consideraciones de la imagen del destinatario. De esta manera, los fenómenos de vacilación no son sólo formas amables de «realizar» negativas difíciles, sino que también una manifestación de estas «deliberaciones» complejas en la construcción en curso del modelo contextual que gobierna estas negativas.

Como es el caso, por lo general, de la interacción social que implica preguntas sobre la «imagen» (*face*), también se pueden esperar diferencias culturales a este respecto. En relación con lo anterior, Jiang (2006) encontró que las negativas directas de los periodistas a responder preguntas eran mucho más comunes en las conferencias de prensa en Estados Unidos que en China, donde se prefería dejar las respuestas incompletas o evitarlas.

Cumplidos

Una de las pocas diferencias genéricas que efectivamente parecen existir es la estrategia de cortesía de hacer y recibir *cumplidos*. Al respecto, Holmes (2003) encontró que, al menos entre los neozelandeses blancos (*pakeha*), las mujeres hacen y reciben más cumplidos que los hombres (74% y 68%, respectivamente) y que sólo el 9% de los hombres se hacen cumplidos entre ellos, un hallazgo que confirma un estudio anterior sobre los cumplidos en Estados Unidos. Brown (1993) demostró que las mujeres de Tenejapa en México, hacían más que los hombres por proteger las necesidades (positivas y negativas) de su imagen, pero su explicación no tiene que ver sólo con el género, sino que se enmarca especialmente en términos de estatus social bajo y de la dependencia mutua de las mujeres.

Humor

Lampert (1996) mostró que el *humor* en la conversación también varía entre distintos géneros y culturas. Así, cuando se encuentran sólo entre mujeres, éstas se ríen de sí mismas para expresar sus sentimientos sobre una experiencia personal y para buscar una reacción, a la vez que los hombres, en grupos heterogéneos, utilizan el humor para evitar la crítica o para bajarle el perfil a una conducta inapropiada. Y, por lo general, las mujeres euro-americanas son menos proclives a reírse de sí mismas que las latinas o las asiático-americanas.

Holmes y Stubbe (2003a, 2003b) hallaron evidencia de que el estereotipo de que los hombres usan más el humor en el trabajo que las mujeres, no se confirmaba en los lugares de trabajo estudiados en Nueva Zelanda, donde, por ejemplo, las presidentas mujeres incentivaban más el humor y toleraban más la conversación social no relacionada con el trabajo que su contraparte masculina (para acceder a una revisión de los estudios de género del humor, consultar Crawford, 2003).

Cortesía

Otro tema investigado en la sociolingüística y la pragmática son las condiciones sociales de la cortesía. Así, Holmes (1995) encontró que las mujeres *pakeha* de Nueva Zelanda tienden a ser más corteses que los hombres pero, en su breve revisión de este estudio, Macaulay (2002) señaló que la razón de esta actitud «menos» cortés, especialmente entre los hombres (jóvenes) en Gran Bretaña, puede tener varias razones y no necesariamente se trata de una consecuencia del género. (Consultar también Brown, 1993; Macaulay, 2001, 2005a; Mills, 2003; para acceder a otros estudios sobre el género y la cortesía en el Reino Unido). Por otra parte, en un estudio marroquí, Kharraki (2001) encontró que, en situaciones de regateo, los hombres utilizan más estrategias de solidaridad que las mujeres, entre quienes el regateo directo (y, por lo tanto, más amenazador para la imagen) es visto como una habilidad doméstica.

De hecho, en un estudio socio-psicológico de la influencia de los estilos del habla, Steffen e Eagly (1985) descubrieron que un estilo menos cortés se asocia con un estatus alto y poder en Estados Unidos. Si este estatus y poder se asocian más bien con los hombres y sus posiciones, entonces también existe una relación indirecta adicional entre la cortesía y el género. De esta manera, las mujeres de estatus alto que utilizan un «estilo poderoso» menos cortés, por una parte, se consideran más competentes, pero, por otra, menos persuasivas, porque se les considera menos femeninas. Igualmente, las personas afro-americanas y latinas experimentan la falta de respeto, manifiesta en muchas formas de interacción, como una forma básica de racismo expresada en Estados Unidos (Buttny y Williams, 2000).

Sólo un análisis estratégico (a menudo inconsciente) de la situación social por parte de los hablantes y destinatarios, influencia la manera en que las personas hablan y la forma en que se les entiende, o si es más bien el género, el estatus o la posición, o una combinación, construidos por los participantes (Thimm, Koch y Schey, 2003). Holmes y Stubbe (2003a) enfatizan que, en Nueva Zelanda, las gerentes mujeres pueden ser bastante directas en las reuniones o al dar instrucciones para tareas simples, igual que los hombres, pero por lo general son menos confrontacionales en las conversaciones con los empleados.

Contrario a las primeras presunciones sobre las diferencias genéricas del habla, las *coletillas interrogativas* no necesariamente las usan más las mujeres «inseguras» (Lakoff, 1975). Ya he mencionado los hallazgos de Soler Castillo (2004) de que al relatar anécdotas, los hombres de Bogotá utilizan más coletillas que las mujeres. Dubois y Crouch (1975) observaron que *todas* las coletillas interrogativas eran realizadas por hombres, y Cameron, McAlinden y O'Leary encontraron que los hombres las usaban dos veces más que las mujeres. Por otra parte, Holmes (1984) halló más coletillas interrogativas en el habla de las mujeres *pakeha* de Nueva Zelanda, aunque éstas eran principalmente facilitadoras.

Otra vez, vemos que, aparte de las posibles diferencias genéricas, basadas especialmente en las experiencias e intereses diferentes de al menos algunos grupos de

mujeres, también están implicadas otras condiciones contextuales, como diferentes tipos de interacción (por ejemplo, facilitadores *versus* desafiantes). Lo dicho anteriormente también implica que las mujeres que se encuentran en las mismas situaciones sociales que los hombres (por ejemplo, en encuentros profesionales) también pueden usar las coletillas interrogativas de una manera muy parecida. Un aspecto interesante de las coletillas interrogativas —una de las propiedades discursivas más automatizadas y, por lo tanto, menos fáciles de controlar de manera permanente durante la conversación. Así, si varían de una situación a otra, puede deberse a que son parte del estilo general de los participantes.

Conclusión

En este capítulo, hemos analizado algunas nociones fundamentales que relacionan los contextos, según los representan los participantes, con varias propiedades del uso del lenguaje o del discurso, como el estilo, el registro y el género. Si el contexto influye en el uso del lenguaje, esta influencia opera específicamente en aquellas propiedades del discurso que pueden variar. Por lo tanto, también hemos examinado la noción misma de variación, que presupone que algo permanece «igual» entre las variantes. Más allá de un enfoque tradicional para abordar la variación de los sonidos y la gramática, hemos propuesto un concepto mucho más amplio de variación, que en última instancia se basa en modelos eventuales y contextuales subyacentes. Así, también se mostró que las definiciones mismas de estas nociones clásicas como estilo, registro, tipo de texto y género discursivo necesitan una teoría del contexto más explícita.

En términos más generales, las relaciones entre el discurso y la sociedad exigen un análisis mucho más teórico y explícito, y he demostrado que un enfoque sociocognitivo en términos de modelos contextuales permite la interfaz necesaria. Entre las muchas relaciones posibles entre las situaciones sociales y las estructuras discursivas, según están representadas en los modelos participantes de los participantes, decidimos enfocarnos en la noción de *control*, concretamente, en la manera en que los modelos contextuales controlan el proceso de producción y comprensión del discurso. Sólo de esta manera podemos finalmente escapar de la noción sociolingüística superficial de las correlaciones entre las variables, las explicaciones deterministas y mono-causales de la influencia de la sociedad sobre el discurso, o las nociones conversacionales imprecisas, como la de los participantes que se «orientan» a los parámetros contextuales. Dentro de este nuevo marco teórico, hemos revisado muchos estudios, en particular del campo de la sociolingüística, sobre las relaciones entre las «variables» sociales, especialmente el género discursivo, y las estructuras discursivas. Aunque existen muchos estudios que informan sobre la variación de las características del discurso en varios niveles (sonidos, sintaxis, léxico, significado, retórica, formatos como la argumentación o la narración, actos de habla e interacción) como una función del género, clase, edad, estatus, posición

y otras propiedades participantes, la conclusión general a la que podemos llegar a partir de todos estos estudios es que las consecuencias obvias de las condiciones sociales «unicausales» son raras. Los resultados de diferentes estudios la mayoría de las veces son contradictorios. Además, pocas veces se encuentran efectos principales claros de las «variables» sociales y, por lo general, dependen de situaciones o circunstancias diferentes.

Por lo tanto, se debe concluir que el estudio social y cultural del uso del lenguaje y el discurso debe basarse en una teoría más adecuada, teniendo en cuenta, por una parte, la variación de los eventos comunicativos complejos y multimodales en todos los niveles (más allá de la correlación de simples variables fonológicas o gramaticales) y, por otra, en un análisis igual de sofisticado de las complejas situaciones comunicativas y de cómo los participantes las entienden y representan. Casi siempre, un «factor» bien conocido, como el género, la clase, la edad o el grupo étnico, ejercerá su influencia indirecta en combinación con otras condiciones y siempre en relación con la forma en que los participantes construyen estas condiciones de manera subjetiva. Por ejemplo, lo que frecuentemente se atribuye al género, también se puede atribuir a la experiencia de vida, la posición, el estatus o el poder, nuevamente, según los participantes las construyen y representan.

Es decir, cualquier forma adecuada de explicar estas condiciones sociales del discurso tendrá que expresarse en términos de la interacción de estas condiciones en las estructuras y estrategias mediadas de los modelos contextuales. En *Sociedad y discurso*, analizo más detalladamente las dimensiones sociales y las bases de estos modelos contextuales. Así, tenemos que saber de qué manera los participantes construyen los escenarios sociales, los participantes como miembros de un grupo, las relaciones sociales entre los participantes o grupos sociales e instituciones como parámetros relevantes de sus construcciones subjetivas e intersubjetivas de los aspectos relevantes de las situaciones comunicativas. De hecho, lo que una teoría de los modelos contextuales sugiere enérgicamente es que para producir y entender el discurso adecuada y estratégicamente, en términos generales y situacionales, se presupone que los participantes son capaces de analizar, entender y representar las situaciones sociales, tanto individualmente como en concordancia con las normas de un grupo o comunidad. En este sentido, la comprensión contextual del discurso es una parte inherente de la comprensión de las vidas y experiencias diarias de las personas y de cómo son capaces de actuar adecuadamente en una situación social.

Notas:

6. Para evitar cualquier ambigüedad, en este capítulo usamos género para traducir la palabra inglesa gender (la identidad social de hombres y mujeres), y género discursivo (y a veces género contextual) para traducir la palabra genre (como tipo de actividad discursiva). Véase también la discusión más adelante.

7. Como ya indicamos en la nota 1 en la página 171, en este capítulo usamos género para traducir la palabra inglesa gender (la identidad social de hombres y mujeres), y género discursivo (o género contextual) para traducir la palabra genre (como tipo de actividad discursiva).

8. Para más detalles, consultar las afirmaciones y comentarios resumidos de Freed en el Manual del Lenguaje y

el Género (Holmes y Meyerhoff Handbook of Language and Gender, 2003), así como varios otros artículos en la misma obra; consultar también Lazar (2005b).

9. Consultar Ubel et al. (1995) para acceder a un estudio de conversaciones inapropiadas en el ascensor de empleados de los hospitales en Estados Unidos.

5
Conclusiones

Aunque, en general, se reconoce que el contexto juega un papel fundamental en la producción, las propiedades y la comprensión del discurso, las teorías y el análisis de éste han sido escasos. Los contextos tienden a conceptualizarse intuitivamente en términos de las propiedades participantes de las situaciones comunicativas, tales como el género, la edad, la clase o el grupo étnico de los hablantes. Además, cuando se estudia la influencia del contexto en el campo de la sociolingüística, la antropología y el Análisis del Discurso Crítico, por ejemplo, generalmente se asume que estas propiedades de las situaciones sociales tienen un impacto directo en las estructuras del discurso (oral y escrito).

En este libro se ha presentado una teoría más explícita y más satisfactoria en términos empíricos, que define los contextos en términos de modelos mentales subjetivos: modelos contextuales de los participantes. Esta teoría huye del determinismo de las influencias o causas sociales directas, plantea las diferencias entre los hablantes y, por lo tanto, también explica la unicidad del discurso y de la comprensión de éste, incluso cuando se está en la «misma» situación social, ofreciendo así un análisis mucho más sofisticado de las complejas estructuras que tienen una influencia contextual sobre el discurso.

En este estudio se demuestra, primero, que la mayoría de los investigadores del área de las humanidades y las ciencias sociales de postguerra han desarrollado teorías estructuralistas, formalistas y autónomas enfocadas en el texto, el habla, los signos, la literatura y el arte mismo, ignorando, en consecuencia, gran parte de los escenarios sociales y culturales del lenguaje y el discurso. Sólo en los años setenta y ochenta, nuevas (sub)disciplinas y enfoques, como la etnografía del habla, la pragmática, la sociolingüística y el análisis crítico del discurso, comenzaron a recalcar la importancia de un enfoque integrado del «texto en contexto» para abordar el uso del lenguaje, la interacción verbal y los eventos comunicativos. Así, en el ámbito de la sociolingüística, las «variables» sociales, como el género y la clase de los hablantes, se correlacionaban con las variaciones del uso del lenguaje, en principio, especialmente a nivel de la gramática oracional, los sonidos, la sintaxis y el léxico. En la pragmática, el nuevo foco en el uso del lenguaje, entendido como actos de habla, formuló condiciones de adecuación en términos de condiciones situacionales, como los deseos, las intenciones o el conocimiento del hablante y el oyente. El Análisis Crítico del Discurso examina específicamente el papel del discurso en la (re)producción de la inequidad social, por ejemplo, estudiando el texto y el habla como formas de abuso de poder.

Aunque estos enfoques explicaban las relaciones entre las situaciones sociales y el uso del lenguaje en términos de «contextos» o «contextualización» de manera informal, pocas veces se abordaron la naturaleza de la relación y una explicación teórica más explícita de las estructuras mismas del contexto de forma detallada. ¿Por qué razón el

género o la edad de los hablantes en general se consideran una propiedad del contexto y por qué no así un conjunto de otras propiedades de las situaciones sociales? Y, si se asume que el género y varios otros parámetros sociales influyen en el discurso, ¿por qué aún no se puede explicar tanta variación, en el caso de que se pudieran encontrar efectos principales reales? Nos podemos hacer éstas y muchas otras preguntas sobre las relaciones entre las situaciones sociales y el uso del lenguaje, las que una nueva teoría del contexto debería ser capaz de contestar.

Lenguaje y contexto

Para explorar la relación entre el lenguaje y el contexto con más detalle, primero analicé la teoría más importante del lenguaje que aborda el contexto, concretamente, la Lingüística Funcional Sistémica, desarrollada por Halliday bajo la influencia de Firth y Malinowski. Este estudio crítico de la explicación de la LFS del contexto muestra, primero que nada, que Firth y Malinowski no tenían mucho que decir sobre los contextos y sus relaciones con el lenguaje. Además, su empiricismo implicaba una negación fundamental del rol de la cognición en el uso del lenguaje y el contexto. Esta negación influyó en la LFS desde el principio, llevándola a una explicación incompleta y sesgada del lenguaje. Por ejemplo, las condiciones de coherencia semántica del discurso se reducían a un estudio de la cohesión superficial y se ignoraban las relaciones semánticas subyacentes basadas en el conocimiento y las inferencias. El contexto mismo se definía según tres nociones más bien oscuras: el Campo, el Tenor y el Modo, las que, al analizarlas más de cerca, parecen tener definiciones tan confusas e incoherentes que difícilmente pueden proporcionar una perspectiva sistemática de la forma en que las situaciones sociales influyen en el uso del lenguaje. Asimismo, la posición anti-cognitivista de la LFS no admite propiedades mentales de los contextos, como el conocimiento, los objetivos o las intenciones de los participantes. Por las mismas razones, no puede definir las condiciones de adecuación de los actos de habla, que con frecuencia también ponen en evidencia el conocimiento de los hablantes. A pesar de su basta influencia en la lingüística y el análisis crítico del discurso, el enfoque FS para abordar el contexto parece, así, estar totalmente equivocado y sorprende que durante décadas no se haya modificado.

Contexto y cognición

La psicología cognitiva de la producción y comprensión del texto, que surge a principios de los años setenta junto con otros enfoques nuevos para estudiar el lenguaje y el discurso en las humanidades y las ciencias sociales, se centró en los procesos y representaciones mentales que implica el uso del lenguaje. Además de acentuar el papel

fundamental del conocimiento en el procesamiento del discurso, así como también en la naturaleza flexible y dinámica de las estrategias de producción y comprensión, introdujo la idea cardinal de los modelos mentales como la base del uso del lenguaje. Estos modelos combinan los significados del discurso con el conocimiento del mundo a través de la representación de los eventos sobre los que trata un discurso y, de esta manera, por primera vez, se contribuye con una explicación cognitiva explícita de la referencia, la co-referencia y la coherencia del discurso.

Aunque la psicología del procesamiento del texto ofrece así una teoría sólida de la forma en que las personas producen y comprenden el discurso, carece de una teoría del contexto. Aparte de algunas variables independientes *ad hoc* manipuladas en experimentos de laboratorio, la teoría misma no explica el hecho de que los usuarios del lenguaje adapten las estructuras del discurso a la situación social o comunicativa y, viceversa, que entiendan el discurso como una función de la situación.

Se propuso entonces que, entre los modelos eventuales y la formulación real del discurso, los participantes también necesitan una representación de la situación comunicativa en la que participan, es decir, otro modelo, pero no semántico, sino que «pragmático»: un modelo contextual. Estos modelos son como cualquier otra experiencia personal, pero específica para la interacción verbal. Los modelos contextuales controlan la manera en que el hablante adapta la expresión del escenario comunicativo, pero no de forma directa y determinista, sino que a través de la interpretación subjetiva del ambiente social de los participantes. Es decir, los modelos contextuales explican, al mismo tiempo, la variación social y personal y, en consecuencia, también explican el estilo y otras formas de variación lingüística significativas. Además, como los participantes pueden representar, de manera subjetiva, no sólo los aspectos del evento comunicativo relevantes para ellos, sino que también estructuras sociales más amplias, como los grupos, las organizaciones y las instituciones, los modelos contextuales constituyen la interfaz general entre la sociedad, la interacción y el discurso. Estos encarnan o incorporan (*embody)* no sólo las experiencias personales de la memoria autobiográfica (episódica), sino que también las inferencias relevantes de las creencias socialmente compartidas, como el conocimiento, las actitudes o las ideologías. De la misma manera en que los modelos eventuales, que son subjetivos, pueden estar sesgados al representar el mundo real o ficticio sobre el que se habla o escribe, los modelos contextuales también pueden estar sesgados por el conocimiento o las ideologías del grupo específico al que pertenece el hablante o el destinatario. Pero, nuevamente, a diferencia de las teorías deterministas de la ideología, al mismo tiempo, los modelos eventuales permiten que todos los miembros «apliquen» estas creencias grupales de una forma personal y adecuada.

Vemos que la teoría cognitiva de los modelos contextuales no sólo constituye el eslabón perdido fundamental entre el procesamiento y el discurso y las situaciones sociales y las estructuras sociales, sino que también explica la variación individual y la unicidad, conectando así la sociedad, el discurso y la mente, la mente personal y la mente social, y el discurso social con el discurso individual, los grupos y sus miembros, su estructura y acción.

La explicación teórica de las propiedades de estos modelos contextuales da por sentado, primero que nada, que éstos simplemente constituyen modelos mentales como cualquier otro, que representan las experiencias personales almacenadas en la memoria episódica. De esta forma, probablemente incluyan categorías como el Escenario (*Setting*: Lugar y Tiempo), los Participantes en varios roles e identidades, las relaciones entre los Participantes y la actividad social en la que participan. Aunque estas dimensiones «sociales» de los modelos contextuales se exploran en *Sociedad y discurso*, en este libro se destaca que éstos también tienen categorías «cognitivas», como el conocimiento y las ideologías, que reflejan el conocimiento y las ideologías compartidos por el grupo social o comunidad al que pertenecen los participantes. Más importante aún, en este caso, es la representación mutua de los participantes del conocimiento de los demás, una condición esencial de toda interacción, comunicación y discurso. Se postula, por lo tanto, que los modelos contextuales tienen una herramienta de conocimiento fundamental, o dispositivo-C que, durante la interacción, en todo momento estima lo que los destinatarios ya saben. Para poder realizar una tarea tan compleja (después de todo, el conocimiento de los destinatarios es vasto), los hablantes utilizan poderosas estrategias originadas en su pertenencia a comunidades epistémicas. Por ejemplo, un hablante puede simplemente asumir que los demás hablantes de la misma comunidad saben por lo menos más o menos lo mismo que él, excepto información personal o nueva. Lo mismo resulta cierto en el caso de las comunidades y la comunicación interpersonal, local, nacional, cultural o internacional. Luego explicamos de una forma más dinámica la noción de Base Común (*Common Ground*), entendida como la base compartida para toda interacción, discurso y comprensión. Finalmente, se asume que toda interacción y, por lo tanto, también el discurso, deben ser controlados por las intenciones de las acciones, al igual que los objetivos más mediatos del discurso, comprendido como acción.

Dado que los modelos contextuales controlan el discurso y la interacción constantemente y que, por lo tanto, se deben mantener activos en la memoria de trabajo, al menos parcialmente, deben ser relativamente simples y estar compuestos de una cantidad limitada de categorías y subcategorías. Es decir, de la riqueza infinita de cada situación social, seleccionan sólo unas pocas propiedades generalmente relevantes para el discurso, como el escenario, la acción en curso y los participantes (y sus identidades, roles, relaciones, objetivo y conocimiento). Los usuarios del lenguaje utilizan esta estrategia docenas o centenas de veces cada día y, por lo tanto, han convertido la construcción y aplicación de los modelos contextuales en una rutina. En consecuencia, pueden simplemente aplicar un esquema estándar para una clase específica de comunicación, adaptándolo a distintas circunstancias. De esta forma, vemos que los modelos contextuales son una poderosa herramienta que vincula el discurso con su ambiente comunicativo y social. Al mismo tiempo, esta teoría del contexto muestra cómo el discurso se adapta a situaciones únicas estratégicas y flexibles. Esta flexibilidad cognitiva se relaciona sistemáticamente con la flexibilidad interaccional, lo que significa que los participantes pueden renegociar su interpretación de los aspectos relevantes de la situación comunicativa constantemente. Es decir, la explicación cognitiva del contexto se

relaciona íntimamente con una explicación interaccional, que es también dinámica, estratégica y continua.

Contexto, uso del lenguaje y discurso

Sobre la base de esta poderosa teoría sociocognitiva del contexto entendido como un modelo contextual, finalmente exploro en detalle las relaciones entre el contexto y las propiedades de varios niveles del discurso. Comienzo con un análisis del principio de un discurso de Tony Blair, en el que legitimiza la acción militar pendiente en Irak. A través de este análisis, muestro cómo la comprensión de este discurso por parte de los parlamentarios así como también del analista no puede limitarse a una explicación de la gramática, las normas del discurso, el conocimiento del mundo o la interacción. Para entender el significado político de este discurso es fundamental presuponer un modelo contextual del hablante y los destinatarios que representan quiénes están participando, en qué rol político y con qué intención política, entre otros. Interrumpir con una pregunta, entonces, no sólo puede entenderse como el planteamiento de una pregunta, o incluso como una ironía o crítica, como en la conversación cotidiana, sino que también como una forma de oposición política, cuya respuesta puede oírse en términos políticos, como un ataque de la oposición. El análisis estándar de la conversación no puede explicar estos aspectos fundamentales de la interacción institucional sin hacer explícita la manera en que los participantes construyen la situación comunicativa como contexto significativo.

Basándonos en este ejemplo y en la teoría sociocognitiva del contexto, la siguiente pregunta es exactamente cómo debemos analizar las relaciones entre estos contextos, entendidos como modelos mentales, y las estructuras del discurso. Ya he concluido que una relación directa y causal es teórica y empíricamente imposible. En consecuencia, he postulado que los modelos contextuales constituyen una interfaz. Luego de analizar otros conceptos de relaciones —como correlación, representación o influencia— finalmente se concluye que esta relación en particular es de control: los contextos entendidos como modelos no causan ni condicionan el discurso, sino que controlan la forma en que se ejecutan, como es también el caso de la gramática y el conocimiento.

La forma en que los modelos contextuales controlan el discurso es interviniendo en sus variaciones posibles. Es decir, dado el modelo subjetivo de un evento, conocimiento sociocultural o las actitudes e ideologías de un grupo, los modelos contextuales muestran cómo los hablantes formulan (o presuponen) estas creencias específicas o generales en todos los niveles del discurso. Tradicionalmente, por ejemplo, en la sociolingüística se ha estudiado especialmente la manera en que los hablantes se comunican con respecto a la variabilidad de los sonidos, la sintaxis y los elementos léxicos. Sin embargo, si se mantiene constante un nivel, muchos otros aspectos del discurso pueden variar y, por lo tanto, ser controlados por los modelos contextuales, como, por ejemplo, las estructuras visuales en los medios de comunicación masivos, los significados locales para desarrollar

un tópico global, diferentes formas de contar una historia o distintos actos de habla para desarrollar un significado ilocucionario, como una orden.

Esta explicación de la variación discursiva controlada por el contexto en distintos niveles es, de hecho, una teoría del estilo. La pregunta es, entonces, cómo se pueden explicitar varios enfoques del estilo en términos de los modelos contextuales. Así, la variación del estilo personal puede explicarse sobre la base de la naturaleza episódica de los modelos contextuales, es decir, en términos de las experiencias autobiográficas y de cómo dan forma a maneras personales de hacer las cosas (la «personalidad»). Asimismo, por la naturaleza misma de los modelos contextuales, la unicidad y la distinción del estilo se definen como representaciones únicas de los eventos comunicativos y por la manera en que estos modelos contextuales se distinguen de aquellos de otros grupos. Y los estilos sociales son controlados por la base social compartida de los modelos contextuales, que controlan la forma en que se adapta el discurso a las formas en que los miembros de una sociedad interpretan las situaciones sociales (por ejemplo, como discurso formal o informal o controlado por normas institucionales, como es el caso de los discursos en el parlamento).

Mientras que el estilo es, entonces, la manera controlada por el contexto en que el discurso puede variar y adaptarse a diferentes situaciones sociales, definido en términos lingüísticos más específicos, el registro es la manera en que la gramática influye en estas situaciones. Por ejemplo, los hablantes recurren al uso de tiempos verbales que expresen o señalen tiempos pasados al relatar historias sobre el pasado y en las conversaciones informales (a diferencia del discurso científico) por lo general se utiliza la primera o segunda persona. Es decir, el registro es la manera tradicional que tienen los usuarios del lenguaje para utilizar distintos recursos gramaticales con el fin de expresar las dimensiones semánticas y pragmáticas del discurso.

Con relación a lo anterior, una contribución importante de una teoría del contexto es una explicación más explícita de la teoría de los géneros discursivos. Aunque éstos efectivamente «prefieren» ciertas estructuras gramaticales y discursivas en varios niveles, sus características distintivas son más contextuales que «textuales». Por ejemplo, un discurso o debate parlamentario se define principalmente no tanto por sus tópicos (que pueden discutirse en muchos otros discursos públicos), ni por su estilo formal (típico de muchas otras instituciones formales no por las restricciones en el cambio de turnos (que caracterizan a muchas reuniones formales), sino que, más bien, por los roles e identidades de los participantes (parlamentarios, miembros de partidos, etcétera), sus relaciones (por ejemplo, gobierno *versus* oposición), sus objetivos políticos y las acciones políticas en las que participan (legislación, etcétera). Es decir, una teoría explícita del contexto al mismo tiempo proporciona una base sólida para formular teorías sobre los géneros discursivos.

Habiendo definido algunas propiedades generales de las relaciones entre el contexto y el discurso, y algunas nociones fundamentales relacionadas con estas propiedades (como el estilo, el registro y el género discursivo), el resto del último capítulo contribuye con una revisión sistemática del estado actual de las investigaciones sobre la influencia del

contexto en varias estructuras del discurso. Como se observa antes, y a lo largo de este libro, la mayoría de estas investigaciones dan por sentado una relación directa entre la situación, la sociedad y el discurso, no así una relación indirecta, mediada por la cognición definida por modelos contextuales. Esto significa que mi explicación de las investigaciones sobre la variación del discurso según el contexto necesariamente se limita a la perspectiva teórica de estos primeros estudios. De hecho, he tenido que explicar muchas veces que una de las razones por las cuales es difícil encontrar influencias sociales estables sobre el discurso reside en las explicaciones limitadas, unicausales y no mediadas de estos estudios. Así, muchos estudios se concentran en el papel del género en el discurso, pero muy pocos resultados parecen ser claros y estables en diferentes situaciones. Obviamente, una de las razones es que el género no es, en principio, una cuestión de las condiciones biológicas del discurso, sino que un constructo social y, en segundo lugar, que cada hablante puede construir la relevancia de las identidades genéricas de forma diferente. Además, el género nunca viene solo, sino que está acompañado de otras condiciones sociales, como la edad, el grupo étnico, la clase social, el poder y las prácticas sociales en las que se participa, así como también los objetivos, el conocimiento y las ideologías; en suma, de complejas estructuras contextuales. Es decir, se necesitarían muchos estudios empíricos comparables para establecer el género como un factor principal del género en las relaciones entre contexto y el discurso en términos estadísticos. Lo mismo es cierto en el caso de otras «variables» sociales, como la clase social, la etnia y la edad, entre otros, y éstas son sólo unas pocas de muchas otras propiedades de las situaciones sociales. Y aun cuando se podrían encontrar correlaciones estables, éstas no podrían decirnos cómo se relacionan con los procesos reales de producción y comprensión.

Con estas advertencias en mente, analizo cómo varios aspectos del discurso —desde las estructuras fonéticas, la sintaxis y el léxico hasta los tópicos, los significados locales, los actos de habla, el estilo, el género, la retórica y las propiedades de la interacción, como el cambio de turnos y las interrupciones— parecen variar según las «influencias» sociales que también pueden reflejarse en diferentes modelos contextuales. Como se sugiere aquí, es sorprendente ver cómo décadas de extensas investigaciones han dado origen a tantos resultados no concluyentes (o, como mucho, bastante limitados) que vayan más allá de nimiedades o que también pueden explicarse en otros términos. Por ejemplo, si se observa que los hombres toman el turno con más frecuencia y que interrumpen más que las mujeres en al menos algunos tipos de eventos comunicativos, este contraste puede atribuirse a diferencias de poder o estatus más que al género. Y, obviamente, se observará que la mayoría de los profesores de literatura hablan más sobre la literatura que los profesores de física o los carpinteros. En consecuencia, las experiencias diarias (el conocimiento, los intereses) de los hablantes o diferentes grupos o categorías sociales pueden ser un mejor predictor de la variación discursiva que el género, la clase o la edad *per se*. De hecho, muchos hallazgos pioneros parecen ser el resultado de la estereotipación que de los resultados de estudios empíricos sólidos.

Sin embargo, no serviría de nada corregir los estudios tradicionales sobre las variables

sociales objetivas simplemente agregando más variables, incluso si contáramos con observaciones empíricas suficientes para lograr datos estadísticamente significativos para estas complejas combinaciones de variables. El punto de los modelos contextuales es que los usuarios mismos del lenguaje interpretan y asignan una relevancia diferente a cada una de las dimensiones de la situación comunicativa subjetivamente. Y si queremos estudiar estos modelos contextuales, nos enfrentamos a la misma clase de problemas metodológicos de la observación indirecta de las estructuras mentales que conocemos gracias a la psicología cognitiva y social. Existen métodos que sacan provecho de estas representaciones y procesos mentales, como la activación (*priming*), los protocolos de pensamiento hablado y los índices de recuperación, entre otros, pero muchos estudios se limitan a la experiencia en laboratorio y, precisamente por esta razón, no nos permiten tener una perspectiva más general de la variedad de situaciones sociales y géneros discursivos. Por lo tanto, se hace necesaria la observación de los participantes, protocolos de campo, diarios y otros métodos para poder entender mejor la forma en que al menos algunos participantes, y especialmente los científicos participantes, han construido la situación comunicativa, métodos que, obviamente, también están llenos de toda clase de sesgos del observador.

Además de estos conocidos métodos empíricos, el análisis detallado del discurso en ese caso probablemente arroje resultados más sistemáticos al tratar de explicar, dentro de un marco teórico, por qué se están usando ciertas estructuras discursivas y no otras. Así, mediante alguna clase de ingeniería metodológica o psicológica inversa, podemos volver de las propiedades discursivas hasta estructuras probables de los modelos contextuales, los modelos eventuales y sus sistemas de creencias subyacentes, cada uno relacionado con las estructuras situacionales y sociales que los participantes conocen y perciben.

Con frecuencia, algunas de estas estructuras subyacentes se hacen explícitas, por ejemplo, en los malos entendidos, los conflictos, las negociaciones y otros «problemas» de interacción y comunicación. Y, dado que el uso del lenguaje es altamente reflexivo, el discurso puede mostrar muchas señales explícitas de la estructura y los contenidos de los modelos contextuales. Así, no sólo necesitamos nuevas teorías de lo que todavía permanece inexplorado y en la oscuridad, sino que también nuevos métodos, un vasto programa de investigación que vaya, por un lado, más allá de las variaciones gramaticales, concentrándose en todas las estructuras del discurso y, por el otro, desde las «variables» sociales aisladas hasta la complejidad de las situaciones y las estructuras sociales construidas por los participantes en sus modelos contextuales.

Esta primera monografía se dedica exclusivamente a la teoría del contexto y se concentra en los argumentos generales y la teoría sociocognitiva de los modelos. Esto se aplica en el análisis crítico de los primeros trabajos de la lingüística (especialmente en la Lingüística Sistémica) y de la sociolingüística. En contraste, *Sociedad y discurso* investiga las contribuciones de las ciencias sociales a la teoría del contexto. En ese libro, vemos cómo la psicología social ha hecho propuestas para analizar los episodios sociales, cómo los ambientes sociales influyen en la conducta humana y cómo varias formas de representaciones socialmente compartidas, como el conocimiento y las ideologías,

influyen en la construcción de los modelos contextuales. Asimismo, la historia de la sociología y el análisis contemporáneo de la conversación se analizará por su revisión de las situaciones sociales, consideras como los micro sitios de la interacción humana. Vemos que la antropología, debido a que en los sesenta —con el trabajo seminal de Dell Hymes— ya se concentró en el análisis etnográfico del discurso considerándolo como evento comunicativo, dio origen a la reflexión analítica de la naturaleza de las influencias contextuales. De esta manera, un enfoque cultural para entender los contextos debería, al mismo tiempo, responder la pregunta sobre las variaciones culturales de los contextos y sus categorías.

Este libro comienza con un análisis contextual informal de algunos fragmentos del discurso sobre Irak de Tony Blair en la Cámara de los Comunes británica. El último capítulo de *Sociedad y discurso* contribuye con una ilustración mucho más detallada de la teoría del contexto mediante el análisis de muchas propiedades contextuales del debate completo sobre Irak. Al mismo tiempo, este análisis pone de relieve cómo el análisis del contexto puede aplicarse y a la vez inspirarse en las ciencias políticas. De hecho, los Primeros Ministros y parlamentarios no sólo participan en conversaciones gramaticales y significativas, y no sólo siguen las reglas y estrategias de la interacción, como hemos aprendido gracias al análisis del discurso y la conversación, sino que también participan en una acción política. Lo que dicen, y cómo lo dicen, también puede tener funciones políticas, como defender o atacar ciertas políticas, «haciendo» oposición, etcétera.

Es en este punto donde se debe evaluar la lógica esencial del análisis del discurso y la conversación, en concreto, en términos de las funciones sociales, políticas y culturales del discurso en la sociedad. Es precisamente la interfaz sociocognitiva que vincula estas formas del uso del lenguaje con sus situaciones sociales y comunicativas lo que ha estado faltando hasta ahora en las teorías cada vez más complejas del lenguaje, el discurso, la conversación y la comunicación de las últimas décadas. Éste y el próximo libro sobre el contexto contribuyen con los primeros pasos hacia una teoría de esa interfaz.

Bibliografía

Adams, P. J., Towns, A., y Gavey, N. (1995). «Dominance and Entitlement: The Rhetoric Men Use to Discuss Their Violence towards Women». *Discourse & Society*, 6(3), págs. 387-406.

Adelswärd, V. y Linell, P. (1994). «Vagueness as an interactional resource: The genre of threatening phone calls». En W. Sprondel (ed.), *Die Objektivität der Ordnungen und ihre kommunikative Konstruktion*, págs. 261-288. Berlín: Suhrkamp.

Adler, R. B. y Rodman, G. R. (1991). *Understanding human communication*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Ahrens, U. (1997). «Interruptions and preference organization». En H. Kotthoff y R. Wodak (eds.), *Communicating gender in context*, págs. 79-106. Berlín: De Gruyter.

Akman, V., Bouquet, P., Thomason, R. y Young, R. A. (eds.). (2001). *Modeling and using context*. Berlín-Nueva York: Springer-Verlag.

Al-Ali, M. N. (2006). «Religious affiliations and masculine power in Jordanian wedding invitation genre». *Discourse & Society*, 17(6), págs. 691-714.

Alverson, H. y Rosenberg, S. (1990). «Discourse Analysis of Schizophrenic Speech: A Critique and Proposal». *Applied Psycholinguistics*, 11(2), págs. 167-184.

Ames, S. E. (1989). *Elements of newspaper design*. Nueva York: Praeger.

Andersen, E. S. (1996). «A cross-cultural study of children's register knowledge». En Slobin, Dan Isaac, Gerhardt, Julie, Kyratzis, Amy y Guo, Jiansheng (eds.), *Social interaction, social context, and language: Essays in honor of Susan Ervin-Tripp*. Hillsdale, NJ, Inglaterra: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.

Anderson, J. R. (1990a). *Cognitive psychology and its implications*. San Francisco, CA: Freeman.

— (1990b). *The adaptive character of thought*. Hillsdale, N.J.: L. Erlbaum Associates.

Aries, E. J. y Johnson, F. L. (1983). «Close friendship in adulthood: Conversational content between same-sex friends». *Sex Roles*, 9(12), págs. 1183-1196.

Arkin, R. M. (1981). «Self-presentation styles». En J. T. Tedeschi (ed.), Impression management. *Theory and social psychological research*, págs. 311-333. Nueva York: Academic Press.

Aronoff, M. (2003). *Handbook of linguistics*. Oxford: Blackwell.

Asp, E. D. (1995). «Knowledge and Laughter: An Approach to Socio-Cognitive Linguistics». En Fries, P. H. y Gregory, M. (eds.), *Discourse in society. Systemic functional perspectives: meaning and choice in language: studies for Michael Halliday*, págs. 141-15

Aston, G. (1995). Say «Thank You': Some Pragmatic Constraints in Conversational Closings». *Applied Linguistics*, 16(1), págs. 57-86.

Atkinson, J. M. (1979). «Sequencing and shared attentiveness to court proceedings». En G. Psathas (ed.), *Everyday language: studies in ethnomethodology*, págs. 257-86. Nueva York: Irvington.

— (1984). *Our masters' voices: The language and body language of politics*. Londres, Reino Unido y Nueva York, NY: Methuen. (Review: M. Phillipson in Sociology), 1985, 19(2), págs. 295-297.

Auer, P. (1992). «Introduction: John Gumperz' Approach to Contextualization». En P. Auer y A. Di Luzio, (eds.), *The Contextualization of language*, págs. 1-38. Amsterdam: Benjamins.

— y di Luzio, A. (eds.) (1992). *The Contextualization of Language*. Amsterdam: John Benjamins.

Auburn, T. (2005). «Narrative reflexivity as a repair device for discounting "cognitive distortions" in sex offender treatment». *Discourse & Society*, 16(5), págs. 697-718.

Augoustinos, M. y Walker, I. (1995). *Social cognition. An integrated introduction*. Londres: Sage.

— Tuffin, K., y Every, D. (2005). «New racism, meritocracy and individualism: constraining affirmative action in education». *Discourse & Society*, 16(3), págs. 315-340.

Austin, J. L. (1962). *How to do things with words*. Cambridge: Harvard University Press.

Austin, T. R. (1984). *Language crafted. A linguistic theory of poetic syntax*. Bloomington: Indiana University Press.

— (1994). *Poetic voices. Discourse linguistics and the poetic text*. Tuscaloosa, AL: University of Alabama Press.

Avramides, A. (2001). *Other minds*. Londres: Routledge.

Bachorowski, J. A. y Owren, M. J. (1995). «Vocal Expression of Emotion: Acoustic Properties of Speech Are Associated with Emotional Intensity and Context». *Psychological Science*, 6(4), págs. 219-224.

Baddeley, A., Conway, M. y Aggleton, J. (eds.). (2002). *Episodic memory. New directions in research*. Oxford: Oxford University Press.

Ballmer, T. T. y Pinkal, M. (eds.). (1983). *Approaching vagueness*. Amsterdam, Nueva York: North-Holland Sole distributors for the U.S.A. and Canada, Elsevier Science Co.

Bamberg, M. G. W. (ed.) (1997). «Oral Versions of Personal Experience: Three Decades of Narrative Analysis». *Journal of Narrative and Life History* 7(1-4) (Special Issue).

Barbour, S. y Stevenson, P. (1990). *Variation in German. A critical approach to German sociolinguistics*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.

Barclay, C. R. y Subramaniam, G. (1987). «Autobiographical Memories and Self-Schemata». *Applied Cognitive Psychology*, 1(3), págs. 169-182.

Barnhurst, K. G. y Nerone, J. C. (2002). *The form of news. A history*. Nueva York: Guilford Press.

Barry, D., Carroll, B., y Hansen, H. (2006). «To text or context? Endotextual, exotextual, and multi-textual approaches to narrative and discursive organizational studies». *Organization Studies*, 27(8), págs. 1091-1110.

Bartlett, F. C. (1932). *Remembering. A study in experimental and social psychology*. Cambridge, Inglaterra: The University press.

Barwise, J. y Perry, J. (1983). *Situations and attitudes*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

Baudet, S. y Denhière, G. (1991). «Mental models and acquisition of knowledge from text: Representation and acquisition of functional systems». En Guy Denhiere y Jean-Pierre Rossi (eds.), *Text and text processing. Advances in psychology*, 79, págs. 155-187.

Bauman, R. (2001). «The ethnography of genre in a Mexican market: form, function, variation». En Eckert, P. y Rickford, J. R. (eds.). (2001). *Style and sociolinguistic variation*, págs. 57-77. Cambridge, Reino Unido; Nueva York, NY: Cambridge University Press.

— y Sherzer, J. (1974). *Explorations in the Ethnography of Speaking*. Cambridge: Cambridge University Press.

Beard, A. (1999). *The language of politics*. Londres-Nueva York: Routledge.

Bell, A. (1984). «Language Style as Audience Design». *Language in Society*, 13(2), págs. 145-204.

— (1991). *The language of news media*. Oxford, Reino Unido; Cambridge, MA: Blackwell.

Bell-Villada, G. H. (1996). *Art for art's sake and literary life. How politics and markets helped shape the ideology and culture of aestheticism*, 1790-1990. Lincoln, NB: University of Nebraska Press.

Bergvall, V. L. (1995). «Joining in Academic Conversation: Gender, Power, and the Apportionment of Turns at Talk». *Studies in the Linguistic Sciences*, 25(2), págs. 105-129.

— y Remlinger, K. A. (1996). «Reproduction, resistance and gender in educational discourse: the role of Critical Discourse Analysis». *Discourse & Society*, 7(4), págs. 453-479.

Bernstein, B. B. (1971). *Class, codes and control*. Volume 1. Londres: Routledge and K. Paul.

Berry, J. D. (ed.). (2003). *Contemporary newspaper design. Shaping the news in the digital age : typography &*

image on modern newsprint. West New York, NJ: Mark Batty, Publisher.

Bettie, J. (2003). *Women without class. Girls, race, and identity*. Berkeley: University of California Press.

Bhatia, V. K. (1993). *Analysing genre: Language use in professional settings*. Londres: Longman.

Biber, D. (1988). *Variation across speech and writing*. Cambridge, Cambridgeshire; Nueva York: Cambridge University Press.

— (1994). «An Analytic Framework for Register Studies». En D. Biber y E. Finegan (eds.), *Sociolinguistic Perspectives on Register*, págs. 31-56. Nueva York: Oxford University Press.

— (1995). *Dimensions of Register Variation: A Cross-Linguistic Comparison*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

Biber, D. y Finegan, E. (1994). *Sociolinguistic perspectives on register*. Nueva York-Oxford: Oxford University Press.

Bierbach, C. (1997). «Is Spain different? Observations on male-female communicative styles in a Spanish group discussion». En Kotthoff, H. y Wodak, R. (eds.). (1997). *Communicating gender in context*, págs. 106-138. Amsterdam, Países Bajos; Philadelphia: J. Benjamins.

Bierhoff, H. W. (1989). *Person perception and attribution*. Berlín-Nueva York: Springer-Verlag.

Billig, M. (1987). *Arguing and thinking: A rhetorical approach to social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (1988a). *Ideological dilemmas: A social psychology of everyday thinking*. London Newbury Park: Sage Publications.

— (1988b). «The notion of "prejudice": some rhetorical and ideological aspects». *Text*, 8, págs. 91-110.

Bischoping, K. (1993). «Gender differences in conversation topics, 1922-1990». *Sex Roles*, 28(1-2), págs. 1-18.

Blanc, N. (2006). *Émotion et Cognition : Quand l'émotion parle à la cognition*. París : Éditions InPress.

Blaauw, M. (2005). *Epistemological contextualism*. Amsterdam: Rodopi.

Blommaert, J. (2001). «Context is/as Critique». *Critique of Anthropology*, 21(1), págs. 13-32.

— (2005). *Discourse. A critical introduction*. Cambridge: Cambridge U.P.

Blum-Kulka, S. (1997). *Dinner talk: Cultural patterns of sociability and socialization in family discourse*. Mahwah, NJ: L. Erlbaum Assoc. Publishers.

Boden, D. y Zimmerman, D. H. (eds.). (1991). *Talk and social structure: Studies in ethnomethodology and conversation analysis*. Berkeley: University of California Press.

Bosco, F. M., Bucciarelli, M., y Bara, B. G. (2004). «The fundamental context categories in understanding communicative intention». *Journal of Pragmatics*, 36(3), págs. 467-488.

Bourdieu, P. (1984). *Distinction: a social critique of the judgment of taste*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

Bowcher, W. L. (1999). «Investigating institutionalization in context». En Ghadessy, M. (ed.), *Text and context in functional linguistics*, págs. 141-176. Amsterdam: Benjamins.

Bower, G. H. (1980). «Mood and memory». *American Psychologist* 36, 129-148.

— y Black, J. B. y Turner, T. J. (1979). «Scripts in memory for text». *Cognitive Psychology* 11, págs. 177-220.

Bradac, J. J. y Mulac, A., (1984). A molecular view of powerful and powerless speech styles. *Communication Monographs* 51, págs. 307-319.

Brand, M. (1984). *Intending and acting. Toward a naturalized action theory*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

Brendel, E. y Jäger, C. (eds.). (2005). *Contextualisms in Epistemology*. Berlín: Springer.

Brown, P. (1993). «Gender, Politeness & Confrontation in Tenejapa». En D. Tannen (ed.), *Gender and*

Conversational Interaction, págs. 144-162. Nueva York: Oxford University Press.

— y Levinson, S. C. (1987). *Politeness. Some universals in language usage*. Cambridge

Brown, R. (1996). «The language of social relationships». En D. I. Slobin, J. Gerhardt, A., Kyratzis y J. Guo, J. (eds.). *Social interaction, social context, and language: Essays in honor of Susan Ervin-Tripp*, págs. 39-52. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.

Bruner, J. S. (1981). «Intention in the structure of action and interaction». *Advances in Infancy Research*, 1, págs. 41-56.

— (1990). *Acts of meaning*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

— (2002). *Making stories: Law, literature, life*. Nueva York, NY: Farrar, Straus and Giroux.

Bucholtz, M. (1999). «"Why Be Normal?": Language and Identity Practices in a Community of Nerd Girls». *Language in Society*, 28(2), págs. 203-223.

— (ed.). (2004). Robin Tolmach Lakoff, Language and Woman's place. *Text and Commentaries*. Oxford: Oxford University Press.

— y Hall, K. (2004). «Language and identity». En S. Duranti (ed.), *A companion to linguistic anthropology*, págs. 369-394. Oxford: Blackwell.

— (2005). «Identity and interaction: a sociocultural linguistic approach». *Discourse Studies*, 7(4-5), págs. 585-614.

Bullock, M. (ed.). (1991). *The Development of intentional action: Cognitive, motivational, and interactive processes*. Basel, Nueva York: Karger.

Burgoon, M. y Klingle, R. S. (1998). «Gender differences in being influential and/or influenced: A challenge to prior explanations». En Dindia, Kathryn. y Canary, Daniel J. (eds.), *Sex differences and similarities in communication: Critical essays and empirical investigations of sex and gender in interaction.* Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.

Burkhart, F. N. (1991). *Media, emergency warnings, and citizen response*. Boulder: Westview Press.

Butler, C. S. (1985). «The Applicability of Systemic Theories». *Australian Review of Applied Linguistics*, 8(1), págs. 1-30.

Button, G. (ed.). (1991). *Ethnomethodology and the human sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.

Buttny, R., y Williams, P. L. (2000). «Demanding Respect: The Uses of Reported Speech in Discursive Constructions of Interracial Contact». *Discourse & Society*, 11(1), págs. 109-133.

Calsamiglia, H. y Van Dijk, T. A. (2004). «Popularization discourse and knowledge about the genome». *Discourse & Society*, 15(4), págs. 369-389.

Cameron, D. (1997a). «Performing gender identity: young men's talk and the construction of heterosexual masculinity». En Johnson, S. A. y Meinhof, U. H. (eds.), *Masculinity and language*, págs. 47-64. Oxford: Blackwell.

— (1997b). «Theoretical debates in feminist linguistics: Questions of sex and gender». En R. Wodak (ed.), *Gender and discourse*, págs. 21-36. Londres: Sage.

— (1998). «"Is there any ketchup, Vera?": gender, power and pragmatics». *Discourse & Society* 9(4), págs. 437-455.

Cameron, D., McAlinden y O'Leary, K. (1989). «Lakoff in context: the social and linguistic functions of tag questions». En J. Coates y D. Cameron (eds.), *Women in their speech communities*, págs. 74-93. Londres: Longman.

Campbell, S., y Roberts, C. (2007). «Migration, ethnicity and competing discourses in the job interview: Synthesizing th institutional and personal». *Discourse & Society*, 18(3), págs. 243-271.

Carnes, J. y Tauss, H. (1996). *Us and them a history of intolerance in America*. Nueva York: Oxford University Press.

Cashdan, E. (1998). «Smiles, Speech, and Body Posture: How Women and Men Display Sociometric Status and Power». *Journal of Nonverbal Behavior*, 22(4), págs. 209-228.

Chambers, J. K., Trudgill, P. y Schilling-Estes, N. (2002). *The handbook of language variation and change*. Malden, MA: Blackwell Publishers.

Charlton, T. L., Myers, L. E., y Sharpless, R. (eds.). (2006). *Handbook of oral history*. Lanham, MD: Altamira Press.

Charteris-Black, J. (2006). «Britain as a container: immigration metaphors in the 2005 election campaign». *Discourse & Society*, 17(5), págs. 563-581.

Cheshire, J. (2005). «Syntactic variation and beyond: Gender and social class variation in the use of discourse-new markers». *Journal of Sociolinguistics*, 9(4), págs. 479-508.

—, Kerswill, P. y Williams, A. (2004). Phonology. Grammar, and discourse in dialect convergence». En Mattheier, K., Ammon, U. y Trudgill, P. (eds.). (2004). *Sociolinguistics. An international handbook of the science of language and society*.

Chilton, P. (ed.). (1985). *Language and the nuclear arms debate. Nukespeak today*. Londres: Pinter.

Chomsky, N. (1987). *Pirates and emperors. International terrorism in the real world*. Montreal: Black Rose Books.

— (1994). *World orders, old and new*. Londres: Pluto Press.

Christianson, S. R. (1989). «Tough Talk and Wisecracks: Language as Power in American Detective Fiction». *Journal of Popular Culture*, 23(2), págs. 151-162.

Christmann, U., Sladek, U. y Groeben, N. (1998). «The Effect of Person-Related and Interactive Context Variables on the Diagnosis and Evaluation of Argumentational (Un-)Fairness». *Sprache & Kognition*, 17(3), págs. 107-124.

Clark, H. H. (1996). *Using Language*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

— y Marshall, C. E. (1981). «Definite reference and mutual knowledge». En A. K. Joshi, B. L. Webber y I. A. Sag (eds.), *Elements of discourse understanding*, págs. 10-63). Cambridge: Cambridge University Press.

Clark, K. (1992). «The linguistics of blame: Representation of women in The Sun's reporting of crimes of sexual violence». En M. Toolan (ed.), *Language, Text and Context: Essays in Stylistics*. Londres: Routledge.

Coates, J. (1996). *Women talk: Conversation between women friends*. Oxford: Blackwell.

— (1997). «Competing discourses of femininity». En H. Kotthoff y R. Wodak (eds.), *Communicating gender in context*, págs. 285-313. Amsterdam: Benjamins.

Coates, L., y Wade, A. (2004). «Telling it like it isn't: obscuring perpetrator responsibility for violent crime». *Discourse & Society*, 15(5), págs. 499-526.

Cohen, P. R., Morgan, J. L. y Pollack, M. E. (eds.). (1990). *Intentions in communication*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

Cohen, S. (1980). *Folk devils and moral panics*. Oxford: Robertson. 2nd, revised edition.

Cohn, C. (1987). «Sex and Death in the Rational World of Defense Intellectuals». *Signs*, 12(4), págs. 687-718.

Condit, C. M. (1994). *Decoding Abortion Rhetoric: Communicating Social Change*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.

Condor, S. (2000). «Pride and Prejudice: Identity Management in English Peoples Talk About This Country». *Discourse & Society*, 11(2), págs. 175-205.

Conefrey, T. (1997). «Gender, culture and authority in a university life sciences laboratory». *Discourse & Society*, 8(3), págs. 313-340.

Conte, R. y Castelfranchi, C. (1995). *Cognitive and social action*. Londres: UCL Press Limited.

Conway, M. A., Singer, J. A. y Tagini, A. (2004). «The Self and autobiographical memory: Correspondence and coherence». *Social Cognition*, 22(5), págs. 491-529.

Cook, A. E., y Myers, J. L. (2004). «Processing discourse roles in scripted narratives: The influences of context and world knowledge». *Journal of Memory and Language*, 50 (3), págs. 268-288.

Cook, G. (1994). *Discourse and literature: The interplay of form and mind*. Oxford: Oxford University Press.

Cook-Gumperz, J. y Gumperz, J. J. (1976). *Papers on language and context*. Berkeley, Calif.: University of California, Language Behavior Research Laboratory.

Corbett, E. P. J. y Connors, R. J. (1998). *Classical Rhetoric for the Modern Student*. Oxford University Press.

Cotterill, J. (ed.). (2002). *Language in the legal process*. Houndsmills: Palgrave.

Craik, K. J. W. (1943). *The nature of explanation*. Cambridge: Cambridge University Press.

Crawford, M. (2003). «Gender and humor in social context». *Journal of Pragmatics*, 35(9), págs. 1413-1430.

Cronkhite, G. (1997). «Cognitive representations of rhetorical situations». En James L. Owen (ed.), *Context and communication behavior*, págs. 213-228. Reno, Nevada: Context Press.

Crystal, D., (2001). *Language and the internet*. Cambridge: Cambridge University Press.

Damasio, A. (2000). *The feeling of what happens. Body, emotion and the making of consciousness*. Londres: Vintage Books.

Danto, A. C. (1973). *Analytical philosophy of action*. Cambridge (Eng.: University Press.

Day, K., Gough, B. y McFadden, M. (2003). «Women Who Drink and Fight: A Discourse Analysis of Working-Class Womens Talk». *Feminism & Psychology*, 13(2), págs. 141-158.

De Fina, A., Schiffrin, D. y Bamberg, M. (eds.). (2006). *Discourse and identity*. Cambridge: Cambridge University Press.

Di Luzio, A., Günthner, S. y Orletti, F. (2001). *Culture in communication. Analyses of intercultural situations*. Amsterdam, Philadelphia: J. Benjamins.

Dik, S. C. (1981). *Functional grammar*. Dordrecht: Foris.

Dines, E. (1980). «Variation in discourse – and stuff like that». *Language in Society*, 9, págs. 13-31.

Douglas, L., Roberts, A., y Thompson, R. (1988). *Oral history. A handbook*. Sydney Boston: Allen & Unwin.

Downing, P. A. (1980). «Factors influencing lexical choice in narrative». En Wallace Chafe (ed.), *The Pear Stories: cognitive, cultural, and lexical aspects of narrative production*, págs. 89-126. Norwood, N.J.: Ablex.

Drew, P. y Heritage, J. (eds.). (1992). *Talk at work. Interaction in institutional settings*. Cambridge.

Dubois, B. L. y Crouch, I. (1975). «The question of tag questions in women's speech: they don't really use more of them, do they?». *Language in Society*, 4, págs. 289-294.

Duranti, A. (1992). «Language in Context and Language as Context: The Samoan Respect Vocabulary». En A. Duranti and C. Goodwin (eds.), *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*, págs. 77-99. Cambridge: Cambridge University Press.

— (2006). «The social ontology of intentions». *Discourse Studies*, 8(1)., 31-40.

— (ed.). (2001). *Linguistic Anthropology: A Reader*. Malden, MA: Blackwell.

— y Goodwin, C., (eds.). (1992). *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon* Cambridge: Cambridge University Press.

Eckert, P. (1989). *Jocks and Burnouts: Social Categories and Identity in the High School*. Nueva York: Teachers College Press.

— (1990). «Cooperative competition in adolescent girl talk». *Discourse Processes* 13(1), págs. 92-122.

— (1997). «Age as a sociolinguistic variable». En Coulmas, F. (ed.). (1997). *The handbook of sociolinguistics*, págs. 150-167. Oxford, Reino Unido; Cambridge, MA: Blackwell Publishers.

— (2000). *Linguistic variation as social practice. The linguistic construction of identity in Belten High*. Malden,

Mass.: Blackwell Publishers.

— (2003). «Language and gender in adolescence». En Holmes, J. y Meyerhoff, M. (eds.), *The handbook of language and gender*, págs. 380-400. Oxford: Blackwell.

Eckert, P. y McConnell-Ginet, S. (1992). «Communities of Practice: Where Language, Gender y Power All Live». En K. Hall, M. Bucholtz y B. Moonwomon (eds.), *Locating Power: Proceedings of the Second Berkeley Women and Language Conference* (vol. 1, págs. 89-99. Berkeley: Berkeley Women and Language Group.

— (2003). *Language and Gender*. Cambridge: Cambridge University Press.

— y Rickford, J. R. (eds.). (2001). *Style and sociolinguistic variation*. Cambridge, Reino Unido; Nueva York, NY: Cambridge University Press.

Eco, U. (1978). *A theory of semiotics*. Bloomington: Indiana University Press.

Edelsky, C. (1993). Who's got the floor? In: Tannen, Deborah. (ed.), *Gender and conversational interaction*, págs.189-227. Londres: Oxford University Press.

Edmonds, P. (1999). *Semantic representations of near synonyms for automatic lexical choice.* University of Toronto, PhD Dissertation. http://www.csri.utoronto.ca/pub/gh/Edmonds-PhDthesis.pdf

Edwards, D. y Potter, J. (1992). *Discursive psychology*. Londres: Sage Publications, Inc.

Eggins, S. (1994). *An introduction to systemic functional linguistics*. Londres; Nueva York (EE.UU.): Pinter Publishers Distributed in the United States and Canada by St. Martin's Press.

— y Slade, D. (1997). *Analysing casual conversation*. Londres, Nueva York: Cassell.

Ehrlich, S. (1990). *Point of view: A linguistic analysis of literary style*. Londres, Nueva York: Routledge.

— (2001). *Representing rape. Language and sexual consent*. Londres, Nueva York: Routledge.

Erickson, B., Lind, A. A., Johnson, B. C. y W. M. O'Barr. (1978). «Speech style and impression formation in a court setting: The effects ofpowerful "andpowerless" speech». *Journal of Experimental Social Psychology* 14, págs. 266-279.

Ericsson, K. A. y Kintsch, W. (1995). «Long-term working memory». *Psychological Review*, 102(2), págs. 211-245.

Erlich, V. (1965). *Russian Formalism*. The Hague: Mouton.

Erman, B. (1987). *Pragmatic expressions in English. A study of you know, you see, and I mean in face-to-face conversation*. Stockholm: Almqvist and Wiksell.

— (1993). «Female and male usage of pragmatic expressions in same-sex and mixed-sex interaction». *Language Variation and Change*, 4, págs. 217-234.

— (2001). «Pragmatic markers revisited with a focus on "you know" in adult and adolescent talk». *Journal of Pragmatics*, 33(9), págs. 1337-1359.

Errington, J. J. (1988). *Structure and Style in Javanese: A Semiotic View of Linguistic Etiquette*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Ervin-Tripp, S. M. (1973). *Language acquisition and communicative choice*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.

— (1996). Context in language». En Slobin, D. I. y Gerhardt, J. y (eds.), et-al. *Social interaction, social context, and language: Essays in honor of Susan Ervin-Tripp*, págs. 21-36. Hillsdale, NJ, Inglaterra: Lawrence Erlbaum Associates,

— (2001). «Variety, style-shifting, and ideology». En P. Eckert y J. R. Rickford (eds.), *Style and sociolinguistic variation*, págs. 44-56. Cambridge: Cambridge University Press.

Ervin-Tripp, S., O'Connor, M. C. y Rosenberg, J. (1984). «Language and Power in the Family». En C. Kramarae, M. Schulz y W. O'Barr (eds.), *Language and Power*, págs. 116-135). Los Angeles: Sage.

Essed, P. (1991). *Understanding everyday racism: An interdisciplinary theory*. Newbury Park: Sage Publications.

Evaldsson, A. C. (2005). «Staging insults and mobilizing categorizations in a multiethnic peer group». *Discourse & Society*, 16(6), págs. 763-786.

Fabian, J. (1983). *Time and the other: How anthropology makes its object*. Nueva York: Columbia University Press.

Fairclough, N. (1989). *Language and Power*. Londres: Longman.

— (1995). *Critical discourse analysis. The critical study of language*. Londres, Nueva York: Longman.

— y Wodak, R. (1997). «Critical discourse analysis». En van Dijk, Teun A. (ed.), *Discourse as social interaction: Discourse studies: A multidisciplinary introduction*, Vol. 2, págs. 258-284. Londres, Inglaterra, Reino Unido: Sage Publications.

Ferguson, C. A. (1994). «Dialect, Register and Genre: Working Assumptions about Conventionalization». En D. Biber and E. Finegan (eds.), *Sociolinguistic Perspectives on Register*, págs. 15-30. Nueva York: Oxford University Press.

Ferstl, E. C., Rinck, M. y von Cramon, D. Y. (2005). «Emotional and temporal aspects of situation model processing during text comprehension: An event-related fMRI study». *Journal of Cognitive Neuroscience*, 17(5), págs. 724-739.

Ferrell, J. (1999). «The influence of gender on the interpretation and creation of texts». *Dissertation Abstracts International* Section A: Humanities and Social Sciences, Vol 59(8-A), Feb 1999. pág. 2960.

Fairclough, N. (2000). *New Labour, new language?* Nueva York: Routledge.

Fetzer, A. (2004). *Recontextualizing context. Grammaticality meets appropriateness*. Amsterdam Philadelphia: John Benjamins.

Fillmore, C. J. (1968). The case for case». En E. Bach y R. T. Harms (eds.), *Universals in linguistic theory*, págs. 1-88). Nueva York: Holt, Rinehart y Winston.

Finegan, E. y Biber, D. (1994). «Register and Social Dialect Variation: An Integrated Approach». En Biber, Douglas y Finegan, Edward (eds.), *Sociolinguistic Perspectives on Register*. págs. 315-347. Nueva York, NY: Oxford University Press.

— (2001). «Register and social dialect variation: Re-examining the connection». En J. R. Rickford y P. Eckert (eds.), *Style and variation*, págs. 235-267. Cambridge: Cambridge University Press.

Firth, J. R. (1930). *Speech*. Londres: Benn's sixpenny's Library.

— (1968). *Selected papers of J.R. Firth, 1952-59*: Edited by F.R. Palmer. Londres: Longmans.

Fleming, I. (1978). *Discourse from the point of view of four strata*. The Fifth LACUS Forum. Columbia, SC: Horbeam Press.

Fludernik, M. (1996). *Towards a 'natural' narratology*. Londres: Routledge.

Ford, M. E. (1992). *Motivating humans. Goals, emotions, and personal agency beliefs*. Londres, CA: Sage.

Forgas, J. P. (1979). *Social episodes: The study of interaction routines*. Londres, Nueva York: Published in cooperation with the European Association of Experimental Social Psychology by Academic Press.

Fought, C. (2002). *Chicano English in context*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire Nueva York: Palgrave.

Fowler, R. (1991). *Language in the news: Discourse and ideology in the British press*. Londres, Nueva York: Routledge.

— (1996). «On Critical Linguistics». En Caldas-Coulthard, Carmen Rosa y Coulthard, Malcolm (eds.), *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*, págs. 3-14. Londres, Inglaterra: Routledge.

— Hodge, B., Kress, G. y Trew, T. (1979). *Language and control*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

Freed, A. F. (2003). «Epilogue: Reflections of language and gender resarch». En Holmes, J. y Meyerhoff, M.

(eds.), *The handbook of language and gender*, págs. 699-722. Oxford: Blackwell.

Fries, P. H. y Gregory, M. (eds.). (1995). *Discourse in society. Systemic functional perspectives: meaning and choice in language: studies for Michael Halliday*. Norwood, NJ: Ablex.

Gallagher, S. (2000). «Philosophical conceptions of the self: implications for cognitive science». *Trends in Cognitive Sciences*, 4(1), págs. 15-21.

— y Shear, J. (eds.). (1999). *Models of the self*. Thorverton, Inglaterra: Imprint Academic.

Gans, H. J. (1980). *Deciding What's News*. Nueva York: Vintage Books/Random House. (Originally published 1979).

Gazdar, G. (1977). «Conversational analysis and convention: Sociolinguistics». *Analytic Sociology*, 1(1).

Geeraerts, D., Grondelaers, S. y Bakema, P. (1994). *The structure of lexical variation. Meaning, naming, and context*. Berlín: Mouton de Gruyter.

Gentner, D. y Stevens, A. L. (eds.). (1983). *Mental models*. Hillsdale, N.J.: L. Erlbaum Associates.

Ghadessy, M. (ed.). (1999). *Text and context in functional linguistics*. Amsterdam, Philadelphia: J. Benjamins.

Gibbons, T. H. (1979). *Literature and awareness. An introduction to the close reading of prose and verse*. Londres: Arnold.

Gidengil, E. y Everitt, J. (2003). «Talking Tough: Gender and Reported Speech in Campaign News Coverage». *Political Communication*, 20(3), págs. 209-232.

Giles, H. (ed.). (1991). *Contexts of accommodation. Developments in applied sociolinguistics*. Cambridge, París: Cambridge University Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.

— y Hewstone, M. (1982). «Cognitive Structures, Speech, and Social Situations: Two Integrative Models». *Language Sciences*, 4, págs. 187-219.

— y Powesland, P. F. (1975). *Speech style and social evaluation*. Londres, Nueva York: Published in cooperation with the European Association of Experimental Social Psychology by Academic Press.

— Coupland, J. y Coupland, N. (1991). *Contexts of accommodation. Developments in applied sociolinguistics*. Cambridge

— Mulac, A., Bradac, J. J. y Johnson, P. (1987). «Speech Accomodation Theory: The first decade and beyond». En M. McLaughlin (ed.), *Communication Yearbook* 10, págs. 13-48. Newbury Park, CA: Sage.

Gillett, G. R. y McMillan, J. (2001). *Consciousness and intentionality*. Amsterdam, Netherlands: John Benjamins Publishing Company.

Givón, T. (1989). *Mind, Code & Context: Essays in Pragmatics*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.

— (1995). *Functionalism and grammar*. Amsterdam Philadelphia: J. Benjamins. Givón, T. (2005).

— (2005). *Context as Other Minds. The pragmatics of Sociality, Cognition and Communication*. Amsterdam: Benjamins.

Glasgow University Media Group. (1985). *War and peace news*. Milton Keynes & Philadelphia: Open University Press.

Gleason, J. B. (1985). *The development of language*. Columbus: C.E. Merrill Pub. Co.

— Ely, R., Perlmann, R. Y. y Narasimhan, B. (1996). «Patterns of prohibition in parent-child discourse». En Gerhardt, Julie. y Slobin, Dan Isaac. (eds.), *Social interaction, social context, and language: Essays in honor of Susan Ervin-Tripp*, págs. 205-217. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.

— Perlmann, R. U., Ely, R. y Evans, D. W. (1994). «The babytalk register: Parents' use of diminutives». En Snow, Catherine E. y Sokolov, Jeffrey L. (eds.), *Handbook of research in language development using CHILDES*, págs. 50-76). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.

Golden, R. M. y Rumelhart, D. E. (1993). «A Parallel Distributed-Processing Model of Story Comprehension and Recall». *Discourse Processes*, 16(3), págs. 203-237.

Goffman, E. (1974). *Frame analysis: An essay on the organization of experience*. Cambridge, Masc.: Harvard University Press.

Goodwin, M. H. (1990). *He-said-she-said: Talk as social organization among Black children*. Bloomington, IN: Indiana University Press.

— (2003). «The relevance of ethnicity, class, and gender in children's peer negiotations». En Holmes, J. y Meyerhoff, M. (eds.), *The handbook of language and gender*, págs. 229-251. Oxford: Blackwell.

— y Goodwin, C. (1987). «Children's Arguing». En S. Philips, S. Steele y C. Tanz (eds.), *Language, Gender & Sex in Comparative Perspective*, págs. 200-248. Cambridge: Cambridge University Press.

Graesser, A. C. y Bower, G. H. (eds.). (1990). *Inferences and text comprehension. The psychology of learning and motivation*, Vol. 25. Nueva York: Academic Press.

— Gernsbacher, M. A. y Goldman, S. R. (eds.). (2003). *Handbook of discourse processes*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.

— Millis, K. K. y Zwaan, R. A. (1997). «Discourse comprehension». *Annual Review of Psychology*, 48, págs. 163-189.

— Singer, M. y Trabasso, T. (1994). «Constructing inferences during narrative text comprehension». *Psychological Review*, 101(3), págs. 371-395.

Grant, D., Hardy, C., Oswick, C., y Putnam, L. (eds.). (2004). *The Sage handbook of organizational discourse*. London Thousand Oaks, Calif.: SAGE Publications.

Gray-Rosendale, L. y Harootunian, G. (eds.). (2003). *Fractured Feminisms: Rhetoric, Context, and Contestation*. Albany, NY: SUNY Press.

Greasley, P., Sherrard, C. y Waterman, M. (2000). «Emotion in Language and Speech: Methodological Issues in Naturalistic Approaches». *Language and Speech*, 43(Oct-), págs. 355-375.

Gregory, M. (1967). «Aspects of varieties of differentiation». *Journal of Linguistics* 3, págs. 177-198.

— (1985). «Towards communication linguistics: A framework». En Benson, J. D. y Greaves, W. S. (eds.), Vol. 1, págs. 119-134. *Systemic perspectives on discourse*. Norwood, N.J.: Ablex.

— y Carroll, S. (1978). *Language and situation. Language varieties and their social contexts*. Londres, Boston: Routledge and Kegan Paul.

Grice, H. P. (1989). *Studies in the way of words*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Grimshaw, A. D. (2003). «Genres, registers, and contexts of discourse». En A. C. Graesser, M. A. Gernsbacher y S. R. Goldman (eds.), *Handbook of discourse processes*, págs. 25-82. Mahwah, NJ: Erlbaum.

Groenendijk, J. A. G., De Jongh, D. y Stokhof, M. B. J. (1987). *Studies in discourse representation theory and the theory of generalized quantifiers*. Dordrecht, Holland: Foris Publications.

Gudykunst, W. B. (2003). *Cross-cultural and intercultural communication*. Thousand Oaks, Calif.: Sage Publications.

— (ed.). (2005). *Theorizing about intercultural communication*. Thousand Oaks, Calif.: Sage.

Gumperz, J. J. (1982a). *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (1982b). *Language and social identity*. Cambridge, Inglaterra; Nueva York: Cambridge University Press.

Gunnarsson, B. (1997). «Women and men in the academic discourse community». En H. Koffhoff y R. Wodak (eds.), *Communicating gender in context*, págs. 219-247. Amsterdam: Benjamins.

Günthner, S. (1997). «Complaint stories. Constructing emotional reciprocity among women». En H. Kotthoff y R. Wodak (eds.), *Communicating gender in context*, págs. 179-218. Amsterdam: Benjamins.

Gussenhoven, C. (2004). *The phonology of tone and intonation*. Nueva York: Cambridge University Press.

Halford, S., y Leonard, P. (2006). «Place, space and time: Contextualizing workplace subjectivities». *Organization Studies*, 27(5), págs. 657-676.

Halliday, M. A. K. (1977). *Explorations in the functions of language*. Nueva York: Elsevier North-Holland.

— (1978). *Language as social semiotic. The social interpretation of language and meaning*. Baltimore: University Park Press.

— (1999). «The notion of "Context" in Language Education». En Ghadessy, M. (ed.), *Text and context in functional linguistics*, págs. 1-24. Amsterdam: Benjamins.

— y Hasan, R. (1976). *Cohesion in English*. Londres: Longman.

— McIntosh, A. y Strevens, P. (1964). *The linguistic sciences and language teaching.* Londres: Longman.

Hanks, W. F. (1992). «The indexical ground of deictic reference». En Duranti, A. y Goodwin, C., (eds.). (1992). *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*, págs. 43-76). Cambridge: Cambridge University Press.

— (1996). *Language & communicative practices*. Boulder: Westview Press.

Harrower, T. (1998). *The newspaper designer's handbook*. Boston, Mass.: McGraw-Hill.

Hasan, R. (1985). «Meaning, context and text: fifty years after Malinowski». En Benson, J. D. y Greaves, W. S. (eds.), *Systemic perspectives on discourse*. Vol.1, págs. 16-49. Norwood, N.J.: Ablex Corp.

— (1995). «The conception of context in text». En Fries, P. H. y Gregory, M. (eds.). (1995). *Discourse in society. Systemic functional perspectives: meaning and choice in language: studies for Michael Halliday*, págs. 183-283. Norwood, NJ: Ablex.

— (1999). «Speaking with reference to context». En Ghadessy, M. (ed.), *Text and context in functional linguistics*, págs. 219-321. Amsterdam: Benjamins.

Haworth, K. (2006). «The dynamics of power and resistance in police interview discourse». *Discourse & Society*, 17(6), págs. 739-759.

Heath, C. (1981). «The opening sequence in doctor-patient interaction». En P. Atkinson y C. Heath (eds.), *Medical Work: Realities and Routines*, págs. 71-90. Farnborough: Gower.

Henley, N. M., Miller, M. y Beazley, J. A. (1995). «Syntax, Semantics, and Sexual Violence: Agency and the Passive Voice». *Journal of Language and Social Psychology*, 14(1-2), págs. 60-84.

Henton, C. (1995). «Pitch Dynamism in Female and Male Speech». *Language & Communication*, 15(1), págs. 43-61.

Heritage, J. (1991). «Intention, meaning and strategy: observations on constraints on interaction analysis». *Research on Language and Social Interaction*, 24, págs. 311-32.

Herman, E. S. (1992). *Beyond hypocrisy. Decoding the news in an age of propaganda : including A doublespeak dictionary for the 1990s*. Boston, MA: South End Press.

— y Chomsky, N. (1988). *Manufacturing consent: The political economy of the mass media*. Nueva York: Pantheon Books.

Heydon, G. (2005). *The language of police interviewing. A critical analysis*. Houndsmills: Palgrave.

Higgins, M. (2004). «Putting the nation in the news: The role of location formulation in a selection of Scottish newspapers». *Discourse & Society*, 15 (5), págs. 633-648.

Hodge, B., y Kress, G. R. (1988). *Social semiotics*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.

Holland, D. y Quinn, N. (eds.). (1987). *Cultural models in language and thought*. Nueva York, NY: Cambridge University Press.

Holmes, J. (1984). «Hedging your bets and sitting on the fence: some evidence for hedges as support structures». *Te Reo*: págs. 47-62.

— (1995). *Women, Men and Politeness*. Nueva York, NY: Longman Group Limited.

— (1997). «Story-telling in New Zealand women's and men's talk». En R. Wodak (ed.), *Gender and discourse*, págs. 263-293. Londres: Sage.

— (2003). «Complimenting: A positive politeness strategy». En Bratt Paulston, C., y Tucker, G. R. (eds.).

(2003). *Sociolinguistics. The essential readings*, págs. 177-195. Oxford: Blackwell.

— (2005). «Power and discourse at work: Is gender relevant?». En M. Lazar (ed.), *Feminist critical discourse analysis Gender, power and ideology in discourse*, págs. 31-60. Houndsmills: Palgrave.

— (2006). «Workplace narratives, professional identity and relational practice». En De Fina, A., Schiffrin, D. y Bamberg, M. (eds.). (2006). *Discourse and identity*, págs. 166-187. Cambridge: Cambridge University Press.

— y Meyerhoff, M. (eds.). (2003). *The handbook of language and gender*. Oxford: Blackwell.

— y Stubbe, M. (2003a). «“Feminine” workplaces: Stereotype and reality». En Holmes, J. y Meyerhoff, M. (eds.), *The handbook of language and gender*, págs. 573-599. Oxford: Blackwell.

— y Stubbe, M. (2003b). *Power and politeness in the workplace. A sociolinguistic analysis of talk at work*. Londres: Longman.

Honey, J. (1989). *Does Accent Matter? The Pygmalion Factor*. Londres: Faber and Faber.

— (1997). «Sociophonology». En F. Coulmas (ed.), *Handbook of sociolinguistics*, págs. 92-106. Oxford: Blackwell.

Horvath, B. (1985). *Variation in Australian English: The Sociolects of Sydney*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hosman, L. A. (1989). «The evaluative consequences of hedges, hesitations, and intensifiers: Powerful and powerless speech styles». *Human Communication Research*, 15(3), págs. 383-406.

Hyland, K. (1998). *Hedging in scientific research articles*. Amsterdam: Benjamins.

Hymes, D. (1972). «Models of the Interaction of Language and Social Life». En J. J. Gumperz and D. Hymes (eds.), *Directions in Sociolinguistics: The Ethnography of Communication*, págs. 35-71). Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

— (1974). «Ways of Speaking». En R. Bauman and J. Sherzer (eds.), *Explorations in the Ethnography of Speaking*, págs. 433-451. Cambridge: Cambridge University Press.

Irvine, J. T. (1974). «Strategies of Status Manipulation in Wolof Greeting». En R. Bauman and J. Sherzer (eds.), *Explorations in the Ethnography of Speaking*, págs. 167-191. Cambridge: Cambridge University Press.

— (2001). «“Style” as Distinctiveness: The Culture and Ideology of Linguistic Differentiation». En P. Eckert and J. R. Rickford (eds.), *Style and Sociolinguistic Variation*, págs. 21-43). Cambridge: Cambridge University Press.

Iwaska, L. y Zadrozny, W. (1997). «Context in natural language processing». *Special issue of Computational Intelligence*, 13(3).

Jäger, S. (1993a). *BrandSätze: Rassismus im Alltag*. Duisburg: DISS.

— (1993b). *Kritische Diskursanalyse. Eine Einführung*. Duisburg: DISS.

— *et al*. (1998). *Der Spuk ist nicht vorbei. Völkisch-nationalistische Ideologeme im öffentlichen Diskurs der Gegenwart* (The Ghost hasn't gone. Völkisch-nationalist ideologemes in contemporary public discourse). Duisburg: Diss.

James, D. y Clarke, S. (1993). «Women, men, and interruptions: A critical review». En Tannen, Deborah. (ed.), *Gender and conversational interaction*, págs. 231-280. Londres: Oxford University Press.

— y Drakich, J. (1993). «Understanding gender differences in amount of talk: A critical review of research». En Tannen, Deborah (ed.), *Gender and conversational interaction*. Nueva York, NY: Oxford University Press.

Jiang, X. Y. (2006). «Cross-cultural pragmatic differences in US and Chinese press conferences: the case of the North Korea nuclear crisis». *Discourse & Society*, 17(2), págs. 237-257.

Jarvella, R. J. y Klein, W. (eds.). (1982). *Speech, place and action*. Chichester: Wiley.

Jayyusi, L. (1993). Premeditation and happenstance: the social construction of intention, action and knowledge. *Human Studies*, 16, págs. 435-55.

Jenkins, C. (2002). «The more things change: Women, politics and the press in Australia». *Ejournalist* 2(1).

Johnson-Laird, P. N. (1983). *Mental models: Towards a cognitive science of language, inference and consciousness*. Cambridge (Cambridgeshire), Nueva York: Cambridge University Press.

Johnstone, B. (1990). *Stories, community, and place: Narratives from middle America*. Bloomington: Indiana University Press.

— (2003). «Conversation, text, and discourse. *American Speech*, págs. 75-98.

— y Bean, J. M. (1997). Self-expression and linguistic variation. *Language in Society*, 26(2), págs. 221-246.

Jucker, A. H. (1992). *Social stylistics. Syntactic variation in British newspapers*. Berlín: Mouton de Gruyter.

— Smith, S. W. y Ludge, T. (2003). «Interactive aspects of vagueness in conversation». *Journal of Pragmatics*, 35(12), págs. 1737-1769.

Jurafsky, D. y Martin, J. H. (2000). *Speech and language processing: An introduction to natural language processing, computational linguistics, and speech recognition*. Upper Saddle River, N.J.: Prentice Hall.

Kamp, H. y Partee, B. H. (eds.). (2002). *Context-dependence in the analysis of linguistic meaning*. Amsterdam Boston: Elsevier.

— y Reyle, U. (1993). *From discourse to logic: Introduction to modeltheoretic semantics of natural language, formal logic and discourse representation theory*. Dordrecht ; Boston: Kluwer Academic.

Kay, P. (1997). *Words and the grammar of context*. Stanford, Calif.: CSLI Publications.

Kendall, S. (2004). «Framing authority: Gender, face, and mitigation at a radio network». *Discourse & Society*, 15(1), págs. 55-79.

Kerswill, P. (2004). «Social dialectology». En K. Mattheier, U. Ammon y P. Trudgill (eds.), *Sociolinguistics. An international handbook of the science of language and society*. Vol. 1, págs. 22-33. Berlín: De Guyter.

Keshishian, F. (1997). Political Bias and Nonpolitical News: A Content-Analysis of Analysis of an Armenian and Iranian Earthquake in the *New-York-Times* and the *Washington-Post. Critical Studies in Mass Communication*, 14(4), págs. 332-343.

Kharraki, A. (2001). «Moroccan Sex-Based Linguistic Difference in Bargaining». *Discourse & Society*, 12(5), págs. 615-632.

Kiesling, S. F. (2003). «Prestige, cultural models, and other ways of talking about underlying norms and gender». En Holmes, J. y Meyerhoff, M. (eds.), *The handbook of language and gender*, págs. 510-.527. Oxford: Blackwell.

— y Paulston, C. B. (eds.). (2005). *Intercultural discourse and communication. The essential readings*. Malden, MA: Blackwell Pub.

King, A. A. y Anderson, F. D. (1971). «Nixon, Agnew, and the "Silent Majority": A Case Study in the Rhetoric of Polarization». *Western Speech Communication Journal*, 35 (1971): pág. 252.

King, N. (2000). *Memory, narrative, identity. Remembering the self*. Edinburgh: Edinburgh University Press.

Kintsch, W. (1998). *Comprehension: A paradigm for cognition*. Nueva York: Cambridge University Press.

Kipers, P. S. (1987). «Gender and Topic». *Language in Society*, 16, págs. 543-557.

Kitchener, R. F. (ed.). (1988). *The World View of Contemporary Physics*. Albany, NY: SUNY Press

Kitzinger, C. y Frith, H. (1999). «Just say no? The use of conversation analysis in developing a feminist perspective on sexual refusal». *Discourse & Society* 10(3), págs. 293-316.

Kleiner, B. (1998). «The modern racist ideology and its reproduction in "pseudo-argument"». *Discourse & Society*, 9(2), págs. 187-215.

Kochman, T. (1981). *Black and white styles in conflict*. Chicago: University of Chicago Press.

Köhler, W. (1929). *Gestalt psychology*. Nueva York: Liveright.

Komter, M. L. (1992). *Conflict and Cooperation In Job Interviews: A Study Of Talk, Tasks and Ideas*. Amsterdam: Benjamins.

Kotthoff, H. (1997). «The interactional achievement of expert status. Creating asymmetries by “Teaching conversational lectures” in TV discussions». En H. Koffhoff y R. Wodak (eds.), *Communicating gender in context*, págs. 139-178. Amsterdam: Benjamins.

Krauss, R. M. y Fussell, S. R. (1991). «Constructing shared communicative environments». En Lauren B. Resnick, John M. Levine y Stephanie D. Teasley (eds.), *Perspectives on socially shared cognition*, págs. 172-200. Washington, DC: American Psychological A

Kress, G. y Van Leeuwen, T. (1998). «Front pages: (the critical) analysis of newspaper layout». En A. Bell y P. Garret (eds.), *Approaches to Media Discourse*, págs. 186-218. Oxford: Blackwell Publishers.

Kyratzis, A. y Guo, J. (1996). «“Separate Worlds for Girls and Boys?”. Views from U.S. and Chinese Mixed-Sex Friendship Groups». En Slobin, D. I., Gerhardt, J., Kyratzis, A. y Guo, J. (eds.) (1996). *Social Interaction, Social Context & Language: Essays in Honor of Susan Ervin-Tripp*, págs. 555-577. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.

Labov, W. (1966). *The social stratification of English in New York City*. Washington, DC: Center for Applied Linguistics.

— (1969). «The Logic of Nonstandard English». En J. Alatis (ed.), *Georgetown Monographs on Language and Linguistics* (vol. 22, págs. 1-44). Washington, DC: Georgetown University Press.

— (1972a). *Language in the Inner City: Studies in the Black English Vernacular*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

— (1972b). *Sociolinguistic patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

— (2001). «The anatomy of style-shifting». En P. Eckert y J. Rickford (eds.), *Style and sociolinguistic variation*, págs. 85-108. Cambridge: Cambridge University Press.

— y Waletzky, J. (1967). «Narrative analysis. Oral versions of personal experience». En J. Helm, (ed.), *Essays on the verbal and visual arts*, págs. 12-44. Seattle: University of Washington Press,

Ladd, D. R. (1990). «Intonation: Emotion vs. Grammar». *Language* 66(4): 806-816.

— (1997). *Intonational phonology*. Cambridge-Nueva York: Cambridge University Press.

Lakoff, G. (1996). *Moral Politics: What Conservatives Know That Liberals Don’t*. Chicago, IL: University Chicago Press.

— (2001). *Metaphors of terror*. www.press.uchicago.edu/News/911lakoff.html

— y Johnson, M. (1980). *Metaphors we live by*. Chicago: University of Chicago Press.

Lakoff, R. T. (1975). *Language and woman’s place*. Nueva York: Harper & Row.

— (1996). «True confessions? Pragmatic competence and criminal confession». En Slobin, Dan Isaac y Gerhardt, Julie (eds.), *Social interaction, social context, and language: Essays in honor of Susan Ervin-Tripp*, págs. 481-493. Mahwah, NJ, EE.UU. Lawrence Erlbaum Associates, Inc.

— (2003). «Language, Gender and Politics: Putting “Women” and “Power” in the same Sentence». En Holmes, J. y Meyerhoff, M. (eds.), *The handbook of language and gender*, págs. 161-178. Oxford: Blackwell.

— y Ide, S. (eds.). (2005). *Broadening the horizon of linguistic politeness*. Philadelphia, PA: John Benjamins Publishing.

Lamb, S. (1996). *The trouble with blame. Victims, perpetrators, and responsibility*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Lampert, M. D. (1996). «Gender differences in conversational humor». En Slobin, D. I., Gerhardt, J., Kyratzis, A. y Guo, J. (eds.). (1996). *Social interaction, social context, and language: Essays in honor of Susan Ervin-Tripp*, págs. 579-596. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.

Lausberg, H. (1960). *Handbuch der literarischen Rhetorik. Eine Grundlegung der Literaturwissenschaft*. Múnich: M. Hueber.

Lavandera, B. R. (1978). «Where does the sociolinguistic variable stop?». *Language in Society* 7, págs. 171-182. (1977).

Lave, J. y Wenger, E. (1991). *Situated Learning: Legitimate Peripheral Participation*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lazar, M. (2005a). «Performing State Fatherhood: The Remaking of Hegemony». En Lazar, M. (ed.). *Feminist Critical Discourse Analysis. Gender, Power and Ideology in Discourse*, págs. 139-163. Houndsmills, Reino Unido: Palgrave MacMillan.

— (ed.). (2005b). *Feminist Critical Discourse Analysis. Gender, Power and Ideology in Discourse*. Houndsmills, Reino Unido: Palgrave MacMillan.

Leckie-Tarry, H. (1995). *Language & Context. A functional linguistic theory of register*. Edited by David Birch. Londres: Pinter.

Lehman, S. y Schraw, G. (2002). «Effects of Coherence and Relevance on Shallow and Deep Text-Processing». *Journal of Educational Psychology*, 94(4), págs. 738-750.

Lemke, J. L. (1999). «Discourse and organizational dynamics: website communication and institutional change». *Discourse & Society*, 10(1), págs. 21-47.

Leudar, I., Marsland, V., y Nekvapil, J. (2004). «On membership categorization: "us", "them" and "doing violence" in political discourse». *Discourse & Society*, 15(2-3), págs. 243-266.

Levelt, W. J. M. (1989). *Speaking: from intention to articulation*. Cambridge, MA: MIT Press.

Lévi-Strauss, C. (1963). *Structural anthropology*. Nueva York: Basic Books.

Levinson, S. C. (1989). *Pragmatics*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (1993). *Deixis. Entry in the Encyclopedia of Language and Linguistics*. Oxford: Pergamon Press.

— (2003). *Space in language and cognition. Explorations in cognitive diversity*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lewis, D. K. (1968). *Convention. A philosophical study*. Cambridge, MA: Havard U.P.

Lin, C. A. y Jeffres, L. W. (2001). «Comparing Distinctions and Similarities Across Websites of Newspapers, Radio Stations, and Television Stations». *Journalism & Mass Communication Quarterly*, 78(3), págs. 555-573.

Linde, C. (1993). *Life stories. The creation of coherence*. Oxford: Oxford University Press.

Lodge, R. A. (2004). *A sociolinguistic history of Parisian French*. Cambridge: Cambridge University Press.

Louwerse, M. y van Peer, W. (eds.). (2002). *Thematics: Interdisciplinary studies*. Amsterdam, Países Bajos: John Benjamins Publishing Company.

Maas, U. (1984). «"Als der Geist der Gemeinschaft eine Sprache fand": Sprache im Nationalsozialismus». *Versuch einer historischen Argumentationsanalyse*. Opladen: Westdeutscher Verlag.

Macaulay, M. (2001). «Tough talk: Indirectness and gender in requests for information». *Journal of Pragmatics*, 33(2), págs. 293-316.

Macaulay, R. K. S. (1978). «The myth of the female superiority in language». *Journal of Child Language*, 5, págs. 353-363.

— (1991a). «''Coz It Izny Spelt When They Say It'': Displaying Dialect in Writing». *American Speech* 66: págs. 280-289.

— (1991b). *Locating dialect in discourse: The language of honest men and bonnie lasses in Ayr*. Nueva York: Oxford University Press.

— (1999). «Is sociolinguistics lacking in Style?». *Cuadernos de Filología Inglesa*, 8, págs. 9-33.

— (2001). «The question of genre». En Eckert, P. y Rickford, J. R. (eds.). *Style and sociolinguistic variation*,

págs. 78-82). Cambridge, Reino Unido; Nueva York, NY: Cambridge University Press.

— (2002). «Discourse variation». En J. K. Chambers, P. Trudgill y N. Schilling-Estes (eds.), *The Handbook of Language Variation and Change*, págs. 283-305. Oxford. Blackwell.

— (2005a). *Extremely common eloquence. Constructing Scottish identity through narrative*. Amsterdam: Rodopi.

— (2005b). *Talk that counts. Age, gender, and social class differences in discourse*. Nueva York: Oxford University Press.

Makri-Tsilipakou, M. (2003). «Greek diminutive use problematized: gender, culture and common sense». *Discourse & Society*, 14(6), págs. 699-726.

Malinowski, B. (1923). The Problem of Meaning in Primitive Languages». En C. K. Ogden and I. A. Richards (eds.), *The Meaning of Meaning*, págs. 296-336. Nueva York: Harcourt, Brace and World.

Malle, B. F. y Hodges, S. D. (eds.). (2005). *Other minds. How humans bridge the divide between self and others*. Nueva York: Guilford Press.

Mallinson, C., y Brewster, Z. W. (2005). «“Blacks and bubbas”: Stereotypes, ideology, and categorization processes in restaurant servers' discourse». *Discourse & Society*, 16(6), págs. 787-807.

Mandler, J. M. (1984). *Stories, scripts, and scenes: Aspects of schema theory*. Hillsdale, N.J.: L. Erlbaum Associates.

Markel, N. N. (1998). *Semiotic psychology: Speech as an index of emotions and attitudes*. Nueva York: P. Lang.

Markkanen, R. y Schröder, H. (eds.). (1997). *Hedging and discourse: Approaches to the analysis of a pragmatic phenomenon in academic texts*. Berlín, Nueva York: Walter de Gruyter.

Markus, H. (1977). «Self-schemata and processing information about the self». *Journal of Personality and Social Psychology* 35, págs. 63-78.

Martin, B. A., Tversky, B. y Lang, D. S. (2006). *Making sense of abstract events.* Stanford University: Dept. of Psychology

Martin, J. R. (1985). «Proces and Text: Two aspects of human semiosis». En J. D. Benson y W. S. Greaves (eds.), *Systemic Perspectives on Discourse*, págs. 248-274. Volume 1. Selected Theoretical Paperrs from the 9th International Systemic Workshop. Norwood, NJ: Ablex.

— (1992). *English text: System and structure*. Philadelphia: John Benjamins Co..

— (1999). «Modelling context. A crooked path of progress in contextual linguistics». En Ghadessy, M. (ed.), *Text and context in functional linguistics*, págs. 25-61. Amsterdam: Benjamins.

— y Wodak, R. (eds.). (2003). *Re/reading the past. Critical and functional perspectives on time and value*. Amsterdam; Philadelphia: John Benjamins Pub.

Martín Rojo, L. y Gómez Esteban (2005). «The gender of power: The female style of labour organizations». En Lazar, M. M. (ed.). (2005). *Feminist critical discourse analysis. Gender, power, and ideology in discourse*, págs. 61-89). Houndmills, Basingstoke, Hampshire Nueva York: Palgrave Macmillan.

Martins, I. y Ogborn, J. (1997). «Metaphorical Reasoning About Genetics». *International Journal of Science Education*, 19(1), págs. 47-63.

Maynard, D. W. (2003). *Bad news, good news. Conversational order in everyday talk and clinical settings*. Chicago: University of Chicago Press.

Mckendy, J. P. (2006). «“I'm very careful about that”: narrative and agency of men in prison». *Discourse & Society*, 17(4), págs. 473-502.

McConnell-Ginet, S. (2003). «“What's in a Name?”. Social labeling and gender practices». En Holmes, J. y Meyerhoff, M. (eds.), *The handbook of language and gender*, págs. 69-97. Oxford: Blackwell.

McGlone, M. S. (2005). «Contextomy: the art of quoting out of context». *Media Culture & Society*, 27(4), págs. 511-512.

McHoul, A. y Rapley, M. (eds.). (2001). *How to analyse talk in institutiomal settings*. A casebook of methods. Londres: Continuum.

Meinhof, U. H., y Smith, J. (eds.). (2000). *Intertextuality and the media. From genre to everyday life*. Manchester: Manchester University Press.

Mendoza, N. (1996). «Language Ideology and Gang Affiliation among California Latina Girls». En M. Bucholtz (ed.), *Proceedings of the Third Berkeley Women and Language Conference*. Berkeley: University of California Press.

— (1999). «Fighting Words: Latina Girls, Gangs, and Language Attitudes». En D. L. Galindo and M. D. Gonzalez-Vasquez (eds.), *Speaking Chicana: Voice, Power and Identity*. University of Arizona Press.

Mey, J. (1993). *Pragmatics: An introduction*. Oxford, Reino Unido Cambridge, Mass., EE.UU.: Blackwell.

Metzinger, T. (2003). *Being No One: The Self-Model Theory of Subjectivity*. Cambridge, MA: MIT Press.

Meyerhoff, M. (1996). «Dealing with gender identity as a sociolinguistic variable». En Bergvall, V. L., Bing, J. M. y Freed, A. (eds.). (1996). *Rethinking gender and language research: Theory and practice*. 202-227. Londres: Longman.

Meyers, R. A., Brashers, D. E., Winston, L. y Grob, L. (1997). «Sex differences and group argument: A theoretical framework and empirical investigation». *Communication Studies*, 48, págs. 19-41.

Middlestadt, S. E. y Barnhurst, K. G. (1999). «The Influence of Layout on the Perceived Tone of News Articles». *Journalism & Mass Communication Quarterly*, 76(2), págs. 264-276.

Mieder, W. (2002). *Call a spade a spade. From classical phrase to racial slur: a case study*. Nueva York: Peter Lang.

Miller, L. M. S. (2003). «The Effects of Age and Domain Knowledge on Text-Processing». *Journals of Gerontology* Series B-Psychological Sciences and Social Sciences, 58(4), págs. 217-223.

Mills, S. (2003). *Gender and politeness*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.

Milroy, J. y Milroy, L. (1997). «Varieties and variation». En F. Coulmas (ed.), *The Handbook of sociolinguistics*, págs. 47-64. Oxford: Blackwell.

— y Gordon, M. J. (2003). *Sociolinguistics. Method and interpretation*. Malden, MA: Blackwell Pub.

Mitra, A. (2004). «Voices of the marginalized on the Internet: Examples from a website for women of South Asia». *Journal of Communication*, 54(3), págs. 492-510.

Mohammed, S. N. (2004). «Self-presentation of small developing countries on the world wide web: a study of official websites». *New Media & Society*, 6(4), págs. 469-486.

Montague, R. (1974). *Formal philosophy : selected papers*. Edited and with an introduction by Richmond H. Thomason. New Haven : Yale University Press.

Montefiore, A. y Noble, D. (eds.). (1989). *Goals, no-goals, and own goals. A debate on goal-directed and intentional behaviour*. London Boston: Unwin Hyman.

Moulton, J. (1983). «A paradigm of philosophy: The adversary method». En S. Harding (ed.), *Discovering reality*, págs. 149-164. Dordrecht: Reidel.

Mutz, D. C., y Mondak, J. J. (2006). «The workplace as a context for cross-cutting political discourse». *Journal of Politics*, 68(1), págs. 140-155.

Myers, G. (1996). «Strategic Vagueness in academic writing». En E. Ventola y A. Mauranen (eds.), *Academic writing: Intercultural and textual issues*, págs. 3-18. Amsterdam Philadelphia: John Benjamins.

Nader, L. (1996). «Regulating household talk». En Gerhardt, Julie. y Slobin, Dan Isaac. (eds.), *Social interaction, social context, and language: Essays in honor of Susan Ervin-Tripp*, págs. 219-234. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.

Neisser, U. y Fivush, R. (eds.). (1994). *The Remembering self. Construction and accuracy in the self-narrative*. Cambridge: Cambridge University Press.

Newtson, D. y Engquist, G. (1976). «The perceptual organization of ongoing behavior». *Journal of Experimental Social Psychology*, 12, págs. 436-450.

Nordenstam, K. (1992). «Male and Female Conversation Style». *International Journal of the Sociology of Language*, 94, págs. 75-98.

Norrby, C. y Winter, J. (2001). *Affilliation in adolescent's use of discourse extenders.* Proceedings of the 2001 Conference of the Australian Linguistic Society.

Nuyts, J. (1993). *Intentions and language use*. Antwerp, Bélgica: University of Antwerp.

O'Barr, W. M. y Conley, J. M. (1992). *Fortune and Folly: The Wealth and Power of Institutional Investing*. Homewood, Il.: Business One Irwin.

O'Donnell, M. (1999). «Context in dynamic modelling». En Ghadessy, M. (ed.), *Text and context in functional linguistics*, págs. 63-100. Amsterdam: Benjamins.

Oakhill, J. y Garnham, A. (eds.). (1996). *Mental models in cognitive science. Essays in honour of Phil Johnson-Laird*. Hove (Sussex): Psychology Press.

Oatley, K. y Johnson Laird, P. N. (1996). «The communicative theory of emotions: Empirical tests, mental models, and implications for social interaction». En Tesser, Abraham. y Martin, Leonard L. (eds.), *Striving and feeling: Interactions among goals, affect, and self-regulation*, págs. 363-393. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.

Ochs, E. y Capps, L. (2001). *Living Narrative: Creating Lives in Everyday Storytelling*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

— y Taylor, C. (1995). «The ''Father Knows Best'' Dynamic in Dinnertime Narratives». En K. Hall and M. Bucholtz (eds.), *Gender Articulated: Language and the Socially Constructed Self*, págs. 97-119. Nueva York: Routledge.

Ohara, R. J. (1992). «Telling the Tree: Narrative Representation and the Study of Evolutionary History». *Biology & Philosophy*, 7(2), págs. 135-160.

Okamoto, D. G. y Smith-Lovin, L. (2001). «Changing the Subject: Gender, Status, and the Dynamics of Topic Change». *American Sociological Review*, 66(6), págs. 852-873.

Ostermann, A. C. (2003). «Localizing Power and Solidarity: Pronoun Alternation at an All-Female Police Station and a Feminist Crisis-Intervention Center in Brazil». *Language in Society*, 32(3), págs. 351-381.

Owen, J. L. (ed.). (1997). *Context and communication behavior*. Reno, Nevada: Context Press.

Pak, M., Sprott, R. y Escalera, E. (1996). «Little words big deal: The development of discourse and syntax in child language». En Slobin, Dan Isaac y Gerhardt, Julie (eds.), *Social interaction, social context, and language: Essays in honor of Susan Ervin-Tripp.* Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

Palmer, C. L. (2001). *Work at the boundaries of science information and the interdisciplinary research process*. Boston: Kluwer Academic Publishers.

Palmer, G. B. y Occhi, D. J. (eds.). (1999). *Languages of sentiment. Cultural constructions of emotional substrates*. Amsterdam: Benjamins.

Paugh, A. L. (2005). «Learning about work at dinnertime: language socialization in dual-earner American families». *Discourse & Society*, 16(1), págs. 55-78.

Penelope, J. (1990). *Speaking freely: Unlearning the lies of the fathers' tongues*. Nueva York: Pergamon Press.

Peräkylä, A., y Vehvilainen, S. (2003). «Conversation analysis and the professional stocks of interactional knowledge. *Discourse & Society*, 14(6), págs. 727-750.

Perfetti, C. A. (1983). «Individual differences in reading abilities». En National Academy of Sciences (ed.), *Issues*

in cognition, págs. 137-161. Washington DC: National Academy of Sciences.

Pervin, L. A. (ed.). (1978). *Perspectives in interactional psychology*. Nueva York: Plenum Press.

Petöfi, J. S. (1971). *Transformationsgrammatiken und eine ko-textuelle Texttheorie*. Frankfurt: Athenäum.

— y Franck, D. M. L. (eds.). (1973). *Presuppositions in linguistics and philosophy*. Frankfurt: Athenaeum.

Philips, S. U. (2003). «The Power of Gender Ideologies in Discourse». En J. Holmes and M. Meyerhoff (eds.), *The Handbook of Language and Gender*, págs. 252-276. Oxford: Blackwell.

Phillips, D. y Henderson, D. (1999). «"Patient was hit in the face by a fist...": A discourse analysis of male violence against women». *American Journal of Orthopsychiatry*, 69(1), págs. 116-121.

Phinney, J. S. y Chavira, V. (1995). «Parental ethnic socialization and adolescent coping with problems related to ethnicity». *Journal of Research on Adolescence*, 5(1), págs. 31-53.

Piazza, C. L. (1987). «Identifying Context Variables in Research on Writing: A Review and Suggested Directions». *Written Communication*, 4, págs. 107-137.

Pickering, M. J. y Garrod, S. (2004). «Toward a mechanistic psychology of dialogue». *Behavioral and Brain Sciences, 27*, págs. 169-225.

— (2005). «Establishing and Using Routines During Dialogue: Implications for Psychology and Linguistics». En Cutler, Anne (ed.), *Twenty-first century psycholinguistics: Four cornerstones*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates Publishers.

Plett, H. F. (ed.). (1991). *Intertextuality*. Berlín, Nueva York: W. de Gruyter.

Polanyi, L. (1981). Telling the Same Story Twice. *Text*, 1(4), págs. 315-336.

— (1985). *Telling the American story: A structural and cultural analysis of conversational storytelling*. Norwood, N.J.: Ablex Publishers.

Portner, P. (2005). *What is meaning? Fundamentals of formal semantics*. Malden, MA: Blackwell Pub.

— y Partee, B. H. (eds.). (2002). *Formal semantics. The essential readings*. Oxford: Blackwell.

Potter, J. (1996). *Representing reality: Discourse, rhetoric and social construction*. London Thousand Oaks, CA: Sage.

Prego-Vázquez, G. (2007). «Frame conflict and social inequality in the workplace: professional and local discourse struggles in employee/customer interaction». *Discourse & Society*, 18(3), págs. 295-335.

Preyer, G. y Peter, G. (eds.). (2005). *Contextualism in philosophy. Knowledge, meaning, and truth*. Oxford, Nueva York: Clarendon Press Oxford University Press.

Quasthoff, U. M., y Becker, T. (ed.). (2004). *Narrative interaction*. Amsterdam Philadelphia: John Benjamins Pub.

Redeker, G. y Maes, A. (1996). «Gender differences in interruptions». En Slobin, D. I., Gerhardt, J., Kyratzis, A. y Guo, J. (eds.). (1996). *Social interaction, social context, and language: Essays in honor of Susan Ervin-Tripp*, págs. 997-612. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

Reisigl, M. y Wodak, R. (2001). *Discourse and discrimination rhetorics of racism and antisemitism*. Londres, Nueva York: Routledge.

— (eds.). (2000). *The semiotics of racism. Approaches in critical discourse analysis*. Wien: Passagen.

Rendle-Short, J. (2005). «"I've got a paper-shuffler for a husband": indexing sexuality on talk-back radio». *Discourse & Society*, 16(4), págs. 561-578.

Resnick, L. B., Levine, J. M. y Teasley, S. D. (eds.). (1991). *Perspectives on socially shared cognition*. Washington, DC, EE.UU.: American Psychological Association.

Rice, P. S. (2000). Gendered Readings of a Traditional Feminist Folktale by 6th-Grade Boys and Girls. *Journal of Literacy Research*, 32(2), págs. 211-236.

Riley, S. C. E. (2003). The management of the traditional male role: A discourse analysis of the constructions and

functions of provision. *Journal of Gender Studies*, 12(2), págs. 99-113.

Rochester, S. R. y Martin, J. R. (1979). *Crazy Talk: A Study of the Discourse of Schizophrenic Speakers*. Nueva York: Plenum.

Romaine, S. (2003). «Variation in language and gender». En Holmes, J. y Meyerhoff, M. (eds.), *The handbook of language and gender*, págs. 98-118. Oxford: Blackwell.

Römer, C. (1998). *Us and Them. Zur Einwanderungsproblematik in Grossbritannien in den achtziger Jahren : Das Beispiel der Migranten aus dem karibischen Raum*. Tübingen: Stauffenburg Verlag.

Rosch, E. (1978). «Principles of categorization». En E. Rosch y B. B. Lloyd (eds.), *Cognition and categorization*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.

Rostila, I. (1995). «The Relationship between Social Worker and Client in Closing Conversations». *Text*, 15(1), págs. 69-102.

Rubin, D. C. (ed.). (1999). *Remembering our past*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rubin, D. L. (1984). «The influence of communicative context on stylistic variation in writing». En A. D. Pelligrini y T. Yawkey (eds.), *The devlopment of oral and written language in social contexts*, págs. 213-222. Norwood, NJ: Ablex.

Rubin, D. S. (ed.). (1986). *Autobiographical memory*. Nueva York: Cambridge University Press.

Ryan, K. (2003). *Write Up the Corporate Ladder. Successful Writers Reveal the Techniques that help you write*. Nueva York: American Management Association.

Sacks, H., Schegloff, E. A. y Jefferson, G. (1974). «A simplest systematics for the organization of turn-taking in conversation». *Language*, 50(4), págs. 696-735.

Saeed, J. I. (1997). *Semantics*. Cambridge, Mass.: Blackwell Publishers.

Sandell, R. G. (1977). *Linguistic style and persuasion*. Londres, Nueva York: Published in cooperation with European Association of Experimental Social Psychology by Academic Press.

Sarangi, S. y Roberts, C. (eds.). (1999). *Talk, work, and institutional order: Discourse in medical, mediation, and management settings*. Berlín, Nueva York: Mouton de Gruyter.

Saville-Troike, M. (2002). *The ethnography of communication. An introduction*. Malden, MA: Blackwell Pub.

Schank, R. C. (1990). *Tell me a story: A new look at real and artificial memory*. Nueva York, NY: Charles Scribner's Sons.

— (1999). *Dynamic Memory Revisited*. Cambridge: Cambridge University Press.

— y Abelson, R. P. (1977). *Scripts, plans, goals, and understanding: An inquiry into human knowledge structures*. Hillsdale, N.J. Nueva York: L. Erlbaum Associates distributed by the Halsted Press Division of John Wiley and Sons.

Schegloff, E. A. (1968). «Sequencing in Conversational Openings». *American Anthropologist*, 70, págs. 1075-1095.

— (1996). Turn organization: one intersection of grammar and interaction». En In: Ochs, E., E. A. Schegloff, S. A. Thompson (eds.), *Interaction and Grammar*, págs. 52-133). Cambridge: Cambridge University Press.

Schieffelin, B. B. (1990). *The Give and Take of Everyday Life: Language Socialization of Kaluli Children*. Cambridge: Cambridge University Press.

— y Ochs, E. (1986). «Language Socialization». *Annual Review of Anthropology*, 15, págs. 163-191.

Schiffer, S. R. (1972). *Meaning*. Oxford: Oxford University Press.

Schober, M. F. y Conrad, F. G. (1997). «Does Conversational Interviewing Reduce Survey Measurement Error». *Public Opinion Quarterly*, 61(4),págs. 576-602.

Searle, J. (1969). *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*. Cambridge: Cambridge University Press.

Searle, J. R. (1983). *Intentionality: An Essay in the Philosophy of Mind*. Cambridge: Cambridge University Press.

Sebeok, T. A. (ed.). (1960). *Style in language*. Cambridge, Mass. : MIT Press.

Selting, M. y Sandig, B. (1997). *Sprech- und Gesprächsstile*. Berlín: De Gruyter.

Shailor, J. G. (1997). «The meaning and use of "context" in the theory of Coordinated Management of Meaning». En J. L. Owen (ed.), *Context and communication behavior*, págs. 97-110. Reno, Nevada: Context Press.

Shaw, S. (2000). «Language, Gender and Floor Apportionment in Political Debates». *Discourse & Society*, 11(3), págs. 401-418.

Sheldon, A. (1990). «Pickle Fights: Gendered Talk in Preschool Disputes». *Discourse Processes*, 13(1), 5-31.

— (1997). «Talking power: Girls, gender enculturation and discourse». En Wodak, Ruth (ed.), *Gender and discourse*, págs. 225-244. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, Inc.

Shuy, R. W. (1998). *The language of confession, interrogation, and deception*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Sillars, M. O. y Ganer, P. (1982). «Values and beliefs: A systematic basis for argumentation». En J. R. Cox y C. A. Willard (eds.), *Advances in argumentation theory and research*, págs. 184-201. Carbondale, IL: Southern Illinois University Press.

Singleton, D. (2000). *Language and the lexicon. An introduction*. Londres: Arnold.

Slotte, V., Lonka, K. y Lindblom-Ylänne, S. (2001). «Study-Strategy Use in Learning from Text: Does Gender Make Any Difference». *Instructional Science*, 29(3), págs. 255-272.

Smocovitis, V. B. (1996). *Unifying Biology: The Evolutionary Synthesis and Evolutionary Biology.* Princeton: Princeton University Press.

Snow, C. E. y Ferguson, C. A. (eds.). (1977). *Talking to children.* Language input and acquisition : papers from a conference sponsored by the Committee on Sociolinguistics of the Social Science Research Council (USA). Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press.

Soler Castillo, S. (2004). *Discurso y género en historias de vida. Una investigación de relatos de hombres y mujeres en Bogotá*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Speer, N., Zacks, J. M. y Reynolds, J. R. (2006). «Human brain activity time-locked to narrative event boundaries». *Psychological Science*, *in press.*

Speer, S. A., y Parsons, C. (2006). «Gatekeeping gender: some features of the use of hypothetical questions in the psychiatric assessment of transsexual patients». *Discourse & Society*, 17(6), págs. 785-812.

Spencer, J. W. y Gregory, M. J. (1964). «An approach to the study of style». En Spencer, J. W., Enkvist, N. E. y Gregory, M. J., *Linguistics and style*, págs. 57-105). Londres: Oxford University Press.

Sperber, D. y Wilson, D. (1995). *Relevance: Communication and cognition*. Cambridge, MA: Blackwell Publishers.

Stalnaker, R. C. (1978). «Assertion». En P. Cole (ed.), *Syntax and Semantics 9: Pragmatics*, págs. 315-332. New York Academic Press.

— (1999). *Context and Content. Essays on Intentionality in Speech and Thought*. Oxford: Oxford University Press.

— (2002). Common Ground. *Linguistics and Philosophy*, 25(5-6), págs. 701-721.

Steffen, V. J. y Eagly, A. (1985). «Implicit theories about influence of style: The effects of status and sex». *Personality and Social Psychology Bulletin*, 11(2), págs. 191-205.

Stokoe, E., y Edwards, D. (2007). «"Black this, black that": racial insults and reported speech in neighborhood complaints and police interrogations». *Discourse & Society*, 18(3), págs. 337-372.

Struever, N. S. (1985). «Historical Discourse». En T. A. Van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse Analysis. Vol. 1. Disciplines of Discourse*, págs. 249-271. Londres: Academic Press.

Stubbe, M. y Holmes, J. (1995). «You know, eh and other "exasperating expressions": An analysis of social and stylistic variation in the use of pragmatic devices in a sample of New Zealand English». *Language and Communication*, 15(1), págs. 63-88.

Swacker, M. (1975). «The sex of a speaker as a sociolinguistic variable». En Thorne, B. y Henley, N. (eds.), *Language and sex: Difference and dominance*, págs. 76-83. Rowley, Mass.: Newbury House Publishers.

Tagliamonte, S. y Hudson, R. (1999). «Be like *et al*. byond America. The quotative system in British and Canadian youth». *Journal of Sociolinguistics*, 3(2), págs. 147-172.

Talbot, M. (2003). «Gender stereotypes: reproduction and challenge». En Holmes J. y Meyerhoff, M. (eds.),*The handbook of language and gender*, págs. 468-486. Oxford: Blackwell.

Tannen, D. (1981). «Indirectness in Discourse: Ethnicity as Conversational Style». *Discourse Processes*, 4(3), págs. 221-238.

— (1984). *Coherence in spoken and written discourse*. Norwood, N.J.: ABLEX Corp.

— (1986). *That's Not What I Meant!* Londres: Dent.

— (1990). *You Just Don't Understand: Women and Men in Conversation*. Nueva York: William Morrow.

— (1996). *Gender and discourse*. Nueva York-Oxford: Oxford University Press.

— (2003). «Gender and Family Interaction». En J. Holmes and M. Meyerhoff (eds.), *Handbook of Language and Gender*, págs. 179-201. Oxford: Blackwell.

Tedeschi, J. T (ed.). (1981). *Impression management. Theory and social psychological research*. Nueva York: Academic Press.

Ten Have, P. (1999). *Doing conversation analysis. A practical guide*. Londres: Sage.

— (2001). «Applied conversation analysis». En Alec McHoul and Mark Rapley, (eds.), *How to Analyse Talk in Institutional Settings: A Casebook of Methods, págs.* 3-11). Londres: Continuum.

Thimm, C., Koch, S. C., Schey, S. (2003). «Communicating gendered professional identity: Competence, cooperation, and conflict in the workplace». En Holmes, J. y Meyerhoff, M. (eds.), *The handbook of language and gender*, págs. 528-549. Oxford: Blackwell.

Thurlow, C., y Jaworski, A. (2006). «The alchemy of the upwardly mobile: symbolic capital and the stylization of elites in frequent-flyer programmes». *Discourse & Society*, 17(1), págs. 99-135.

— Lengel, L. B. y Tomic, A. (2004). *Computer mediated communication*. Londres: Sage.

Tilbury, F., y Colic-Peisker, V. (2006). «Deflecting responsibility in employer talk about race discrimination». *Discourse & Society*, 17(5), págs. 651-676.

Tindale, C. W. (1992). «Audiences, Relevance, and Cognitive Environments». *Argumentation*, 6(2), págs. 177-188.

Tomasello, M. (1999a). «Having intentions, understanding intentions, and understanding communicative intentions». En Astington, Janet Wilde. y Zelazo, Philip David. (eds.), *Developing theories of intention: Social understanding and self-control*, págs.63-75). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.

— (1999b). *The cultural origins of human cognition*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

— Carpenter, M., Call, J., Behne, T., y Moll, H. (2005). «Understanding and sharing intentions: The origins of cultural cognition». *Behavioral and Brain Sciences*, 28, págs. 675-735.

Tonkin, E. (1992). *Narrating our pasts: The social construction of oral history*. Cambridge: Cambridge University Press.

Toolan, M. J. (1990). *The stylistics of fiction: A literary-linguistic approach*. Londres, Nueva York: Routledge.

— (2001). *Narrative. A critical linguistics introduction*. Second edition. Londres: Routledge.

Tracy, K. (1991). *Understanding face-to-face interaction: Issues linking goals and discourse*. Hillsdale, N.J.: L. Erlbaum Associates.

— (ed.). (1998). *Analyzing context*. Special issue *Research on Language and Social Interaction*, 31(1).

Triandafyllidou, A. (1998). «National Identity and the Other». *Ethnic and Racial Studies*, 21(4), págs. 593-612.

— (2000). «The political discourse on immigration in Southern Europe: A critical analysis». *Journal of Community and Applied Social Psychology*, 10 (5), págs. 373-389.

Trudgill, P. (1972). «Sex, covert prestige and linguistic change in the urban British English of Norwich». *Language in Society* 1, págs. 179-195.

Tuchman, G. (1978). *Making news: A study in the construction of reality*. Nueva York: Free Press.

Tulving, E. (1983). *Elements of episodic memory*. Oxford: Oxford University Press.

— (2002). «Episodic Memory: From Mind to Brain». *Annual Review of Psychology*, 53(1), págs. 1-25.

Tyler, A., y Boxer, D. (1996). «Sexual harassment? Cross-cultural/ cross-linguistic perspectives». *Discourse & Society* 7(1), págs. 107-133.

Ubel, P. A., Zell, M. M, Miller, D. J., Fischer, G. S., Peters-Stefani, D y Arnold R. M. (1995). «Elevator talk: Observational study of of inappropriate comments in a public space». *The American Journal of Medicine*, 99(2), 190-194(5).

Van Bezooijen, R. (1995). «Sociocultural Aspects of Pitch Differences Between Japanese and Dutch Women». *Language and Speech*, 38(Jul-), págs. 253-265.

Van der Sandt, R. A. (1988). *Context and presupposition*. Londres: Croom Helm.

Van Dijk, T. A. (1972). *Some aspects of text grammars. A study in theoretical linguistics and poetics*. The Hague: Mouton.

— (1977). *Text and context. Explorations in the semantics and pragmatics of discourse*. Londres: Longman.

— (1980). *Macrostructures: An interdisciplinary study of global structures in discourse, interaction, and cognition*. Hillsdale, N.J.: L. Erlbaum Associates.

— (1981). *Studies in the pragmatic of discourse*. The Hague: Mouton.

— (1984). *Prejudice in discourse an analysis of ethnic prejudice in cognition and conversation*. Amsterdam Philadelphia: J. Benjamins Co.

— (1985). «Cognitive situation models in discourse processing. The expression of ethnic situation models in prejudiced stories». En J. P. Forgas, (ed.), *Language and social situations*, págs. 61-79. Nueva York: Springer.

— (1987). *Communicating racism: Ethnic prejudice in thought and talk*. Newbury Park, CA: Sage Publications, Inc.

— (1988a). *News analysis: Case studies of international and national news in the press*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.

— (1988b). *News as discourse*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.

— (1991). *Racism and the press*. Londres, Nueva York: Routledge.

— (1993a). *Elite discourse and racism*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.

— (1993b). «Stories and Racism». En D. Mumby (ed.). *Narrative and social control*, págs. 121-142. Newbury Park, CA: Sage.

— (1997). «The Discourse-Cognition-Society Triangle». En Cleve, G., Ruth, I., Schulte-Holtey, E. y Wichert, F. (eds.). (1997). *Wissenschaft, Macht, Politik. Intervention in aktuelle gesellschaftliche Diskurse. Siegfried Jäger zum 60. Geburtstag*. (Science, Power, Politics. Intervention in contemporary social discourses. To honor the 60th birthday of Siegfried Jäger), págs. 20-36. Münster: Westfälisches Dampfboot.

— (1998). *Ideology. A multidisciplinary approach*. Londres: Sage.

— (1999). «Context models in discourse processing». En van Oostendorp, Herre y Goldman, Susan R. (eds.), *The construction of mental representations during reading*, págs. 123-148. Mahwah, NJ, EE.UU.: Lawrence

Erlbaum Associates.
— (2000). «Parliamentary Debates». En R. Wodak y T. A. van Dijk (eds.), Racism at the Top. *Parliamentary Discourses on Ethnic Issues in Six European States*, págs. 45-78. Klagenfurt, Austria: Drava Verlag.
— (2001). «Critical discourse analysis». En D. Schiffrin, D. Tannen, y H. E. Hamilton (eds.), *The Handbook of Discourse Analysis*, págs. 352-371. Oxford: Blackwell.
— (2003a). «Knowledge in parliamentary debates». *Journal of Language and Politics*, 2(1), págs. 93-129.
— (2003b). «Text and context of parliamentary debates». En Paul Bayley (ed.), *Cross-Cultural Perspectives on Parliamentary Discourse*, págs. 339-372. Amsterdam: Benjamins.
— (2004). «Text and context of parliamentary debates». En Paul Bayley (ed.), *Cross-Cultural Perspectives on Parliamentary Discourse*, págs. 339-372. Amsterdam: Benjamins.
— (2006). «Discourse, context and cognition». *Discourse Studies*, 8(1), págs. 159-177.
— (2008). *Society in Discourse. How Context Controls Text and Talk*. Cambridge: Cambridge University Press.
— (ed.). (1997). *Discourse Studies. A multidisciplinary introduction*. 2 vols. Londres: Sage.
— y Kintsch, W. (1983). *Strategies of discourse comprehension*. Nueva York: Academic Press.
Van Eemeren, F. H. y Grootendorst, R. (1992). *Argumentation, communication, and fallacies*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
— Grootendorst, R., Blair, J. A. y Willard, C. A. (Eds). (1987). *Argumentation across the lines of discipline*. Dordrecht: Foris.
— Grootendorst, R., Blair, J. A. y Willard, C. A. (eds.). (1992). *Argumentation Illuminated*. Amsterdam: SICSAT.
Van Hout, A. y Vet, C. (2005). *Cross-linguistic views on tense, aspect and modality*. Amsterdam: Rodopi.
Van Leeuwen, T. J. (2005). *Introducing social semiotics*. Londres: Routledge.
— (2006). Towards a semiotics of typography. *Information Design Journal* 14(2), págs. 139-155.
Van Oostendorp, H. y Goldman, S. R. (eds.). (1999). *The construction of mental representations during reading*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
Vazire, S. y Gosling, S. D. (2004). «e-Perceptions: Personality impressions based on personal websites». *Journal of Personality and Social Psychology*, 87(1), págs. 123-132.
Ventola, E. (1987). *The structure of social interaction: A systemic approach to the semiotics of service encounters*. London Wolfeboro, NH: F. Pinter Longwood.
— (1995). «Generic and Register Qualities of Texts and Their Realization». En Fries, P. H. y Gregory, M. (eds.). (1995). *Discourse in society. Systemic functional perspectives: meaning and choice in language: studies for Michael Halliday*, págs. 3-28. Norwood, NJ: Ablex.
— (ed.). (1991). *Functional and systemic linguistics: Approaches and uses*. Berlín, Nueva York: Mouton de Gruyter.
Verkuyten, M. (2005). «Accounting for ethnic discrimination - A discursive study among minority and majority group members». *Journal of Language and Social Psychology*, 24(1), págs. 66-92.
Verschueren, J., Östman, J. O., y Blommaert, J. (eds.). (1995). *Handbook of pragmatics*. Amsterdam Philadelphia: J. Benjamins.
Vincent, D. (1982). *Pressions et impressions sur les sacres au Québec*. Québec: Gouvernement du Québec, Office de la langue française.
Wagner, I., y Wodak, R. (2006). «Performing success: identifying strategies of self-presentation in women's biographical narratives». *Discourse & Society*, 17(3), págs. 385-411.
Wang, J. J. (2006). «Questions and the exercise of power». *Discourse & Society*, 17(4), págs. 529-548.

Wegener, P. (1991). *Untersuchungen über die Grundfragen des Sprachlebens (1885)*. (Investigations into the fundamental questions of the life of language). Amsterdam: Benjamins.
Wegman, C. (1994). «Factual Argumentation in Private Opinions: Effects of Rhetorical Context and Involvement». *Text*, 14(2), págs. 287-312.
West, C., y Fenstermaker, S. (2002). «Accountability in action: the accomplishment of gender, race and class in a meeting of the University of California Board of Regents». *Discourse & Society*, 13(4), págs. 537-563.
— y Zimmerman, D. (1983). «Small insults: a study of interruptions in cross-sex conversations between unacquainted persons». En B. Thorne, C. Kramarae y N. Henley (eds.), *Language Gender and Society*, págs. 103-118. Rowley, MA: Newbury House.
Whissell, C. (1999). «Phonosymbolism and the Emotional Nature of Sounds: Evidence of the Preferential Use of Particular Phonemes in Texts of Differing Emotional Tone». *Perceptual and Motor Skills*, 89(1), págs. 19-48.
Wierzbicka, A. (1986). Precision in Vagueness - the Semantics of English Approximatives. *Journal of Pragmatics*, 10(5), págs. 597-614.
Willott, S., Griffin, C. y Torrance, M. (2001). «Snakes and ladders: Upper-middle class male offenders talk about economic crime». *Criminology* 39(2), págs. 441-466.
Wilson, D. (1975). *Presuppositions and non-truth-conditional semantics*. Londres, Nueva York: Academic Press.
Wilson, J. (1990). *Politically speaking: The pragmatic analysis of political language.* Oxford, Reino Unido Cambridge, Mass., EE.UU.: B. Blackwell.
Wodak, R. (1985). «The interaction between judge and defendant». En T. A. Van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse analysis. Vol. 4. Discourse analysis in society*, págs. 181-191. Londres: Academic Press.
— (1989). *Language, power, and ideology. Studies in political discourse*. Amsterdam Philadelphia: Benjamins.
— (2003). «Multiple identities: The roles of female parliamentarians in the EU parliament». En Holmes, J. y Meyerhoff, M. (eds.), *The handbook of language and gender*, págs. 671-698. Oxford: Blackwell.
— Nowak, P., Pelikan, J., Gruber, H., de Cillia, R., y Mitten, R. (1990). *"Wir sind alle unschuldige Täter". Diskurshistorische Studien zum Nachkriegsantisemitismus*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.
— (ed.). (1997). *Gender and discourse*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, Inc.
— y Benke, W. (1997). «Gender as a sociolinguistic variable». En F. Coulmas (ed.), *The handbook of sociolinguistics*, págs. 127-150. Oxford: Blackwell.
— y Meyer, M. (eds.). (2001). *Methods of critical discourse analysis*. London Thousand Oaks Calif.: SAGE.
— y Van Dijk, T. A. (eds.). *Racism at the Top. Parliamentary Discourses on Ethnic Issues in Six European Countries*. Klagenfurt: Drava Verlag.
Wolfram, W. y Schilling-Estes, N. (1998). *American English: Dialects and Variation*. Oxford: Blackwell.
Wood, L. A., y Rennie, H. (1994). «Formulating Rape: The Discursive Construction of Victims and Villains». *Discourse & Society*, 5(1), 125-148.
Wuthnow, R. (1989). *Communities of discourse: Ideology and social structure in the Reformation, the Enlightenment, and European socialism*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
Zacks, J. M., Tversky, B. y Iyer, G. (2001). «Perceiving, Remembering, and Communicating Structure in Events». *Journal of Experimental Psychology-General*, 130(1), págs. 29-58.
Zelazo, P. D., Astington, J. W. y Olson, D. R. (eds.). (1999). *Developing theories of intention: Social understanding and self-control*. Mahwah, NJ, US: Lawrence Erlbaum Associates, Publishers.
Zentella, A. C. (1997). *Growing Up Bilingual: Puerto Rican Children in New York*. Malden, MA: Blackwell.
Zwaan, R. A. y Radvansky, G. A. (1998). Situation models in language comprehension and memory. *Psychological Bulletin* 123(4), págs. 162-185.

Índice